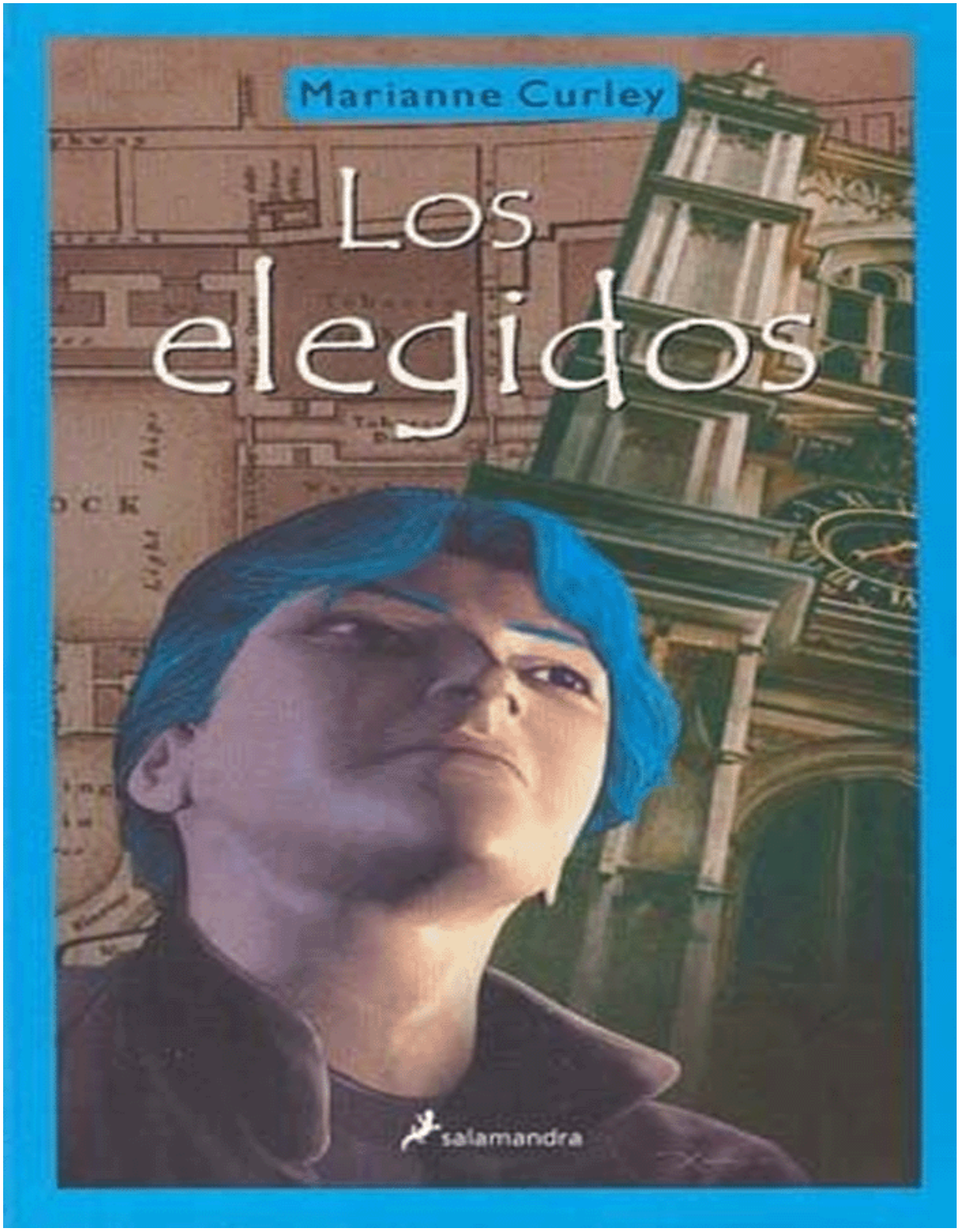
Los Elegidos
Marianne Curley




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

«La historia siempre la escriben los vencedores,
y los derrotados crean un nuevo conjunto de mitos
para explicar el pasado y adornar el futuro.»
MORRIS WEST

## *PRÓLOGO*

*Ella tiene una melena negra y abundante, llena de rizos que se mecen sobre los hombros. Tiene los ojos de un color azul mus intenso que los de él, que sabe que es una niña muy guapa. Es la favorita de sus padres, pero a él no le importa. Se llama Sera, y aunque sólo tiene diez años, es el alma que da fuerzas a su vida.*

*-¡Venga! -Sera se vuelve para meter prisa a su hermano-*. Va a *florecer por primera vez. ¡No me lo puedo perder!*

*El chico corre tanto como se lo permiten sus cortas piernas.*

*-¿Qué va a florecer?*

*-La flor, idiota. La que he estado esperando todo este tiempo. ¡El lirio negro gigante!*

*Él se detiene en seco y da una patada al suelo con el pie izquierdo.*

*-No me llames idiota.*

*Sera se gira. Abre los ojos de par en par de lo impaciente que está.*

*-No lo decía en serio. ¡Venga, vamos!*

*El la sigue y le pregunta con inocencia infantil:*

*-¿Cómo sabes que va a florecer?*

*Sera se detiene lo bastante como para lanzar a su hermano una mirada de exasperación.*

*-He observado cómo se ha ido formando el capullo durante los últimos tres meses. Hoy es el primer día del equinoccio de primavera. ¿Es que no sabes nada?*

*El chico echa a correr de nuevo e intenta seguir el ritmo de su hermana. Quiere ver florecer el lirio negro, un hecho que, al parecer, ocurrirá por primera vez esa mañana, pero no tiene ni de lejos el mismo entusiasmo que ella. La emoción de Sera y el privilegio de compartirla es lo que le da fuerzas para subir las colinas cubiertas de hierba y adentrarse en el denso bosque cuando empiezan a despuntar los primeros rayos del alba.*

*De repente, Sera se detiene, se sienta en cuclillas y suspira aliviada.*

*-¡No nos lo hemos perdido! Mira, ahí está.*

*Al final su hermano logra alcanzarla y, de pie tras ella, observa el tallo largo y verde que sostiene un capullo negro de forma perfecta. Inclina la cabeza hacia un lado.*

-¿Es *eso?*

*-¡Claro que sí! -Sera resopla sin apartar los ojos del capullo-. ¡Ahora calla y mira! Va a ser impresionante.*

*Desde que era muy pequeño, el niño ha sido consciente del amor que siente su hermana por todas las cosas raras o extraordinarias, como flores extrañas, animales del bosque huérfanos, puestas de sol intensas... Y muchas veces se quedaba sentado, intimidado por el espíritu aventurero de ella, y deseaba ser algún día lo bastante mayor, o lo bastante grande, para bajar por aquellos precipicios con tan sólo una cuerda atada a la cintura. Ahora se encoge de hombros y se sienta sobre la hierba húmeda junto a ella. Está feliz porque sabe que no tendrá siempre cuatro años.*

*De repente, el crujido de unas ramas hace que ambos vuelvan la cabeza bruscamente hacia el lugar donde han oído el ruido.*

*-¿Qué ha sido eso?*

*A Sera se le ha hecho un nudo en la garganta y tiene todo el vello de punta. Se vuelve hacia*

*el niño con cara de valiente.*

*-No ha sido nada. No seas crío.*

*Otro ruido, éste más cerca, asusta de nuevo al niño.*

*-¿Se acerca algo?*

*-¡Shhh! ¿Cómo quieres que lo sepa? Pero si te callas, seguro que se va, sea lo que sea.*

*Sin embargo, no se va. En ese instante, una criatura horrible y enorme, de forma humana, pero con sólo media cara, aparece entre la niebla y se para ante ellos. Los niños gritan y retroceden a trompicones, agarrados el uno al otro. Sera empieza a temblar.*

*-¿Quién eres?*

*Parece como si la criatura creciera aún más ante sus ojos a medida que endereza su ancha espalda.*

*-Soy Marduke.*

*Sera da un grito de asombro, como si ese nombre explicara la presencia de aquella criatura gigante. Abre los ojos de par en par y lanza una mirada a su hermano, que le tira del brazo.*

*-¿Qué ha dicho?*

*Sera se yergue. No hace caso de su hermano, se vuelve y le pregunta al monstruo:*

*-¿Qué quieres?*

*Con una voz gutural, la criatura con media cara responde:*

*-Quiero llevarte a un sitio donde siempre es medianoche y los lirios negros brillan bajo una luna sangrienta.*

*Sera niega con la cabeza y da un paso hacia atrás temblando. La criatura del rostro deformado estira una mano, la mano más grande que jamás ha visto el niño; éste observa cómo el monstruo agarra a su hermana por la cara, y en ese momento siente una punzada en el corazón y se da cuenta de que esa criatura quiere hacerles daño. Pero él es incapaz de moverse lo más mínimo, ni siquiera puede levantar un dedo para conseguir que le dejen de temblar los labios.*

*El monstruo mueve la mano y el niño observa cómo la posa sobre la cabeza de su hermana. Marduke lo ve, sonríe con media boca y luego aprieta los dedos. Sera profiere unos gritos fuertes, largos y agonizantes que se adentran en las profundidades del bosque que los rodea. Cuando su cuerpo pierde toda rigidez, el monstruo la deja sobre la hierba, donde Sera gime, se sujeta la cabeza con ambas manos y mantiene los ojos abiertos mirando fijamente. La criatura estira sus enormes brazos, lo que la hace parecer aún más grande a los ojos del niño, y lanza un rugido fortísimo que sacude los árboles hasta las raíces. Y el niño oye que con ese rugido pronuncia el nombre de su padre para que lo escuche todo el mundo, pero sus pensamientos se vuelven confusos a medida que el pánico se apodera de él.*

*El niño se ha acurrucado junto a su hermana y tiembla al comprobar el poder de las manos y el vozarrón áspero del gigante. Contempla a Sera, que no para de retorcerse y de gemir a sus pies, pero como siente la mirada del monstruo levanta la vista. La criatura lo mira con un ojo dorado y esboza lentamente una sonrisa espantosa. El monstruo desaparece tan repentinamente como ha aparecido, sin, decir una palabra, y el niño se queda observando un espacio paci6.*

*Sera sisea algo y agarra a su hermano del tobillo con una mano débil.*

*Liberado del embrujo de la criatura, el niño abraza a su hermana y mece sus rizos negros contra su pecho.*

*-¿ Quién era, Sera ? ¿ Qué ocurre ? ¿ Qué te pasa ? -Ella intenta hablar, pero le sale un hilo de sangre de la boca. Él se asusta mucho-. ¡Sera!*

*Sera grita de nuevo y empieza a sangrar por los ojos y las orejas. El niño se desespera, no deja de temblar, de inclinarse hacia delante y hacia atrás. Las lágrimas empiezan a formar un camino sinuoso por su cara. Trata de levantarse para buscar ayuda, pero Sera le agarra el tobillo con más fuerza. Sus ojos han perdido parte de su intenso color.*

*-Espera -le dice con gran esfuerzo; y mientras él se agacha para acercarse a su boca, ella susurra sus últimas palabras-. Recuerda el nombre.*

*-¿El nombre de la criatura[1]? -le pregunta el niño, que levanta la vista como si aquella palabra tan extraña siguiera flotando en la neblina que tiene ante él.*

*Sin embargo, lo único que ve es una escuálida planta verde que se ha marchitado y cuyos pétalos negros caen lentamente al suelo.*

*El niño grita con el corazón lleno de dolor.*

El grito del niño es lo que al final despierta a Ethan. Sus hombros desnudos están empapados de sudor, lo que le hace temblar de frío en el aire gélido de la noche. Se envuelve con el edredón mientras empieza a ver claramente su habitación y le desciende el ritmo cardíaco. Una extraña sensación de alivio se apodera de él mientras poco a poco entiende lo ocurrido: el sueño se ha acabado y por fin se ha despertado de otra de sus recurrentes pesadillas, que parecen casi reales.

***ETHAN***

Me despierto atontado con una insoportable sensación de pesadez en la cabeza. He vuelto a tener el mismo sueño. Bueno, ¿y de qué me sorprendo? Durante los últimos doce años he soñado con ese monstruo horrible. Lo normal sería que ahora que he cumplido los dieciséis ya no sufriera esas pesadillas infantiles. ¿Si tuviesen algún significado no debería haberlo adivinado ya? Claro.

Un sonido consigue abrirse paso a través del punzante dolor y llegar hasta mi cabeza. Al principio creo que es Dillon. A veces se pasa por casa antes de ir al colegio y tomamos el autobús juntos, pero luego me doy cuenta de que hoy es domingo, y mi cerebro, que se despereza poco a poco, detecta que ese triste sonido proviene de la habitación de mis padres. Es mamá. Está llorando. Los sollozos son cada vez más fuertes, a pesar de que está claro que intenta amortiguarlos con la almohada.

Me levanto de la cama refunfuñando y me pongo unos vaqueros. Cuando llego al dormitorio de mis padres respiro hondo. La última vez que lloró así no pudo parar durante tres días. Abro la puerta y echo un vistazo por toda la habitación en busca de papá, pero no me extraño cuando no veo rastro de él. Cuando a mamá le entra la depresión, él acostumbra a ser el primero en marcharse.

Mamá me ve y trata de secarse la cara con un pico de la sábana. Y sonríe a través de las lágrimas y los ojos rojos, pero sólo puede aguantar así unos instantes y se viene abajo de nuevo.

-¿Una taza de té? -me pregunta entre pucheros. Asiento con la cabeza y salgo de la habitación sin hacer ruido, aliviado de poder hacer algo útil.

Papá está en la cocina, sentado a la mesa. Tiene una pierna doblada sobre la otra y observa una taza de café vacía. Está sumido en la apatía y la emprendo con él.

-¿Qué ha ocurrido esta vez?

Sigue observando la taza; yo tampoco me muevo. El silencio se vuelve insoportable. Al final responde:

-¿Es que tiene que haber un motivo, Ethan? -Está en lo cierto, pero no pienso reconocerlo en voz alta-. Por si te sirve de algo -añade-, ha tenido una pesadilla.

-¿Qué? ¿Ella también?

Papá me mira un instante y pienso: «¡Genial, por lo menos reacciona!», pero luego vuelve a observar la taza de café vacía. Intento recordar la última vez que mantuvimos una conversación normal, y, claro, no me cuesta demasiado. La muerte repentina de mi hermana Sera supuso el inicio de todos nuestros problemas. ¿Cuándo se acabarán?

Mamá está esperando, así que le preparo la taza de té tal y como le gusta, con un poco de miel, y se la subo al dormitorio. Tiene mejor aspecto y me regala una sonrisita valiente cuando toma la taza de mis manos. Charlamos de varias cosas durante un rato y cuando estoy seguro de que se encuentra mejor, la dejo a solas.

Vuelvo a mi habitación y me quedo de pie mirando fijamente el despertador de la mesilla, como si tuviera todas las respuestas que mi familia necesita para curar las heridas de su alma. Sé que no es más que un despertador, hecho principalmente de madera y cristal, pero lo compré en un mercadi-llo años atrás porque me llamó mucho la atención la idea de que había tenido toda una vida antes de que yo lo encontrara, en casa de otra persona, a la que había despertado todas las mañanas.

No me doy cuenta de que estoy mirando fijamente el reloj hasta que las manillas se vuelven locas y empiezan a dar vueltas cada vez más rápido, mientras yo me libro de parte de la energía frustrada que acumulo en la cabeza. De repente, el despertador empieza a moverse, se eleva sobre la mesilla y se pone a girar sobre sí mismo. Es algo que ya he hecho algunas veces, mover objetos es uno de mis poderes, pero nunca con tanta fuerza. Noto rápidamente que estoy perdiendo el control, pero el reloj me pilla desprevenido cuando empieza a dar volteretas y casi toca el techo. Al final explota. Una lluvia de astillas de madera, metal y cristal cae sobre mí. Me pongo a limpiarlo antes de que mamá o incluso papá vengan a ver qué ha pasado.

Mamá llega la primera.

-¿Qué ha ocurrido? -me pregunta desde la puerta mientras se pone la bata-. Ha sonado como si hubiera explotado una bomba aquí dentro. -Se fija en los restos del reloj que hay esparcidos por el suelo-. Y también lo parece. ¿Estás bien, Ethan?

Miro los trozos de despertador que tengo en las manos.

-Oh, lo siento, mamá, se me ha caído.

Aguza la vista y observa la multitud de pequeñas piezas.

-¿Estabas colgado del techo? -Me encojo de hombros y esbozo una sonrisa de inocencia-. Bueno, recógelo y vigila que no quede ningún trozo afilado tirado por el suelo.

Le digo que lo barreré todo antes de salir y ella se va para darse una ducha. Como mínimo, ahora parece más animada. Lo limpio todo y acabo de vestirme sin dejar de pensar en cómo es posible que mi padre pueda quedarse sentado a la mesa de la cocina, contemplando una taza de café vacía, cuando una explosión hace temblar la habitación de su hijo, que se encuentra a unos pocos metros de donde está él.

Al cabo de unos minutos salgo de casa. Aliviado, me dirijo hacia la montaña, a un lugar que se ha convertido en un santuario para mí. Decir que este lugar me traslada a otro mundo es entender la realidad. Es otro mundo.

La primera vez que entré en la montaña tenía cuatro años. No recuerdo mucho de aquel día, tan sólo el camino largo y pedregoso, y que intentaba escapar de mi padre, que en aquellos tiempos no quería perderme de vista. Pero al cabo de poco se apoderó de mí una sensación de aturdimiento que desde entonces no ha desaparecido.

Fue en estas colinas, enterradas en las laderas del sudoeste de la Gran Cordillera Divisoria, donde me encontró Arkarian. Durante días me habló de retos, grandes aventuras y poderes que iban mucho más allá de mi imaginación. Luego, ese hombre extravagante que tiene el pelo de color azul eléctrico y unos ojos muy raros me tomó de la mano y me llevó al interior de la montaña.

A pesar de todo eso, Arkarian no es tan extraño cuando pasas por alto las rarezas más superficiales. Su pelo azul eléctrico y sus ojos de color violeta son así sólo porque es normal que cambien de color a lo largo de los años. De muchos años. Nunca parece más viejo, a pesar de que lo conozco desde hace doce años. Dejó de envejecer físicamente cuando cumplió los dieciocho.

Arkarian sigue siendo más alto que yo, aunque ahora la diferencia ya no es tan clara. Tiene un aura a su alrededor. Todavía la noto, a pesar del tiempo que ha transcurrido. Parte de ella está en su forma de hablar, con un tono suave e inquisitivo desprovisto de arrogancia. Parte de ella está en sus ojos y la habilidad que tienen para comunicar. A lo largo de los años hemos trabado amistad. Durante los primeros cinco años de nuestra relación yo fui su aprendiz, y él sigue siendo mi superior inmediato. Me ha enseñado mucho más de lo que he aprendido en toda mi vida en una clase para mortales.

El muro de rocas desaparece cuando me detengo ante él y cobra forma de nuevo después

de atravesar la abertura. En cuanto empiezo a bajar por el pasillo iluminado tenuemente, oigo a Arkarian que me llama:

-Ethan, te estaba buscando.

El pasillo tiene muchas puertas: algunas salas las usamos para entrenar, pero en otras no he estado nunca. Arkarian dice que cambian a menudo, así que no tiene sentido ver lo que hay en ellas a menos que necesite usar alguna en concreto. Además, pronto aprendí que la curiosidad no es siempre buena.

Entro en la sala principal de Arkarian y, como de costumbre, los increíbles aparatos de alta tecnología que aún no existen en el mundo mortal me desconciertan.

-Muy gracioso, Arkarian, sabías que venía. Lo sabes todo.

Me mira desde el otro lado de la habitación y sonríe.

-Me halagas, Ethan, pero debes recordar que es imposible saberlo todo. -Me mira fijamente para evaluarme. No le cuesta demasiado fijarse en mis ojeras-. ¿Has tenido otra pesadilla?

Me encojo de hombros y miro con decisión la esfera holo-gráfica tridimensional que hay en el centro de la caverna octagonal; en este momento refleja una imagen perfecta del Palacio de Westminster de Londres de, si no me equivoco, alrededor de 1300. Aún tengo la pesadilla muy reciente y no estoy preparado para hablar de mamá. Su depresión no hace más que empeorar, y ello me angustia. Señalo la esfera con la cabeza.

-¿Qué año es?

Arkarian se acerca, cambia de tema discretamente y señala la esfera con el dorso de la mano.

-Mil trescientos setenta y siete. Tu próxima misión. Pero no te he llamado por eso. Siéntate, Ethan. -Parece muy serio. Conozco ese tono de voz-. ¡Deja de preocuparte! Son buenas noticias.

Un antiguo taburete de madera surge delante de mí cuando Arkarian hace un gesto con un dedo. Me siento, me cruzo de brazos y mientras espero pienso, como hago a menudo, en la pasión que siente Arkarian por todo lo antiguo.

Me contempla durante un momento con la cabeza levemente inclinada. Hoy lleva la melena azul recogida con una cinta en la base del cráneo, lo que hace que sus ojos parezcan de un violeta aún más intenso.

-Te van a ascender.

Me levanto del taburete de un salto.

-¡Sí!

Es una noticia fantástica. Es más que eso en realidad. La Guardia ha sido toda mi vida desde que tengo uso de razón. Y en muchas ocasiones también ha sido mi casa y mi refugio. No es que mi casa mortal no sea segura, tan sólo es... incómoda, y, bueno, reina un ambiente enfermizo.

Arkarian sonríe porque sabe lo mucho que deseaba este reconocimiento. Nadie trabaja más duro que yo. Sería capaz de dar mi alma a la Guardia.

-El Tribunal está tan contento con tu trabajo, que vas a convertirte en miembro de pleno derecho en una ceremonia que se celebrará en Atenas el mes que viene.

Me cuesta asimilar todo el significado de sus palabras.

-¿Miembro de pleno derecho?

Asiente con la cabeza y sigue sonriendo ya que está satisfecho con mi reacción.

-Pero espera, Ethan, hay otra cosa más.

¿Qué más podría haber? Aunque tal vez... Estiro los brazos y lo agarro de los hombros como si tuviera que sostenerlo derecho cuando, en realidad, soy yo el que necesita que lo sostengan.

-Arkarian, ¿me estás diciendo que me van a conceder el poder de volar?

Aparta la mirada un instante y entiendo en el acto que lo que debe decirme va a decepcionarme. Vuelve a mirarme a los ojos y responde con delicadeza:

-Aún no te van a conceder las alas. Ten paciencia.

Pero la decepción, después de la pesadilla de la noche pasada y de la depresión de mamá de esta mañana, me golpea como una riada que arrasa un valle. Levanto las manos para pedir una explicación.

-¡Oh, venga, Arkarian! Hace años que acabó mi aprendizaje, y soy un miembro activo de la Guardia desde hace diez años como mínimo.

-Sí, pero empezaste cuando no eras más que un niño.

Asiento con la cabeza.

-Pero he oído hablar de otros que han recibido sus poderes muchos años antes que yo.

-Ellos estaban preparados, tú no -me dice claramente.

Gruño y me dejo caer sobre el taburete al darme cuenta de que no puedo hacer nada. Nada más de lo que ya hago, es decir: intentar demostrar que me lo merezco.

-Bueno, ¿qué otra noticia tenías?

Lanza un leve suspiro, hace aparecer un taburete igual para él y se sienta frente a mí, con lo que ambos quedamos a la misma altura.

-Te van a asignar un aprendiz.

Tardo un poco en entenderlo. Al final me golpea el impacto de ese honor y me pongo a saltar de nuevo y a andar por toda la sala subterránea agitando el puño en el aire en señal de alegría.

-¡Un aprendiz! ¿Mío?

Arkarian no me quita la vista de encima. Cuando me detengo y lo miro para que me confirme todo lo que acaba de decirme, arquea las cejas y asiente con la cabeza.

El hecho de que el Tribunal me conceda esa responsabilidad debe significar que mis alas están al caer.

-Están cerca -me confirma Arkarian, que me ha leído el pensamiento como hace habitualmente-. Lo único que tienes que hacer es enseñar a tu aprendiz y llevar a cabo con éxito tu siguiente misión, y habrás conseguido las alas para tu próximo cumpleaños.

-¡Sí! Es fantástico, Arkarian. ¿Cómo lo has logrado?

Sonríe con benevolencia.

-Me gustaría atribuirme el mérito de tu ascenso, pero lo has logrado tú mismo con tu buen trabajo. Ahora que ya lo he admitido, no dejes que se te suba a la cabeza, tal y como creo que podría pasar. -Me mira seriamente-. Quieres demostrar que eres digno de confianza y que pueden concederte ese último poder, ¿no?

Asiento con mucho afán.

-Sí, por supuesto. -Regreso al viejo taburete de madera e intento sentarme y quedarme quieto el tiempo suficiente para asegurarme de que lo he entendido todo, pero mi pierna derecha no para de dar saltitos, de forma que pongo una mano encima para detenerla-. O sea, que lo que tú dices es que, si consigo instruir con éxito a ese aprendiz, podré tener las alas dentro de tres meses. -No mueve los labios, aunque dice mucho más con los ojos-. Esto tiene

truco, ¿no?

-En absoluto -responde rápidamente-. Pero tienes que conseguirlo con cierta urgencia... -Señala con la cabeza la esfera holográfica donde aparece el Palacio de Westminster-. No te queda mucho tiempo antes de tu próxima misión.

-¿Cuánto?

-Unas cuantas semanas.

¿Semanas? ¿En qué piensa Arkarian o el Tribunal? Cuesta varios años instruir a un niño pequeño. Eso ocurrió conmigo. Recuerdo algunas de las primeras clases: Arkarian fue paciente (porque en aquellos días yo era un patoso) pero implacable. Nos entrenamos en distintas habitaciones y me enseñó técnicas que la mayoría de la gente no aprendería en toda su vida, desde autodefensa hasta supervivencia. Sin embargo, pasaron años hasta que el Tribunal me consideró preparado para llevar a cabo mi primera misión.

-¿Sólo tengo unas semanas para instruir a un aprendiz?

Arkarian asiente con la cabeza.

-Pero no será tan duro como crees. Recuerda que tú no eras más que un niño cuando nos conocimos, lo cual no es haitual. Tu nueva aprendiza es más hábil de lo que crees. Es toda una experta. -Ríe entre dientes y se mira las manos, finas, por las que no han pasado los años-. Por sorprendente que parezca.

Yo aún estoy intentando asimilar lo de «aprendiza».

-¿Voy a entrenar a una chica?

-Exacto.

-¿Cuántos años tiene?

-Quince.

De repente, la idea de entrenar a una chica da un giro interesante.

-¿Ah, sí? -Arkarian inclina la cabeza y sonríe-. ¿Cómo se llama? ¿La conozco?

Se queda callado y se me ponen los pelos de punta. Tengo un mal presentimiento.

-Se llama Isabel -dice en voz baja.

A pesar de que es un nombre poco habitual por aquí y me acordaría de él, no me suena de nada. Arkarian sigue mirándome como si debiera conocer ese nombre o, como mínimo, a la persona. Poco a poco empieza a aflorar un recuerdo. «Isabel.»

-Creo que ese nombre me suena de algo. ¿Recuerdas que hace unos años mi mejor amigo se llamaba Matt? Su hermana pequeña se llamaba Isabel. Pero tú has dicho que mi aprendiz era una chica, no una niña. Y, además -rechazo esa idea loca rápidamente-, la Isabel que yo recuerdo era como un mono salvaje, un incordio para la sociedad; siempre nos seguía a Matt, a Dillon y al resto de los chicos cuando teníamos que hacer cosas importantes, como construir cabañas en el bosque, registrar el vertedero en busca de piezas de motos, jugar al rugby... Cosas así. No puede ser ella. -Arkarian me mira fijamente y esboza una sonrisa de complicidad-. No puede ser, Arkarian. Te digo que no puede ser ella. Isabel es una pesada. No hará más que molestar. No puede ser una persona adecuada para la Guardia. Debes creerme. No da más que quebraderos de cabeza. Debes ir a ver al Tribunal y decírselo. Esta vez se han equivocado.

-¿Cuándo fue la última vez que viste a Isabel, que hablaste con ella?

Aparto la mirada mientras intento recordarlo. En el colegio tenemos clases con alumnos de diferentes cursos, así que es posible que nos haya tocado juntos en alguna, pero entonces la habría visto. Recuerdo una vez, hace muchos años, cuando Matt aún era mi mejor amigo: unos cuantos chicos fuimos hasta el Arroyo del Diablo a nadar. Aquel día hacía mucho calor y nos bañamos en calzoncillos. Ninguno de nosotros había notado que Isabel estaba allí. Cuando Matt vio a su hermana medio subida a un árbol, la riñó por habernos seguido a escondidas. Los

demás nos reímos y nos burlamos de ella por intentar vernos medio desnudos hasta que se puso roja como un tomate. Bajó del árbol más rápido que un Ferrari y desapareció en el bosque. Nosotros volvimos a saltar al río desde una cuerda que habíamos colgado de un árbol. Ninguno de nosotros se dio cuenta hasta unas horas más tarde, cuando ya estábamos listos para regresar a casa, de que esa renacuaja nos había robado la ropa. Matt se enfadó muchísimo, Dillon se puso hecho una furia y empezó a insultarla de todas las formas posibles hasta que incluso su hermano se puso a la defensiva y tuvo que callarse. Nos tocó recorrer en bicicleta los doce kilómetros de vuelta a casa en calzoncillos.

Arkarian está esperando y me cuesta recordar lo que me había preguntado.

-Ah, sí, hace unos cuantos años que no veo a Isabel.

Muestra una de sus sonrisas de superioridad.

-Eso es lo que pensaba.

***ISABEL***

Llego tarde. Aunque, claro, eso es algo habitual en mí. Pero si me doy prisa aún podría llegar a tiempo de tomar el autobús, si no tendré que volver a ir andando. Las clases son una pérdida de tiempo. Preferiría estar en la cima de una montaña, haciendo rappel por un acantilado de cien metros.

-¡Isabel! -grita mamá desde abajo-. ¡Diez minutos! ¿Estarás lista?

De repente veo a mi hermano Matt apoyado en el marco de la puerta de mi habitación. No para de negar con la cabeza y me mira con cara de superioridad y pedantería, como siempre. Ya está vestido con el uniforme del colegio, lleva la mochila colgada de manera despreocupada de un hombro y es mucho más alto que yo. ¿Cuándo ha crecido tanto?

-¡Sí, claro! -exclama en tono sarcástico porque sabe que mamá no oirá ni una palabra-. Estará lista.

Lo único que quiere es que me enfade.

Le doy un empujón para sacarlo al pasillo, le cierro la puerta en las narices, saco el uniforme del armario, echo una mirada rápida a la habitación en busca de los zapatos y me lo pongo todo tan rápido como puedo. Con la camisa azul medio por fuera, me vuelvo hacia el espejo del tocador, me cepillo el pelo rápidamente y me lo recojo en una coleta.

Cuando abro la puerta, Matt continúa ahí. Me asusta y retrocedo, pero cuando recupero el equilibrio lo empujo de nuevo y paso junto a él.

-No tienes vida propia, hermano.

Me sigue por el pasillo.

-Mi vida sería mejor si fueras capaz de cuidar de ti misma, para variar.

Ese comentario hace que me vuelva súbitamente. Aunque no debería sorprenderme. Desde siempre recuerdo que Matt se ha tomado su «papel» de hermano mayor demasiado en serio. Cuando éramos pequeños y papá nos abandonó, Matt asumió el papel de padre. Al principio no me importaba, pero es que entonces éramos niños y a mí me encantaba la atención que me prestaba mi hermano, que era un año mayor que yo. Al cabo de poco empezó a molestarme, y ahora que tengo quince años, sus intentos por controlarme se han convertido en puro entrometimiento, y no lo soporto.

Lo miro a la cara, pero los retortijones de mi estómago me convencen de que deje el tema. Bajo las escaleras de dos en dos y voy corriendo hasta la cocina. Matt me sigue y se queda en la puerta.

-No tienes tiempo para desayunar. Te daré dinero para que puedas comprar algo en el comedor del colé. Algo sano.

Se me crispan todos los músculos del cuerpo, me giro y le echo una mirada asesina por encima del hombro.

-Tengo mi propio dinero, gracias. Ahora piérdete antes de que te corte en daditos con este cuchillo.

Empieza a volverse, pero no puede evitar lanzarme una advertencia.

-Cuidado con el cuchillo, es nuevo y está muy afilado.

¡Ooooh, me pone de los nervios!

-Sí, papá.

En cuanto pronuncio esas palabras, me arrepiento de haberlo hecho. Matt me mira muy serio y con el rostro desencajado; es como si de repente la tierra hubiese dejado de girar y el tiempo se hubiera detenido. No recuerdo a mi padre, pero, por lo que me ha contado mamá, mi

hermano lo odiaba y lo quería a la vez. Papá se emborrachaba a menudo, se ponía violento y luego iba a llorar como un bebé al hombro de Matt, que lo perdonaba al instante, a pesar de que aún tenía las marcas del cinturón en sus pequeños tobillos. Trago saliva y respiro profundamente.

-No lo decía por nada -añado.

Él asiente con la cabeza.

-Ten cuidado con el cuchillo, ¿vale?

Se va, y, medio aturdida, agarro una manzana y me dispongo a cortarla por la mitad con la idea de comérmela en el autobús, pero la reacción de mi hermano me ha trastornado. La manzana se me resbala hacia un lado y me corto la punta del dedo. La sangre empieza a manchar el cuchillo y la tabla de cortar. No puedo reprimir un grito.

Claro, ahora que de verdad lo necesito, Matt no aparece por ningún lado. Busco un trozo de papel de cocina, me envuelve el dedo y echo un vistazo rápido al corte. Es profundo.

-Genial, ahora seguro que necesito que me lo cosan. -Me aprieto la herida con fuerza e intento no pensar en el dolor agudo que siento desde la punta del dedo hasta la palma de la mano-. Cúrate, estúpido. ¡Cúrate, cúrate, cúrate!

-¿Qué pasa? -me pregunta súbitamente Matt desde la puerta.

Me quito el trozo de papel de cocina y le enseño la mano.

-¡Me he hecho un buen corte!

Se acerca rápidamente.

-Venga, déjame ver. Seguro que estás armando todo este jaleo por nada.

-Ya soy mayor para saber cuándo me he cortado. ¿Eres así de arrogante de nacimiento?

Me agarra la mano y se concentra en examinarme el dedo. Me lo sujeta entre el pulgar y el índice y lo mueve con mucho cuidado para verlo desde todos los ángulos.

-¿Qué haces? -Sé que Matt no frunce el ceño por preocupación, sino por diversión-. ¿A qué viene esa cara?

Da un resoplido y me contempla de una forma rara.

-¿Estás jugando conmigo a un juego estúpido que no conozco o qué?

-¿Eh? -Aparto el dedo de sus manos y me lo miro sorprendida. Levanto la mano al nivel de los ojos y examino la punta del dedo desde todos los ángulos posibles-. No me lo puedo creer -murmuro.

La sangre ha desaparecido y, para mi asombro, tampoco queda señal del corte. Nada. Noto que el dolor agudo también ha desaparecido. Bajo la mano y sigo observándola con incredulidad.

-Esto es imposible -murmuro entre dientes. Miro a mi hermano. Tiene que creerme-. Te lo juro, Matt, me he cortado.

Niega con la cabeza mientras se ríe de mí como si fuera una imbécil que estuviera intentando llamar su atención.

-A veces pienso que eres tan rara como Ethan.

Eso hace que levante la cabeza y lo mire fijamente a los ojos.

-No pensarás sacar el tema de Ethan, ¿no?

Lo hace continuamente porque sabe de sobra lo que sentía por su mejor amigo (ex mejor amigo, debería decir) desde que éramos pequeños. Da igual que intente convencerlo de que todo eso ya ha pasado, él sigue metiéndose conmigo sin parar. El único consuelo es que Ethan, espero, no sepa lo que sentía por él cuando era una niña y seguía a Matt y a sus amigos en busca de aventuras interesantes. No he sido una chica a la que le haya gustado estar metida en casa todo

el día. Nunca me han gustado esas aburridas fiestas para tomar el té ni jugar a vestir a las Barbies. Esa ropa para muñecas, que nunca se ajustaba bien, me daba ganas de ponerme a gritar. Yo quería escalar, saltar, correr, y aún me apetece, pero ahora me limito a practicar deporte. Y durante aquellos años no me pegué a Matt porque Ethan estuviera con él, a pesar de que mi hermano insiste en lo contrario. Tan sólo me gustaba hacer las cosas que hacían los chicos. Eso es todo.

Aunque hoy en día poco importa eso. Hace años que no salgo con Matt y sus amigos y Ethan no sabe ni que existo. Está en mi clase de Historia y estoy segura de que no tiene ni idea de quién soy. No ha dado muestras de haber percibido mi presencia ni una vez.

Oímos un ruido en la calle y Matt me tira del brazo.

-¡Venga! Ha llegado el autobús.

Miro rápidamente el lugar donde he dejado la manzana, la tomo de la tabla de cortar, agarro la mochila y salgo disparada hacia la puerta. Cuando estoy fuera le echo un vistazo a la media manzana que tengo en la mano y lo que veo me da tal susto que la fruta sale volando de mis dedos temblorosos. Pero, a pesar de que ha aterrizado en la hierba húmeda, aún puedo ver la gran mancha roja de sangre que tiene en la piel.

Mi sangre.

Del corte que ya no existe.

***ETHAN***

Isabel Becket va a ser mi aprendiza. ¡Qué mala suerte he tenido! No es que me importe porque sea una chica. No. Al principio estaba un poco sorprendido, pero sólo porque siempre me había imaginado que entrenaría a un niño emocionado y obediente, que se sorprendería al ir descubriendo cada nueva faceta del otro mundo. Pero ¿Isabel Becket?

Entro en clase de Historia y rápidamente busco un asiento libre en la última fila. Elegí esta asignatura hace seis semanas porque pensaba que estaría chupada para mí gracias a mis conocimientos personales sobre el tema, pero no contaba con que *Cara Caimán* Cárter fuera a ser el profesor. Hace años que me tiene manía y no sé por qué. Nunca le he hecho nada, por lo menos que yo recuerde. No empecé a llamarlo Cara Caimán hasta que me castigó por no llevar la camisa metida por dentro de los pantalones tres veces seguidas. ¡Qué patético! Me castigó porque había crecido demasiado rápido para mi uniforme. A partir de entonces, bueno, me pareció que el mote le iba que ni pintado. No es culpa mía que tenga una mandíbula inmensa llena de grandes dientes blancos.

Ese hombre me odia.

Por el rabillo del ojo veo a una chica que se dirige a toda prisa hacia el único sitio libre de la última fila. Echo un vistazo a la clase rápidamente y compruebo que los otros pupitres vacíos están delante de todo, bajo la nariz de Cárter, o, peor aún, al lado de la novia de Matt, Rochelle, en la penúltima hilera. Ella fue el motivo de que dejáramos de ser amigos.

No puedo sentarme ahí ni en broma.

El sitio de la última fila tiene que ser mío, así que empiezo a correr por el pasillo central como si de repente mi vida estuviera en peligro, pero la chica sigue por delante de mí y, si no tomo alguna medida drástica, acabaré sentándome tan cerca de Cárter que podré notar su olor o tendré que esforzarme para no establecer contacto visual, ni de ningún otro tipo, con la diabólica Rochelle. El mero hecho de pensar en esas dos situaciones hace que aparte a la chica de un empujón, para conseguir el pupitre que lleva escrito mi nombre. Ella se cae hacia un lado, en el regazo de Leanie Hall, en el momento en que me dejo caer en la silla y reclamo su propiedad.

-¡Eh! -grita Leanie mientras ayuda a la chica a levantarse y me mira enfadada-. ¿Qué te pasa a ti hoy?

-Lo siento -murmuro-. Tengo que sentarme en la última fila, Leanie. Ya sabes que Cárter me odia. Si estoy en su línea de visión no dejará de molestarme en toda la clase.

-Eso es porque tú siempre lo provocas.

-Pero ¿qué dices?

Esboza una pequeña sonrisa de incredulidad. -¿Estás bien? -le pregunto a la otra chica, que ahora está de pie y busca otro lugar donde sentarse-. Lo siento, no quería darte un empujón tan fuerte.

Asiente con la cabeza, traga saliva y observa el aula. -Toma -le dice de repente Leanie a la chica y le ofrece su excelente asiento de última fila. Luego me mira y exclama-: ¡Yo no tengo las mismas manías que Ethan! A mí me parece que el señor Cárter es muy atractivo.

Me quedo tan boquiabierto que me sorprende que la mandíbula no me llegue al suelo. No puedo creer lo que acaba de decir. ¿Cárter atractivo? Anda ya.

Leanie se va y la chica se sienta junto a mí, al otro lado del pasillo. Cárter entra en clase y empieza a farfullar algo, pero soy incapaz de concentrarme en lo que dice. Mi cabeza está muy ocupada observando a la chica que está junto a mí. Se examina de cerca un dedo que sostiene delante de la cara, como si fuera la primera vez que lo ve. De repente su cara empieza a

sonarme de algo. Ella se da cuenta de que la estoy mirando, baja la mano y se pone roja.

Por lo visto, Cárter también se ha dado cuenta. Se acerca por el pasillo central y se detiene a medio camino.

-¿Existe algún motivo concreto por el que su interés por el otro sexo resulte más obvio esta mañana, señor Roberts? ¿Es que de repente se ha despertado y ha descubierto que usted pertenece al sexo masculino?La clase se ríe.

-No, señor -murmuro con la esperanza de que me deje en paz.

Me observa como si no mereciera considerarme un ser humano, y al final regresa a su sitio y empieza a hablar sobre la clase de hoy: Alfredo el Grande y lo buen rey que fue, y comienza a explicarnos que, en su reinado de veintiocho años, ese monarca exhibió una gran destreza militar, excelentes dotes de gobierno y una fantástica habilidad para inspirar y motivar a ejércitos. Cárter está haciendo un buen trabajo hasta que se pone a describir el aspecto del rey Alfredo, la ropa que vestía y cosas así. Saca las descripciones de un libro de texto que, para variar, es inexacto e imparcial. Y aunque me encantaría corregir a Cárter y al libro, me callo. Tengo que hacerlo, porque si no podrían castigarme con la expulsión y borrarme la memoria por romper una de las tres reglas vitales de la Guardia.

Para quitarme de la cabeza las imprecisiones de la Historia, le echo otro vistazo a la chica de al lado en busca de ese algo que ha conseguido que mis neuronas reaccionen. Ella lo nota y me mira brevemente antes de fijar la vista en el pupitre. Pero con eso me basta. Tiene los ojos grandes y de color castaño, como los de Matt.

¡Es ella, Isabel, la hermana de Matt! Mi nueva aprendiza. Mira tú por dónde.

Le echo otro vistazo, por motivos científicos, por supuesto. Es que es la chica a la que voy a entrenar... Tengo que estudiarla, descubrir sus virtudes, por ejemplo; y, bueno, no la he visto desde hace muchos años. Excepto durante las últimas seis semanas, supongo, si ha estado en mi clase de Historia durante todo este tiempo.

Mientras observo su aspecto físico, me pregunto qué ha ocurrido. Parece una chica muy distinta a aquella niña canija que recuerdo. Aún es bastante baja, aunque ha engordado un poco. En algunos lugares, me refiero. Y ahora tiene el pelo más claro, mucho más que Matt. Es de un color rubio bañado por el sol, como si pasara muchas horas al aire libre.

Le miro las piernas y acto seguido comprendo que no he sido nada disimulado. Ella me mira.

-¿Ya has acabado?

Pero no puedo evitar mirarla, ya que de repente veo el entrenamiento de mi nueva aprendiza con otros ojos. Podría ser divertido. Un montón de días y noches trabajando juntos, enseñándole nuevas técnicas como combate cuerpo a cuerpo, esgrima, supervivencia en la naturaleza, cómo aprovechar el poder de su psique interior...

No me doy cuenta de que le estoy sonriendo al aire hasta que Cárter se lo comenta al resto de mis compañeros. Sus carcajadas me sacan de mi estado de ensoñación.

-¿Eh?

La clase se ríe aún más fuerte y las chicas se lanzan miradas divertidas entre ellas.

-Señor Roberts -dice Cárter en tono burlón-, ¿cómo es posible que se pase la mitad de las clases en la luna o molestando con sus payasadas y aun así sea capaz de mantener una media de sobresaliente en esta asignatura?

Oh, oh. Arkarian siempre me advierte que no dé pistas. Dice que es muy peligroso que alguien sospeche. Y se refiere tanto a miembros de la Guardia como de la Orden. Si se descubriera mi verdadera identidad, mi vida podría estar en peligro.

Quizá debería empezar a responder mal a algunas preguntas. En las otras asignaturas

no tengo ningún problema para suspender exámenes, por supuesto, pero después de vivir la Historia durante doce años es difícil confundir los hechos.

Cárter sigue mirándome con una ceja arqueada, esperando una respuesta.

-Ah, es que usted es un profesor excelente, señor Cárter.

Mi respuesta hace que la clase se parta de risa. Todo el mundo sabe que no lo puedo ver ni en pintura. Y que conste que no pretendo molestar a propósito en ninguna asignatura, pero ya tengo suficiente tristeza en casa, así que, ¿por qué iba a llevarla conmigo a rastras todo el día? Aunque a veces tengo que obligarme a recordar mi lema personal: disfruta de lo que puedas cuando puedas. Por lo menos la Guardia me proporciona un objetivo más allá de esta existencia mortal.

-Sería una buena idea que lo recordara, Ethan -me dice Cárter en voz baja, y se vuelve.

Pero su tono tiene cierto matiz amenazador y me deja una sensación de angustia en lo más profundo del estómago.

Con aspecto tranquilo e indiferente, Cárter se acerca a la pizarra y empieza a hablar del sistema penal que impuso el rey Alfredo, una versión arcaica de los tribunales de hoy en día. Decido no hacer caso de las extrañas sensaciones que noto y me uno a la discusión sobre el efecto que tuvo ese sistema penal en la gente de aquella época, pero al cabo de poco vuelvo a perder el hilo de la clase ya que mi cerebro es incapaz de concentrarse en algo que he vivido de primera mano mientras tengo tantas otras cosas en las que pensar. Entrenar a Isabel será el mayor reto que me ha propuesto la Guardia hasta ahora. Tengo que demostrar que soy capaz de superarlo. Quiero las alas más que cualquier cosa. Es la mejor forma de demostrar que soy digno merecedor de la responsabilidad. Digno merecedor de la recompensa.

Se me ocurre una idea que empieza a tomar forma en mi cabeza. El aspecto más difícil de mi entrenamiento fue superar mi incredulidad interior. Tuve que ver con mis propios ojos las alucinantes cosas de las que me hablaba Arkarian. Y sólo tenía cuatro años, una edad en la que realidad e imaginación están separadas por una línea muy difusa. Así que decido enseñarle a Isabel una parte de lo que puedo hacer e ir con cuidado para que no me vea nadie. Enseñarle algo poco importante, pero lo bastante como para despertar su interés.

De forma disimulada, sin llamar la atención, empujo mi bolígrafo hasta el borde del pupitre. Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no me mira nadie y hago que el boli empiece a dar vueltas. Durante unos instantes Isabel sigue mirando al frente, pero luego vuelve los ojos. Ve que el bolígrafo da vueltas solo y se queda pálida y boquiabierta. ¡Sí!

Ésa es la reacción que buscaba, de modo que no puedo reprimir una leve sonrisa. Pero entonces veo un par de pantalones a muy poca distancia. Levanto los ojos y descubro a Cárter de pie ante mí. Su mirada hace que una sensación de sofoco invada todas las células de mi cuerpo. Mueve la cabeza lentamente como si no pudiera acabar de dar crédito a mi estupidez, mientras entorna los ojos sin quitarme la vista de encima. ¡Mierda!

De repente la reacción de Isabel parece carecer de importancia. Acabo de cometer un gran error y me va a costar muy caro.

He infringido una regla vital: nunca revelar en público tus poderes.

ISABEL

Sale de la clase tan rápido que tengo que correr y esforzarme para seguirlo y no perderlo por los estrechos pasillos y la marabunta de estudiantes que cambian de aula. Corre en dirección a la puerta principal y la atraviesa sin detenerse para tomar aire.

-¡Eh, espera!

Se vuelve y me mira sorprendido. Ni siquiera sabía que he estado persiguiéndolo durante los últimos cinco minutos.

-¿Isabel? ¿Qué haces aquí?

Intento recobrar el aliento para hablar. En el fondo me alegro de que sepa mi nombre, pero aún me siento como la chica más imbécil del mundo.

-Ah, nada, sólo... me preguntaba...

-¿Te preguntabas qué?

-Me preguntaba adonde ibas. Quieres irte del colegio y sólo hemos dado tres clases.

Se acerca hasta donde estoy, delante de la puerta principal.

-Tengo que hablar con alguien importante y no puedo esperar hasta la tarde.

-Ah. ¿Y quién es? -No responde y le da una patada a una piedra. Obviamente no es asunto mío. ¿Por qué iba a decírmelo? Hace dos años que no hablamos-. Lo siento, no debería haber preguntado.

Se agarra a la verja de hierro, al lado de mis manos. De pronto tengo que concentrarme mucho para que mi respiración resulte normal. Sentimientos que hacía tiempo que creía muertos, o por lo menos enterrados profundamente, luchan por volver a la vida.

-Mira, quiero contártelo, pero tendría que empezar desde el principio y ahora mismo no tengo tiempo.

-¿Qué principio? No entiendo nada de lo que dices.

-Bueno, es que he hecho algo que no debería haber hecho.

-¿Ese truco con el bolígrafo?

Pone los ojos en blanco.

-Sí. A veces tengo la costumbre de hacer cosas y no pensar en sus consecuencias.

-¿Te acuerdas de que te he dicho que no entendía nada de lo que decías? -Arquea una ceja-. Pues me ocurre lo mismo otra vez.

Se echa a reír y empieza a parecerme un poco menos raro.

-¿Por qué has salido corriendo detrás de mí?

Se me acelera el pulso, pero lo que ha sucedido con el bolígrafo me hace pensar en el dedo que se me ha curado por arte de magia. Matt no me ha creído.

-Bueno, es que esta mañana me ha pasado una cosa rara, parecida a lo de tu bolígrafo.

-¿Ah, sí? -Tengo toda su atención, y por primera vez veo que sus ojos son de un azul intensísimo-. ¿Qué te ha pasado?

Doy un paso atrás. De pronto su presencia me abruma. Tal vez porque estoy a punto de decir algo que podría hacerme parecer una chalada.

-Estaba... -Hablo a trompicones-. Hum, bueno...

Señala mi mano con la cabeza.

-¿Está relacionado con el dedo?

Eso me pilla por sorpresa.

-¿Cómo lo sabes?

-Esta mañana me he fijado en que te lo mirabas como si de repente la uña te hubiera crecido diez centímetros o algo por el estilo.

Sus palabras me tranquilizan un poco.

-Me he cortado el dedo.

-Sí, ¿y?

Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no hay nadie cerca que pueda oírnos y luego levanto la mano.

-Le he gritado para que se curara y al cabo de unos segundos, bueno, se ha curado. -Me mira y entorna los ojos-. Se ha curado solo -repito por si no me ha entendido la primera vez.

-Bueno, bueno, así que Arkarian no exageraba lo más mínimo.

-¿Cómo dices?

-Nada. Mira, debes de estar muy confundida.

Así que él tampoco me cree.

-Todos los chicos sois iguales, ¿no?

-¿Qué?

-Se lo he contado a Matt y ha reaccionado igual que tú: incredulidad total.

-Espera un poco, Isabel, no me malinterpretes. Yo sí te creo.

Sus palabras me hacen callar al instante.

-¿De verdad?

-Sí, te creo, pero ahora no tengo tiempo para explicarte nada. Tengo un problema que he provocado yo mismo. No te preocupes, volveré. Te lo prometo. ¿Puede esperar tu curiosidad unas cuantas horas más?

-Sí, bueno, pero...

Echa a correr de nuevo, aunque se gira un momento para decirme una última cosa.

-No le comentes nada a Matt, ¿vale? No lo entendería.

Estoy de acuerdo en que Matt no lo entendería, pero debo saber más. Primero lo del dedo que se cura solo, luego el bolígrafo que se pone a dar vueltas solo. Las dos cosas han ocurrido el mismo día y me han dejado alucinada. Ahora él se va a ver a alguien porque no puede esperar hasta que se acabe el colegio. Bueno, la verdad es que yo tampoco puedo esperar. Todo es demasiado misterioso para mí.

Echo un vistazo a mi alrededor de nuevo y no veo a ningún profesor, únicamente a unos cuantos chicos que pasan el rato antes de volver a clase. Uno de ellos es Dillon Kirby, un amigo de Matt y también de Ethan, creo, pero al final se va y ya no queda nadie cerca. Salgo en la dirección de Ethan, igual de rápido que él, y echo a correr con todas mis fuerzas hasta que lo distingo otra vez. Me mantengo a cierta distancia y me escondo tras los árboles, rocas y arbustos siempre que vuelve la cabeza, algo que hace a menudo, como si me anduviera buscando a mí o a cualquier otra persona que pudiese estar pisándole los talones.

Lo sigo durante un rato, que a mí me parece una eternidad, hasta la cima de las cataratas. Es una buena escalada, casi en vertical. La mayoría de la gente de por aquí las llama «la montaña». Empiezo a preguntarme si ha valido la pena saltarse las clases cuando de pronto Ethan se detiene delante de una pared rocosa. También de repente en la roca aparece un agujero del tamaño de su cuerpo, y Ethan entra... ¡dentro de la montaña!

Me froto los ojos y me acerco un poco, pero sólo encuentro la pared. Voy hasta las rocas y toco el lugar por el que he visto entrar a Ethan, pero es duro y sólido y tiene algunos salientes afilados. Hay un sitio donde se ha acumulado un poco de suciedad y ha empezado a crecer la

hierba e incluso un árbol pequeño ha arraigado. Paso la mano por la zona por donde juro que he visto desaparecer a Ethan, pero nada parece fuera de lugar, nada se mueve.

Doy un paso atrás e intento recobrar un ritmo de respiración normal.

Todo esto es muy raro.

ETHAN

-¡Arkarian! -Lo llamo por quinta o sexta vez sin dejar de dar vueltas por la sala principal, en busca de alguna pista de su desaparición-. Arkarian, ¿dónde demonios estás? ¡Arkarian!

Al final aparece delante de mí, y aunque he visto cómo lo hace miles de veces, aún doy un paso atrás del susto mientras usa las alas y acaba de tomar forma física. Se sacude un poco y se quita una mota de polvo de la capa, sobre un hombro.

-¿Qué ocurre, Ethan? ¿A qué viene tanta prisa?

-Ha ocurrido algo horrible. ¿Dónde estabas?

Me lanza una mirada que raya en la intolerancia.

-No vivo aquí -murmura-. Por mucho que pueda parecer lo contrario a veces.

-Lo siento, Arkarian. ¿Te he molestado?

-Bastante. Ahora cuéntame lo que sucede. Tus pensamientos son demasiado confusos para que pueda sacar algo en claro de ellos.

Respiro hondo mientras Arkarian señala mis pies, hace brotar dos taburetes de madera y se sienta en uno de ellos. Pero yo no puedo estarme quieto y empiezo a dar vueltas por la habitación.

-He usado un poco... -Levanto una mano y junto el pulgar y el dedo índice hasta dejar un centímetro de separación entre ellos-, una parte pequeñísima y mínima de mi poder...

Arkarian me sigue con la vista por la sala.

-¿Te ha visto alguien?

-Sí.

-¿Isabel?

-No. Quiero decir, sí. O sea, quería que me viera Isabel, pero resulta que mi profesor de Historia...

-Ah, el señor Cárter.

-¿Lo conoces?

Asiente con la cabeza, pero no añade nada.

-¿Cómo ha reaccionado?

Al recordar la cara de Cárter me siento en el taburete e intento explicarme.

-Me ha mirado mal y ha fruncido la boca. Se ha enfadado, Arkarian. No entiendo por qué. Ha sido muy extraño.

-Se ha enfadado porque has revelado tus poderes y comprende las consecuencias de tu acto.

-Pero cómo iba a enfadarse, a menos... ¿Lo es?...

-¿Qué te ha pasado, Ethan?

Me viene a la cabeza la imagen de Isabel sentada en la clase. ¿Qué me ha hecho correr semejante riesgo? ¿Quería convencer a Isabel antes de haber hablado siquiera con ella? ¿En medio de una clase repleta de gente? De pronto se me ocurre que a lo mejor tan sólo intentaba impresionarla, pero descarto la posibilidad rápidamente. No soy tan tonto. Ni tan irresponsable. Seguro.

Arkarian arquea las cejas y me mira.

-Arkarian, yo tampoco puedo creer que lo haya hecho. La próxima vez tendré más cuidado, te lo prometo. -Me digo a mí mismo que también debo ser más prudente en casa al recordar el incidente de hace unos días, cuando explotó el despertador. ¿Qué habría sucedido si la puerta no hubiese estado cerrada y mamá hubiera pasado por delante en ese momento?-. ¿Qué me va a ocurrir?

-Una infracción de la seguridad es un acto punible, Ethan. Estoy seguro de que recibirás noticias del Tribunal dentro de poco. Supongo que te llamarán ajuicio antes de ir al Tribunal de Atenas. Pero recuerda el buen trabajo que has hecho para la Guardia. Y la próxima misión te proporcionará la oportunidad de demostrar tu talento y lealtad. Estoy seguro de que lo tendrán en cuenta.

Asiento con la cabeza algo aliviado.

-¿Qué debería hacer ahora?

-Nada.

-Pero ¿y Cárter?

-Yo hablaré con él.

-Es miembro de la Guardia, ¿no?

Arkarian asiente de mala gana y da muestras de que no le gusta tener que revelar la identidad de otro miembro de la Guardia.

-Es un coordinador de la Ciudadela.

-¡¿Qué?!

-Lleva más de veinte años en la Guardia y ahora su puesto ha quedado al descubierto.

-Yo no revelaré su identidad a nadie. ¡Lo juro!

-Hay dos problemas, Ethan: tú conoces la posición de Cárter y él debe conocer la tuya, de lo contrario podría sospechar que eres miembro de la Orden. -Suelto un gruñido al comprender que mi pequeño acto irreflexivo se ha convertido en una bola de nieve cada vez más grande que acabará en avalancha-. Es probable que ahora mismo esté tramando un plan para eliminarte.

-¡Tienes que decírselo!

-Además, existe la posibilidad de que te hayan visto más personas aparte de Isabel y Cárter. ¿Quién más había en el aula?

No quiero decirlo en voz alta. Sé que Arkarian me lee el pensamiento y ahora mismo no tengo la suficiente concentración para esconderle nada, pero quiere que pronuncie esas palabras a propósito.

-Todos mis compañeros -murmuro. Arkarian refunfuña.

-Es peligroso, Ethan. Tienes que entenderlo. Si alguien de la Orden te hubiese visto utilizar los poderes...

-Lo sé, lo sé.

-Y aunque hoy no hubiera nadie de la Orden en el aula, es muy fácil levantar sospechas. La gente habla y algunas situaciones raras llaman la atención y dan pie a la aparición de muchos rumores.

-Creía que estaba siendo prudente. ¿Qué probabilidades hay de que me viera alguien más?

-No lo sé. Piensa.

-A lo mejor una chica llamada Leanie; pero no, estaba en primera fila. Rochelle, la novia de Matt, estaba en clase, pero no tengo ni idea de si estaba mirando. -De repente noto como si la cabeza me pesara mucho y me la sujeto con ambas manos-. ¿Qué hago ahora?

-Mi consejo es que no hagas nada en absoluto. Levanto la cabeza y veo sus ojos de color violeta.

-¿Por qué nada?

-Es muy sencillo. El Tribunal se ocupará de tu infracción cuando esté listo; y si sigues actuando con normalidad, sobre todo delante de Marcus Cárter, cualquier otra persona que pueda haber visto tu truco pensará que ha sido ilusión suya. Además, tal vez no lo haya visto nadie y nos estemos preocupando por nada. Así que actúa como actúas habitualmente, sobre todo en el colegio, signifique lo que eso signifique. -Me mira y sonríe. Yo no estoy para risas y le sostengo la mirada-. Será lo mejor para evitar levantar sospechas de nadie. Hablaré con Marcus antes de que saque una conclusión equivocada.

-Prométeme que hablarás con él rápidamente.

Arkarian me da una palmadita en un hombro para consolarme.

-Lo haré, pero no estará contento contigo.

-Me muero de ganas de que llegue la clase de Historia de mañana.

-No dejes que el miedo te consuma. Tu trabajo para la Guardia no ha hecho más que empezar. Vas a entrenar a tu primer aprendiz. Los instructores son seleccionados con sumo cuidado y se les mira con honor y orgullo. En tu caso, sólo te han dado tres semanas para preparar a tu aprendiza para la primera fase de su iniciación. Te acompañará a Inglaterra al año mil trescientos setenta y siete para ayudar al futuro rey Ricardo II. Pero sólo como observadora. Esa misión le servirá a Isabel para romper el hielo, la preparará mentalmente para que pueda hacerse cargo de la suya propia en las próximas semanas. Así que debe observar con detenimiento.

-Lo entiendo.

-De acuerdo. También existen ciertos riesgos.

-Isabel no correrá peligro, ¿no?

Hace una pausa larga y elige bien las palabras antes de pronunciarlas.

-No si la preparas bien.

ETHAN

Tengo que ver a Isabel. Debemos empezar el programa de entrenamiento. ¡Rápido! Pero antes debe entender lo que le está ocurriendo a ella misma y a su alrededor. Arkarian me ha aconsejado que no se lo cuente todo de golpe. La Profecía, por ejemplo, es la parte más difícil de asimilar y puede esperar. Por mucho que se trate de una misión de observación, mentalmente tendrá mucho trabajo, sobre todo en lo que se refiere a aceptar ese otro mundo que existe dentro del mortal, el único que comprende hasta ahora.

No va a resultar fácil.

Sobre todo porque Isabel es la hermana de Matt y él es tan protector como un padre. Incluso más, creo. ¿Cómo voy a poder evitarlo incluso para hablar con Isabel? Ya no confía en mí después de lo que ocurrió con Rochelle, que es el motivo por el que no he vuelto a pasar por su casa en los últimos dieciocho meses, como mínimo.

Recuerdo la primera vez que Rochelle apareció en Ángel Falls. Matt y yo nos sentimos atraídos por ella desde el primer momento. ¿Y a quién no le habría ocurrido lo mismo? Era tan... fascinante y, bueno, guapa, con aquella larga melena negra y brillante, unos ojos de un verde asombroso y una piel dorada por el sol. Tenía una sonrisa increíble, y cuando te sonreía creías que lo hacía sólo para ti. Al principio pensé, incluso podría haber jurado, que le interesaba yo. Noté que había algo entre los dos, que se establecía un vínculo profundo e inexplicable. Sentí algo que me llegó hasta el fondo del alma. Pero sus señales se volvieron confusas rápidamente. ¿Estaba Jugando con mis sentimientos y los de Matt? Ni siquiera hoy 1° sé. Sin embargo, ella sabía desde el principio que Matt y yo éramos muy buenos amigos. La tensión que había entre los tres fue aumentando, y como Matt se mostraba cada vez más interesado por Rochelle, decidí apartarme porque notaba que nuestra amistad corría peligro. Supongo que pensé que si Rochelle me quería a mí, el hecho de que yo abandonara la lucha la obligaría a escoger. Pero me dejó marchar y mi amistad con Matt no se recuperó jamás.

Al final resultó más fácil romper toda relación con Matt. Mi presencia lo alteraba y un día estalló y me dijo que ya no podía confiar en mí y que tenía que dejar de tirarle los tejos a su novia. Yo no sabía de qué me estaba hablando. Nunca había intentado robarle a Rochelle, aunque a veces, incluso hoy, cuando nos encontramos por casualidad, noto algo... No sé, a lo mejor es culpa de mi ego maltrecho que piensa que aún podría ser mía si lo intentara con suficientes ganas. No es que piense hacerlo. En absoluto. Rochelle ya jugó una vez con mis sentimientos y arruinó mi amistad con Matt. No soy idiota.

Y ahora voy a tener que pasar bastante tiempo con la hermana de Matt. Mucho tiempo.

Llego a la puerta de la casa de los Becket y veo las grietas de las planchas de madera y la pintura que se desconcha en los bordes. Por lo demás, la casa está casi como la recuerdo: una casa blanca de dos pisos, tranquila, al final de un camino solitario y poco iluminado que limita con un parque nacional.

Respiro hondo y llamo dos veces con la aldaba de bronce, que está algo oxidada.

Al cabo de un instante Matt abre la puerta. Me ve y arquea las cejas. Ha crecido; tengo que levantar la vista para mirarlo a los ojos. Bueno, hacía bastante que no estábamos tan cerca. Pero aparte de esos centímetros no ha cambiado en absoluto. Me acuerdo sobre todo de sus ojos de color castaño intenso; eran como dos ventanas para ver sus sentimientos. Y ahora me está mirando con una expresión que hace que me apetezca apartar la vista rápidamente. Trago saliva.

-Hola, Matt. Cuánto tiempo.

Me mira sin decir nada durante más rato de lo que se considera educado.

-¿Qué haces aquí?

-Eh...

-Me han dicho que hoy te has saltado varias clases. Cárter te estaba buscando. ¿Te has metido en líos?

Se me hace un nudo en la garganta, pero intento no parecer preocupado.

-No, no me he metido en líos. Es que Cárter... -Hago una mueca-. Cárter. Todo el mundo sabe que me tiene manía. No necesita una excusa para buscarme. -Y le pregunto enseguida, antes de perder los nervios-. ¿Está Isabel en casa?

Matt se queda petrificado y responde lentamente: . -Sí. ¿Por qué?.

-Quiero hablar con ella.

Mueve la mandíbula de manera extraña, de izquierda a derecha.

-¿Para qué?

Por suerte aparece Isabel y aparta a Matt para ver quién hay en la puerta. Se sorprende un poco.

-Ethan...

-¿Podemos hablar? -le pregunto mientras intento no dejarme llevar por la hostilidad que desprende Matt.

Isabel lanza una fugaz mirada a su hermano que obviamente significa «Ya te puedes ir», pero él no se da por aludido.

Se crea un silencio incómodo y Matt lo rompe.

-¿Tienes algo que decirle a mi hermana?

Isabel gruñe como si no pudiera creerse lo idiota que puede llegar a ser su hermano. Decido poner fin a esa situación de inmediato.

-Sí. -Me vuelvo hacia Isabel-. ¿Quieres ir a dar un paseo?

-¿Contigo? -exclama Matt, y se echa a reír.

Isabel le lanza una mirada que podría hacerlo arder en aceite si tuviera ese poder paranormal en concreto. De pronto se me ocurre que a lo mejor sí lo posee. Será divertido averiguarlo, pero ahora mismo debo quitarme de encima a Matt.

-Sí, conmigo. ¿Por qué te hace tanta gracia?

Se ríe con tanta fuerza que tiene que agarrarse al marco de la puerta con una mano para no caerse.

Isabel frunce el entrecejo, mira a su hermano, a mí y luego otra vez a Matt.

-Ah, ya lo entiendo. Me queréis gastar una especie de broma.

Oh, oh. Ahora ella lo malinterpreta y empieza a parecer muy enfadada.

-¿Es eso, Ethan? -me pregunta mirándome muy seria-. ¿O me estás pidiendo que salga contigo?... -Se detiene y se sonroja levemente.

Pero ahora soy yo el que me enfado. Mi primer instinto es tumbar a Matt de un puñetazo aquí mismo, en la puerta, pero comprendo que eso no me serviría de nada. Tengo que lograr que Matt se mantenga al margen para que no le dé demasiado la paliza a Isabel, porque a partir de ahora va a pasar un montón de tiempo conmigo. Así que si le pido una cita no se apartará de ella jamás. Y tampoco me apetece que Isabel se haga una idea equivocada. Creo recordar que cuando éramos pequeños estaba colada por mí. Estoy seguro de que ahora ya no siente lo mismo, pero aun así no quiero arriesgarme a herirla. Necesito otra excusa. Rápido.

-No te está pidiendo que salgas con él -tercia Matt en tono sarcástico, calmándose por fin.

Isabel me mira con expectación. No estoy muy seguro de lo que significa su mirada. ¿Quiere que le pida salir? Hace años que no hablamos, así que en el fondo es como si no la conociera. De repente se me ocurre un motivo que podría funcionar.

-Es por el trabajo de Historia.

-¿Qué? -replica Isabel volviendo a fruncir el entrecejo.

-Ya sabes, los deberes. -Le hago gestos con los ojos para que me siga la corriente-. Tenemos que hacerlos en parejas, ¿te acuerdas? Seguramente por eso me buscaba Cara Caimán hoy. Vamos a tener que trabajar un montón. Se me ha ocurrido que podríamos empezar a preparar un plan de trabajo cuando he visto que Cárter nos ponía juntos.

Frunce aún más el entrecejo, pero tampoco me está acusando de ser un mentiroso descarado. Nuevamente Matt mueve la mandíbula de lado a lado.

-¿Cuánto vais a tardar?

Isabel me mira para que responda. Parece que se empieza a divertir con la situación.

-Bueno, una hora más o menos -contesto vagamente. No me apetece que Matt venga a buscarnos al cabo de sesenta minutos exactos-. La Historia es una asignatura muy importante.

Matt no se muestra muy impresionado, pero se da por vencido.

-¿Te ha dicho alguien alguna vez que tienes un interés enfermizo por esa asignatura? Corren rumores de que siempre sacas sobresaliente.

-Sí, bueno, creo que eso va a cambiar.

Matt se pone a la defensiva.

-¿Qué insinúas? ¿Que trabajar con mi hermana te va a bajar la nota?

Debo aprender a pensar bien en las cosas antes de reaccionar o de abrir la bocaza. Isabel salva la situación pegándole a su hermano en el brazo con el dorso de la mano y diciéndole*

-No seas idiota. -Y a mí me dice-: Espera un momento mientras voy a por el cuaderno.

ISABEL

Por un instante pienso que Ethan me está pidiendo que salga con él de verdad, pero al cabo de poco me doy cuenta del estúpido plan que se le ha ocurrido. ¿Cómo se me ha podido pasar por la cabeza que puedo interesarle? Tengo que ir con cuidado para que él tampoco crea que me gusta. Porque no es cierto. En absoluto.

Lo que yo siento es una gran curiosidad, y también confusión, aparte de que estoy alucinada. Que esta mañana se me haya curado el dedo solo ha sido muy raro. No puedo explicarlo. Espero que Ethan sí. Aunque no sé por qué iba a poder él. Pero en clase ha hecho eso con el bolígrafo y también ha sido raro que haya entrado en la montaña. No pienso decirle que lo he visto. ¿Qué pensaría si se enterara de que lo he seguido? Quizá le recordaría a cuando lo seguía por todos sitios cuando éramos pequeños.

¿En qué demonios estoy pensando? ¿Es que esta mañana me he levantado en un universo paralelo o qué? Yo no le gusto lo más mínimo a Ethan. Y lo de que haya conseguido atravesar una pared de roca debe tener alguna explicación.

Mientras le voy dando vueltas a esos inquietos pensamientos, observo a Ethan, que de pronto saca una linterna. Miro al cielo. Está azul, y aunque es la última hora de la tarde aún hay mucha luz natural. ¿Qué le pasa a este chico? ¿Está loco?

-¿Para qué la quieres?

-Oscurecerá cuando todavía estemos de camino.

Me paro en seco al oírlo.

-Le has dicho a Matt que sólo tardaríamos una hora.

-Le he dicho que tardaríamos una hora «más o menos», lo que me da cierto margen.

-Matt no entiende de márgenes.

Masculla algo para mostrar que está de acuerdo conmigo. -¿Por qué es tan...? -empieza él.

-¿Paternalista? -Se encoge de hombros y asiente con la cabeza-. Cuando yo era pequeña, y quiero decir muy pequeña, mi padre... Bueno, las últimas palabras que mi padre le dirigió a Matt fueron que cuidara de su madre y de su hermana de la forma en que él no había sido capaz. Y Matt se las tomó al pie de la letra.

-No sabía que tu padre hubiese muerto.

-No está muerto... -No me gusta mucho hablar de ese tema porque me resulta muy incómodo. Pero curiosamente puedo hablar de él con Ethan con toda naturalidad-. Se fue de casa porque era alcohólico y, bueno, se dio cuenta de que tenía que irse para no seguir haciéndonos daño. -Pero os hizo más daño al irse, ¿no? De repente soy incapaz de tener los dedos quietos, como si me hubieran empezado a picar un montón de pulgas. Estiro las manos y hago crujir todos los nudillos.

-Qué va. Yo era demasiado pequeña cuando se fue. Ethan me observa como si no acabara de creerme. Yo no le presto atención, sigo mirando al frente, y entonces me pregunta:

-¿Os maltrató?

-Eso dicen. -Sigue un silencio incómodo. No me apetece hablar más del tema-. Mira, mi padre era un borracho y le pegaba a mi madre y a veces...

Me callo antes de contarle las experiencias de Matt bajo la correa de cuero de papá. Matt no querría que Ethan lo supiera. Tiene muy mala opinión de él. De niños eran inseparables, pero ahora Matt dice que Ethan ha cambiado, que se ha vuelto egoísta y engreído. Ethan empieza a silbar una canción alegre; me parece una falta de tacto teniendo

en cuenta el tema del que estamos hablando. Se me ocurre que es probable que Matt esté en lo cierto. Y lo murmuro entre dientes. Me oye.

-No sé nada sobre el sufrimiento de vivir en una casa en la que hay malos tratos, Isabel...

-Ahora yo no sufro por nada -afirmo tajantemente. Vuelve a mirarme con incredulidad, pero prefiere no hacer ningún comentario.

-Pero entiendo el dolor de la separación, de perder a un miembro de tu familia, ya sea a causa de un divorcio o...

Sus palabras me sorprenden y entonces recuerdo la historia de la muerte de su hermana. Yo era demasiado pequeña para darme cuenta de ello en aquel momento, pero Matt y mamá la han mencionado alguna vez a lo largo de los años.

-¿Cómo murió tu hermana?

Al principio pienso que no va a responder, aunque luego se encoge de hombros y responde:

-Es un poco misterioso.

-¿Ah, sí? Creo que mi madre decía que había estado enferma.

-La autopsia señalaba como causa una gran hemorragia cerebral provocada por un extraño aneurisma que debía de tener de nacimiento.

-Es terrible.

-Pero sólo tenía diez años y nunca había mostrado síntomas de la enfermedad. Ni siquiera un dolor de cabeza.

-¿Cómo lo superasteis?

Aparta un tronco medio caído que nos corta el paso.

-No me acuerdo de nada -contesta rápidamente.

-Seguramente eras demasiado pequeño.

-Tenía cuatro años -dice, y de repente se estremece.

Empiezo a desear que nunca nos hubiéramos puesto a hablar del tema.

-Yo no recuerdo muchas cosas de cuando tenía cuatro años -comento en voz baja. Ésa fue la edad en que nos abandonó mi padre.

Ethan se sacude como si quisiera deshacerse del recuerdo.

-Creo que mi padre fue el que se lo tomó peor.

-¿Cómo?

-Sí, desde entonces no ha vuelto a ser el mismo.

-¿Por qué?

-Mamá dice que era más sociable, más atrevido. Un hombre audaz. Alguien con quien te gustaba estar. Alguien de quien yo me habría sentido orgulloso.

Pienso en lo que sé del señor Roberts ahora, que vende sus artículos de marroquinería en uno de los talleres de artesanía del Ángel Falls Café. Es un hombre callado y modesto que apenas habla.

-Es un artesano con talento. Sus artículos de piel son preciosos.

-Mi madre dice que podría haber llegado a ser lo que él hubiese querido.

-A lo mejor eso es lo que quiere.

-Entonces, ¿por qué no sonríe nunca? Mi casa parece un velatorio.

Mientras pienso en lo que sería vivir con una persona que nunca sonríe, Ethan me toma de un brazo y me arrastra detrás de un arbusto que está floreciendo.

-¿Qué pasa?

Me obliga a agacharme más, se pone un dedo en los labios y frunce el entrecejo, como si no estuviera muy seguro de lo que hacemos. Su reacción me invita a pensar que estamos haciendo algo que no deberíamos. Como cuando se ha ido corriendo esta mañana sin dejar de mirar por encima del hombro. Se levanta con gran cautela para echar un vistazo y luego sonríe aliviado.

-No es nada -contesta, y me tira de la manga del jersey para que siga andando.

Miro un momento hacia atrás y veo a un fotógrafo que saca fotos del valle que hay más allá de las montañas. Sin embargo, la inquietud de Ethan despierta mi curiosidad.

-Dime por qué me has traído aquí.

-Quiero enseñarte una cabaña. De hecho, ahora ya no es ni eso. Tan sólo quedan los restos. Allí podremos hablar.

-¿Una cabaña abandonada? ¿En medio del bosque? Me pregunto por qué no le has dicho a Matt adonde vamos...

Sigue andando sin hacer caso de mi sarcasmo en dirección a una zona de bosque más espesa. Al cabo de poco enciende la linterna ya que la bóveda formada por las copas de los árboles es cada vez más espesa y no deja pasar la luz del atardecer. Empiezo a sentir escalofríos y agarro a Ethan del brazo.

-Eh, creo que deberíamos regresar.

Él se detiene y se vuelve.

-¿Por qué? Ya casi hemos llegado.

Con un amplio movimiento del brazo señalo el bosque tenemos alrededor, cada vez más frondoso.

-Aquí sólo hay árboles y se hace más oscuro cuanto más adentramos. Da miedo.

Pero entonces él dice:

-¿Dónde está ese incordio de niña que conocía yo, que no podía parar de subirse a los árboles, saltar por precipicios y meterse en líos?

Ladeo la cabeza. Está apelando a esa parte de mí que tanto me ha costado siempre negar.

-¿Cuánto nos falta? Exactamente.

-Diez minutos, te lo prometo.

-¿Y cuando lleguemos a esa cabaña deshabitada y medio en ruinas me dirás cómo me he curado yo sola esta mañana?

-Te lo juro.

Me tiene en sus manos y lo sabe. Ni siquiera espera la respuesta y se echa a correr hacia delante. Tengo que apresurarme para alcanzarlo. Al cabo de diez minutos más o menos, se detiene y empieza a apartar enredaderas. Lo sigo, y antes de que pueda darme cuenta estamos bajo unas viejas vigas de madera.

-Ya hemos llegado -anuncia.

Doy una vuelta entera y me pregunto dónde está el resto de la cabaña. Después de diez minutos de apartar enredaderas aparecen los restos de una chimenea de ladrillos y parte de una pared casi derruida. Al parecer, es todo lo que queda de la cabaña, aparte de las dos vigas y de unos cuantos postes de madera podridos.

-¿Esto es todo? -le pregunto.

Él asiente todo orgulloso.

-¿Qué opinas?

Estoy empezando a pensar que este tío es más raro que un perro verde.

-Creo que es mejor que no lo sepas.

Se pone a andar por la cabaña y se detiene de vez en cuando para describir la habitación, las dos habitaciones, dice.

-La mampara estaba aquí. -Con una mano traza una línea imaginaria que cubre dos tercios de las vigas que quedan y luego señala al otro lado de mi hombro-. Aquí había una ventana pequeña. Lo recuerdo claramente. Tenía cortinas de percal recogidas con dos lazos de color amarillo intenso que hizo Rosalind. Ahora que lo pienso, lo hacía todo, incluida la ropa de la familia. -Una expresión de cariño algo confusa recorre su cara-. Le gustaba poner un toque de color siempre que podía. -Me mira-. Su ropa era muy gris. La mitad de las veces tenía que hacerla de sacos de arpillera viejos. -Anda hasta el otro extremo de la habitación imaginaria y pasa la mano por un objeto imaginario-. Aquí es donde estaba la cocina de leña. El pan que hacía es el más bueno que he probado nunca.

Esas palabras me resultan bastante raras. Empiezo a estar un poco nerviosa. ¿Cómo es posible que Ethan haya probado un pan hecho aquí o haya visto unas cortinas de percal?

-¿Ves ahí? -Señala algún lugar por encima de mi hombro izquierdo. Me vuelvo para mirar-. Es donde Rosalind colgaba el retrato de familia. Fue un regalo hecho a mano. Y fue la única vez que se permitió mostrar algo de orgullo.

-Ethan, ¿quién era esa gente?

-Familiares -responde como si yo debiera saberlo.

-Vale, pero es extraño que sepas tanto sobre ellos, como si... los hubieras investigado muy bien.

Me callo porque soy demasiado cobarde para preguntar lo que de verdad me apetece preguntar. No puede haber vivido aquí. Es posible pensar que quisiera vivir aquí ya que su casa parece un lugar deprimente, pero Ethan no se refiere a eso.

-Los he investigado muy bien. De primera mano.

Esto ya es demasiado raro. Decido ser valiente.

-Pero la gente que vivió aquí...

-Murió hace más de cien años.

-Entonces... ¿cómo...?

-¿Sé tanto del lugar donde vivían? -Asiento con la cabeza, asustada y sin habla-. Es muy sencillo. Mira, la mujer que vivía aquí, Rosalind Maclean, era una antepasada directa mía. Una tatara-algo por parte de mi madre.

-Aja.

-Y yo viví aquí con Rosalind y sus hijos, con los seis, durante tres meses. Tres grandes meses, a decir verdad.

Ahora estoy totalmente aterrorizada. Ethan es muy raro. Después de todo, Matt hacía bien en desconfiar de este chico. Obviamente sabía algo. Bueno, ojalá me hubiera contado antes de qué se trataba. Aquí estoy, en uno de los lugares más aislados del parque nacional, a solas con este chalado, casi a oscuras.

Creo que me he metido en un buen lío.

ETHAN

Sé que estoy yendo demasiado rápido para ella, pero es que tampoco tengo mucho tiempo. El objetivo principal de esta tarde es lograr que crea aunque tenga que asustarla. La incredulidad es el obstáculo más difícil de salvar. Debo conseguir que se olvide de sus prejuicios y que entienda que existe algo más aparte del mundo mortal en que le han enseñado a creer, que existe lo paranormal.

Se deja caer de piernas cruzadas en el suelo de tierra húmeda y no para de negar con la cabeza entre las manos. Entonces la levanta y me lanza una mirada sombría con los ojos casi cerrados.

-Estás empezando a darme miedo. Creo que deberíamos irnos.

-Pero aún no te he explicado...

Levanta una mano y me señala con un dedo.

-Es verdad, no me has explicado nada. Cuéntame cómo me he curado el dedo.

Me siento delante de ella.

-Eres una sanadora.

-¿Qué?

-Me lo ha confirmado Arkarian...

-¿Por qué no paras de mencionar ese nombre? ¿Quién es Arkarian?

-Es mi... -intento encontrar las palabras adecuadas para que me entienda-, mi supervisor de zona.

Me mira con los ojos entrecerrados.

-¿Como si fuera tu jefe?

-Sí, más o menos. Bueno, sí, pero no me pagan.

Murmura algo incomprensible.

-¿Trabajas gratis? No me lo creo, Ethan.

-Vaya, gracias. Pienses lo que pienses de mí, no soy un mercenario. Las recompensas de este trabajo sobrepasan con creces cualquier pago con dinero.

-Ya -replica, como para seguirme la corriente, y acerca un poco más la cabeza-. ¿En qué consiste exactamente tu trabajo?

Hum, Arkarian me ha dicho que vaya paso a paso. En otras palabras, que le cuente lo suficiente para que lo entienda todo sin que se quede muy alucinada y sin eliminar toda posibilidad de que crea lo que le revele en el futuro.

-Soy como un guardián. Bueno, de hecho soy un guardián. Fui aprendiz durante mucho tiempo y ahora ya soy instructor.

-¿Y qué guardas, Ethan? ¿A las chicas?.

-Muy graciosa. No, no guardo a las chicas, aunque esa idea tiene su lado bueno. Soy un guardián del tiempo. En concreto, de la Historia. Mi trabajo consiste en asegurarme de que todo ocurra como se supone que debería, tal y como ocurrió en el pasado.

Escucha atentamente y arquea las cejas en señal de incredulidad total.

-Sí, claro.

-Sé que es un concepto difícil de comprender, así que no te preocupes si no puedes asimilarlo todo de golpe ahora. Lo que quiero que aceptes esta tarde es que existe otro mundo dentro de nuestro mundo mortal, en el que el tiempo no se mide de la misma manera. Existen

muchas facetas. Imagínate un cristal que es casi redondo.

El único signo de que me está escuchando es que ha entrecerrado los ojos, pero entonces me pregunta:

-¿Estás intentando decirme que en ese otro mundo el tiempo es redondo como una esfera?

-Más o menos, pero recuerda que sólo estamos hablando sobre la medición del tiempo, que es, por cierto, un concepto muy mortal.

-¿Ah, sí?

-Sí, y, bueno, existe un lugar llamado la Ciudadela. Es enorme. No puedes hacerte idea, hay tantas salas y pasillos Que podrías pasarte toda la vida andando y no los verías todos. Además, ahí dentro no se mide el tiempo.

-¿De verdad?

-Mira, hace mucho tiempo...

-¿Tiempo mortal? -replica en tono burlón.

Intento no hacer caso de ese tono con la esperanza de que mi explicación la ayude a desentrañar el misterio.

-Sí, tiempo mortal. Hubo ciertos problemas y, bueno... -Pero es imposible no hacer caso de su mirada. No se está creyendo nada de lo que le estoy contando. Tengo que explicárselo de la manera más simple posible-. ¿Conoces los mitos?

-¿Cuáles?

-Los griegos. Y los babilonios, que son anteriores.

-Hum, ¿estás hablando del mito de la creación y de que se supone que todo se creó a partir de una neblina llamada Caos?

Sonrío de modo esperanzador y continúo.

-No ocurrió así exactamente. Verás, Caos es una mujer, una inmortal muy inquieta.

Frunce un poco las cejas.

-Has dicho eso en presente.

-Así es.

-¿Qué me quieres decir, Ethan? Me estás asustando otra vez.

-Lo que intento decirte es que todos nuestros problemas empezaron hace miles de años, cuando una diosa muy aburrida decidió crear un poco de caos. Encontró una manera de alterar el pasado. Al principio lo hacía sólo por diversión, pero le proporcionó una gran sensación de poder sobre sus iguales.

-¿Los otros dioses?

-Sí. Resulta que esa diosa empezó a hacer experimentos y al cabo de poco tiempo descubrió que al alterar las vidas pasadas podía cambiar el presente. Se dio cuenta de que si cambiaba suficientes hechos del pasado podría crear un futuro que la hiciera todavía más poderosa. Al final, su único objetivo fue el dominio total... del mundo. Cuanto más cambiaba las cosas en beneficio propio, más poder obtenía. Con el paso de los siglos se fue obsesionando cada vez más con la idea. Empezó a reclutar un ejército propio y creó una especie de orden. Los que formamos parte de la Guardia la conocemos como la Orden del Caos. Por su culpa y la de su Orden se creó la Guardia. Y es irónico que nos refiramos a ella como la «orden», porque sus ejércitos, y el resultado de sus acciones, crean cualquier cosa menos orden.

Isabel no dice ni una palabra, se limita a mirar con esos grandes ojos castaños que tiene, que parecen oscurecer a cada segundo que pasa. Entonces suspira y sacude la cabeza.

-Eso es absurdo. Si fuera verdad, ¿por qué no vemos ninguna prueba física de ello en el

mundo de hoy?

-Hay muchísimas pruebas, mira a tu alrededor. El resultado de ese trastorno caótico es la hambruna, las plagas, las inundaciones, la guerra, la hostilidad...

Se burla de mí.

-Todas esas cosas son naturales o desastres provocados por el hombre.

Creo que está siendo muy tozuda. Ni siquiera intenta permitir que la idea tome forma en su cabeza.

-Vale, mira, ¿y si te digo que tú y yo somos parte de una profe..., de un plan?

-¿Qué tipo de plan?

-Un plan para proteger la Historia y mantener un presente estable para que, y ésta es la parte importante, el futuro se desarrolle tal y como... -La estoy perdiendo de nuevo-. Da igual.

Isabel resopla con fuerza.

-¿Por qué iba a creer ese rollo que me acabas de contar? Estás completamente loco. ¿Te has tomado algo?

-¿Y tú te habías tomado algo cuando te has curado el dedo esta mañana? ¿Era real la herida o sólo producto de tu imaginación?

Se mira la mano. Enfoco la linterna hacia los dedos. Suspira y se mueve con inquietud.

-No lo sé. A mí me ha parecido muy real.

-Ha sido real. Tú sabes que lo ha sido. Te has curado a ti misma porque deseabas que ocurriera. Eres una sanadora y se acerca tu momento; por eso tus habilidades están empezando a salir a la luz.

Por un instante pienso que lo acepta, pero entonces resurge su escepticismo humano y niega con la cabeza.

-Es demasiado inverosímil. Es imposible que esté pasando todo lo que has dicho.

De repente se me ocurre una idea. Sólo hay una forma de conseguir que crea rápidamente.

-Espera, no te muevas.

Me levanto pensando que sólo tengo que usar mi otro poder. Cierro los ojos e imagino cómo era exactamente la cabaña cuando la visité en 1858, hasta la chimenea de ladrillos, la cocina de leña y la ventana con las cortinas de percal.

-¡Oh, vaya!

La leve exclamación que lanza mientras se tambalea al ponerse en pie me hace abrir los ojos y mirar mi trabajo. Ahora la cabaña está completamente restaurada, incluso están la mesa y las sillas de cedro, las literas con sus sábanas bastas y sus colchones llenos de bultos, el retrato de la familia sobre la chimenea... Y, por supuesto, no tendría el ambiente ideal si no ardiera una hoguera y si faltara el cálido aroma del pan recién hecho que sale del horno.

Isabel me toca un brazo con mano temblorosa; tiene la boca y los ojos abiertos de par en par.

-Ethan, ¿cómo...?

Es justo la reacción que estaba buscando. Completo asombro.

-Se trata de una ilusión. Es una de mis dos habilidades. La otra me la has visto usar esta mañana en clase. ¿Te acuerdas del bolígrafo?

Asiente con la cabeza mientras, embobada, sigue observando la habitación transformada.

-¿Tú has hecho esto?

-Sólo en tu imaginación. Si quisieras, podrías mirar a través de esta ilusión para ver la

realidad, pero aún no has aprendido a usar esa parte de tu psique. Yo te enseñaré si me dejas. Eres una de los Elegidos. Y ahora te han nombrado mi aprendiz.

Su arraigado sentido de la aventura vuelve a resurgir. Empieza en sus ojos, que sustituyen la mirada asustada por una de curiosidad interesada que raya en la ansiedad.

Sé que de momento la tengo enganchada.

ISABEL

Ethan es muy raro, más que cualquier persona que haya conocido o pueda conocer. Pero no puedo negar lo que veo con mis propios ojos. La cabaña, completamente restaurada -incluso noto los olores-, me deja sin aliento. Por lo menos ahora puedo estar segura de que no me estoy volviendo loca y de que esta mañana me he curado a mí misma de verdad. O a lo mejor sí que me estoy volviendo loca y todo esto forma parte de mi delirio.

Aspiro por última vez el delicioso olor del pan hecho en casa antes de dejar la cálida cabaña y encontrarme con el aire gélido de fuera. Después de dar unos cuantos pasos me giro para echar un último vistazo, pero la cabaña ha desaparecido. Al no tener la prueba ante mis ojos resulta fácil pensar que me lo he imaginado todo. Me toco por instinto la punta del dedo. No hay herida. No me duele. Nada.

¿Qué demonios me está ocurriendo?

Ethan me agarra de un brazo.

-Venga, Isabel, tenemos que darnos prisa. No podemos correr el riesgo de que tu hermano se enfade. Debemos ir con cuidado y no llamar la atención de nadie sobre lo que estamos haciendo. Existen unas reglas que nunca pueden infringirse. La primera es la confidencialidad...

Desgraciadamente, cuando llegamos a casa entiendo lo que está ocurriendo: sin lugar a dudas me estoy volviendo loca.

Pero al día siguiente empezamos a entrenar, justo después de clase, al otro lado del lago, adonde apenas va nadie. He tenido toda la noche para pensar en ese extraño mundo Que existe dentro de nuestro mundo mortal, tal y como dice Ethan, y debo admitir que suena bastante emocionante. ¿Viajar en el tiempo hacia el pasado? ¿Asegurarnos de que el pasado evoluciona como debe? ¡Guau!

Pero no soy tonta. La verdad es que podría ser una broma de muy mal gusto. Una broma de lo más rastrera. No me extrañaría de Ethan, ni de Matt.

Cuando llegamos al otro lado del lago de Ángel Falls, a Ethan le cuesta veinte minutos más asegurarse de que no hay nadie cerca. Tiene mucho cuidado con ese rollo de la confidencialidad. Al parecer todo forma parte de su supervivencia.

-No deberíamos entrenarnos al aire libre -me cuenta-. Arkarian tiene salas de entrenamiento dentro de la montaña, pero me parece un lugar agobiante cuando podemos hacerlo aquí. -Señala con las manos el cielo radiante y las montañas que nos rodean-. Además, casi nunca viene nadie por esta zona.

Descubrimos una pequeña cañada rodeada de altos árboles por tres lados y por el lago por el cuarto. Ethan deja la bolsa en el suelo y como ya empieza a refrescar decide encender una hoguera. Empieza a explicarme en tono aburrido dónde puedo encontrar corteza de árbol y cómo debo ponerla, con las astillas más pequeñas encima de la pirámide, para dejar suficiente espacio para que se cree una llama. Va a encender el fuego, pero la corteza que usa está húmeda. El fuego no se enciende. Podría haberle dicho que la corteza de las ramas que han caído al suelo no es buena porque absorben la humedad, sobre todo a esta altura de las colinas y tan cerca del invierno. Los árboles muertos que siguen en pie van mucho mejor, pero como da por sentado que no tengo conocimientos de supervivencia lo dejo hacer, a pesar de que sé que le costará mucho encender la hoguera.

Al cabo de unos minutos se me acaba la paciencia.

-Toma. -Agarro unos cuantos trozos de corteza y se los doy-. Prueba con esto.

Al cabo de unos segundos empieza a arder una pequeña llama y prenden las ramas más grandes. Se aparta y observa el fuego.

-No es la primera vez que lo haces -afirma.

-No.

-Bueno, entonces probemos algo para lo que se necesita más fuerza física. -Rápidamente vuelve a hablar como un profesor, y esta vez me cuenta un par de cosas sobre el arte del kárate.

Ahora sí que debería haberle dicho algo, pero de nuevo no me ha preguntado nada porque debe de asumir que como soy una chica, y algo bajita, no tengo ninguna habilidad física. Así que permito que me explique los puntos básicos de la postura y la respiración y de lo importante que es controlar la mente. Me enseña un movimiento muy sencillo de autodefensa que aprendí hace seis años en mi primera clase. Luego lo tiro y cae de espaldas con fuerza sobre el frío suelo.

-¡Eh! -exclama.

-¿Sí? -replico ayudándolo a ponerse en pie.

Da un paso atrás y se cruza de brazos.

-Tampoco es la primera vez que lo haces.

Asiento con la cabeza.

-Soy cinturón negro.

Se pica muy fácilmente cuando tiene el ego herido.

-¿Hay algo más que debería saber?

Hago una rápida lista mental de lo que he aprendido a lo largo de los años: escalada, rappel, tiro con arco, esgrima. El año pasado gané competiciones de esos dos últimos deportes. Pero no le digo nada. No estoy segura de que sea capaz de asimilar que una chica puede hacer cosas como ésas.

Da un bufido, inclina la cabeza y empieza a reírse.

-¿Qué te hace tanta gracia? -le pregunto.

-Creo que estoy empezando a entender por qué Arkarian me ha concedido sólo tres semanas.

No acabo de entenderlo, pero, no sé por qué, me da la sensación de que es un cumplido.

ETHAN

Entrenar a Isabel es más sencillo de lo que imaginaba. Puede hacer cualquier actividad que requiera fuerza física. Es toda una experta. Resulta que es una fanática del deporte. No hay nada que no haya hecho. Aun así me pregunto qué impulsa a una chica (o a un chico, da igual) a practicar todos esos deportes. Es como si necesitara demostrarse algo a sí misma, o a otra persona. ¡Es fuerte, eso hay que reconocerlo! La semana pasada me tiró tantas veces al suelo mientras practicábamos kárate que creo que debería ser ella la que me enseñara a mí; pero su baja estatura supone un impedimento en otros aspectos. Aunque posee la habilidad necesaria para empuñar una espada medieval con destreza, los brazos le empiezan a doler al cabo de unos minutos. Así que el trabajo con pesas se ha convertido en una parte fundamental de su entrenamiento. El otro gran aspecto de su preparación está en el mundo metafísico. Isabel es una sanadora, pero, aunque logró curarse a sí misma por casualidad, aún no es capaz de hacerlo a voluntad. Parece que ni siquiera la ayudan sus técnicas de meditación de kárate. A pesar de eso practicamos todos los días. Hasta que logremos vencer ese obstáculo, es probable que no pueda desarrollar cualquier otra habilidad paranormal que posea. Nos queda mucho trabajo por delante en ese terreno. Nos hemos visto los últimos diez días después de clase y prácticamente hemos pasado juntos todo el fin de semana. Ese dato no se le ha escapado a Matt, pese a que he intentado evitarlo tanto como me ha sido posible, hasta el punto de que me he saltado las dos clases en que coincidimos. Por desgracia me ha alcanzado ahora que voy a saltar la verja trasera del colegio.

-¡Eh, Roberts!

Casi lo logro, pero si echo a correr ahora parecería culpable de algo, levantaría aún más sospechas y sólo conseguiría que Matt se dedicara a acosar a Isaibel en busca de respuestas. Ojalá no tuviera una actitud tan protectora con su hermana y tan negativa conmigo.

Al volverme veo que su novia está con él. ¡Genial! Justo lo que necesitaba.

-Hola, Ethan -dice Rochelle en voz baja.

-Hola, Rochelle -replico yo, y entonces me ocurre de nuevo.

Se me corta la respiración y tengo que tragar saliva para poder respirar. Y al igual que ocurre siempre que Rochelle y yo nos encontramos en presencia de Matt, él se pone tenso como la cuerda de un arco.

-Tenemos que hablar -dice.

-¿De qué? -contesto como si no supiera adonde se dirige esta conversación.

-Ya sabes de qué. De mi hermana.

-¿Está enferma?

-No seas imbécil, Ethan.

-¿Tienes algún problema, Matt?

Rochelle, como siempre, me mira de pies a cabeza. Cuando nuestras miradas se cruzan, sonríe lentamente y acaricia a Matt en un brazo.

-Te diré qué problema tengo, que pasas demasiado tiempo con Isabel. ¿Qué demonios está ocurriendo entre vosotros dos?

Tardo lo mío en responder. En primer lugar, me ha insultado. Además, ¿qué problema hay si Isabel pasa mucho tiempo conmigo? ¿Y por qué está tan enfadado? ¿Cree que Isabel aún está colada por mí? Eso fue cuando éramos pequeños. Ya no. Ahora sólo somos amigos. Y el entrenamiento que hemos estado llevando a cabo demuestra lo buenos amigos que podemos ser,

aunque él no lo sabe. Así que por el bien de Isabel no voy a empeorar la situación.

-No le estoy haciendo nada a Isabel. Estamos estudiando, haciendo nuestro trabajo de Historia. Eso es todo.

-Mientes.

-No miento. -Y es verdad. Estamos estudiando Histona-. ¿En qué te basas para llamarme mentiroso?

Vuelve a mover la mandíbula de lado a lado; esta vez oigo cómo le chirrían los dientes.

-Es muy sencillo, porque lo eres. Recuerda que te conozco desde hace mucho, y no has cambiado en absoluto.

Esta vez se ha pasado, pero no busco pelea. Si quisiera podría tumbarlo fácilmente. Sin problemas. Pero lo último que deseo es que nos peleemos. Ahora mismo tengo cosas más importantes que hacer con mi tiempo y mi energía.

-Haz lo que te dé la gana. -Me dispongo a saltar la verja, pero él me agarra y me hace bajar-. ¡Eh!

Le pego un empujón lo bastante fuerte para que me suelte.

¿Qué problema habría si saliera con Isabel? Es una buena chica. Me gusta.

Matt se abalanza sobre mí y me señala de mala manera el pecho con el índice.

-No eres trigo limpio.

No puedo evitar mirar a Rochelle, que hasta ahora no ha dicho nada excepto con la cara y sus expresivos ojos. Sabe que no existe el trabajo de Historia. Ella también está en esa clase. No sé qué motivos tendrá, pero no ha comentado nada. Y tampoco quiero pensar en ello. Sólo de ver la engreída sonrisa que pone ahora... ¿En qué pensará? Seguramente recordará aquellas conversaciones que manteníamos, siempre a iniciativa de ella, y que abrieron una brecha entre Matt y yo. Obviamente le da igual.

Matt me sorprende mirando a su novia y lo malinterpreta todo de nuevo. Me agarra de la camisa y me suelta un gancho de izquierda en un lado de la cara. Me golpea en la mejilla bajo el ojo izquierdo y me tumba en el suelo. Me levanto y me toco la zona del golpe, que se hincha rápidamente. La punta del dedo se me mancha con un poco de sangre. ¡Mierda!

De pronto aparece Dillon corriendo.

-Eh, ¿qué está pasando aquí?

Matt se vuelve y estira un brazo con la mano abierta.

-No te metas en esto, Dillon.

Dillon me mira a mí en busca de una respuesta.

-No le gusta que pase tanto tiempo con su hermana -digo yo.

-Ah. Eso no es motivo para pelearse, ¿no?

La pregunta va dirigida a Matt, que entorna los ojos a modo de respuesta. Entonces se me acerca de nuevo.

-Si le haces daño a Isabel...

Esta vez le pego un empujón antes de que tenga oportunidad de endosarme otro puñetazo.

-¡Apártate, Matt! -exclama Dillon agarrándolo del brazo para que no vuelva a pegarme.

-Te lo juro... -dice Matt, que intenta desembarazarse de Dillon.

No espero a que me dé más explicaciones. Al fin y al cabo se preocupa por su hermana, y eso lo respeto.

-Nunca le haría daño a Isabel. Tienes mi palabra.

Me lanza una mirada furiosa y sombría.

-¿De qué vale tu palabra, Ethan?

Está recordando las muchas veces que intenté decirle que no iba detrás de su novia. Había una conexión rara entre Rochelle y yo, una atracción a la que fue difícil poner fin con un corte limpio por mucho que yo lo intentara. Pero entonces él no me escuchó y ahora ha pasado demasiado tiempo para intentar explicárselo de nuevo. Así que no digo nada. Me giro, salto la verja y me adentro en el bosque.

Isabel debe de estar aguardándome.

ISABEL

Llega tarde, pero por fin lo veo andar hacia mí cabizbajo y con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón del uniforme. Me doy cuenta inmediatamente de que algo va mal. Echo a andar hacia él y mi corazón empieza a latir con fuerza. Entonces le distingo la cara.

-¿Qué te ha ocurrido?

Pero ya sé que ha sido obra de Matt. La semana anterior no me dejó en paz ni un momento y no paró de machacarme a preguntas sobre por qué pasaba tanto tiempo con Ethan. El problema es que mi hermano me conoce muy bien, y que no haga caso a sus preguntas lo vuelve aún más desconfiado. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Por nada del mundo puedo decirle la verdad, ya que infringiría una regla vital. El anonimato es lo que asegura la protección de la Guardia. De forma que no puedo explicarle por qué Ethan y yo nos entrenamos aquí todos los días, y yo tampoco pienso dejar todo esto sólo porque Matt no pueda soportar la idea de que paso mucho tiempo a solas con Ethan. Que saque sus propias conclusiones. Hasta el momento, Ethan no ha hecho nada para que me crea ni una de las cosas malas que mi hermano ha dicho de él.

Ethan se toca la hinchazón del tamaño de un huevo que le ha salido bajo el ojo izquierdo.

-No es nada -comenta-. Siento llegar tarde.

-Ven. -Lo tomo de la mano y lo llevo hasta un árbol caído que hay junto a la orilla del lago-. Deja que le eche un vistazo. -Se ha llevado un buen golpe, desde luego; y la brecha del centro sólo ha podido hacerla algo cortante. Seguro que es el anillo de plata de Matt, el que le regaló Rochelle por su cumpleaños, el año pasado-. Voy a por un poco de agua. Está tan fría que bajará la hinchazón. Mi hermano tiene un buen puño...

Cuando me levanto, Ethan me agarra por un hombro para detenerme.

-Yo no quería que se enfadara. De verdad. No ha sido una gran pelea. Todo ha ocurrido muy rápido.

-¿Y qué aspecto tiene Matt ahora? -Parece ofendido y lo entiendo rápidamente: Ethan no le ha devuelto el puñetazo-. Lo siento. No pretendía dar por sentado que tú también le habrías pegado. Lo que ha hecho mi hermano no tiene excusa. Me gustaría que no estuviera tan obsesionado con protegerme.

Ethan masculla alguna palabra en tono burlón, pero rebaja el sarcasmo con una pequeña sonrisa.

Voy hasta la orilla del lago y mojo un pico de mi camisa en el agua helada. Me arrodillo delante de él y le limpio el corte hinchado para quitarle los restos de sangre. Estar tan cerca de Ethan empieza a causarme un extraño efecto. De repente tengo todos los sentidos a flor de piel. Se me entrecorta la respiración, se me seca la boca y el corazón empieza a latirme con tanta fuerza que hasta puedo oírlo.

-¿Qué pinta tiene? -me pregunta.

Paso un dedo suavemente por encima de la hinchazón y deseo aliviarle el dolor con toda mi alma, ya que una parte de mí se siente muy responsable. Si Matt no fuera tan protector... ¡Si pudiera encontrar una manera de poner fin al distanciamiento que hay entre él y Ethan!

-¡Qué alivio! -dice.

-¿Hum? -replico sin darme cuenta hasta ahora del efecto calmante que mi dedo debe de ejercer.

Poco a poco noto que Ethan me está mirando fijamente. Nuestras miradas se cruzan y se me corta la respiración. Tengo los labios tan secos que me los humedezco con la lengua, y durante un instante se me pasa por la cabeza la loca idea de que Ethan me va a besar. Pero tan sólo levanta una mano para tocarse la cara. De repente pega un salto y casi me caigo al suelo debido a la fuerza de su movimiento.

-¿Qué pasa?

-¿Que qué pasa? Que me ha desaparecido la hinchazón, eso pasa. -Se acerca a mí y se señala el pómulo izquierdo-. Corrígeme si me equivoco, pero ahora ya no tengo nada, ¿no?-Niego con la cabeza, incapaz de creérmelo-. Incluso ha desaparecido el dolor.

Inconscientemente toco la zona que hace tan sólo unos segundos estaba hinchada y amoratada. Ahora sólo hay piel suave, no queda ni un rasguño o cicatriz por ningún lado.

-¿Te he...?

Etahn levanta los brazos al cielo.

-¡Sí! Me has curado. ¡Me... has... curado!

-¿Qué significa eso?

-Creo que sólo puede significar una cosa: que es hora de que conozcas a Arkarian.

ISABEL

Sin embargo, no logro conocer al famoso mago inmediatamente. Al parecer está llevando a cabo una misión muy importante en la antigua Atenas y estará fuera tres días. Aunque por mí bien, pues no estoy segura de querer conocer a Arkarian. Será la confirmación final de que todo este rollo del «otro mundo» es real.

-No es un mago -susurra Ethan.

Estamos en el último cuarto de hora de la clase de Historia, sentados juntos en un rincón de la última fila. Veo que el señor Cárter nos lanza un mirada hostil, que tiene los ojos clavados en Ethan. Se detiene y luego sigue con la clase sin decirnos nada. Escribo «¿Entonces qué es?» en un trozo de papel y lo deslizo sin hacer ruido hasta el borde de mi pupitre. Ethan lo lee, se inclina y escribe debajo de mis tres palabras «Maestro de la Verdad».

-¡¿Qué?! -exclamo como una estúpida en voz alta. Nunca había oído hablar del «Maestro de la Verdad» y me pilla por sorpresa.

En un instante el señor Cárter llega hasta nosotros. Al darnos cuenta del peligro, tanto Ethan como yo intentamos agarrar el trozo de papel en el que está apuntado el nombre de ese cargo tan poco habitual. Pero el señor Cárter es más rápido, atrapa la nota y la sostiene a un ángulo lo bastante alto para leerla. Mientras lo hace abre los ojos, luego los entrecierra y mira enfadado a Ethan. No le hace falta decir nada para que notemos lo furioso que se ha puesto. Su cara se ha convertido en una sombra oscura, casi morada, se le han dilatado las Pupilas hasta que sus ojos parecen negros y ha reducido el papel que tiene en la mano al tamaño de un guisante.

La clase entera lo está observando, se muere de ganas por saber qué horrendas palabras pueden estar escritas en el papel, pero el señor Cárter se calma, se guarda la nota en un bolsillo del pantalón y suaviza un poco la expresión de su cara.

-Castigado -le dice a Ethan en tono calmado-. Esta tarde. Me toca vigilar a mí. Será una hora entretenida. -Luego se vuelve hacia mí-. Pero a ti quiero verte, Isabel, justo después de clase.

Ethan pega un salto de la silla, que choca contra la pared produciendo un ruido metálico.

-¿Qué quiere hacerle a Isabel? -Y a pesar de que ya es tarde para intentar dulcificar el tono, añade-: Quiero decir..., señor.

La exagerada reacción defensiva de Ethan consigue que todo el mundo se ría y haga preguntas. Lo agarro de la manga de la camisa.

-¡Siéntate, idiota!

Mira a su alrededor al darse cuenta de lo mucho que ha llamado la atención y mueve los ojos muy nervioso a izquierda y derecha. Al final se sienta. El señor Cárter niega con la cabeza.

-Le queda mucho por aprender -dice como si sus palabras tuvieran un doble sentido.

Su hostilidad hacia Ethan me pone de los nervios, igual que su extraña actitud.

Entonces suena el timbre que marca el final de la clase y todo el mundo empieza a recoger sus cosas y a salir del aula.

Ethan remolonea para esperarme, pero cuando la clase está vacía el señor Cárter le ordena que se vaya. Al final se va de mala gana con una mirada de preocupación.

Cuando nos quedamos a solas, el señor Cárter me pide que me siente, así que elijo uno de los pupitres de la primera fila para que nuestros ojos queden a la misma altura.

-¿He hecho algo malo, señor?

-Aparte del nuevo sitio que has elegido para sentarte, en absoluto. -Paso por alto su sarcasmo y no digo nada-. Sólo quiero darte un consejo amistoso. -Quizá sea amistoso, pero el tono de su voz me incomoda y me pone nerviosa. Me agarro con fuerza los muslos y él repara en ello-. No quiero asustarte, Isabel. Estoy aquí para tenderte una mano como amigo.

¿Por qué piensa que necesito su amistad?

-Espero que no la necesites nunca.

No lo entiendo. Esta conversación es muy rara. Normalmente los profesores no demuestran un interés personal por sus alumnos. Sin embargo, aquí está él, ofreciéndome su amistad, pero con Ethan... De repente siento la necesidad de preguntárselo.

-Usted es muy duro con Ethan. ¿Qué tiene en contra de él? Es uno de sus mejores estudiantes. Probablemente el mejor.

-No voy a discutir sobre el resto de mis estudiantes contigo, Isabel. Pero sería una buena idea que no pasaras tanto tiempo con él. Podría influir negativamente en ti.

-¿Qué le hace pensar eso? Él siempre saca sobresalientes y yo sólo aprobados. ¿Por qué iba a ser mala su influencia?

-Me han dicho que pasáis mucho tiempo juntos después de clase.

Por fin entiendo lo que está ocurriendo, el objetivo de esta conversación.

-¿Ha hablado mi hermano con usted?

El señor Cárter asiente con la cabeza lentamente.

-Matt vino a verme y me preguntó por el contenido del trabajo de Historia que os había mandado. Al parecer, pensaba que era demasiado amplio. Me dijo que Ethan y tú pasabais juntos varias horas por la tarde después de clase y gran parte del fin de semana.

Me da un sofoco; una serie de pequeños impulsos eléctricos que se generan en los dedos de mis pies suben poco a poco por mi cuerpo y activan todas las células a su paso. Me esfuerzo por reprimir la imperiosa necesidad de arrancarle la piel a tiras a mi hermano en cuanto lo vea. Respiro profundamente e intento calmarme.

-¿Qué le dijo?

El señor Cárter me mira a los ojos.

-Le dije que si tenía alguna queja sobre mis métodos de enseñanza debería hablar con el director.

Me deja boquiabierta sin saber qué responder. El señor Cárter no le dijo la verdad a Matt y no reveló nuestra tapadera.

-Como profesor, Isabel, y como amigo -continúa-, sólo puedo aconsejarte. Ethan Roberts es una influencia que te distraerá. Una estudiante que como tú saca aprobados no Puede permitirse ninguna distracción.

No puedo evitar sacudir la cabeza porque ahora estoy hecha un lío. Primero el señor Cárter es muy duro con Ethan y luego lo encubre para que podamos seguir pasando tiempo juntos.

Me lanza una mirada penetrante y un escalofrío me recorre la columna de principio a final.

-¿Crees que soy demasiado duro con Ethan? -me pregunta.

-Bueno, sí.

-Isabel, no soy lo bastante duro.

-Estoy muy confusa, señor Cárter.

-Es comprensible. Pero recuerda esto: no confíes en nadie salvo en ti misma.

¿Contra quién me previene? Parece como si hablara de Ethan, pero la manía que le

tiene podría nublarle el juicio. ¿Qué está intentando decirme? Esta conversación es rarísima. Me bajo del pupitre, ansiosa por marcharme.

-¿Me oyes, Isabel? -Asiento con la cabeza mientras me dirijo hacia la puerta andando de espaldas-. Si alguna vez necesitas hablar con alguien, recuerda, puedes contar conmigo.

Por fin logro salir y respiro profundamente para deshacerme de toda la tensión acumulada. ¿De qué hablaba el señor Cárter? ¿Me estaba previniendo contra Ethan? ¿Y por qué me ha dicho que puedo contar con él justo cuando acababa de decirme que no confiara en nadie salvo en mí misma?

ETHAN

Arkarian sale a recibirnos a la entrada de sus salas y le da la bienvenida a Isabel con los brazos abiertos y un caluroso abrazo.

-Es un placer poder conocerte por fin, Isabel -dice-. Ah, todo está sucediendo tal y como debía.

Isabel se pone roja como un tomate. Traga saliva y se humedece los labios sin quitarle la vista de encima al pelo azul eléctrico de Arkarian. Hoy lo lleva suelto por encima de los hombros, lo que realza su brillante color. Río al ver su reacción.

-Acabarás acostumbrándote a sus crípticas parrafadas y a su pelo azul.

-Me halagas, Ethan -comenta él secamente.

Luego mueve una mano en dirección al muro de roca como si se hubiera enfadado porque no le ha leído el pensamiento y no ha desaparecido. La pared se abre obedientemente y nos deja entrar en sus dominios. La primera vez que entré en este pasillo oscuro, iluminado tenuemente por unas antorchas que colgaban de unos soportes que había en las paredes de roca pulida, era demasiado pequeño para asimilarlo todo. La única sensación que recuerdo es cómo me sobrecogí al ver que la pared desaparecía ante mis ojos. Isabel asimila todos los detalles de las paredes y el techo, como si memorizara la posición de todas y cada una de las grietas.

Llegamos a la sala principal, que parece una sala de trabajo como las que se podrán encontrar en la oficina central de la NASA dentro de cien años. La habitación, de forma octagonal, está llena de aparatos electrónicos desde el suelo hasta el techo, que no emiten ningún ruido salvo un leve pitido con el correspondiente parpadeo de una luz, de vez en cuando. Lógicamente, lo que más llama la atención de Isabel es el objeto que hay en el centro. Se acerca hasta él y levanta una mano como si pudiera tocar el palacio que hay dentro de la esfera holográfica tridimensional, en la que aparece una imagen de Londres.

Arkarian mueve una mano y la esfera tridimensional rota, de manera que ahora Isabel tiene una imagen ampliada del interior del Palacio de Westminster, en concreto del Gran Salón, donde se han reunido como mínimo cien personas mientras los criados se afanan en servir la cena. Un hombre vestido con ropa de color llamativo atrae la atención de los invitados; sentado en un taburete ante ellos, empieza a recitar un poema musical que logra que su público se tronche de risa al cabo de un momento.

-Geoffrey Chaucer -nos explica Arkarian-. A tiempo y en el momento más oportuno. ¡Bien, bien! -Vuelve a girar la mano, pero esta vez la imagen se aleja bastante. Ahora no podemos ver ni oír lo que está ocurriendo dentro del palacio.

-¿E-eso está ocurriendo en este preciso instante? -pregunta Isabel tartamudeando.

Arkarian hace aparecer tres taburetes tallados a mano y la súbita materialización le arranca a Isabel un pequeño grito. Señalo el taburete que tiene delante de ella con una mano abierta y se sienta sin decir nada, de manera que los tres formamos un triángulo.

-Es el período de tiempo que estoy vigilando en este momento. Se está tramando algo.

-Ahí es donde entramos en juego nosotros -le explico yo.

-Sí -replica Arkarian-. Y dentro de muy poco, Ethan. ¿Qué tal va el entrenamiento de Isabel?

-Muy bien. -Le cuento lo experta y hábil que es en las artes físicas y que hace poco hemos realizado progresos en el desarrollo de sus poderes curativos.

-Pero todavía no puedo curar a voluntad -apunta ella.

-Sólo cuando lo sientes con pasión -observa Arkarian acertadamente-. Cuando lo sientes con el corazón. -Se toca el pecho con un puño-. Eso ocurre al principio.

Arkarian tiene hechizada a Isabel. Ella lo mira con una mezcla de asombro y respeto. Me aclaro la garganta para llamar su atención y para que deje de mirarlo tan fijamente. Al final me mira avergonzada y me pregunta:

-Hum, ¿qué decías?

Su reacción me hace gracia, aunque no acabo de entenderla.

-No decía nada. Estaba hablando Arkarian.

Isabel asiente con la cabeza y vuelve a posar la vista en Arkarian. Se le ha puesto la piel casi del mismo color que la sangre. Ya se ha sonrojado dos veces en diez minutos. ¿Qué le está pasando? Ahora se aparta el pelo que tiene en la cara y se lo recoge detrás de las orejas.

-Ah, sí, es verdad -replica ella-. Bueno, las únicas veces que lo he conseguido fueron cuando me corté y deseé de manera inconsciente que se me curara la herida...

-Y cuando tu hermano me pegó y te sentiste responsable. -Acabo la frase por ella y me alegro de comprobar que el cerebro vuelve a funcionarle con normalidad.

-¿Y qué hay de tu otro poder? -le pregunta Arkarian en voz baja. Isabel y yo nos miramos. ¿De qué está hablando Arkarian, que suspira al ver nuestra expresión de perplejidad?-. No os presionéis. Evolucionará gracias al trabajo duro y a la perseverancia. -No dice nada más sobre eso, sino que a continuación se centra en nuestro papel como guardianes del tiempo-. Siempre ha sido así -empieza-. Desde hace más tiempo de lo que yo recuerdo, y eso que tengo seiscientos años.

A Isabel casi se le salen los ojos de las órbitas cuando él le revela ese detalle sobre sí mismo.

-¿Cómo es posible?

-Es una habilidad. Al igual que la tuya es la curación. La mía es la de mantenerme joven, una especie de resistencia al proceso de envejecimiento.

-¡Guau!

-Todos los Elegidos tenemos como mínimo dos habilidades, y a veces, si somos muy afortunados, hasta tres. En tu ceremonia de iniciación, los amos de las varias casas te dotarán de un don especial. A veces cuesta mucho tiempo que se desarrollen, tienes que trabajar mucho en ellos. Pero tus habilidades son distintas: naciste con ellas.

Entonces empieza a explicarle el objetivo de aquellos que son elegidos para ser miembros de la Guardia. Y también le cuenta que la Orden del Caos se dedica a cambiar ciertos aspectos de la Historia para intentar crear un presente alterado Que evolucione hacia un entorno futuro que se adapte a sus Propias necesidades.

-Caos, tal y como llamamos a esa Orden enemiga, se alimenta y crece gracias al mal: la muerte, la destrucción, las guerras, las plagas, la malicia... Cuanto más crean, más grandes son sus ejércitos y más pequeños son los nuestros. -Se inclina hacia delante-. Así que, como ves, tenemos mucho trabajo. Y ahora pasarás a ser uno de los nuestros. Pero antes de que accedas, debes entender que siempre existe la posibilidad de que algo salga mal en cualquier misión.

Isabel baja la vista para pensar un momento en las palabras de Arkarian y poder asimilarlas. Al final levanta la cabeza.

-Comprendo lo que dices, pero creo que hay algo que se me escapa.

Arkarian me lanza una mirada que muestra lo impresionado que está. Él sabe lo que piensa Isabel, por supuesto, pero no va a revelárselo en una etapa tan temprana de su carrera. La mayoría de la gente se siente incómoda al instante cuando se lo revelan. Es la otra habilidad de Arkarian, la que no ha comentado antes.

-Dime.

-Bueno, ¿por qué necesitamos esos ejércitos? ¿Por qué esa gente, esa orden llamada Caos, se pone a alterar el pasado? ¿Qué objetivo tiene?

-La Diosa del Caos quiere tener el mundo a sus pies. Como jefa de la orden, quiere gobernar.

Isabel abre los ojos de par en par.

-¿Quiere controlar el mundo? ¿Como si fuera un gobierno?

-El objetivo final de la Orden es destruir todo lo que sabemos que es bueno, incluida la naturaleza humana. -Observo en silencio a Isabel para ver cómo reacciona ante esa información. Hay que entender muchas cosas de golpe-. Ya han llevado a cabo dos intentos para hacerse con el control -continúa Arkarian-. El tercero será el conflicto final.

-Ganará el bien, ¿no? -le pregunta Isabel para que se lo confirme.

-El problema es que, a pesar de que se ha profetizado que la Guardia ganará, Caos se está esforzando mucho en cambiar eso.

-Por esa razón intentan alterar la Historia -añado yo-. Al cambiar ciertos hechos del pasado, pueden modificar el presente, crear confusión y destrucción...

-Lo cual da fuerzas a sus ejércitos -concluye Isabel.

Arkarian asiente con la cabeza.

-Quieren crear un entorno que pueda nutrir su crecimiento y su éxito, y ya están creciendo a un ritmo alarmante.

-O sea, ¿me estás diciendo que Caos crea cosas como las enfermedades y las guerras? -le pregunta Isabel.

-Enfermedades muy extendidas como las pestes -le aclaro, intentando contribuir a que lo entienda-. Allí donde ocurre un desastre acostumbra a esconderse la mano de la Orden del Caos.

-¡Es increíble! Pero no está previsto que ese conflicto tenga lugar hasta dentro de mucho tiempo, ¿no? -dice esperanzada-. Mucho tiempo después de que nosotros hayamos muerto, ¿no?

Arkarian no responde. Isabel aún no está preparada para oír eso. Podría desquiciarla. Así que los tres volvemos a la esfera holográfica en la que aparecen Londres y el interior del Palacio de Westminster y Arkarian nos explica en qué consiste mi misión: asegurarme de que el joven príncipe Ricardo, hijo del Príncipe Negro, nieto del rey Eduardo III, se convierta en rey de Inglaterra. Su padre murió hace un año en Francia y dentro de poco su abuelo correrá la misma suerte.

-Alguien pretende que el consejo cambie de opinión, pero ésa no es tu preocupación principal, Ethan. Creo que en las próximas veinticuatro horas se intentará acabar con la vida del futuro rey. Tu misión es protegerlo e impedir el asesinato.

-¿Cuándo nos vamos? -le pregunto.

Arkarian se pone en pie y nos mira a ambos, uno después de otro.

-Esta noche.

-¿Esta noche? Pero ¡no han pasado ni dos semanas! Isabel no está preparada.

Ella tiene una opinión distinta.

-¿De qué hablas? Después de lo que acabáis de contarme claro que estoy preparada. ¡Estoy preparada para hacer lo que sea!

Arkarian esboza una sonrisa, parece contento con el entusiasmo que muestra ella, y el ambiente se relaja. Pero yo soy el instructor de Isabel y no basta con tener entusiasmo. Aún no le he explicado muchas cosas, como la transición que tiene lugar en la Ciudadela, para

empezar.

Arkarian, que sabe en qué estoy pensando porque no me he molestado en ocultarlo, me da un golpecito en un hombro.

-Recuerda que esta noche Isabel sólo va a ser una observadora.

-Sí, pero todavía le queda mucho por aprender. Físicamente está lista para lo que le echen, pero...

-¡Gracias! -exclama ella con una sonrisa.

-Pero ¿qué pasa con su otra habilidad? Ni siquiera sabemos cuál es.

Arkarian hace un gesto con una mano para espantar mis miedos.

-Eres un guardián con talento, Ethan. Ten fe. Ahora ve y enseña a tu aprendiza cómo debe prepararse para su primer viaje. Tú eres el responsable final de que ella llegue sana y salva a su destino.

ETHAN

Mientras bajamos por la montaña, intento explicarle a Isabel lo que necesita saber.

-Tu viaje al pasado tendrá lugar mientras duermes en tu propia cama.

-¿No es un poco arriesgado? ¿Por qué no puede tener lugar en las estancias de Arkarian?-dice, encogiéndose de hombros.

-Supongo que puede tener lugar en cualquier lado, pero es esencial que tu cuerpo y tu mente se encuentren en un estado tranquilo y relajado, algo que acostumbra a ocurrir cuando dormimos.

-¿O sea, que tenemos que encontrarnos en estado inconsciente?

-Sí, más o menos. Y mientras estás en casa y en tu propia cama, durmiendo, es poco probable que alguien se dé cuenta de que te está ocurriendo algo fuera de lo habitual. Siempre existe una mínima posibilidad de que te descubran, aunque sólo te ausentes durante un período corto de tiempo.

-Pero si estoy en casa y parece que estoy durmiendo con normalidad en mi cama...

-Y tu madre entra para ver cómo estás -continúo con la frase-, tan sólo pensará que estás durmiendo.

-Vale, ya lo entiendo.

-Pero si estás en la cámara de Arkarian cuando te transportan al pasado y debes ausentarte durante más tiempo del esperado, tu madre, o cualquiera que te esté buscando y no pueda encontrarte, podría empezar a hacer preguntas. He aprendido que cuando estás en una misión siempre existe el riesgo de que ocurra algo inesperado.

-Nada -responde rápidamente-. Nada. Es algo que me dijo el señor Cárter.

-Sea lo que sea, olvídalo. Ya sabes que es un cerdo que me tiene manía.

Isabel asiente con la cabeza, pero no dice nada más. Y cuando enfilamos el camino que lleva hasta la puerta de su casa intento recordar si me he olvidado algo.

-Acuéstate como siempre, ni más temprano ni más tarde, haz lo mismo que haces todas las noches. ¿Vale?

-Vale -replica en voz alta.

Ya casi hemos llegado al porche y creo que es un buen lugar para dejarla, pero justo en ese instante se abre la puerta y sale Matt.

-Una cosa más -le digo rápidamente soltándole la mano. Lo último que necesito esta noche es un enfrentamiento con un hermano sobreprotector que me odia-. Nunca digas que te vas a la cama porque no te sientes bien, porque tienes dolor de cabeza o algo así. Seguro que tu madre entrará más tarde a ver cómo estás. O, en tu caso, seguramente tu madre y Matt.

Murmura algo para mostrar que está de acuerdo conmigo y al ver que Matt se dirige a las escaleras del porche, echa a correr y se despide con la mano.

Decido quedarme donde estoy para asegurarme de que entra en casa sin mayores problemas. Cuando pasa junto a Matt oigo que él le pregunta:

-¿Qué tal va el trabajo de Historia? ¿Ya lo habéis terminado?

Isabel lo mira fijamente a la cara y responde:

-Pues la verdad es que hemos pedido que nos den más tiempo. Nos queda tanto por hacer que creemos que nos llevará un mes más.

No puedo reprimir una sonrisa. Ha valido la pena esperar sólo para ver la cara de

fastidio de Matt. En cuanto Isabel entra en casa, él se vuelve para mirarme. Me despido de él con la mano y regreso a la oscuridad. Cuando ya estoy unos metros fuera del alcance de sus ojos, echo a correr. Tengo que preparar muchas cosas para la misión de esta noche. Sea como sea, tiene que salir bien. Hasta ahora siempre había trabajado solo, pero hoy deberé tener en cuenta a Isabel, de la que soy responsable, puesto que es mi aprendiza.

No puedo dejar de pensar que de esta misión depende más de lo que me ha contado Arkarian. Mis instintos me dicen que está relacionado con Isabel; si no, ¿por qué iba a tener tanta prisa el Tribunal por que ella finalizara su entrenamiento? Sé que debería confiar ciegamente en él, pero no puedo evitar sentirme algo inquieto.

ISABEL

El novio de mamá, Jimmy, vuelve a estar en casa. Intento escapar de ambos, que están sentados en el sofá muy pegaditos viendo la tele, pero Jimmy me delata:

-¡Aquí está, cielo! Ya te he dicho que esta pequeña dama puede cuidar de sí misma. ¿No es verdad, tesoro mío?

Por dentro se me retuercen las entrañas, pero no lo exteriorizo. Suelto un gruñido a modo de respuesta, lo máximo que doy de mí. Jimmy no es mala persona ni nada por el estilo, pero sí irritante. Es bajito aunque muy fuerte -de hecho, parece una pared de ladrillos- y tiene una voz como la de un chico que no ha acabado de madurar, que está todavía en esa fase en la que a veces chilla y otras insinúa ya cierta masculinidad.

-¿Cuándo vamos a conocer a tu novio? -me pregunta.

La verdad es que no me apetece responder. Ahora mismo tengo el estómago revuelto y no quiero iniciar ningún tipo de conversación cuando me siento como si fuera a vomitar; no quiero hablar con mamá y menos aún con Jimmy. Ultimamente ha estado mucho por aquí y se ha quedado a dormir unas cuantas veces. Por lo menos mi madre es feliz. No puedo quejarme de que la trate mal ni nada de eso; hasta la hace reír. Y, bueno, mamá se merece ser feliz y tener compañía. Matt y yo nos hacemos mayores, no vamos a vivir aquí para siempre. Es sólo que a veces Jimmy puede ser muy pesado y le gusta hacer muchas preguntas y meterse donde no lo llaman.

-No es mi novio.

-¡Ya, pero seguro que a ti te gustaría que lo fuera! -exclama en tono burlón.

¡Oooh!

Por suerte entra Matt. Él también intenta evitar a Jimmy y sube directamente hacia su habitación, pero Jimmy es demasiado rápido.

-¿Dónde está tu princesita esta noche, Matt?

-Se ha enterado de que venías tú.

Vaya, está de buen humor, ¿eh? Jimmy se ríe y hace un ruido muy molesto. De repente me siento tan cansada que decido irme directamente a la cama, nada de cenar.

Mamá, como siempre, percibe mi estado de ánimo.

-Sea lo que sea lo que hagas con ese chico, te deja exhausta. No te había visto tan cansada desde aquel triatlón en el que participaste el mes pasado. No estarás trabajando más de la cuenta, ¿no?

-No, mamá, te lo prometo.

-Bueno. ¿Has cenado ya? Te he dejado un poco de comida. Puedo ponértela en el microondas.

Su oferta es tentadora, pero no creo que mi estómago pueda soportar la ingestión de un solo bocado.

-No, da igual, creo que me voy a acostar. Tengo un poco de dolor de cabeza -¡Oh, no, no puedo creer que haya dicho eso!-. Eh, no, no tengo. Dolor de cabeza, me refiero...

Me toco una mejilla. Ahora sí que empiezo a sentir dolor de cabeza.

Mi madre se endereza en el sofá.

-¿Te encuentras bien, cariño?

-Sí. Bien. Se me ha ido el dolor de cabeza. De verdad.

Paso por delante de Matt, que me mira de un modo extraño. No me sorprende que me siga hasta mi habitación. Intento cerrarle la puerta en las narices, pero entra demasiado rápido y se deja caer en mi sillón hinchable de plástico verde.

-¿Qué te ocurre?

-¿Qué dices? ¡Soy yo quien debería preguntarte eso! ¿Cómo te atreves a controlarme de esta manera y a ir a hablar con mi profesor de Historia? -Se limita a encogerse de hombros como si todo formara parte del trabajo, del trabajo de asfixiarme-. ¿Por qué no dejas en paz a Ethan?

-No me gusta -responde, mostrando de pronto un gran interés por las uñas de sus manos.

-Antes erais muy buenos amigos.

-Eso fue hace mucho tiempo. Antes...

Me quito los zapatos con los pies y me siento en el borde de la cama. A lo mejor Matt me cuenta por fin qué sucedió entre Ethan y él.

-¿Antes? -repito, ya que parece haber llegado a un callejón sin salida.

-No es asunto tuyo, Isabel.

-Oh, venga. ¿No crees que ahora sí? No paras de decirme que no pase tanto tiempo con Ethan porque no es un buen chico, pero no me das ninguna prueba de ello.

-Mira, tiene que ver con Rochelle.

-Vale, eso lo explica todo.

-¿Qué significa eso?

-Que tienes una venda en los ojos en todo lo que tiene que ver con Rochelle.

Se levanta hecho una furia.

-¿Te ha comido la cabeza?

-No hemos hablado nunca de Rochelle. Tenemos cosas mejores que hacer con nuestro tiempo.

Mi hermano levanta una ceja, que forma un fino arco.

-¿Y qué hacéis, por cierto? Últimamente pasas más tiempo con Ethan que en casa.

-No cambies de tema -le espeto con la esperanza de que eso lo distraiga y no me haga más preguntas incisivas.

Ambos nos quedamos callados durante un instante y mi cansancio debe de empezar a resultar evidente.

-Lo siento, Isabel. No quiero ser tan duro contigo. Pero es que ni siquiera soporto pensar que Ethan y tú estáis juntos.

-Eso está bien.

-¿Qué?

-Para empezar, no estamos juntos, tan sólo somos dos amigos que están haciendo un trabajo de Historia. Eso es todo. -Por desgracia no hay más que eso. Ethan no parece demasiado interesado en iniciar una relación conmigo. A lo mejor sólo está siendo muy precavido porque Matt es muy dominante-. Además, no es a ti a quien debe gustarte, sino a mí. Y, a propósito, me gusta.

-Eso es lo que me preocupa. Estás pasando mucho tiempo con Ethan y sé lo que has sentido siempre por él. Estás enamorada de él desde los cinco años.

Podría negarlo, pero no vale la pena. Y si ése es el motivo de la preocupación de Matt, si puedo disipar sus temores, quizá se calme un poco. Levanto las manos para que vea que lo entiendo.

-Matt, te prometo que tengo bajo control mis sentimientos hacia Ethan. Ya no soy esa

niña canija que estaba tan colada por él. Puedo controlar mis emociones. Tienes que creerme.

Me contempla durante un buen rato muy pensativo. A lo mejor al final lo he convencido, porque se vuelve mientras asiente lentamente con la cabeza. Al llegar a la puerta se gira.

-No sabes mentir, Isabel, pero comprendo lo que me dices. A partir de ahora me mantendré al margen, pero, como me entere de que te ha hecho daño, se arrepentirá de haber nacido.

Cierra la puerta y por fin me quedo a solas. Doy un gran suspiro de alivio y me froto la sien donde se está empezando a formar el dolor de cabeza. Estoy muy cansada, aunque a la vez demasiado tensa como para tumbarme y quedarme dormida. Actúa con normalidad, me ha dicho Ethan. Es más fácil decirlo que hacerlo. Él lleva años metido en este asunto de viajar en el tiempo, pero ésta es mi primera experiencia. Me levanto y me pongo mis pantalones cortos rojos y una camiseta de deporte. ¿Es esto lo que llevaré puesto cuando llegue a la Ciudadela? Al final decido ponerme la camisa de mi pijama de franela por encima. Me acuesto e intento relajarme, pero debo de estar de broma. Es imposible. De repente me pica todo, incluso el cuero cabelludo. Me levanto para cepillarme el pelo y me lo recojo en una trenza. Vuelvo a la cama, aunque en ese momento me doy cuenta de que tengo que ir al baño. Recorro el pasillo rápidamente y vuelvo a la habitación antes de encontrarme con Matt, con mamá o, peor aún, con Jimmy, y verme atrapada en una conversación eterna y sin sentido. Esta vez intento calmarme de verdad. Siento un cosquilleo en los dedos y creo que me va a dar algo. «¡Cálmate! -me digo-. Respira lentamente.»

Me quedo dormida y sueño. Aparece todo el mundo: Ethan, Matt, mi madre, Jimmy e incluso Arkarian, a quien acabo de conocer. Están todos reunidos en el lago donde Ethan y yo vamos a entrenar. Los veo a todos claramente; están hablando unos con otros, como si estuvieran pasando el tiempo, esperando algo. Yo también debo de estar en ese sueño, que empieza a parecer alarmantemente real, aunque no formo parte de su grupo.

De repente, una inquietante sensación se apodera de mis sentidos, como si algo inidentificable hubiese entrado en el sueño. Desprende un aura malvada. A mí me resulta muy obvio, pero los otros cinco, colocados en círculo, siguen charlando en voz baja con aire despreocupado.

La sensación de maldad se intensifica con el sonido de un rugido lejano, como si hubiese una manada de leones hambrientos que arrasan con todo. Sigue oyéndose durante un período de tiempo que parece infinito y en el sueño puedo jurar que proviene del bosque y a la vez también de mi cabeza. Le hago un gesto con la mano al grupo, que sigue formando un círculo, e intento decirles a sus componentes que miren hacia el bosque que hay a su derecha.

-¡Ahí hay algo! ¡Algo malvado! ¡Lo noto! -les grito.

Pero nadie me oye, nadie mira hacia el lugar donde esa cosa malvada se hace cada vez más grande y más poderosa, como una tormenta eléctrica que se avecina. Tengo que avisarlos.

-¡Mirad! -chillo mientras las lágrimas me corren por la cara.

Y entonces veo a una criatura inmensa que tiene la cara desfigurada y un solo ojo amarillo y de aspecto furioso, que va vestida con ropa extraña y empuña una larga espada.

Sale del bosque cargando contra ellos como un oso rabioso.

-¡Ahí! -grito por última vez, ya que, si no se vuelven y salen corriendo, serán descuartizados por esa horrible criatura.

Pero nadie mira.

ETHAN

Llego a casa y papá me está esperando, lo cual me sorprende mucho. Normalmente se ocupa de sus cosas y no le importa nada de lo que yo haga o diga. Mamá es diferente. A pesar de que se deprime habitualmente, consigue mantener cierto interés por mi vida. Recuerdo que una vez, después de una recaída que la obligó a estar ingresada en el hospital durante diez días, me dijo que nunca se recuperaría de la súbita pérdida de su hija, que por eso su cabeza necesita tomarse unas vacaciones y se desconecta durante cierto tiempo.

-No has venido a cenar -dice mi padre inclinándose sobre el borde de la mesa-. Así tienes el lote completo: te has saltado todas las cenas de esta semana.

Sus palabras me dan que pensar y me hacen fruncir el entrecejo. Me extraña que lo haya notado. ¿Acaso vuelve a ser el hombre que mamá me dijo que había sido en el pasado? Decido no alimentar muchas esperanzas, pues al fin y al cabo a lo mejor sólo se interesa porque mamá ha estado dándole la lata.

-Por lo visto no le has dicho a tu madre adonde ibas o con quién estarías. Y ya sabes cómo se preocupa.

Ah, bueno, eso lo explica todo.

-Lo siento, papá. Ha sido culpa mía. Dile a mamá que estaba con Isabel.

-¿Isabel Becket?

-Sí, ¿por qué?

-No, por nada. Hacía mucho tiempo que no oía su nombre. ¿No es la hermana de Matt? ¿La que no hacía otra cosa que saltar de los árboles?

De repente sonrío al acordarme de algo que ocurrió ayer, cuando Isabel se subió a un árbol, a un alcanforero, y aguantó colgada boca abajo durante treinta minutos sólo para demostrar que podía resistir más tiempo que yo.

-Ya no lo hace. -A menos que la provoquen, añado para mí mismo. Lo cual no es muy difícil.

-¿Me estás diciendo que has estado con Isabel todos los días a lo largo de las últimas semanas?

-Así es. -¿Qué bicho le ha picado?-. ¿A qué viene este tercer grado, papá?

-Me parece raro, eso es todo.

-¿Por qué? -Una pregunta mejor hubiese sido: «¿Por qué te parece tan raro?»

Sacude la cabeza con un movimiento que es más bien un escalofrío.

-¿Y dónde pasáis el rato Isabel y tú?

Todas las preguntas se dirigen hacia el mismo sitio. Me gustaría adivinar qué busca, pero no tengo ni idea.

-Por el lago, principalmente. ¿Por qué?

-¿En qué parte del lago, Ethan? Supongo que no será cerca de las cataratas -replica en voz baja y tensa.

Ahora empiezo a vislumbrar adonde quiere llegar, aunque es incapaz de decirlo a las claras. De hecho, el nombre de Sera no ha vuelto a pronunciarse desde que murió. A veces me entran ganas de gritárselo a papá en la cara con todas mis fuerzas. A lo mejor así conseguiría arrancarlo del estado de aletargamiento, o lo que sea que tiene, en el que vive desde hace tantos años.

-Sí que vamos al otro lado, papá, pero no nos acercamos a las cataratas ni a las flores que crecen por ahí.

Al oír la palabra «flores» se pone tieso como un palo. Mamá, que escucha desde hace unos minutos desde el umbral de la puerta, entra y me abraza.

-¿Tienes hambre, Ethan?

Le devuelvo el abrazo.

-No mucha, mamá. Creo que me voy a acostar.

Me dejan pasar sin decir nada más, lo cual es bueno, ya que el ambiente está tan cargado que el aire resulta casi irrespirable.

Al llegar a mi habitación me tumbo en la cama y miro hacia el techo. Es demasiado pronto para dormir, pero estoy hecho polvo. Decido cerrar los ojos un rato, luego ducharme y prepararme para mi misión. Pero en vez de eso caigo en otra de esas pesadillas tan realistas. Noto que se lanza sobre mí en cuanto cierro los ojos, pero no puedo hacer nada por impedirlo.

Esta vez estoy nadando. En el lago que hay cerca de las cataratas. Soy mayor de lo habitual en mis pesadillas, debo de tener la misma edad de ahora. No hay nadie cerca, Sólo estamos el lago y yo, el agua está fría y oscura y refleja un cielo muy nublado. Aguardo, ya que mi subconsciente sabe lo que está a punto de aparecer: algo maligno. No existe otra palabra ni manera mejor de describir los sentimientos, las sensaciones de horror que se van creando.

En mi sueño echo a nadar hacia la orilla con brazadas largas y rápidas, con esa sensación apremiante que empieza a formarse en mi estómago. Está ahí, en el bosque, observando, a la espera. Lo oigo gruñir y se me pone de punta todo el vello del cuerpo a causa del miedo. Entonces la veo jugar al borde del agua. Sus rizos negros bailan alrededor de su cabeza mientras construye un castillo de piedras muy contenta.

-¡Sera!

Está demasiado lejos para oírme. Me pongo a nadar más rápido. Ahora la criatura se acerca hacia ella corriendo.

-¡Sera! ¡Levántate!

Sigue sin oírme y nado más rápido que nunca. Me duelen todos los músculos y mis pulmones están a punto de explotar, pero sigo moviendo los brazos con más fuerza, más rápido. Tengo que llegar hasta ella antes de que la criatura le ponga una mano sobre la frente.

-¡Sera!

Cuando estoy a unos pocos metros de la orilla, oigo que la criatura profiere un rugido de victoria. Sabe que está a punto de alcanzar a su presa. Entonces veo que emerge por entre los árboles, con lo que a Sera apenas le quedan unos segundos para huir.

-¡Sera, corre y sálvate!

Mi hermana levanta la cabeza y nos miramos el uno al otro. Yo me quedo helado medio fuera del agua.

-¡Oh, Dios, no!

Ya no es Sera. La cara que me mira confiada y con los ojos muy abiertos es la de Isabel.

## ISABEL

Me siento en la cama totalmente confusa. Tengo el cuerpo empapado en sudor, el corazón desbocado y aún me corren lágrimas por la cara. Está oscuro, pero mis ojos se acostumbran rápidamente. Sigo en mi habitación. Según mi despertador son las doce menos cuarto.

Ahora recuerdo el sueño y el miedo que he sentido al estar metida en él. ¿De dónde venía esa pesadilla? Del infierno, obviamente.

Me vuelvo a tumbar para recuperar la respiración normal y que se me calme el pulso. Cierro los ojos poco a poco y cruzo los brazos, que no paran de temblarme, sobre el pecho. Estoy tan tensa que nunca conseguiré que me transporten. Y esa pesadilla ya puede volverse al lugar de donde haya salido.

Oigo unos pasos que suben por las escaleras y contengo la respiración de manera inconsciente. Es mamá. Pero no está sola. Oigo que ríe en voz baja. Otra voz, sólo un poco más grave, ríe también. Mi madre hace callar a Jimmy con un susurro; pasan de largo de mi habitación.

Silencio.

Y entonces se oye un repiqueteo en el techo. Seguro que ha vuelto a entrar la ardilla por el tejado, o a lo mejor es un pájaro que no sabe salir. Oigo un chirrido por la ventana y un golpe en una pared. Es la que da a la habitación de Matt. Debe de haberse girado y ha golpeado la pared sin querer. Esta noche todos los sonidos me parecen ampliados; mis sentidos están haciendo horas extras. Si sigo así todavía estaré despierta cuando llegue el amanecer. Me he olvidado de preguntarle a Ethan qué ocurrirá si no logro dormirme, si no me relajo por completo de cuerpo y mente. ¿Seguro que mi alma no puede trasladarse mientras estoy despierta? Esa posibilidad hace que mi corazón vuelva a latir con fuerza. No quiero quedarme en un estado parecido al coma si estoy medio consciente. Empiezo a creer que Ethan tenía razón cuando dijo que no estaba lista, por lo menos psicológicamente.

Mientras pienso en Ethan mi mente se relaja. Su cara flota ante mis ojos, oigo cómo me llama en voz baja, estira los brazos hacia mí. Lentamente me sumerjo en ese estado semiconsciente cercano al sueño. Noto un cosquilleo por todo el cuerpo. Pego una sacudida y me despierto, pero mi respiración se calma rápidamente. A lo mejor no es nada y sólo he hiperventilado un poco. Sin embargo, la sensación aumenta. Intento luchar contra ella instintivamente, pero mi mente ha sobrepasado el estado de consciencia. Estoy demasiado dormida. El último pensamiento que tengo es de ingravidez, de una total y completa libertad corporal y mental.

ETHAN

No sé cómo, pero logro pasar directamente del sueño a la Ciudadela. Nunca me había ocurrido. Creo que Arkarian tiene algo que ver con ello, seguro que me ha rescatado de esa pesadilla que no deja de atormentarme. ¿Por qué no puedo librarme de ella? Cuando era pequeño, mi madre me llevó a ver a varios psicólogos. Cada uno tenía una idea distinta sobre cómo conseguir que no volviera a tener pesadillas. Dormí con la luz encendida, con muñecos de peluche a mis pies, con música relajante, con cintas de meditación, con canarios y peces de colores y me tomé un montón de vasos de leche caliente con miel. No funcionó nada. Las pesadillas regresaban todas las noches. Hasta que empecé a encontrarme con Arkarian en la montaña no se redujeron. Él me enseñó las técnicas de control mental y de autodefensa. Creo que tanta acción me ayudó. A veces me metía tan de lleno en los entrenamientos que al llegar la noche caía rendido de lo exhausto que estaba.

-¡Bueno, bueno, mira a quién tenemos aquí!

Me vuelvo y me encuentro en compañía de la peor persona posible: la de Cárter. Me llevo un buen susto porque no acostumbro a encontrarme con nadie en la Ciudadela, salvo algunas veces con Arkarian, que viene a darme instrucciones de última hora para la misión, sobre todo si algo ha cambiado y debo saberlo.

La Ciudadela es un lugar extraño y maravilloso, surcado de escaleras y pasillos intrincados y lleno de habitaciones decoradas hasta el más mínimo detalle de la forma más exquisita. Esta sala, sin embargo, es un poco rara, ya que está cubierta de paneles rojos y reina un calor muy extraño; es como si fuera una sauna, pero sin vapor.

-¿Qué hace usted aquí?

Qué pregunta tan estúpida. Al fin y al cabo, Cárter es el coordinador, y ahora que ambos sabemos que el otro pertenece a la Guardia supongo que no es necesario andarse con tantos secretos. Seguramente por eso está enfadado conmigo esta vez.

-Deberías saberlo, Ethan. Tú provocaste esto y pusiste al descubierto mi puesto en la Guardia. La Ciudadela es el único lugar donde podemos mantener una conversación sin temor a ser descubiertos. Fuera de aquí nos sentiremos incómodos cada vez que nos veamos o hablemos. ¿Estás satisfecho?

-No si tengo que tropezar con usted cada vez que vaya a realizar una misión.

Echo un vistazo a mi alrededor, e instintivamente me protejo los ojos con una mano del calor rojo, que me resulta hostil. Me pregunto si Cárter ha tenido algo que ver con la elección de esta sala. Todo el mundo sabe que me odia. Sería muy típico de él aprovecharse de su puesto para hacer que me sienta incómodo o pensar que me está dando una lección.

-No tendrías que verme si no hubieras sido tan estúpido como para revelarme tu secreto.

-He aprendido la lección.

Retrocede un poco y cruza las piernas.

-Yo no estoy tan seguro -dice-. Pero aportaré las pruebas apropiadas contra ti ante el Tribunal.

Eso me pilla por sorpresa.

-¿Va a ir a Atenas?

Sonríe.

-Para testificar en tu juicio. Me han citado. -Se mete una mano en un bolsillo y saca el puño cerrado. Me mira con mayor petulancia aún cuando abre los dedos-. Presentaré esta

prueba incriminatoria cuando esté allí.

Es el papel que lleva el cargo de Arkarian escrito con mi letra. ¡Oh, no! ¡Ahora sí que nunca conseguiré las alas!

-¿Qué le he hecho a usted? -No puedo evitar preguntarlo.

Ladea la cabeza ligeramente.

-Es lo que aún no has hecho, Ethan. Y a pesar de todo cometes muchos errores.

-Soy humano. Es natural cometerlos.

-Deja de pensar así. Eres un miembro de la Guardia y eso significa que no puedes permitirte el lujo de hacer nada mal, ya que pones todo y las vidas de todo el mundo en peligro.

Un crujido me asusta y me vuelvo. No es Isabel, sino una hoguera que chisporrotea en la chimenea y que no había visto antes. De repente crece mucho. No me extraña que haga tanto calor aquí dentro. Dirijo mi atención de nuevo hacia Cárter. Me alegro de que todavía no haya llegado Isabel, aunque me pregunto por qué se retrasa.

-Usted no es perfecto. Nadie lo es.

-Pero tú tienes que serlo.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Que te queda mucho por aprender.

¡Basta! Ya me he hartado de este hombre. Isabel llegará de un momento a otro y tengo que intentar que Cárter siga su camino, vaya hacia donde vaya.

-Escúcheme, quizá pueda emplear conmigo ese tono tan despectivo en clase, pero no tiene derecho a hablarme así en la Ciudadela ni en ningún otro lugar de la Historia donde nos crucemos.

Admite lo que acabo de decirle con un leve y arrogante movimiento de cabeza.

-Tal vez.

Va hacia una puerta abierta; parece que por fin se va. Un paso más y me habré librado de él durante un rato. Un extraño picor se apodera de mí y empiezo a observar la sofocante habitación en busca de alguna señal de Isabel.

-¿A quién esperas? -me pregunta Cárter con una pierna fuera de la estancia, mientras se pierde de vista.

-¿Qué le hace pensar que estoy esperando a alguien?

Se burla de mí y vuelve a poner cara de superioridad.

-Como siempre, tu inexperiencia te delata. Estás tan nervioso como un gatito que persigue un ovillo de lana.

Este hombre hace que me entren ganas de insultarlo y de pegarle un puñetazo en la cara. ¿De dónde saca tanta arrogancia?

-Tengo un aprendiz.

Me doy cuenta al instante de lo idiota que soy, de que acabo de caer en su trampa. ¿Cuándo voy a aprender? Gracias a mi bocaza, le he demostrado que tiene razón en todo lo que ha dicho de mí.

Regresa a la sala, aunque sólo puedo ver la mitad derecha de su cuerpo.

-¿Un aprendiz? A mí nunca me dieron uno... -De repente se calla, niega con la cabeza y sale al pasillo.

La puerta se cierra y suavemente desaparece todo rastro de ella; entonces comprendo que ésta no es la habitación en la que se supone que debería estar. ¿Qué me ha traído aquí? Seguro que la pesadilla me ha despistado, pero no puedo evitar pensar que Cárter ha tenido algo que ver en mi desvío, aunque no sé exactamente cómo lo ha conseguido. Aunque trabaja en la

Ciudadela. Según Arkarian es un coordinador. ¿Me ha traído a esta habitación a propósito sólo para que pudiéramos mantener esa pequeña charla? Ese hombre me odia, estoy seguro. Y tengo la sensación de que ese odio aumenta cada día. Debo estar al acecho.

Aunque ¿cuándo he estado tranquilo en su compañía?

## ISABEL

Aterrizo de golpe y porrazo y empiezo a dar vueltas sobre un suelo muy blando. La luz es rara en esta habitación, un poco borrosa, y no viene de un único lugar, sino que es como si sencillamente estuviera ahí. Las paredes están desnudas y al principio toda la estancia parece blanca. Pero luego veo las cuatro columnas altas y estrechas que se alzan a lo largo do metros y metros hasta un techo abovedado de cristal de colores y diseño enrevesado.

Cuando voy a levantarme, la mano de Ethan surge súbitamente ante mí.

-Tienes que practicar el aterrizaje.

Agarro su mano, me pongo en pie rápidamente y veo que mientras yo estoy en pijama, él ha tenido la estupenda idea de ponerse una camiseta y unos vaqueros para irse a dormir.

-Gracias por avisarme.

-Ah, sí. Sabía que se me olvidaba algo.

Me pongo bien la camisa del pijama.

-Suerte que se me ha ocurrido ponerme esto. Normalmente no duermo con tanta ropa. ¿Hay algo más que debería saber?

Ethan niega con la cabeza mientras se acaricia la barbilla.

-Lo siento, pero ahora mismo no caigo. Tenemos que darnos prisa. No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero me parece que son años. ¿Por qué has tardado tanto?

Me toma nuevamente de la mano y me hace subir por una ancha escalera de caracol. Todos los escalones desaparecen cuando los dejamos atrás.

-Me ha costado mucho dormirme y luego he tenido una pesadilla.

Se queda totalmente quieto y la escalera empieza a desaparecer bajo nuestros pies. Me asusto.

-¡Ethan!

Saltamos hasta una plataforma y entramos corriendo en una habitación.

-En este lugar las escaleras son muy impacientes. Ahora estamos a salvo. Cuéntame tu sueño.

Pero la habitación en la que hemos entrado logra que me olvide al instante de la pesadilla.

-Ya te lo contaré. -Veo hileras y más hileras de ropa medieval; las cuatro paredes que nos rodean están adornadas con espejos desde el suelo hasta el techo-. ¿Tenemos que escoger?

-Tú ponte a andar y lo que necesites te escogerá a ti.

Por increíble que parezca, eso es lo que sucede. Al acabar llevo puesto un precioso vestido azul con escote, un corpiño de algodón blanco y unas zapatillas de color beis. Me miro en un espejo y veo que también me ha cambiado el pelo, que ahora es castaño rojizo; parte está recogido con unas horquillas y unas peinetas muy elegantes, mientras que el resto me cae sobre los hombros en una cascada de rizos. Hasta mi piel parece tener un color distinto, mucho más pálido, mientras que mi nariz y mi boca son más redondas. Empiezo a dar vueltas sobre mí misma extendiendo la falda todo lo que puedo.

-¡Esto es increíble! ¡Es como si fuera una persona totalmente distinta!

Ethan, que lleva unos leotardos marrones con una camisa de color crema ceñida con un cinturón, también ha cambiado de aspecto. Su pelo, que en el mundo real es de color castaño, es ahora más oscuro y más largo y espeso. Le miro la cara de cerca... ¡Es increíble! Tiene la

nariz más grande y su barbilla tan mona es ahora cuadrada. No tiene muy buena pinta.

-¿Qué te ha ocurrido?

Se encoge de hombros, se ríe de su nuevo aspecto y luego me toca los rizos que me caen sobre un hombro.

-La Ciudadela nos proporciona una nueva identidad. Recuerda que tu cuerpo mortal sigue en tu cama, en tu tiempo. Pero quien tú eres, tu alma, está aquí. -Se da un golpecito sobre el corazón y después señala sus ojos-. Y aquí también.

-Creo que ya lo entiendo. Estos cuerpos son una especie de préstamo temporal hasta que completemos la misión, ¿no?

-Exacto, y de paso garantizan que nuestras verdaderas identidades queden protegidas.

Vuelvo a observar en el espejo a la desconocida que me mira. Pero no me siento diferente. Me siento yo misma, y mis ojos no han cambiado en absoluto, por supuesto. Me encojo de hombros.

-Es como disfrazarse, sólo que esta vez vamos a vivir una aventura real. Creo que podría acostumbrarme a esto.

Ethan comprueba que la espada está bien sujeta en su sitio y luego me toma de la mano.

-¡No te emociones demasiado! Ni siquiera hemos empezado.

Me lleva hasta el centro de la habitación, donde nos detenemos el uno cerca del otro, bajo un punto central alto. Se supone que van a darnos una especie de ducha, pero Ethan pone una expresión divertida con su cara nueva, por lo que no me tomo sus palabras al pie de la letra. Después de todo ya estamos vestidos. Asiente con un leve movimiento de la cabeza y de repente nos cubre un brillante polvo de colores.

-¿Qué es esto? -le pregunto.

Ethan se sacude y me ayuda a quitarme del pelo y los hombros los restos de polvo, que desaparece cuando lo tocamos.

-Lo que necesitas saber para no parecer o hablar como una idiota mientras estás en el pasado y no delatarte.

-Gracias.

-De nada. ¿Cómo te llamas y de dónde vienes?

-Soy lady Madeline de Dartmouth, una aldea de la costa que se encuentra justo en el Canal de la Mancha. -Tomo aire-. ¿De dónde ha salido eso?

-Es tu nueva identidad. Y yo soy tu primo Hugo, hijo del conde de Monteblain. Ahora salgamos de aquí. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

-Pues ya podías haberme contado todas estas cosas. Se supone que eres mi instructor.

Ethan me fulmina con la mirada.

-Recuerda que sólo me han dado dos semanas.

No contesto. Sólo lo decía en broma, y si no lo ha captado es problema suyo. A veces los chicos son más cortos...

Tomamos otras escaleras que parecen desaparecer bajo nuestros pies más rápido de lo que tardamos en subir los estrechos peldaños. Al final hay una plataforma cuadrada.

-¿Por qué has tardado tanto en llegar? -me pregunta Ethan de nuevo mientras entramos en otra habitación.

Ésta parece más sencilla y tranquila, y tiene unos muebles muy sencillos que crean una atmósfera de gran calma. En el centro hay un sofá de forma rectangular delante de una chimenea en la que un fuego arde débilmente.

-No podía dormir.

Cruzamos la sala muy rápido y Ethan me lleva hasta una puerta abierta que hay en el otro lado. Más allá de ella sólo veo oscuridad y un espiral de niebla.

-¿Ha sido el sueño lo que no te dejaba dormir?

Asiento levemente con la cabeza mientras intento distinguir alguna forma en la oscura neblina.

-Ahora no tenemos tiempo, pero luego me lo cuentas. ¿Vale? Venga, vamos.

Ethan quiere que dé un paso hacia la inmensa nada que tenemos a nuestros pies. Le pego un tirón y lo hago retroceder hasta donde yo me siento un poco más segura.

-Un momento.

Parece sorprendido, aunque enseguida suaviza su expresión.

-Tampoco te he explicado esta parte, ¿verdad? ¡Maldita sea, Arkarian! ¿Cómo me ha podido hacer algo así el Tribunal? ¡Dos semanas!

La respuesta me parece obvia.

-Porque creen que puedes hacerlo.

Ethan replica en tono burlón:

-Lo que ocurre es que me están poniendo a prueba.

Echo un vistazo a mi alrededor y veo que la puerta por la que hemos entrado ha desaparecido, así que sólo queda una salida, la otra puerta, a pesar de que al otro lado tan sólo se distingue niebla.

-¿Dónde está este lugar exactamente?

-¿La Ciudadela? -Se encoge de hombros-. No está ni aquí ni allí. Y tampoco se puede ver en el mundo mortal, es lo único que sé.

-¿Está en el espacio?

-No creo. Arkarian dice que se encuentra en un lugar entre mundos, pero me ha asegurado que es el sitio más seguro del universo. No se puede acceder a él a voluntad propia, aunque ambos lados habitan en su interior en las etapas de tránsito. El problema es que no podemos quedarnos mucho rato porque aquí no se puede medir el tiempo. Es muy fácil entretenerse más de lo que uno cree y que pase demasiado tiempo en nuestro mundo mortal.

Me lleva otra vez hasta el umbral de la puerta abierta.

-Ven, fíjate -me dice mientras mira hacia el infinito-. Ahí está nuestro destino.

-No veo nada salvo oscuridad y niebla, pero noto un inmenso vacío bajo nosotros.

-Sólo es un pequeño escalón; todas las aventuras empiezan de esta forma. No puedo creer que dejes que el miedo a lo desconocido te detenga.

Lo fulmino con la mirada antes de respirar hondo. Al final lo hacemos juntos. Yo cierro los ojos con fuerza y siento como si hubiésemos saltado desde un tejado hasta el suelo. Al caer me golpeo el costado izquierdo con una fría pared de piedra. Estamos en una sala de ladrillo iluminada con antorchas. Me pongo en pie como buenamente puedo cuando dos soldados armados aparecen en un extremo. Ethan observa la estancia y descubre una puerta a nuestra derecha.

-¡Rápido, por aquí! Es mejor que primero averigüemos dónde estamos, antes de tener que dar explicaciones de nuestra presencia.

La habitación es enorme y hay muchas corrientes de aire. Una hoguera arde en la chimenea de ladrillos. Unas cortinas de brocado cuelgan ante una ventana abierta y las sombras que provoca el fuego oscilan sobre la tela, intensificando su color verde esmeralda. Apenas hay muebles: una cama enorme, un baúl a sus pies, un escritorio y una silla de madera maciza, y una butaca que parece muy cómoda ante la chimenea. Toda la sala huele a humo y

madera.

-¿Puedes creértelo, Ethan?

-Hugo -me recuerda con un susurro-. Cuando hablamos en voz alta debemos recordar nuestras nuevas identidades. Al cabo de un rato te saldrá de manera natural.

Lo entiendo, y no puedo evitar sentirme como una estúpida por haberle preguntado eso. Ethan, o Hugo en este momento, lleva años haciendo esto, pero yo no puedo ocultar la emoción que siento.

-¡Mira esta cama! -Salto sobre ella y casi me hundo hasta el fondo.

-Plumas -dice Ethan-. Seguro que está rellena de plumas de ganso. Pero oye, se supone que sólo debes observar.

No toques nada, ¿vale? Podrías resultar herida. Además, yo ya tengo suficientes problemas, así que no necesito que provoques más. Todo lo que hagas es responsabilidad mía.

Ethan empieza a andar por la habitación y se detiene de espaldas a la chimenea, con los dedos entrelazados por detrás.

-Sin duda es la habitación de alguien importante, aunque no creo que sea la del rey ni la del príncipe. Por lo que recuerdo de la distribución de este lugar...

Se calla súbitamente porque los dos oímos voces y pasos fuera. Cada vez se oyen más cerca y se detienen ante la puerta. Alguien murmura unas palabras más y entra en la habitación.

Ethan y yo nos miramos rápidamente. De pronto salta sobre la cama y se tira hacia el centro. Aterriza casi encima de mí y me agarra con fuerza.

-¿Qué hac...?

De repente me besa. Al principio me quedo atónita porque no me lo esperaba, pero al cabo de unos segundos todo cambia. Por un lado sé que ha entrado un desconocido en la habitación y que se ha detenido al vernos a Ethan y a mí besándonos en la cama. Pero por el otro siento como si Ethan y yo estuviésemos solos. No tengo la sensación de que estemos en la cama de otra persona, ni en otra época. Sólo está Ethan, que me besa. Eso es todo.

Por desgracia, a continuación se aparta de mí de un salto y hace como si se hubiera dado cuenta en ese preciso momento de la presencia de nuestro visitante. Se pone en pie con dificultades y me obliga a levantarme.

-Mi señor... -dice a la vez que le dedica una reverencia al hombre que hay ante nosotros-. Mis disculpas. Cuando he entrado en esta espléndida estancia no sabía que era la vuestra. Si nos concedéis un instante, la abandonaremos y regresaremos a nuestros aposentos.

-¿Y dejaréis mi cama tal y como la encontrasteis, vacía? -pregunta el hombre alto arqueando una de sus pobladas cejas, obviamente divertido.

Ethan inclina mucho la cabeza.

-Sí, señor. Ciertamente.

El hombre me mira.

-Sois un mozo afortunado. ¿Cómo os llamáis vos y vuestra... compañera?

-Me llamo Hugo Monteblain, señor, y ella es mi... -Se detiene un segundo. De pronto parece incómodo, aunque cambia de expresión rápidamente. En esta época no es tan extraño que los primos se besen, así que me presenta-, mi prima, lady Madeline.

-Bien, joven Hugo, nada me complacería más que haceros un favor a vos y a vuestra bella prima, pero esta noche dispongo de poco tiempo y además debo preparar el discurso que voy a pronunciar ante el consejo. Mientras hablamos están sucediendo muchas cosas en palacio, y debemos esperar que el resultado sea un rey nuevo y legítimo.

-¿Cómo se encuentra el joven Ricardo?

El hombre abre un poco más los ojos.

-Ah, un aliado... Duerme profundamente en su cama -responde observando a Ethan-. ¿De qué tierras provenís? Poseo muchas y no reconozco vuestro nombre, aunque vuestra cara me resulta familiar.

-Venimos de Dartmouth, señor. En el Canal de la Mancha.

-Ésas no son mías. ¿Acaso nos conocíamos ya?

-No, mi señor. No he tenido el honor.

El hombre se acerca hasta el escritorio.

-Es una pena. Hay algo en vuestros ojos que me recuerda a un hombre que conocí una vez. Me prestó una gran ayuda, era un joven hábil que prometió volver, pero... -Mueve la mano en un gesto de enfado-. No he tenido la oportunidad de mostrarle mi aprecio por lo que hizo. Es como si no hubiera existido nunca.

-Lo siento, mi señor. Si hubiera realizado tal promesa, podéis tener por seguro que la habría cumplido.

El hombre asiente con la cabeza y me mira a mí.

Sé que no debo decir ni tocar nada, pero no puedo resistirme.

-Quizá el joven en cuestión regrese alguna vez, milord.

Ethan me agarra la mano con más fuerza. No desea que llame la atención. Ése es el objetivo de un viaje de observación, tal y como me ha contado antes.

-Ocurrió hace muchos años, lady Madeline -responde el hombre con tristeza, y se sienta lentamente ante el escritorio.

Es el momento de que nos vayamos. Ethan vuelve a hacer una reverencia y le pregunta si desea algo de las cocinas. El hombre se queja de que su sirviente es un gandul, pero no acepta el ofrecimiento.

En cuanto salimos no puedo reprimir un chillido. Ethan me tapa la boca con una mano y sonríe.

-¡Silencio! ¿Quieres que nos maten antes de que hayamos podido hacer algo?

-¿Quién era? ¿Lo sabes? Tiene mucho magnetismo.

Ethan me deja helada cuando responde:

-Juan de Gante. ¿No te has dado cuenta?

-Yo siempre saco aprobados en Historia, ¿recuerdas?

Suelta un resoplido.

-¡Pues eso va a cambiar a partir de ahora!

ETHAN

Isabel está absolutamente encantada. Enseguida me doy cuenta de que ha nacido para esta vida. En cuanto regresemos a casa nos pondremos de nuevo manos a la obra para que consiga dominar sus poderes psicológicos. Ya sabe que la curación será uno de sus principales talentos, pero hasta ahora no se le ha revelado ninguno más. Aún disponemos de tiempo, eso si conseguimos llevar a cabo esta misión con éxito. Aunque esta noche tengo un presentimiento que no puedo quitarme de la cabeza, mi conciencia no me deja tranquilo, mi instinto me dice que algo va o va a ir mal. A lo mejor sólo estoy nervioso porque Isabel está conmigo, porque soy responsable de ella. No quiero que resulte herida y tengo la sensación de que no hemos entrenado lo suficiente. Pero hay otra cosa que me preocupa. Es como si tuviera algo en el estómago; empiezo a notar una incómoda sensación de mareo, y un extraño letargo se va apoderando de mis extremidades, de forma que cada vez me cuesta más caminar.

Intento dejar esas cuestiones a un lado mientras averiguo por qué ala del palacio deambulamos. Recuerdo la esfera holográfica de Arkarian, y, teniendo en cuenta la ubicación de los aposentos de Juan de Gante, al final me sitúo. Nuestro destino no está muy lejos, pero nos encontramos en el piso equivocado.

Mientras nos dirigimos hacia la sinuosa escalera, oigo que Isabel respira profundamente. Creo que se debe a los nervios, pero entonces dice:

-Cuando estábamos en la habitación de Juan de Gante... Ya sabes cuando...

De repente se calla y entiendo a qué se refiere: al beso que le he robado. Espero que no se haya formado una idea equivocada. Es decir, Isabel me cae muy bien y nunca había disfrutado tanto con alguien como con ella en estas últimas semanas. ¿Hay algo malo en que tu mejor amigo sea una chica? Eso es lo que ahora siento por Isabel. No sé si alguna vez podríamos llegar a ser algo más. Quizá algún día, cuando se me pase lo de... No puedo creer adonde me han llevado mis pensamientos. He estado a punto de decir Rochelle. Ya se me ha pasado lo de Rochelle, del todo, ¿entonces a qué viene esta punzada de dolor?

Respiro profundamente y elijo las palabras con sumo cuidado. Lo último que quiero es herir a Isabel.

-Hum, ¿te refieres al beso?

Ella asiente con la cabeza.

-Lo siento mucho. Necesitábamos una excusa para estar en esa habitación y no he tenido tiempo de preguntártelo. Espero que no te haya importado.

Me dedica un gesto de tranquilidad con la mano, que espero que sienta de verdad.

-No, claro que no. Ya lo sabía.

Pasamos frente a la sala donde se reúne el consejo. El leve murmullo de unas voces amortiguadas se oye a través de la gruesa puerta doble. Dentro de poco aparecerá Juan de Gante y expondrá los motivos por los que su sobrino de diez años debe ser el próximo rey de Inglaterra.

-¿Por qué Juan de Gante no quiere la corona para sí mismo? -me pregunta Isabel cambiando de tema.

-No creo que nadie lo apoyara si la reclamase. Nadie quiere que aumente su poder. Es muy rico por derecho propio y posee más tierras, títulos y condados que cualquier otro noble hasta la fecha. Además, tiene la mira puesta en otros títulos que aún no le han llegado.

Es tarde, y si Juan de Gante tiene razón, el joven príncipe estará dormido cuando entremos en su habitación. Si Arkarian lo ha calculado todo bien, apareceremos antes que el asesino.



Librodot

El pasillo está vacío y llegamos a la puerta de los aposentos del príncipe sin ningún problema. ¿Dónde están sus protectores? ¿Los guardias de palacio? Abro la puerta con gran cuidado. Da la impresión de que no hay nadie, lo cual resulta extraño, teniendo en cuenta que ese niño de diez años se convertirá en rey dentro de poco.

-Está todo muy tranquilo -comenta Isabel mientras entramos en la habitación semioscura.

Una mujer mayor, obviamente una sirvienta o una niñera, nos ve desde donde está sentada, acurrucada junto al fuego, mientras borda.

-¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

-Nuestros nombres no importan. Hemos venido a proteger al príncipe. ¿Dónde están los guardias?

-Los han llamado hace un momento. Han prometido volver inmediatamente.

En cuanto la mujer acaba de hablar entra alguien envuelto en una larga capa roja desde la habitación de al lado.

-¡Declarad vuestro propósito al entrar en la habitación del príncipe! -nos espeta. Su arrogancia es de lo más molesta. ¿Quién es? Mi instinto me dice que se trata del asesino, que intenta hacerse pasar por alguien importante. Como no contestamos nos grita-: ¡Salid de aquí! ¡Exijo que abandonéis la estancia ahora mismo!

-Hemos venido a proteger al príncipe -replico al tiempo que intento luchar contra una sensación de náusea cada vez mayor.

-¿Por orden de quién?

Sólo dudo un instante.

-Por orden de Juan de Gante.

La vieja sirvienta mira al hombre encapuchado y luego a mí.

-Pues yo no os reconozco a ninguno de los dos, de modo que ¿por qué no salís todos de aquí y me dejáis seguir bordando en paz? ¿O acaso voy a tener que avisar a los soldados del rey?

En cuanto acaba de hablar, el encapuchado se abalanza sobre ella. Le da una sola patada, pero basta para que salga volando.

Isabel corre junto a ella.

El príncipe abre los ojos cuando el encapuchado toma una almohada rápidamente y se la lanza sobre la cara. ¡El asesino está intentando ahogarlo ante nuestros ojos!

-¡Date prisa, Hugo! -me grita Isabel. Por lo menos no ha olvidado que al ser observadora no debe intervenir-. ¿Por qué no haces nada?

Yo, por desgracia, tengo graves problemas. De repente me siento aturdido y medio paralizado, y no puedo correr ni andar. Tengo el estómago revuelto y noto una extraña sensación de pesadez en la cabeza. La habitación empieza a dar vueltas.

.-¿Hugo? ¿Qué te pasa? Estás blanco como un fantasma.

Me retuerzo por el dolor que afecta a todo mi cuerpo y me doy cuenta de lo que debe de estar ocurriendo.

-Alguien... Creo que alguien está intentando despertarme. No puedo moverme.

La vieja me mira con mala cara, como si no fuera nada más que un montón de basura que han sacado para los gatos de palacio. Se pone en pie y sale gritando al pasillo en busca de ayuda. Vuelve rápidamente y se lanza sobre el asesino, que se la quita violentamente de encima. La mujer se golpea en la cabeza con el pico de un escritorio y cae al suelo inconsciente.

-¿Qué hacemos, Hugo? ¡No puedo quedarme aquí parada y mirar! ¡Tienes que permitir que te ayude!

El joven príncipe, ahora completamente despierto, está luchando con toda su energía para librarse de las fuertes manos del hombre encapuchado. Yo consigo levantarme a pesar del dolor y la sensación de aturdimiento y desenvaino mi espada.

El asesino se vuelve para enfrentarse conmigo en combate, pero al ver que apenas puedo tenerme en pie decide no sacar su espada y me pega un codazo que me tira al suelo de espaldas. Intento levantarme de nuevo, pero doy una arcada y arrojo todo lo que tengo en el estómago. Cuando consigo dejar de vomitar durante un instante, levanto la cabeza y veo que todo el mundo me mira, incluso el asesino y el príncipe.

-¡Oh, Dios, Hugo! ¿Puedo hacer algo? -me pregunta Isabel.

Lo máximo a lo que llego es a negar con la cabeza mientras gotas de vómito caen de mi boca al suelo.

Aprovechando que el asesino se ha distraído, el joven príncipe trata de escapar y bajar de la enorme cama, pero el asesino se lanza sobre él, lo pone boca arriba y empieza a asfixiarlo de nuevo.

Isabel se inclina sobre mí con los ojos abiertos de par en par y me mira alarmada.

-Lo siento, Hugo, pero uno de nosotros debe actuar.

Y entonces me arrebata la espada, aferra con ambas manos la empuñadura, la blande y, con un grito de guerra furibundo, carga contra el asesino.

El hombre, obligado a soltar al príncipe, gruñe y se vuelve. Obviamente está enfadado por tener que desenvainar su Propia espada; él e Isabel luchan mientras el niño observa.

-Idos -le ordeno, y señalo la puerta con la cabeza-, salid de aquí. ¡Salvaos, alteza!

El príncipe se dirige hacia mí, evitando con gran cuidado el caos que se ha creado a su alrededor, y se arrodilla a mi lado sin apartar la vista de la pareja que se bate en duelo.

-Apuesto por ella.

Las punzadas de dolor son cada vez más fuertes en el estómago y en el pecho. Un espasmo hace que me incline bruscamente hacia delante y que el príncipe se eche hacia atrás.

-¿Vais a vomitar de nuevo? -me pregunta sin dejar de contemplar el combate que están librando Isabel y el asesino.

Niego con la cabeza e intento tener fe en Isabel, pero seguro que el asesino no es un novato y ella sí. Esta misión debía ser sólo de observación. Aun así, lo está haciendo bien, aguanta su posición y ha logrado que el hombre retroceda varios pasos, hasta que ha dado contra la pared. Entonces, con una increíble demostración de destreza en el dominio de la espada, Isabel hiere al asesino en el brazo izquierdo, aunque seguramente sólo se trata de un corte superficial.

A mi lado, el príncipe aplaude. Pero ahora apenas puedo verlo ya que la habitación no para de dar vueltas y me siento como si en cualquier instante fuera a perder el conocimiento. Algo va muy mal.

De repente Isabel grita. Por un instante creo que la ha herido e intento levantarme. Parece que el asesino, frustrado y furioso, ha hallado nuevas fuerzas. Desarma a Isabel, cuya espada sale volando y cae en la repisa de la ventana. Ahora mi aprendiza está en grave peligro y yo no puedo ayudarla.

El asesino la apunta con intención de matarla, pero ella usa sus técnicas de kárate, hace caer al hombre y le arroja la espada. El príncipe aplaude de nuevo y se lanza sobre el arma. Pesa mucho y le cuesta levantarla. Mientras tanto, el asesino se recupera, tira a Isabel al suelo de un golpe, saca un puñal de una bota y apunta al

príncipe.

-¡Cuidado! -grito.

Justo cuando lo va a lanzar, Isabel salta sobre el encapuchado y logra desviar el puñal de su curso, que se clava en la pata de un escritorio de madera.

En ese preciso instante se abren las puertas de la habitación. Juan de Gante y varios soldados entran y rápidamente comprenden qué está ocurriendo. El asesino, al ver que esta noche no podrá llevar a cabo su misión, toma carrerilla y salta por la ventana. Está muy alta, pero sé que no se matará, sino que regresará al lugar y al tiempo del que ha venido. El único consuelo que me queda es que a pesar de que he fastidiado la misión, el príncipe sigue con vida gracias a Isabel.

Juan de Gante ordena a sus hombres que persigan al asesino y lo traigan vivo, algo que por supuesto no harán, porque seguro que no lo encuentran. Aun así salen corriendo por la puerta y Juan de Gante comprueba que el joven príncipe está bien. Al ver el charco de vómito que hay en el suelo mira con mucho cuidado dónde pone los pies. Luego ayuda a Isabel a levantarse.

-¡Milady, su alteza y yo os estamos sumamente agradecidos!

Luego me tiende una mano a mí, pero no puedo moverme. Las náuseas y el dolor en el pecho han aumentado tanto durante los últimos minutos, que estoy empezando a pensar que a lo mejor ni llego vivo a mi propia cama. Cada vez respiro con mayor dificultad porque a mis pulmones les cuesta mucho hincharse.

-Está enfermo, milord. -Isabel se agacha junto a mí-. ¿Qué hago, Hugo? Dime qué puedo hacer.

-Arkarian -susurro con voz ronca a su oído-. Pero no delante de...

Levanta la cabeza y mira a Juan de Gante.

-Necesitamos una habitación.

Al cabo de unos segundos, Juan de Gante aparece con dos de sus hombres, que me levantan y me llevan a una cama de una estancia que hay al final del pasillo. Isabel les da las gracias mientras los saca casi a empujones.

-¡Arkarian! -grita, y al instante los dos regresamos a la Ciudadela, donde nos está esperando Arkarian con el entrecejo muy fruncido.

-Ethan, debes apresurarte.

Isabel intenta apartar a Arkarian de su camino para llegar hasta mí.

-¿Qué le pasa? ¿Es algo que puedo curar?

-Ten paciencia, Isabel, se recuperará dentro de poco.

El dolor desaparece y mis pulmones vuelven a hincharse.

-Creo que ya estoy mejor. -Intento incorporarme, pero vuelvo a caer de espaldas.

-Eso es porque estás más cerca de tu cuerpo, pero volverás a encontrarte bien dentro de nada -me explica Arkarían-. En cuanto regreses a tu estado mortal. Sin embargo, antes debo decirte algo. Es sobre tu...

Siento otra arcada y creo que voy a vomitar de nuevo. Me retuerzo al sentir las punzadas de dolor, cada vez más intenso, en la cabeza. Isabel retrocede y empieza a gritar.

-¡Date prisa, Arkarian! ¿Estás ciego? ¡Necesita ayuda!

Arkarian asiente y me pasa una mano por encima con una extraña expresión de impaciencia en la cara.

-Es mejor que te vayas -me recomienda, y antes de que pueda preguntarle qué iba a decir, la habitación y él y mi aprendiza desaparecen.

ETHAN

Me despierto y veo a mi padre que me mira fijamente, me tiene agarrado por los hombros y no para de sacudirme. Tengo que pensar rápido: ¿cuánto tiempo he estado inconsciente? No pueden haber sido más de unos minutos, pero lo que ignoro es cuánto rato he pasado en la Ciudadela. Nos ha costado tanto ponernos en marcha... Aun así, seguro que no han sido más que unos minutos. Lo único que tengo que hacer es actuar con calma. Papá no puede saber nada. Y no debe descubrirlo. Sería peligroso, para mí, para los que están relacionados conmigo e incluso para él. Además, la semana pasada ya infringí las reglas una vez, y luego volví a hacerlo con aquella nota escrita a mano. Mi comparecencia ante el Tribunal tendrá lugar dentro de poco. ¡Debo ir con cuidado!

-¡Deja de sacudirme! ¿Qué pasa?

-¿Ethan? Estabas helado. -Me abraza con tanta fuerza que me clava los dedos en los hombros. Luego se pone tenso, se echa hacia atrás y entrecierra los ojos para verme en la oscuridad-. ¿Qué te ha pasado?

-Sólo dormía.

-No es verdad.

Sólo tengo que intentar que crea que mi estado comatoso ha sido producto de su imaginación. El miedo es lo que le hace hablar. Tendría que ser muy fácil ahuyentar esos miedos ahora que puede comprobar que estoy bien y que estoy hablando con él.

-Papá, no me has quitado las manos de los hombros en todo el rato. Mírame, estoy bien.

De hecho, aún tengo las extremidades entumecidas. Espero que no me pida que me levante para demostrarle nada.

-Está ocurriendo algo raro.

-¡No digas tonterías! ¿Qué quieres que ocurra? -Lo miro a la cara y me obligo a no parpadear ni a vacilar de ninguna forma. Ahora que he logrado ordenar mis pensamientos me pregunto qué está haciendo aquí, en mi habitación, en mitad de la noche-. ¿Qué sucede? ¿Es mamá?

-No, ya está bien.

-¿Qué significa eso?

Echa un vistazo a la puerta, como si esperara que pudiera aparecer por ahí de un momento a otro.

-Ha vuelto a tener una pesadilla, eso es todo. Tú debías de aparecer en ella. Me ha pedido que me levantara y viniera a asegurarme de que estabas bien. Pero dormías tan profundamente que no sabía si respirabas o no. Cuando te he sacudido, ni te has inmutado.

-Tengo un sueño muy profundo, papá.

Me observa como si no acabara de creerse mi explicación. Luego baja la cabeza en gesto de derrota.

-Estoy... Estoy confundido.

-No tienes por qué estarlo. Lo único que pasa es que estaba tan cansado que me he puesto a dormir como un tronco. Estaba en el país de los sueños.

Esa referencia a los sueños hace que de nuevo abra los ojos de par en par. Se sienta junto a mí en la cama.

-¿Tú también has tenido una pesadilla?

Aunque he tenido una antes, aún no me siento con ánimos para hablar de ello. Ahora mismo estoy exhausto.

-No, esta noche sólo he tenido dulces sueños, papá.

Casi sonríe.

-Seguro que había alguna chica por medio.

De repente me vuelve a la cabeza la imagen de la cara confiada de Isabel cuando me miraba mientras hacía un castillo de piedras en la orilla del lago. La sensación de que algo malo está a punto de abalanzarse sobre ella desde el bosque que la rodea se apodera de mí otra vez.

-Ethan, ¿estás bien?

Borro de mi cabeza esa imagen terrorífica.

-Sí, es sólo que estoy muy cansado.

Papá se levanta y se dirige hacia la puerta, pero no sale de la habitación.

-Si quieres contarme alguna cosa... Lo que sea...

Vuelve un poco la cabeza, que queda iluminada por la luz de la luna, y veo un atisbo de ternura y preocupación. Esa mirada, esa extraña muestra de sentimientos, casi consigue que me entren ganas de confesarle hasta mi alma. Me cuesta reprimir esa ansia, así que me tumbo en la cama de nuevo, de espaldas a él, para que entienda que nuestra conversación ha terminado. Hablarle a mi padre, o a cualquier otra persona, da igual, sobre la Guardia supondría una infracción mayor de las reglas. Y lo peor sería que papá no podría asimilarlo.

## ISABEL

Pasa una semana y Ethan se recupera por completo. Lo que ocurrió me asustó mucho y no quiero que se repita. Esta noche vamos a ir a Atenas, al año 200 antes de Cristo, mil años después de la creación del Tribunal. Ahora, los señores de las distintas casas viven en el cuartel general de la Guardia, sin que les afecte la medición mortal del tiempo. Voy a ser iniciada como aprendiza ante el Tribunal. Dormiremos en Atenas porque el juicio de Ethan es al día siguiente; Arkarian ha permitido que me quede, pero es poco probable que pueda asistir a él. No podría haber ocurrido en mejor momento, porque mi madre se ha ido a pasar el fin de semana con Jimmy a las montañas para ver si encuentran las primeras nieves del año. Tan sólo tengo que asegurarme de no hacer ninguna estupidez para que Matt no quiera ver si estoy bien en mitad de la noche, lo cual es bastante improbable. Como mamá está fuera, seguro que intentará sacarle el mejor provecho posible a la casa con Rochelle.

Tengo ganas de conocer al Tribunal, que está formado por los nueve señores de las casas, aunque también estoy algo nerviosa. Al parecer hay cuatro mujeres, cuatro hombres y un inmortal que no es ni de un sexo ni de otro. Tengo muchas preguntas, pero dudo de que pueda llegar a hacer ni la mitad. Arkarian dice que se necesita valor para mirarlos a la cara, por no hablar de mirarlos a los ojos y hacerles una pregunta.

-¿Son feos?

Estamos sentados en la sala principal de Arkarian. en sus taburetes favoritos. Me da la sensación de que el mío se va a romper de un momento a otro.

Ethan se ríe.

-Más o menos tan feos como Arkarian.

Arkarian mira a Ethan con cara de pocos amigos.

-¿Tienen los ojos de colores raros?

-¿Como yo? -dice Arkarian, que me mira a la cara con esos ojos de color violeta intenso que resultan tan arrebatadores de cerca.

Ethan responde por mí, lo cual me alegra, pues parece que yo he perdido la facultad de hablar.

-La mayoría, pero lo que más impresiona es cómo te miran, o quizá debería decir cómo miran en tu interior.

-No lo entiendo.

-Todos son Videntes de la Verdad. -Me quedo observando primero a Ethan y luego a Arkarian- Pueden leer todos tus pensamientos -dice Ethan con una sonrisa-. Incluso los que no tienes de manera consciente. Como ésos tan tontos que se te ocurren de repente.

-¡Oh, no!

-La primera vez que estuve ante el Tribunal no podía dejar de mirar a Penbarin. Ya sabrás de quién hablo cuando lo veas. Es inmenso. No comenté nada en voz alta, por supuesto. Y dejé de mirar, pero no pude evitar pensar: «¡Jo, qué gordo está!» Ése fue mi primer pensamiento, y el segundo: «Me pregunto qué habrá desayunado, ¿media vaca?»

No puedo evitar reírme, pero Arkarian exclama en tono tajante:

-¡Yo no acostumbro a pensar en lo que la gente ha desayunado! Tengo mejores cosas que hacer con mis pensamientos.

Así que ahora no sólo tengo que ir con cuidado con lo que digo, sino también con lo que pienso...

Arkarian me toca un hombro con suavidad y una reconfortante sensación cálida se extiende por mi brazo.

-No le hagas caso, Isabel. Ha madurado un poco desde su primera comparecencia.

Entonces me pica la curiosidad y le pregunto a Ethan:

-¿Cuántos años tenías cuando se te ocurrieron esos pensamientos?

Ethan sonríe.

-Cinco años, creo.

Es un alivio, pero sólo un poco. Conozco mi mente y casi nunca obedece sus propias órdenes. Recuerdo la primera vez que vi a Arkarian y lo alucinada que me quedé al fijarme en su pelo azul. Y luego descubrí sus ojos... ¡Violetas! Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo y me dio vergüenza el mero hecho de mirarlos. Los pensamientos que tuve fueron tremendos, pero al final logré recuperar la compostura y empecé a fijarme en otras cosas, como su piel, pálida y suave como la seda. Y en cuanto a su físico, bueno... ¡Cómo no iba a notar lo fuertes que tiene el pecho y los brazos!

Me paro cuando me doy cuenta de que los dos se están mirando de una forma que al principio no entiendo. Pero luego sí. Es vergüenza ajena.

-¿Qué pasa?

Ethan me lo cuenta.

-¿Te acuerdas de que te mencioné que el título de Arkarian es el de Maestro de la Verdad?

Los nervios se apoderan de mi estómago.

-Aja.

-Bueno, el caso es que lo de «Verdad» viene de «Vidente de la Verdad».

-¿Arkarian también es un Vidente? -pregunto sólo para confirmarlo.

Arkarian arquea las cejas mientras Ethan me sonríe.

-Maravilloso -susurro para mí misma, y recuerdo en un instante la multitud de pensamientos ridículos que he tenido sobre Arkarian mientras él estaba presente. Me resisto a taparme la cara con ambas manos-. Es fantástico, ¿no? Gracias por decírmelo, Ethan. Estás hecho todo un instructor. Tu especialidad es avergonzar a tus aprendices, ¿no?

Ambos se ríen, pero luego Arkarian se pone serio.

-Es mejor que os vayáis. Partimos dentro de unas horas.

Mientras Ethan y yo salimos de la montaña y recorremos el largo camino que hay hasta mi casa, no puedo evitar machacarlo con alguna de las miles de preguntas que no paran de surgir en mi cabeza. Él intenta responderlas, pero a veces noto como si no me estuviera contando algunas cosas a propósito. Ojalá yo también fuera una Vidente, así podría leerle el pensamiento, aunque tampoco estoy muy segura de que sea una buena idea. Seguro que piensa en cosas absurdas.

Sin embargo, hay una pregunta de la que seguro que le encantará hablar. Es sobre lo que la Guardia llama sus «alas». Es todo un honor, uno de los más altos. Y Ethan está cerca de conseguirlo. Lo ha mencionado varias veces durante los enfrenamientos. Al parecer, espera que le concedan ese poder el día de su cumpleaños, en una ceremonia en Atenas.

-¿Qué ocurre cuando te conceden las alas?

Se le iluminan los ojos y veo cómo le brilla el azul de los iris, a pesar de la semioscuridad del anochecer.

-No son unas alas de verdad -dice-, como las de un pájaro o un ángel. No te salen por ningún lado. Es un poder que tienes que ganarte. No se lo otorgan a todo el mundo. Sólo a

aquellas personas que no lo usarán mal.

-¿Qué puedes hacer con ese poder?

-Te proporciona la habilidad de desmaterializar tu cuerpo y rematerializarlo donde quieras.

-¡Guau, es increíble!

-Claro, ¿por qué crees que tengo tantas ganas de que me las concedan? Es lo mejor.

Ethan está emocionado, y lo entiendo. Aún no he podido quitarme de la cabeza el viaje al pasado de hace una semana. Fue un subidón de adrenalina de principio a fin. ¡No quiero ni pensar en lo que debe de ser poder transportarte de un lugar a otro en un segundo! El no va más en autodefensa.

-¿Cuánto se tarda en conseguir las alas?

-Hay tres niveles: aprendiz, instructor y maestro. Pero puedes conseguirlas en cualquier etapa, es algo que depende del Tribunal. A algunos miembros no se las conceden nunca. Eso no significa que no los consideren cualificados, sino que el Tribunal piensa que no serán capaces de manejar tanto poder.

-Ah, me parece que ya lo comprendo. ¿Arkarian qué es?

-Es un maestro, y le dieron las alas hace quinientos noventa años, o por lo menos de eso presume.

¿Presumir? Me cuesta creerlo. No conozco mucho a Arkarian, pero no me parece una persona de ese tipo. Desde el principio sentí que era alguien sincero, que no fingía nada, al contrario que la mayoría de la gente.

-Él no presume de nada. Yo ya sabía que posee la habilidad de mantenerse joven, pero ¿seiscientos años? Resulta difícil de asimilar porque no lo aparenta.

-Siempre tendrá el cuerpo de un chico de dieciocho años.

¡Un dato interesante!

-¿Estás seguro de que no es inmortal?

Ethan se encoge de hombros.

-No, es su habilidad. Hay más gente que la tiene, pero es algo poco habitual. de repente se me ocurre algo. Arkarian debe de tener otra vida fuera de esas salas llenas de alta tecnología, desde donde observa la Historia. ¿Adonde va? ¿Con quién se ve?

-¿Tiene...? Hum...

-¿Qué?

-No sé, una...

Me mira como si tuviera monos en la cara.

-¿Novia? ¿Es eso lo que intentas preguntarme?

-No, no es eso.

Bueno, de hecho sí, pero la cara de risa que ha puesto Ethan hace que me olvide del tema rápidamente. No puedo dejar de pensar en Arkarian desde que lo conocí. Quizá sea su misterioso estilo de vida lo que me resulta fascinante. No lo sé. Me intriga.

ISABEL

Me voy a la cama como siempre, aunque Matt no está en casa. Seguramente estará con Rochelle. A mí me da igual que esté o no con ella. Su vida amorosa no es asunto mío. Cuando Matt empezó a salir con ella y yo me di cuenta de lo enamorado que estaba, pensé que a lo mejor podríamos ser amigas. Pero no funcionó, e incluso hoy en día Rochelle siempre me trata con indiferencia. Matt cree que exagero, porque para él su novia es perfecta. Encima, no puedo decirle nada malo de ella porque sería capaz de arrancarme la cabeza. ¡Qué mal se lo toma! Bueno, con un poco de suerte espero haber regresado a mi cuerpo cuando él llegue a casa.

Me quedo dormida rápidamente y me despierto de sopetón en una de las muchas habitaciones de la Ciudadela. Ésta parece un museo ya que hay esculturas (la mayoría son estatuas de niños desnudos) por todas partes.

Ethan me está esperando otra vez. Vamos juntos al guardarropa, que es completamente distinto al anterior. Yo acabo vestida con una túnica blanca hecha de algún tipo de material suave y reflectante, atada en la cintura con un cordón azul claro y rematada por una capa a juego. Sigo estando descalza y no me ha cambiado el pelo, aunque ahora lo llevo recogido en una trenza. Me acerco a un espejo para ver mi cara nueva y descubrir cómo me mira mi reflejo.

-No se puede ocultar tu identidad a los líderes de las casas reales ni a los inmortales.

-Oh.

Ethan me sonríe.

-Debería felicitarte -dice mientras intenta mantener una mirada de felicidad, aunque sospecho que sólo lo hace por mí-. Ya te han ascendido. La túnica blanca indica tu categoría de novata; el cinturón debería ser del mismo color, pero llevas el primer tono de azul, lo que significa que eres una aprendiza con honores.

Sonrío para mis adentros y me quedo donde estoy mientras Ethan empieza a andar para vestirse. Al cabo de unos momentos se vuelve y va vestido con una túnica y una capa parecidas a las mías, aunque las suyas son negras, incluido el cordón.

-¿Qué significa tu túnica negra? -le pregunto, pero no es necesario. Su rostro cabizbajo me lo dice todo.

-Deshonra -susurra-. Bueno, al menos no me han degradado a la categoría de aprendiz.

Intento ser comprensiva. Es evidente que la jerarquía de la Guardia significa mucho para él.

-Eso no te lo harán. Además, el negro te sienta bien.

Sonríe con amargura.

-Yo estoy listo. Y recuerda que en este lugar no se mide el tiempo.

-Vale, vamos.

Desde una habitación de un piso superior nos adentramos en una neblina amarilla y casi al instante caemos en una superficie dura como una roca. En cuanto mis pies tocan suelo resbalo. Gracias al cielo azul, al sonido de los pájaros y al penetrante aroma de las flores, antes de acabar de abrir los ojos sé que estamos al aire libre.

Me levanto, echo un buen vistazo a mi alrededor y veo varios árboles enormes rebosantes de flores de color naranja, malva y rojo brillante. El suelo está pavimentado con adoquines dorados, y hay columnas de piedra que resplandecen bajo la luz del sol. Nos encontramos en un patio, tres de cuyos lados están rodeados por una galería de columnas, mientras que en el cuarto hay una gran pared de piedra. Hay una serie de bancos dispuestos

estratégicamente entre los arriates de flores de colores brillantes y perfectamente cuidados. El lugar transmite una sensación de serenidad, de descanso y reflexión.

-¡Ah, por fin habéis llegado! Empezaba a pensar que tenía que organizar una partida de búsqueda.

Es Arkarian, que nos está esperando con una sonrisa y una mano tendida. Ethan gruñe algunas palabras y le estrecha la mano con firmeza. A mí me gustaría imitarlo, pero al ver a Arkarian vestido con su resplandeciente capa plateada, la túnica a juego y el pelo azul que ondea libremente al viento, me quedo sin respiración. Tiene un aspecto increíble.

Asiente con la cabeza y sonríe de nuevo.

-¡Bienvenida a Atenas, Isabel! -Hace un amplio gesto con la mano-. ¿No te parece que es una mañana espléndida?

Trago saliva y toso, me siento como si estuviera a punto de ahogarme y soy incapaz de pronunciar una sola palabra. Es Arkarian, su presencia me apabulla. Tampoco ayuda demasiado el hecho de que haga tanto calor. No quiero ni pensar cómo será dentro de unas horas.

Me agarra de un codo.

-No te pongas nerviosa. Entremos, que se está más fresco. -Ethan se toca la parte de arriba de su túnica negra-. Es una formalidad -dice Arkarian intentando tranquilizarlo-. El Tribunal no pasará por alto tu buen trabajo, créeme. Me aseguraré de que lo entiendan.

-Gracias.

Arkarian nos conduce hasta una habitación de paredes blancas y suelos de mármol brillante. Se sienta con nosotros en un banco bajo junto a una mesa llena de platos de higos y pan y pescado cocinado con guisantes. Hay un queso desmenuzado y Arkarian nos explica que está hecho con leche de cabra.

Al oler la comida me entra hambre. Es un desayuno poco habitual y Ethan sólo juguetea con la comida; luego Arkarian nos muestra nuestras habitaciones.

-Descansa un rato -me aconseja-, te llamarán dentro de poco -y a Ethan le dice-: Tenemos que hablar y pensar en lo que declararás mañana.

Se van los dos juntos. Cuando me quedo sola me pongo a dar vueltas a la gran estancia, ya que estoy nerviosa antes de tiempo, y admiro mi nuevo entorno. Para empezar, el suelo está caliente, algo muy raro; parece como si lo calentaran desde abajo; sin embargo, la habitación está a una temperatura fresca. En el centro hay una cama con baldaquino, cuyos cortinajes son de una tela fina muy trabajada. En una pared hay un diván de madera tallada junto a un escritorio de mármol con un taburete igual. En el otro lado hay una ventana sin cristal que mira a ese patio dorado e íntimo.

Me siento en la ancha repisa de piedra de la ventana durante un rato y observo los pájaros que juguetean entre los árboles. Mientras los observo empieza a invadirme una sensación de paz. Mi estado de relajación mental, junto con el calor de la mañana, hacen que se me cierren los ojos rápidamente. Pero los abro cuando oigo a lo lejos un estruendo, producido seguramente por una puerta que se ha cerrado de golpe Miro hacia el rincón más alejado del patio y aparece la figura de un hombre vestido con una túnica marrón, una capa a juego y un cinturón amarillo. Me estiro un poco para tener un ángulo de visión mejor y observar cómo cruza el patio con paso decidido.

Durante un instante no puedo creer lo que veo y me agacho rápidamente para quedar fuera del alcance de su vista. Respiro profundamente. No puede ser... Pero tengo que mirarlo de nuevo y veo cómo entra en uno de los edificios de abajo. Es él: mi profesor de Historia, el señor Cárter.

¿Qué está haciendo aquí?

Mientras me siento en el suelo, algunas cosas empiezan a adquirir sentido. La relación del señor Cárter con Ethan, por ejemplo. Vale, no se caen bien, sienten verdadera antipatía mutua, pero también existe un vínculo especial. Tiene que ser la Guardia. Saben que los dos son miembros, lo que supone una gran presión cuando están juntos. Eso también explicaría la extraña conversación que el señor Cárter mantuvo conmigo el otro día, cuando me advirtió sobre las amistades y a la vez me ofreció la suya.

¿Significa eso que sabe algo sobre mí? ¿Sabe que hoy me voy a convertir en un miembro oficial de la Guardia?

Se me acaba el tiempo para pensar porque Ethan abre la puerta y me mira extrañado.

-¿Qué haces en el suelo? -Tiene un aspecto majestuoso vestido con su túnica y su capa negras. Se inclina hacia mí y me tiende una mano-. Te están esperando -me dice mientras me ayuda a levantarme.

Cuando oigo sus palabras se me agarrotan las manos y se me ponen frías. Una vez en pie, las sacudo y las abro y las cierro varias veces para que recuperen la sensibilidad.

Ethan me dedica una sonrisa tranquilizadora.

-Deja de preocuparte. Lo vas a hacer genial.

-Gracias, pero no te creo. Ahora mismo no estoy segura de qué demonios estoy haciendo. Además, no sabes a quién acabo de ver.

Ethan levanta la cabeza levemente.

-¿A Cárter?

-¡Sí!

-Yo también lo he visto. Mañana declarará ante el Tribunal.

-¿En tu juicio?

-Sí.

-¡Oh, no!

-Exacto. Viene para asegurarse de que me la cargue. Pero tranquila, no asiste a tu iniciación.

De repente se me ocurre una idea y le pregunto:

-¿Puedo testificar en tu juicio?

El me mira con una expresión divertida.

-Si te dejasen asistir a él, ¿qué dirías?

-Bueno, que hace mucho que te conozco y que..., y que eres un buen...

-¿Instructor? Ni siquiera te he enseñado a aterrizar como es debido. Encima, debiste resolver una misión que yo estropeé y mantuviste contacto físico con un miembro de la Orden del Caos a pesar de que tu papel debía limitarse al de observadora. Sí, claro. Seguro que te creerán.

-¡Eh, no seas tan duro contigo mismo! Eres un buen instructor. Confío en ti, Ethan.

Hemos empezado a bajar por un pasillo blanco, pero cuando pronuncio esas últimas cuatro palabras Ethan se para y me mira.

-Gracias, Isabel, eso significa mucho para mí. Pero ahora quiero que te olvides de mis problemas porque hoy es tu día. Quiero que entres en esa sala con la cabeza bien alta. Tal y como tiene que ser, ¿vale?

Replico con una sonrisa a su cara seria. En ese momento, las puertas que hay delante de nosotros se abren silenciosamente revelando una habitación circular de la que emana el aura de poder más fuerte que he sentido hasta ahora. Se me seca la boca y se me vuelven a dormir las manos, pero entonces aparece Arkarian, en medio de la puerta, con una sonrisa en la cara.

-Se mueren de ganas de conocerte -dice, y me pone la capucha de la capa para que me tape el pelo. Olvidando que Arkarian lee la mente, pienso que dudo que quieran conocerme, y entonces él añade-: Eres una de los Elegidos, recuerda.

Sus palabras son reconfortantes, pero sólo durante un momento. Entonces, cuando retrocede para dejarnos pasar, vuelvo a ser presa de los nervios. Tengo una sensación rara en el estómago, como si los pájaros del patio se hubiesen instalado en mi interior e intentaran salir por la caja torácica.

Ethan me agarra de un codo. Como instructor, puede acompañarme, lo cual es genial porque ahora mismo en vez de piernas creo que tengo gelatina.

Me lleva hasta el centro de un círculo formado por los miembros del Tribunal, que están sentados a una distancia equidistante los unos de los otros y forman un reloj de nueve dígitos. Aparece ante mí un taburete de estilo similar a los que Arkarian acostumbra a tener en sus salas. Levanto la vista y lo veo delante de mí. Él también se ha puesto la capucha y su cara está ensombrecida, aunque aún puedo distinguir sus ojos de color violeta intenso. Me sonríen e intentan calmar mi corazón desbocado.

En cuanto me siento, Ethan me aprieta el brazo para darme ánimos y mira directamente al inmortal.

-Te presento a mi aprendiza, Isabel Becket.

Hace una reverencia, se retira del círculo y se sitúa junto a Arkarian. Ahora estoy sola. Respiro profundamente.

Según lo que he entendido, cada uno de los nueve miembros del Tribunal se presentará y me otorgará un don especial, un don que pertenece a su casa. Lady Devine, que se encuentra a la izquierda del inmortal, es la primera en hablar. Se pone en pie y se acerca a mí. Es una bella mujer de melena color rojo sangre que le cuelga como seda líquida alrededor de la cara y le llega hasta los muslos. Lleva un holgado vestido blanco ceñido con un cinturón dorado. Va descalza y veo que tiene los pies pequeños y pálidos.

-Te doy la bienvenida a la Guardia, Isabel, de parte de la Casa de la Divinidad, y te concedo el poder de soportar el dolor.

Es difícil estar tan cerca de ella y no inmutarse al notar su aura de fuerza. No es que dé miedo, sino que resulta sobrecogedora, me entran ganas de huir, acurrucarme bajo una manta y ponerme a llorar. Sé que no va a hacerme daño, pero también siento que si quisiera podría hacerlo en un instante, sin mover ni un dedo. A pesar de que me gustaría mucho, soy incapaz de mirarla a los ojos, que me instan a ello.

Regresa a su asiento y el hombre que hay a su izquierda se levanta y se desliza hacia mí. Se presenta como Meridian. Es de complexión delgada y da la impresión de flotar en vez de andar sobre sus pies descalzos.

*De* parte de la Casa de Kavanah, bienvenida, Isabel. Te concedo la sabiduría para distinguir el bien del mal y la ilusión de la realidad.

Brystianne es la siguiente y se presenta como la reina de la Casa de Averil. Esta mujer es sin duda la imagen que tenía yo de una reina. Con ese largo vestido de oro reluciente tiene un aspecto majestuoso. Calza unas zapatillas doradas y lleva el pelo, del color del trigo maduro, recogido en un moño alto.

-Bienvenida, Isabel -dice con una sonrisa. Sus ojos centellean, me pone una mano sobre la cabeza sin llegar a tocarla y deja caer una fina capa de polvo brillante-. El don que te concedo es la habilidad de curar tu propio corazón.

Sir Syford, de su propia Casa de Syford, es el siguiente. Es un hombre tan alto y ancho de espaldas que retrocedo instintivamente. Tengo que hacer un esfuerzo para detenerme. Se acerca hasta mí y me mira con unos ojos negros como el carbón, aunque increíblemente cálidos.

Sonríe.

-Mi don es el del juicio. Que siempre seas capaz de ver el espíritu a través del cuerpo.

Elenna de la Casa de la Isla me concede el don del conocimiento. Junto a ella, el señor Alexandon de la Casa del Llanto deposita sobre mi cabeza el don del valor y añade con un toque de humor:

-Aunque, por lo que hemos visto, no necesitas mucho más.

Sus palabras consiguen que todos los miembros esbocen una sonrisa o se rían un poco. Regresa a su lugar, y Arabella de la Casa del Cielo y del Agua se alza de su asiento. A medida que se acerca, me resulta imposible apartar la vista de su cara, tan pálida y delicada que puedo ver las finas venas que surcan su piel translúcida, que tiene un matiz azul, como sus ojos. Pero son sus pestañas lo que más llama mi atención, largas, gruesas y recubiertas de lo que parece ser una capa azul de hielo. Con sus manos ligeramente azuladas teje un dibujo sobre mi cabeza y anuncia con un tono de voz alegre que su don es el de la vista:

Bajo cualquier luz -añade con una pequeña risa.

Luego viene Penbarin, tan grande como Ethan me lo ha-a descrito, e incluso más alto de lo que yo imaginaba. Es todo un gigante. Se detiene ante mí y proyecta una sombra sobrecogedora.

-Bienvenida, Isabel, de parte de la Casa de Samartyne. El don que te concedemos es el de la previsión y la perspicacia.

Regresa lentamente a su sitio y ahora tengo frente a mí al inmortal, que, según me han dicho, no tiene sexo. Me pregunto si debo referirme a él o a ella. La figura encapuchada se detiene ante mí y con un tono firme a la vez que agradable pone fin a mi duda.

-Puedes referirte a mí como Lorian. Mi Casa es la de la Guardia y te doy la bienvenida con el don del sexto sentido. -Hace una pausa y alzo un poco la vista, pero soy incapaz de mirarlo a los ojos-. Y ahora que te hemos revelado nuestros dones, Isabel, te pregunto si deseas tomarlos y aceptar tu nombramiento como aprendiza.

Lorian me mira y yo siento como si me estuviera taladrando. Doy gracias por estar sentada en un taburete, a cuyos bordes me aferró con los dedos congelados.

-Isabel -continúa Lorian-, ¿juras fidelidad a la Guardia, prometes servirla y defenderla, cumplir con sus reglas secretas y estar dispuesta para el enfrentamiento final con la Diosa del Caos y sus ejércitos?

Trago saliva y asiento con la cabeza.

Estallan risas amigables por toda la sala y Lorian me explica amablemente:

-Se requiere tu promesa oral.

-Oh, claro -balbuceo, y noto cómo me sonrojo-. Sí. ¡Lo juro!

Lorian sonríe. No lo veo, pero lo noto; y en ese instante siento la imperiosa necesidad de mirarlo a la cara. Si tuviera un segundo más para pensarlo no lo haría, pero como no lo tengo levanto la cabeza y miro al inmortal a los ojos.

Lo que veo me impresiona sobremanera, hace que me tambalee física y mentalmente y me deja sin respiración. Me caigo del taburete y doy con mi trasero en el suelo cálido y brillante.

Lorian se retira y le dedica un gesto a Ethan, que se acerca corriendo y me ayuda a levantarme. Me siento de nuevo rápidamente.

-Tranquila -me dice Ethan-. Hay otras personas que han mirado a Lorian a la cara y se han muerto.

Obviamente está de broma; todo el mundo se ríe, y Lorian más que nadie. Las palabras de Ethan me calman, pero no es el miedo lo que causa este extraño efecto en mí, ni la transparencia de la piel resplandeciente aunque incolora de Lorian. Lo que me ha afectado tanto es la forma y

el color de sus ojos: son de forma oval y de color violeta intenso.

Muy parecidos a los de Arkarian.



Librodot

## ETHAN

La ceremonia de iniciación de Isabel sale bien. Arkarian sobre todo está que no cabe en sí de alegría.

-¡Son los mejores dones que han concedido a alguien en seiscientos años!

Isabel no puede evitar que se le contagie su emoción. Yo también estoy contento por ella. Al fin y al cabo es mi aprendiza. Así que después de la ceremonia Arkarian decide que tenemos que celebrarlo. Nos lleva a caballo a ver una famosa obra de teatro griega, una tragedia escrita hace doscientos años por un dramaturgo llamado Sófocles. Arkarian nos explica cada escena a medida que se va representando la obra. Isabel está extasiada. La obra es muy plástica y emotiva y posee una intensidad bastante perturbadora, e Isabel sale sonriendo mientras se seca las lágrimas.

En el camino de vuelta al palacio, Arkarian se desvía para que podamos conocer algunos de los edificios de esta antigua ciudad estado. El Partenón, construido hace dos siglos, es sin duda el más impresionante. Construido totalmente con mármol, se trata de un monumento erigido en la cima de la Acrópolis en honor de los dioses, cuyas altas columnas se alzan hacia el cielo.

En cualquier otra ocasión me habría encantado visitar los lugares más famosos de la ciudad y asistir a la representación de una obra de teatro, pero hoy tengo un gran nudo en el estómago que me impide disfrutar de nada. Mi juicio va a tener lugar mañana al amanecer y corre el rumor de que durará varias horas. ¿Qué piensa hacer el Tribunal para que dure tanto? ¿Cuántas pruebas y cuántos testigos tienen contra mí?

Cuando desmontamos, un sirviente se lleva los caballos para cuidar de ellos y Arkarian nos conduce al interior del palacio, un lugar mucho más fresco. Al llegar al espacioso vestíbulo me pone un brazo sobre un hombro.

-Cálmate, Ethan. Olvidas el gran respeto que te guarda el Tribunal. Están contentos con tu trabajo, te aplauden, se ríen contigo.

Sus palabras me reconfortan y durante el resto de la tarde, mientras Isabel y yo pasamos el rato en el tranquilo patio del palacio, intento seguir su consejo. Pero me cuesta mucho. Yo he nacido para llevar esta vida. Llevo en la sangre ser un miembro de la Guardia. Nunca había estado tan seguro de algo. ¿Qué ocurrirá si me lo quitan?

Después de una cena ligera, Isabel sube a su habitación y yo me voy directo a dormir porque estoy agotado; sin embargo, tengo la sensación de que acabo de cerrar los ojos cuando Arkarian empieza a sacudirme.

-Levántate, Ethan. Ya casi ha amanecido. No puedes llegar tarde, el Tribunal ya se está reuniendo.

Me pongo rápidamente la ropa negra que me han proporcionado, la capa en último lugar, y me tapo la cabeza con la capucha. Mejor si nadie me ve la cara. Pero Arkarian no piensa lo mismo.

-No puedes ponerte la capucha, Ethan. Lo sabes de sobra.

Mascullo un gruñido de queja, pero hago lo que me ha dicho y lo sigo por el largo pasillo hasta las puertas de la sala del Tribunal. De repente noto como si mis manos fueran inservibles, como si no estuvieran pegadas a mis brazos, de forma que me las agarro para hacer desaparecer esa irracional idea.

-Tranquilízate, Ethan -me recomienda Arkarian-. No seas tan pesimista.

-Quiero las alas, Arkarian.

-Lo sé. Y las tendrás.

Lo miro a la cara y arqueo las cejas.

-¿A pesar de lo ocurrido?

-El Tribunal te juzgará con justicia, Ethan. Ha sido tu primera infracción, y ha sido pequeña.

Se abre una puerta lateral y aparece Cárter vestido de color marrón; se acerca a nosotros.

-¿Y si hubiera cometido una segunda infracción desde entonces? -le pregunto a Arkarian en un susurro.

Se pone pálido y no necesito ser un Vidente para leerle el pensamiento. Le abro mi mente y recuerdo lo que ocurrió en clase con Isabel, cuando le enseñé el trozo de papel en el que había garabateado su puesto. Me agarra de un codo como muestra de apoyo silencioso cuando Cárter se detiene ante nosotros.

-Arkarian, Ethan, volvemos a encontrarnos, y en unas circunstancias de lo más interesantes...

Todos los músculos de mi cuerpo se ponen en tensión. ¡Cómo me gustaría darle un puñetazo en toda la cara a este hombre!

Arkarian carraspea para que no piense ese tipo de cosas y sigo su consejo antes de que cualquiera de las personas que hay al otro lado de la puerta me puedan leer el pensamiento también. Que yo sepa, Cárter no es un Vidente. No puede saber lo que pienso. Sin embargo, los nueve miembros del Tribunal sí que lo son. Las puertas se abren hacia dentro y los tres nos volvemos para entrar. En ese instante Isabel llega corriendo por el pasillo.

-¡Esperad!

Arkarian sacude la cabeza y le dice:

-Te he preparado un día tranquilo de baños y masajes de relajación...

Isabel mira a Cárter y le dedica un saludo incómodo con la cabeza. Él arquea las cejas, como si la presencia de mi aprendiza confirmara lo que sospechaba, y se inclina levemente.

-No olvides mis palabras, Isabel.

Arkarian me mira con ojos inquisitivos y yo me encojo de hombros.

-No sé de qué habla.

Cárter sonríe burlonamente y nos dirige un pequeño gesto de saludo antes de entrar en la sala del Tribunal. Arkarian lo mira fijamente, pero se acuerda de Isabel, que se encuentra junto a nosotros, incapaz de estarse quieta.

-Arkarian, no quiero pasar un día tranquilo de baños y masajes. Quiero ver lo que ocurre. Quiero estar ahí dentro. Por Ethan -añade, y baja la vista para observarse las manos entrelazadas.

Arkarian deja escapar un largo suspiro y cierra los ojos para concentrarse. Estoy seguro de que se está comunicando con alguien, supongo que con Lorian, para pedir permiso. Enseguida abre los ojos de nuevo.

-Se te permite observar el proceso con la condición de que no murmures ni una palabra. ¿Lo entiendes? Da igual lo que oigas o cómo le vaya a Ethan. ¿De acuerdo, Isabel?

-Lo prometo.

-Bien. Ahora, Ethan, ha llegado el momento de enfrentarse a esta dura prueba. El único consejo que puedo darte es que calmes tus pensamientos y que dejes tu mente abierta. Recuerda los dones que te concedió el Tribunal. Búscalos y reanima tu espíritu.

Intento asimilar esas palabras, pero mi corazón late con tanta fuerza que lo oigo como si hubiera cambiado de sitio y estuviera en algún lugar entre las orejas. Al final lo único que puedo

hacer es seguir a Arkarian hacia el interior. Me conduce hasta el centro del círculo, hace aparecer un taburete para que me siente en él y luego abandona el centro de la sala y se sitúa tras un atril de cristal colocado sobre una plataforma de mármol. Pone las palmas de las manos sobre la superficie de cristal, como si quisiera absorber fuerza de ella, e inicia la declaración que ha preparado. Empieza hablando sobre mi carácter aventurero y valiente y la seriedad con la que he asumido mi nuevo papel de instructor. Señala que ese entusiasmo, combinado con la intención de portarme bien para que el Tribunal me concediese las alas, me llevó a cometer la acción por la que se me está juzgando.

En un determinado punto de su amable discurso me doy cuenta de lo que está haciendo: pretende cargar con la responsabilidad de mis errores. Está intentando que el Tribunal lo culpe a él.

Arkarian me lanza una mirada vehemente con la que trata de decirme que no revele mis pensamientos. Pero no puedo hacerlo. No puedo quedarme de brazos cruzados y permitir que asuma la culpa de mis errores. Imposible. De forma que intento acallar sus palabras con mis pensamientos contrarios y explico que fue mi insensatez, mi intento por impresionar a Isabel, mi estupidez la que me llevó a infringir una de las reglas de la Guardia.

Arkarian sigue hablando en mi defensa, pero ahora está exasperado. Cuando acaba, Lorian le da las gracias y le pide que se siente. Obedece, pero antes me lanza una mirada de advertencia para que me calle.

Cárter es el siguiente en declarar. No tiene preparado un discurso, lo cual me sorprende, porque pensaba que se moriría de ganas por mostrar su desaprobación. Sin embargo, espera a que le pregunten. La primera pregunta hace referencia a mi infracción del código. Relata más o menos lo que ocurrió, desde su punto de vista como profesor de la clase en cuestión, claro.

-¿Alguien más fue testigo de lo ocurrido? -inquiere Penbarin desde su asiento, que está a la derecha de Lorian.

-Sólo una chica llamada Rochelle Thallimar. Estaba en una buena posición y vio lo ocurrido.

¡Oh, no, Rochelle no! Esperaba que nadie más me hubiese visto. Este asunto va a acabar peor de lo que esperaba, lo presiento. Arkarian me mira para decirme que no pierda la esperanza.

-¿Tenemos instrucciones acerca de esa chica?

Lady Devine responde a Penbarin.

-La madre falleció en un extraño accidente doméstico cuando Rochelle sólo tenía cinco años. Su padre era, y aún es, un hombre violento. -Al oír eso me quedo paralizado-. Rochelle vivió con su padre durante muchos años y siguió sus pasos inquietos por todo el país. Él se casó dos veces más, y Rochelle se lleva bien con su última madrastra. Hace dos años le salvó la vida cuando impidió que su padre la golpeara hasta matarla con un bate de béisbol. La mujer recibió tantos golpes en la cabeza que cayó en coma y no se despertó hasta al cabo de quince días. -Se oyen murmullos de sorpresa por toda la sala. Isabel se queda boquiabierta y veo que en sus ojos hay asco-. Gerard Thallimar fue acusado y sentenciado. Actualmente está cumpliendo una condena de ocho años. Rochelle volvió a mudarse, esta vez con su madrastra, que se encuentra en proceso de recuperación, a Verdemar -aquí lady Devine se detiene para poner sus pensamientos en orden y continúa-, o sea, a Ángel Falls, con la esperanza de poder empezar una vida nueva.

No sabía nada de eso. Por un lado quiero oírlo y por otro siento como si estuviera invadiendo la vida privada de Rochelle, por lo que una parte de mí quiere que lady Devine se calle.

Pero no lo hace.

-La rodea una pesada cadena de negatividad, lo que podría ser el resultado de su

complicada infancia o de algo más siniestro.

-¿Cuál es su conclusión, lady Devine? -inquiere Lorian.-Esa chica tiene una mente fuerte... -¿Por qué especulan de esta manera?, no me parece justo- y creo que alberga en su interior un gran potencial para crear maldad. Siento...

-¡Basta! -grito sin poder reprimirme, y al mismo tiempo me pregunto por qué defiendo a una chica que ni siquiera me gusta, la misma chica que rompió a propósito mi amistad más larga; pero sea lo que sea lo que le ha ocurrido, es asunto suyo. La infracción que cometí en clase no debería haber provocado que se analizara su vida privada con tantos prejuicios.

Lorian me mira.

-¿Tienes algo que decir, Ethan?

Respiro profundamente.

-Rochelle no es mala.

-¿Por qué estás tan seguro?

-No lo sé -contesto con sinceridad-. Quizá por mi instinto. No lo sé. Pero conozco a esa chica.

-Dinos lo que sabes de ella.

Mierda, ¿por dónde empiezo? No puedo contarles... Detengo mis pensamientos antes de que revele cualidades desagradables del carácter de Rochelle.

-Es una persona tozuda y hace cosas que la mayoría de la gente no haría, pero no creo que eso se deba a que sea mala. En mi opinión, sólo hace eso para crear confusión.

-Ethan, no sería necesario que existiera la Guardia del Tiempo si la Diosa del Caos no hubiera empezado a crear confusión hace miles de años. Parece que Rochelle encaja a la perfección en el plan final de la Diosa.

-No, Rochelle no es mala. No puedo explicarlo, pero lo sé.

-Tienes que darnos algún argumento.

-Es un presentimiento. Disculpadme, es lo único que tengo.

-Hum.

Lorian decide cambiar de tema y le pregunta a Cárter si alguien más vio la infracción.

-No -responde, y carraspea-. Pero la segunda infracción fue presenciada por todos los miembros de la clase.

Esas palabras provocan una oleada de murmullos por toda la sala. Lorian le ordena a todo el mundo que se calle con una mirada enérgica. Le pide a Cárter que se explique, y éste saca la nota arrugada en la que están escritas las palabras «Maestro de la Verdad» con mi letra y explica que la encontró sobre un pupitre, a la vista de todo el mundo.

Unos cuantos miembros del Tribunal se ponen a murmurar entre ellos y me da la impresión de que los demás los imitan, pero mentalmente. Todos están llegando a la conclusión equivocada.

-¡No ocurrió así!

Arkarian me advierte con una mirada penetrante.

Isabel se levanta como si tuviera la intención de entrar en el círculo, pero Arkarian la agarra de la cintura y la obliga a sentarse de nuevo.

-¡Silencio! -Lorian hace que toda la sala se calle-. Ethan, tu versión de los hechos, por favor.

Respiro profundamente e intento recuperar la calma. Necesito que todos me crean, que entiendan que no tenía intención de revelar públicamente el puesto de Arkarian. Que no ocurrió todo lo que Cárter ha contado. Tampoco quiero implicar a Isabel, aunque no la acusarían de

obrar mal ya que es mi aprendiza y yo soy el responsable de todos sus actos.

-Nadie debía ver el papel salvo mi aprendiza, y no habría llamado la más mínima atención si Cara Caimán... -me callo, inmóvil en mi taburete. No me atrevo a mirar a nadie; el silencio es ensordecedor. Trago saliva y continúo como si no hubiese soltado esas palabras despectivas-, si el señor Cárter no hubiese armado tanto jaleo. Yo fui con cuidado...

-¿Con tanto cuidado como cuando Isabel te vio hacer el truco con el bolígrafo? -me pregunta Lorian, que ya sabe la respuesta.

-Admito que entonces cometí un error, pero nadie más de la clase vio lo que había escrito en el papel.

-¿Te atreves a jurarlo?

¿Me atrevo? ¿Fui lo bastante cuidadoso?

Lorian se vuelve hacia Cárter, que se ve más o menos obligado a corregir lo que ha dicho.

-Es posible que la palabra en sí no fuera vista por nadie salvo Ethan, Isabel y yo. Aunque en ese momento desconocía que Isabel había sido elegida para formar parte de la Guardia. Tenía mis sospechas, pero...

Lorian levanta una mano y Cárter se calla.

Después de un breve silencio, durante el cual sospecho que los miembros del Tribunal han expresado su opinión sin hablar, Lorian me sorprende al pedirle a Cárter su opinión personal sobre mí y si piensa que estoy preparado para que me concedan el poder de volar.

Arkarian se levanta de un salto.

-¿Por qué no me preguntan a mí? Hace años que conozco a Ethan, su forma de pensar y sus hazañas. Sé cómo es por dentro.

Lorian le indica con un movimiento de la mano que se calle.

-Tal vez sea cierto, pero Marcus también conoce a Ethan desde hace muchos años y pasa mucho tiempo con él en clase. Además, tú ya nos has dado tu opinión con todo lo que has pensado sin querer. Alto y claro.

Arkarian, avergonzado, como es normal, se sienta sin añadir nada más y Lorian le hace un gesto con la cabeza a Cárter, que me mira con los ojos entrecerrados como si me estuviera evaluando.

-Desde mi punto de vista -empieza a decir mientras yo resoplo y deseo que acabe rápidamente- el chico tiene un potencial enorme. -Esas palabras me pillan por sorpresa. Lo miro a los ojos para averiguar de dónde sale ese cumplido-. Siento, y veo hasta cierto punto, una gran fuerza, valor, ímpetu y habilidad. -Asombrado, compruebo que Penbarin, Arabella y los demás asienten y murmuran, mostrando que están de acuerdo-. Sin embargo, creo que aún le queda mucho por aprender, algo que logrará con la madurez que alcanzará. Por lo tanto, considero que Ethan Roberts no está preparado para obtener sus alas.

Cárter se retira entre una oleada general de susurros y con el agradecimiento del Tribunal. Abandona la sala y entonces se hace el silencio. Sé que todos los miembros se están comunicando entre sí. Arkarian e Isabel me miran preocupados pero sin perder la esperanza. Al cabo de un rato que parece una eternidad, Lorian se pone en pie y me indica con una señal que lo imite. El inmortal se me acerca y me pone ambas manos sobre la cabeza. Estalla un relámpago y una luz cegadora inunda la sala. Intento no parpadear. Lorian me está concediendo un don.

-Cuando recibiste los dones de las casas no eras más que un niño. Con esta luz renuevo esos dones...

Lorian da un paso atrás y la luz ahora sólo me cubre la cabeza y los hombros. Siento un

cosquilleo en el cuero cabelludo, como si unas pequeñas descargas eléctricas pasaran rápidamente por mi cabeza y se extendieran al resto del cuerpo. Una fuerte visión atraviesa mi subconsciente y me hace recordar el día que cumplí cinco años, cuando los señores de las casas se inclinaron sobre mí y me concedieron sus dones. Los veo claramente de nuevo: lady Devine, con su melena roja, que le llegaba casi hasta el suelo, acariciaba mis rodillas temblorosas. «Animación», me susurra, y esta vez lo entiendo. Tengo una afinidad con todo lo que es real e irreal. Por eso puedo mover objetos y crear ilusiones. El don de la animación realza los poderes que he heredado. Meridian es el siguiente: se acerca hasta mí poco a poco y me concede el don de la cordura, algo que necesitaba desesperadamente en aquel momento. Luego viene Brystianne con el don del perdón, y sir Syford me concede el don de la ilustración para que un día sea capaz de compartir mis conocimientos. Elenna me ofrece habilidad física y seguridad. Alexandon, de la Casa del Llanto, me da valor, tal y como se lo dio a Isabel. Arabella, con su piel translúcida y gélida, parece flotar al acercarse a mí, mueve las manos sobre mi pequeña cabeza y me ofrece el talento de ver la realidad más allá de la decepción. Entonces Pembarin, el último, se acerca lentamente, consciente de que su enorme tamaño asustaría a un niño. Sonríe y acaricia mi cara infantil. «Perspicacia y confianza en ti mismo», recuerdo que me dijo.

Sacudo la cabeza mientras la luz se alza sobre mí y desaparecen mis recuerdos de niño. Miro a mi alrededor y veo que todo el mundo sigue sentado donde estaba, pero persiste la sensación de que cada uno de los señores ha penetrado en mi mente de algún modo.

Lorian se me acerca sin que me dé cuenta.

-Y ahora te renuevo mi don -dice el inmortal poniéndome una mano sobre la cabeza-. Te ofrezco la luz de la madurez para que te llene y refuerce tu espíritu interior.

Cuando pronuncia esas palabras, mi cuerpo tiembla como si hubiera sido alcanzado por un rayo. Durante un segundo siento como si fuera a perder el conocimiento. Entonces Lorian inclina levemente la cabeza.

-Ethan Roberts, según decisión unánime de este Tribunal, no se te degradará de la categoría de instructor que te habíamos concedido recientemente. -Recupero el equilibrio, y una sensación de alivio me recorre todo el cuerpo. Esas palabras me infunden la esperanza de que no todo está perdido-. El cargo de instructor es uno de los más importantes de la Guardia. No todos los miembros son capaces de asumir la responsabilidad de alimentar el crecimiento de nuestros futuros ejércitos. -¡Sí! Son muy buenas noticias. Pero parece que demasiado, porque de repente la voz de Lorian adquiere un tono muy serio-. Sin embargo, el poder de volar es algo completamente distinto, y por eso, muy a su pesar, este Tribunal se ve obligado a dictaminar que no se te concederán las alas ni ahora ni el día de tu próximo cumpleaños.

No puedo evitar preguntar:

-¿Entonces cuándo me las concederán?

El inmortal me mira con unos ojos que hace que me entren ganas de echar a correr. Intento aguantar su intensa mirada. Mi cuerpo entero tiembla a causa del esfuerzo. Entonces Lorian dice lentamente, para que pueda oír y entender todas las palabras:

-La decisión de negarte las alas es indefinida.

Es la peor sentencia que se haya dictado jamás.

## ISABEL

Cuando el Tribunal dictó sentencia, Ethan juró que se esforzaría al máximo para que recuperaran la confianza en él. Durante la última semana me ha preparado principalmente para mi primera misión real, aunque Arkarian se niega a darnos ni una pista de dónde y cuándo va a tener lugar. Así que nos entrenamos todos los días en nuestro lugar favorito, un pequeño claro que hay en el extremo más alejado del lago y que está rodeado por montañas boscosas y precipicios. Es un sitio en el que tenemos bastante privacidad, sobre todo ahora que ya casi ha llegado el invierno y ha empezado a nevar.

He hecho grandes progresos con la espada y Ethan se está centrando en mejorar mi capacidad para desarrollar los dones que me concedieron en la ceremonia de iniciación. De momento, el único que se ha revelado es la capacidad para ver claramente bajo cualquier luz, cortesía de Arabella de la Casa del Cielo y el Agua. Leer a la luz de la luna cuando estoy sentada en mi habitación es una experiencia emocionante. Pero el otro poder psíquico que se supone que tengo de nacimiento aún nos evita, lo cual provoca una gran frustración en Ethan. Por lo menos mis poderes de curación han mejorado, aunque muy lentamente, para mi gusto. Es el primero, y de momento el único, poder que tengo, así que me gustaría que estuviera a punto en caso de necesidad.

-¿Ves? -me dice Ethan mientras esquiva de nuevo la punta de mi puñal romo-. ¡Más rápido, Isabel! No todos tus enemigos van a esperar a que adivines en qué dirección te van a atacar.

-Eres muy gracioso, Ethan. ¿Qué te parece esto?

Hago como si fuera a atacarlo por arriba, amago una estocada baja, y acabo apuntándole a la yugular. Él levanta las manos y da un paso atrás.

-¡Hum, qué bien te he enseñado!

-Si no tuviera los dedos tan congelados te clavaría este puñal en la garganta.

Se ríe y echa unos cuantos troncos secos al fuego.

-¿Te apetece una taza de chocolate?

-Sí, por favor.

Al final hemos acabado trayendo provisiones para matar el hambre y no tener frío. Hoy toca chocolate en polvo.

Me agacho junto a Ethan mientras prepara las tazas y me caliento los dedos en el fuego. El crujido de unas ramas nos asusta y pegamos un salto.

-¿Has oído eso?

Ethan asiente con la cabeza sin decir nada mientras se levanta y mira alrededor con el entrecejo muy fruncido. Entonces veo al responsable de nuestro susto. Un pequeño conejo marrón se ha atrevido a salir de su madriguera, seguramente para calentarse junto a nuestra hoguera, o quizá haya olido el chocolate.

-Mira ahí, Ethan -digo señalando el límite del claro. Ethan observa al conejito y frunce aún más el entrecejo-. ¿Qué pasa?

-Creo que está herido. Fíjate en cómo se inclina un poco hacia un lado. ¿No tiene sangre en las patas traseras?

Me levanto para verlo mejor, con cuidado de no asustar a la tímida criatura, pero al parecer mi preocupación no es necesaria. El conejo se acerca lentamente hacia mí y no se detiene hasta llegar a mis pies. Lo miro boquiabierta, y luego a Ethan.

-¿Te lo puedes creer?

El conejo se sienta sobre las patas de atrás, mueve las delanteras y me mira con sus ojitos redondos de una forma suplicante que parece casi humana.

Lo tomo con delicadeza ya que resulta evidente que está herido.

-Quiere que lo cures -afirma Ethan-. Nota que eres una sanadora.

-¿De animales?

-¿Por qué no? Si tienes un don, ¿quién dice que debería estar restringido sólo a humanos?

-¡Vaya! ¿Y qué le ocurre al conejo?

Ethan sonríe.

-La sanadora eres tú, Isabel. Averigúalo.

Me siento en el suelo con las piernas cruzadas, me pongo al animalillo en el regazo y procuro no moverlo innecesariamente. El conejito se queda inmóvil, limitándose a mirarme con esos ojos redondos y suplicantes. Le paso las manos por encima de las patas, las palpo con delicadeza, y enseguida encuentro un hueso roto y noto los tejidos y ligamentos desgarrados.

-¿Cómo ha podido sucederle esto en el bosque?

-Hum, buena pregunta -contesta Ethan, que se agacha junto a mí, aunque observa el bosque con atención en busca de señales.

Yo me pongo manos a la obra con el conejo: intento calmarlo con suaves susurros y deseo que los tejidos dañados, los ligamentos y los huesos se curen. Mientras lo hago, lo veo todo en mi cabeza, el hueso que se suelda, la sangre que regresa a las venas, los tejidos inflamados que se curan sin dejar cicatriz... El animal da una sacudida, salta de mi regazo y huye a una velocidad increíble en la misma dirección por la que ha venido.

-Yo creo que está curado -dice Ethan con voz un poco asustada.

-¡Es alucinante! He visto cómo se curaba todo en mi cabeza.

-A lo mejor ésa era tu gran traba. Visualizarlo. -Mientras habla se pone en pie y se acerca hasta los límites del claro.

Yo también me levanto y me acerco a él.

-¿Qué te pasa, Ethan?

-No lo sé, tengo un presentimiento.

-¿Como el que tuviste en el juicio?

Me mira con cara triste y me arrepiento al instante de lo que he dicho. No quería recordarle el tema del Tribunal y la defensa que hizo de Rochelle. Esos recuerdos están demasiado recientes como para comentarlos. No ha dicho ni una palabra.

Se vuelve y empieza a apagar el fuego.

-Deberíamos irnos.

-¿Lo que te inquieta es lo del conejo?

-Sí y no. No me preocupa que el conejo haya venido a buscarte; a veces los animales notan estas cosas mejor que las personas. Lo que me da mala espina es el daño que se ha hecho.

-Aquí arriba no hay nadie, Ethan. ¿Quién iba a subir? Hace demasiado frío.

-Nosotros hemos subido, ¿no? Y ese conejo no se ha roto la pata solo.

-¿Quién le iba a hacer algo así a un animal tan mono?

-A lo mejor la pregunta no es quién, sino qué. -Ethan *apaga* el fuego en pocos segundos y luego añade-: Recoge tus cosas. Vamonos de aquí antes de que aparezca algún animal salvaje

que quiera rompernos una pierna.

No sé si lo dice en broma o en serio, sólo sé que de repente tiene mucha prisa. Su instinto ha vuelto a presentarse. En un momento recojo mi jersey y las otras cosas que he traído. Bajamos por la montaña y estamos a medio camino cuando me doy cuenta de que me he dejado lo más importante de todo: mi mochila, donde tengo todas las cosas del colegio. Hoy hemos venido aquí directamente después de clase, para aprovechar al máximo la luz del sol.

-Tengo que volver.

Ethan no para de andar.

-¡Ni hablar! Es demasiado tarde.

-Me he dejado la mochila.

-¡¿Qué?! ¿Cómo has podido ser tan...?

-Se me ha olvidado y ya está. Tú sigue. No tardaré mucho si corro.

Me agarra de un brazo cuando me vuelvo.

-Olvídalo, Isabel.

-Necesito la mochila para ir a clase mañana.

-Ya vendremos a buscarla por la mañana.

-Pero no es impermeable. La helada y la humedad lo dejarán todo empapado. Se estropearán los libros; eso por no hablar de si nieva. Sólo me llevará diez o veinte minutos.

Mis argumentos no lo convencen.

-No, Isabel. No vamos a volver. Dijiste que confiabas en mí, así que demuéstralo.

Bajamos todo el rato en silencio. Cuando llegamos a mi casa entro directamente. Una vez dentro, miro por la ventana hasta que ya no puedo ver a Ethan, espero un minuto más y me obligo a contar segundo a segundo. Cuando ya estoy segura de que está de camino a su casa, salgo corriendo afuera. En esa montaña no hay nada; nos entrenamos allí casi todos los días. Ethan sólo está nervioso porque la herida del conejo era muy poco habitual. Pero a lo mejor se la ha hecho él solo. ¿Cómo lo vamos a saber? Además, Ethan ha estado muy serio desde el juicio de Atenas y ha cumplido muy estrictamente los códigos y las reglas. Está sacándolo todo de quicio.

Llego a la cima jadeando después de correr cuesta arriba durante casi todo el trayecto. Empieza a oscurecer, pero aún puedo ver claramente, la luz tenue ya no supone ningún obstáculo para mí. Para sorpresa mía, el don que me concedió Arabella es cada vez más fuerte. A este paso voy a tener que aprender a controlarlo para no usarlo cuando suponga un estorbo más que una ayuda.

Echo un vistazo a mi alrededor, pero la mochila no está en el sitio donde la he dejado. ¿La habrá movido Ethan en algún momento? No lo recuerdo, pero lo dudo, ya que estaba demasiado ocupado siguiendo sus planes. ¿Entonces dónde está? Se me eriza el vello de la espalda cuando noto una sensación maléfica en el pecho. ¿Será una manifestación del don del sexto sentido que me concedió Lorian?

Un ruido de hojas a mi derecha hace que me estremezca y pone todo mi cuerpo en tensión. Estoy al borde de un ataque de nervios e intento ordenar mis pensamientos. A continuación otro ruido, el crujido de unas hojas al ser pisadas, resulta muy real y entonces me convenzo de que hay algo ahí, algo que transmite una sensación de maldad.

-¿Ethan?

En realidad no lo estoy llamando porque sé que en este momento estará metido en la bañera, entrando en calor, tal y como debería estar haciendo yo, pero necesito oír mi voz y el sonido de un nombre conocido. Quizá esta sensación de maldad que percibo sea sólo producto de mi imaginación.

Una sombra cruza los árboles que hay a mi derecha. Está oscureciendo muy rápido mientras yo estoy aquí paralizada por el miedo; me cuesta respirar y mi corazón late desbocado, pero la oscuridad no afecta a mi sentido de la vista. La sombra se mueve rápida y furtivamente, sobre todo para su tamaño, ya que parece grande. A medida que se acerca adquiere una forma más reconocible. Es un hombre, un hombre grande, alto y ancho de espaldas, que lleva unas botas de cuero y un abrigo de piel ceñido con un cinturón con tachuelas de plata. Llega al límite del claro y se dirige con paso pesado hacia donde me encuentro. Lleva mi mochila en una mano. Abre los dedos y la deja caer al suelo.

«Huye. ¡Huye ahora! Si te giras y echas a correr quizá tengas alguna posibilidad de escapar mientras bajas por la montaña.» Tengo la extraña sensación de que ese hombre no me seguiría, pero mis piernas se han vuelto muy tercas y han decidido no moverse. Ese hombre debe de estar usando algún tipo de poder contra mí.

Se acerca más, estoy al alcance de su mano, y al verlo me siento aturdida y mareada.

-Te he visto antes -me dice. Tiene una voz áspera y gutural-. Nos hemos encontrado en tus sueños.

-¿Qué quieres?

Ladea la cabeza y contesta:

-Llevarte a un sitio donde siempre es medianoche.

-¿Qué? No lo entiendo.

Endereza el cuello y se pone una mano enguantada sobre la cabeza. Me doy cuenta de que lleva una máscara y se la va a quitar. Las sensaciones que emite el rostro que hay bajo la máscara me dan arcadas. Mi estómago se contrae y hace que me doble por la mitad. La cara del hombre es espantosa, ya que tiene una parte llena de cicatrices y le faltan ciertas zonas.

Me levanta el rostro tomándolo por la barbilla con un dedo enorme.

-¿Me entiendes ahora?

-Yo... Yo sólo veo a un hombre furioso y amargado.

Ruge con tanta fuerza que tengo que taparme los oídos para que no me dañe los tímpanos. Creo que es precisamente el rugido lo que me libera de esa sensación de parálisis. No necesito ningún sexto sentido para saber lo que me conviene ahora. Agarro mi mochila lentamente y empiezo a retroceder, aumentando la distancia que me separa del hombre deformado y hostil que está ante mí.

El me lanza una mirada astuta y de complicidad con su único ojo, que es amarillo.

-No puedes huir de mí, Isabel. -El hecho de que sepa mi nombre me produce escalofríos-. Puedo encontrarte en cualquier lado, incluso en tus sueños. -Y añade en tono burlón-: Pregúntaselo a Ethan. Dile que puede encontrarme a través de sus ilusiones. Dile que vendré.

***Ethan***

Si una cosa he descubierto sobre Isabel es que es más tozuda que una mula. Así que cuando ya me encuentro algo lejos de su casa, decido volver y comprobar que sigue ahí. Que el invierno casi haya llegado y empiece a oscurecer más pronto no le impedirá regresar a la montaña; ahora puede ver muy bien, incluso en la oscuridad.

Su madre, Coral, abre la puerta envuelta en un albornoz azul oscuro y con el pelo mojado como si acabara de salir de la ducha.

-He oído la puerta hace unos minutos, Ethan. Voy a ver si está en su habitación.

Al cabo de un instante baja negando con la cabeza.

-Parece que no ha estado ahí en toda la tarde. Sin embargo, juraría que he oído la puerta.

Le doy las gracias y mi corazón empieza a latir con fuerza. Entonces nota mi preocupación.

-¿Ocurre algo? Matt llegará dentro de poco. A lo mejor él sabe dónde está. Ya sabes que la vigila de cerca.

-Sí..., ya me he dado cuenta.

-¿Debería estar preocupada, Ethan?

-No, no. En absoluto. Sólo quería decirle una cosa. Seguro que aparecerá dentro de poco. Ya la llamaré más tarde.

-De acuerdo, cielo.

Por fin logro irme y empiezo a correr. A cada paso que doy la sensación de apremio aumenta en mi interior, aunque no sé por qué. No puedo decir exactamente de dónde proviene este peligro. Creo que mi instinto está muy sensible últimamente, pero la sensación de que esta tarde había algo siniestro en ese bosque es demasiado fuerte como para pasarla por alto. Quizá debería haber notado el peligro durante todos los días que he estado entrenando a Isabel, pero no he reparado en él desde que Lorian renovó mis dones.

A mitad de camino oigo el rugido.

Mi corazón casi deja de latir. Imposible. ¡No puede ser! He oído ese rugido millones de veces, pero sólo en mis sueños.

Echo a correr de nuevo, tan rápido como puedo. No estoy muy lejos del lago, pero ya casi ha oscurecido y no paro de tropezar con matorrales, enredaderas, troncos y ramas. Entonces choco con Isabel. Nos golpeamos con tanta fuerza que los dos nos caemos al suelo y rodamos cuesta abajo veinte metros hasta que nos detiene un árbol derribado.

-¡Ethan!

-Isabel, ¿estás bien?

-Sí, ahora sí. Lo siento, estaba mirando hacia atrás y no te he visto.

-¿Qué ha sido ese rugido?

Se pone en pie en el acto, agarra su mochila, me tira de un brazo y casi me arrastra por encima de un árbol.

-Tenemos que huir de aquí.

-¿Qué has visto ahí arriba?

Ahora corre sin dejar de soltarme.

-Mi peor pesadilla. -Me detengo al oír sus palabras, pero Isabel sigue corriendo-. Venga, Ethan. No pienso volver atrás a buscarte, puedes estar seguro.

Sus palabras me parecen irónicas y me pongo a correr para alcanzarla.

-Así que vuelves para buscar una mochila, pero no por mí, ¿eh?

A ella no le parece divertido.

-Cállate y sigue corriendo.

Al final llegamos a su casa y la obligo a que entre para decirle a su madre que ya ha llegado y que estará fuera hablando conmigo un rato. Isabel me mira extrañada, pero me hace caso. Tarda una eternidad en salir porque Matt también ha regresado y ha tenido que inventarse una historia de por qué ha llegado tarde y por qué quiero hablar con ella.

Me lanza una bebida energética y se sienta sobre la barandilla de madera en la que yo estoy apoyado. Se bebe la mitad de su botella y se seca la boca con una manga.

-Debería haberte escuchado. -Espero a que continúe hablando. Mira la oscuridad. Me pregunto qué debe de ver; seguramente un montón de animales nocturnos que la mitad de la gente ni se imagina que están ahí-. He visto una cosa en el lago.

-¿Qué es?

Vuelve la cabeza hacia mí.

-Un hombre.

-¿Un hombre? -No sé qué esperaba, pero, según mi sentido del peligro, del mal, parecía algo más que un hombre.

-Era enorme.

Se me pone la piel de gallina porque sé lo que va a decir.

-Llevaba una máscara, pero se la ha quitado y su rostro era... -Se tapa la cara con las manos un instante-. Oh, Ethan, era horrible.

Intento decir algo a pesar de que tengo la boca seca.

-¿Cómo era el rostro de ese hombre?

Abre los ojos de par en par y contesta:

-Sólo tenía medio rostro, el otro medio estaba deformado y tenía una cicatriz enorme en forma de zigzag.

-¡Qué!

-Cicatrices, Ethan -repite, malinterpretando mi exclamación.

-No, me refiero a que no entiendo cómo es posible.

Se encoge de hombros.

-No lo sé. ¿No me crees?

-Claro que sí... Lo que pasa es que estás describiendo a alguien que no es real.

Se baja de la barandilla y se vuelve hacia mí.

-¿Ah, sí? Deberías haber estado ahí...

-Y tú no deberías haber estado ahí.

-Ah, entonces, como no te hice caso, ¿no piensas creerme?

-No quería decir eso.

-No, pero te lo veo en la cara. A lo mejor está oscuro aquí fuera, Ethan, pero puedo ver tu expresión como si tuvieras una linterna debajo de la barbilla.

-Isabel...

Intento tranquilizarla, pero su descripción es demasiado real. O debería decir imaginaria.

Describe lo que tengo en mi cabeza, mis sueños, en las pesadillas que me asaltan desde que mi hermana murió a los diez años a causa de ese horrible aneurisma cerebral. ¿Cómo puede ver Isabel a ese hombre, ese ser, que sólo existe en mi subconsciente?

-¿Y ese hombre..., ese ser...?

-¿Me ha hecho daño? -Asiento con la cabeza-. No, aunque creo que me ha amenazado. Y creo que también jugaba conmigo.

-¿A qué te refieres?

-Bueno, tenía mi mochila, como si supiera que yo volvería a por ella, y dijo que quería llevarme a un lugar donde siempre es medianoche. -Sus palabras podrían haber salido de una de mis pesadillas-. ¿Ethan? ¿Estás bien? Parece como si estuvieras a punto de desmayarte. -Me obliga a sentarme con las piernas cruzadas en el suelo frío-. ¿Qué pasa, Ethan? ¿Por qué estás tan aturdido?

Intento encontrarle un sentido a lo ocurrido a pesar de que apenas puedo pensar.

-Debes de haberlo soñado y nos hemos comunicado de alguna forma.

-¿Qué? Ahí arriba no soñaba, créeme. Lo tenía a mi lado y me ha puesto la mano bajo la barbilla para asegurarse de que viera su horrible rostro...

-¿Te ha tocado?

-Sí, sólo un segundo. Ha hablado y luego ha desaparecido. -Chasquea los dedos-. En un abrir y cerrar de ojos se ha esfumado.

-¿Qué te ha dicho?

-Algo de que no podía huir de él. Y que él podía encontrarme en cualquier lado, incluso en mis sueños. Me llamó por mi nombre, y también sabe el tuyo. Me dijo: «Pregúntaselo a Ethan. Dile que puede encontrarme a través de sus ilusiones. Dile que vendré.»

-¡Imposible!

-¿Quién es ese hombre?

La miro fijamente. ¿Cómo voy a explicárselo si ni siquiera yo lo sé?

-No sé quién es. Hasta hace unos minutos pensaba que esa criatura era un producto de mi imaginación, la pesadilla recurrente de un niño asustado y traumatizado.

Me observa muy seria con los brazos enjarras.

-Ese hombre era real, Ethan. Tan real como tú y yo.

De pronto se me ocurre dónde y quién puede responder a esas preguntas. Echo a correr, pero no en dirección a casa.

-¡Eh! -grita Isabel-. ¿Adonde vas?

-A ver a la única persona que puede darme las respuestas que necesito.

Ethan

Arkarian me está esperando en su sala. No le doy la oportunidad de que se explique. Estoy demasiado alterado y en mi cabeza bullen multitud de preguntas.

-¿Has visto lo ocurrido?

-No lo he visto, pero su presencia se ha sentido en toda la montaña. ¿Está bien Isabel?

-Sí, está bien. ¿Quién era? ¿Y qué estaba haciendo fuera de mis sueños?

-Ethan, creo que es mejor que te sientes. ¿Estás seguro de que Isabel está bien?

-¡Sí!

Hace aparecer un taburete, pero yo lo aparto de mi camino.

-Dime, Arkarian, ¿quién era ese ser? -Se sienta y respira hondo para tranquilizarse, pero tarda demasiado en responder-. ¡Venga!

-Se llama Marduke.

-Me suena ese nombre. Dime de dónde.

-Asesinó a tu hermana.

Sus palabras me caen como un rayo. Por un instante me mareo y creo que voy a desmayarme. Arkarian pone el taburete rápidamente debajo de mí.

-¿Me estás diciendo que mis pesadillas tienen una base real? -Otra vez tarda mucho en responder-. ¡Arkarian!

-Se han distorsionado un poco a lo largo de los años. Fuiste testigo del asesinato de tu hermana, pero nadie te creyó. Tu descripción de los hechos resultaba poco verosímil para el adulto medio o incluso el policía medio: alto como un árbol, ancho como un oso, un solo ojo amarillo, le faltaba media cara, manos grandes como sandías y un rugido como el de mil leones en una cueva. ¿Te extraña que te enviaran a psicólogos?

-Sin embargo, tú sabías que decía la verdad.

-Sí, pero se decidió que tu mente joven y traumatizada no podía asimilar la realidad. Estabas empezando a perder el juicio y eras muy pequeño.

-Así que me acogisteis y me habéis mentido durante todo este tiempo.

-Sólo te hemos protegido, Ethan. Nunca te hemos mentido. Cuidamos de ti en la época más dura de tu vida. Fue muy trágico perder a tu hermana de aquella manera. Mira qué efecto ha tenido en tus padres, en tu padre, sobre todo. Desde entonces no ha vuelto a ser el mismo hombre.

Sus palabras me hacen pensar.

-¿Cómo sabes qué tipo de hombre era papá? ¿Lo conocías?

Se queda callado y quieto.

-Ya sabes que mi trabajo consiste en observar y que llevo muchos años aquí.

Noto como si no quisiera decirme algo, pero en este momento papá no es mi mayor preocupación, así que no insisto.

-Dime por qué esa criatura, ese monstruo llamado Marduke, persigue a Isabel.

-No lo sé.

-No me lo creo. Tú lo sabes todo.

-Me halagas, Ethan. ¿Qué ha dicho para que pienses que busca a Isabel?

-La ha amenazado.

-¡Qué! ¿Cómo?

Doy un resoplido.

-No lo sé... Ha dicho algo así como que era capaz de encontrarla en cualquier lugar, incluso en sus sueños. Yo creo que Isabel siente que la amenaza por dentro. ¿Le hará daño, Arkarian? ¿Puedes decírmelo?

Se queda contemplándome. Resulta evidente que está confuso.

-Hablaré con Lorian. Quizá tengamos que modificar algunos planes.

-¿Qué planes?

-No puedo decírtelo.

-¿Más secretos? ¿Estáis jugando con nuestras vidas? Somos mortales, Arkarian. Nosotros nos morimos.

-Yo también soy mortal, Ethan.

-No te creo. Tienes seiscientos años.

-Sí, pero he vivido tanto tiempo debido a mi habilidad, ya lo sabes. Es la misma habilidad que me mantiene aislado del resto del mundo. -Estira una mano y en la palma brota un puñal con la empuñadura hacia mí-. Si tomas este puñal y me lo clavas en el corazón sangraré abundante y rápidamente. De la herida manará sangre roja. Y me moriré.

-¿Entonces por qué tienes los ojos de color violeta? Y no me sueltes ese cuento de que cambian con el tiempo. No he visto a ningún otro mortal que tuviera los ojos morados. Sólo a Lorian.

Respira profundamente para tranquilizarse a pesar de que soy yo quien más lo necesita.

-No sé por qué mis ojos son de este color. Nací en Francia, y mi madre fue una bella muchacha que no tenía marido y que murió al dar a luz, así que no sé de qué color tenía los ojos; y no tengo ni idea de quién era mi padre, aunque corren muchos rumores. Creo que tuve los ojos azules. Y sí que cambian de color, Ethan. Ese es uno de los motivos por los que no puedo habitar en vuestro mundo mortal.

Lo que dice tiene sentido, y parte de mi enfado inicial empieza a disminuir.

-Entonces esa criatura, Marduke, ¿también tiene seiscientos años?

-Es mayor.

-¿Es inmortal?

-El único inmortal que conozco es Lorian. Aún no he conocido a la Diosa. Así que no te preocupes, Marduke puede morir, y eso le ocurrirá cuando le llegue el momento.

Por fin las piezas empiezan a encajar.

-Es el que aparece en la Profecía, el maléfico, ¿no? ¿Qué dice exactamente? -le pregunto.

-«El traidor que vendrá y partirá.»

-Sí, pero ¿no dice que fue un dios o algo así?

-No que yo sepa.

-Aun así, seguro que desciende de un inmortal si es más viejo que, bueno, que tú, por ejemplo.

-No necesariamente. Tan sólo posee la habilidad de mantener la juventud.

-Sí, pero tú dejaste de envejecer a los dieciocho, y Marduke no.

Arkarian no responde, lo que hace que me pregunte sobre su habilidad para dejar de envejecer. Podría ser heredada, o un don que se puede conceder como las alas.

-Me gustaría saber de quién desciendes.

-Estoy seguro de que nunca lo sabremos. No he descubierto quiénes son mis ancestros y no creo que lo consiga después de tanto tiempo.

Aunque tuviera pistas, está claro que no piensa hablarme sobre ellas ni sobre algunos de los rumores que corrían sobre su padre. Intento recordar las palabras de la Profecía para solucionar este misterio, pero hace demasiado tiempo que la oí por última vez. Entonces se me ocurre una idea.

-Quiero leer la Profecía de nuevo. Cuando me la enseñaste por primera vez era demasiado pequeño para asimilarla.

Duda durante un rato largo y creo que me va a negar la petición.

-¿Te acuerdas del camino?

-Creo que podría encontrarlo.

-Prométeme que te ajustarás a las reglas. Sigúelas y ningún peligro podrá dañarte.

-De acuerdo, pero ¿puede venir Isabel? Su presencia me resultaría muy útil, ya que puede ver bajo cualquier luz.

Se ríe.

-No es un mal don, ya me gustaría tenerlo.

-¿Entonces puede? Ahora ya es una aprendiza oficial. Debería saberlo todo... Me refiero a la verdad.

Acepta un poco a regañadientes.

-De acuerdo. Pero pasad por aquí antes de empezar. Si tardáis demasiado en volver enviaré una partida de búsqueda.

-No nos perderemos.

-Quizá no, aunque os cansaréis. Y ninguno de los dos tiene alas.

-Iremos con cuidado.

-Tendréis que marcharos pronto. Se acerca la primera misión de Isabel y necesita mejorar sus habilidades curativas.

Podría contarle los grandes progresos que ha hecho en ese sentido, pero empiezo a sentirme exhausto. Tengo que llegar a casa y meterme en mi cama calentita. Lo agarro suavemente por los hombros y le doy las buenas noches. Pero, cuando me dispongo a salir, me pregunta una cosa rarísima.

-¿Tu padre te ha hecho alguna vez preguntas extrañas o se ha preguntado adonde vas cuando duermes?

Me pilla totalmente por sorpresa. Sin embargo, estoy demasiado cansado para intentar averiguar a qué viene eso me limito a mirarlo desconcertado.

ISABEL

Ethan es una caja de sorpresas. Por lo visto vamos a emprender una especie de aventura, a gran profundidad bajo tierra, para leer una inscripción que se encuentra en los restos de un antiguo muro. Es sábado por la mañana, temprano, el sol acaba de aparecer por el horizonte. Salvo unos cuantos animales madrugadores, no hay nadie despierto. ¿Por qué iba a ser de otra forma? Hace mucho frío.

Tengo que dejar una nota para que mamá y Matt sepan que no volveré hasta tarde, ya que el viaje nos va a llevar todo el día. Menos mal que me voy antes de que ninguno de los dos se levante, sobre todo Matt. Ya estoy harta de sus preguntas y sospechas sobre mi relación con Ethan. Aunque, por cierto, ¿qué tipo de relación es? Desde que nos besamos en la habitación de Juan de Gante estoy muy confundida. Ethan no me ha tirado los tejos, y aunque me ha explicado que ese beso no fue más que una forma de disimular, el hecho es que ocurrió. Y, bueno, a mí me gustó mucho. El ha dejado muy claro que no somos más que amigos y no ha vuelto a intentar nada, ni siquiera cuando estamos muy cerca durante los entrenamientos. Ahora pasamos mucho tiempo juntos y estar con Ethan debería ser mi sueño hecho realidad, si no fuera porque parece que el amor no tiene cabida en sus planes. Si doy un primer paso para intentar forzar nuestra relación, quedaré como una tonta, echaré por tierra nuestra reciente amistad y lo perderé para siempre.

Es un riesgo demasiado grande. Me gusta ser su amiga. Nos divertimos mucho juntos. Tendré que esperar hasta que me dé alguna señal. Eso es todo.

Cierro la puerta detrás de mí y veo que Ethan se está frotando las manos, enfundadas en guantes. Se sopla la punta de los dedos, que están envueltos en una nube de aliento para calentárselos.

-¿Has dejado una nota?

-Aja.

- ¿Tienes las provisiones que te pedí?

Señalo la pequeña mochila que uso para mis excursiones de un día y lo repaso todo.

-Cantimplora, navaja de bolsillo, albaricoques secos, dos manzanas, dos cuerdas, cuaderno y bolígrafo, minibotiquín de primeros auxilios y, ah, sí, esto lo he añadido yo porque es lo más importante y se te olvidó.

-¿Qué es?

Respondo con una sonrisa.

-Chocolate, por supuesto.

-Me alegro de ver que tienes las prioridades claras.

-No es la primera vez que salgo de excursión.

-No hace falta que lo digas. Bueno, guarda el chocolate para el camino de vuelta. Lo necesitaremos entonces.

Nos ponemos en marcha en dirección a la sala de Arkarian.

-Bueno, ¿adonde vamos? -le pregunto señalando hacia la montaña-. ¿Vamos a ver a Arkarian?

-No vive en la montaña.

-Ah. ¿Entonces dónde vive?

Se encoge de hombros.

-No me lo ha dicho nunca y yo no se lo he preguntado. ¿Por qué quieres saberlo?

No estoy muy segura, sinceramente. Es que... Nunca le contaría esto a Ethan, pero me apetece saberlo todo sobre Arkarian.

-Es interesante, ¿no crees?

-No.

¿Qué mosca le habrá picado a éste?

-Bueno, tú lo conoces desde hace mucho tiempo. ¿No fuiste su aprendiz? Yo soy la tuya y sé dónde vives.

-Lo único que sé es que no puede vivir en nuestro mundo porque llamaría demasiado la atención ahora que su pelo y sus ojos son tan diferentes. -Lo que dice me entristece-. Y, claro -continúa-, además está el hecho de que no envejece. Todos sus amigos se preguntarían por qué ellos se hacen mayores y él no, y como no puede explicar el motivo, vive aislado.

-¡Eso es terrible!

Ethan vuelve la cabeza y me mira mientras seguimos andando.

-¿Por qué? Estoy seguro de que hay otros como él. Seguramente viven todos juntos. -Se encoge de hombros-. Yo qué sé.

No sé por qué, pero pensar que Arkarian puede vivir con otros como él me molesta. No hablamos más durante el resto del camino, y cuando llegamos a la montaña de Arkarian la roca desaparece para dejarnos pasar.

-¿Sabe que venimos?

-Sí, pero no estará aquí, así que no te hagas ilusiones.

Cuando entramos en el pasillo iluminado por antorchas, se me acaba la paciencia con la actitud de Ethan.

-¿Qué te ocurre hoy?

No me hace caso.

Lo sigo por el pasillo hasta la sala central de Arkarian, de forma octagonal, donde la esfera holográfica emite un leve brillo. Junto a ella hay una nota con instrucciones y un mapa. Ethan se guarda las dos cosas y escribe otro mensaje para decir a la hora que hemos partido.

Entramos en otra habitación que parece un gran armario vacío. Ethan pasa la mano por una pared, como si estuviera buscando algo. No veo lo que hace, pero se oye un clic y el panel del fondo desaparece. Cuando entramos en otra sala, el panel reaparece de inmediato detrás de nosotros y nos baña con una fina capa de polvo blanco; y antes de que pueda fijarme en otra cosa de la nueva sala, ésta empieza a moverse, a descender rápidamente. Comprendo que estamos en una especie de ascensor. Al final se detiene y una ráfaga de aire frío me golpea la cara. Aquí abajo el ambiente huele a madera húmeda y a tierra, pero la oscuridad es total.

Oigo que Ethan busca algo en la mochila.

-¡Maldita sea!

-¿Qué pasa?

-Debería haber sacado la linterna. ¿Puedes buscarla?

Resoplo al oír su sugerencia.

-No veo nada.

-Muy graciosa. ¿Y tu don para la vista?

-Mi don consiste en ver en cualquier luz -le explico-. No cuando no hay nada de luz.

Estiro las manos a ciegas, pero debe de haberse girado, porque lo que yo creía que eran las asas de su mochila son en realidad las solapas de su cazadora. Antes de darme cuenta le estoy hurgando dentro de la chaqueta.

-Eh, ¿qué haces?

-Lo siento -murmuro. Me alegro de que esté tan oscuro porque así no puede ver lo roja que me he puesto.

-Oye, que no me quejo -dice en broma cuando saco las manos y empiezo a rebuscar en la mochila. Toco algo largo y metálico. Lo saco, encuentro el interruptor y enciendo. Ahora puedo ver sin problemas, mucho más allá de la zona hasta donde abarca la luz de la linterna.

-¡Fíjate qué sitio! -exclamo, y me olvido de que Ethan no puede ver como yo.

-¿Qué pasa?

Enfoco la linterna hacia las paredes y la estrecha escalera que desciende, para que vea los relieves de las columnas, los pilares y las paredes de piedra.

-Recuerdo esto -dice mientras agarra la linterna.

Nos ponemos en marcha y bajamos los escalones de uno en uno para no resbalar. Este lugar es tan húmedo que en ciertas zonas se ve cómo corren las gotas que de vez en cuando nos caen en la cabeza desde el techo.

-¿Cuántos años tenías cuando Arkarian te trajo aquí?

-Fue el día en que cumplí cinco años, justo después de mi ceremonia de iniciación.

-¿Y te acuerdas del camino?

Se ríe en tono burlón y se toca el bolsillo de la chaqueta.

-Por eso Arkarian nos ha dejado el mapa.

Bajamos por las escaleras durante mucho rato; menos mal que no soy claustrofóbica. Aquí el aire está enrarecido, pero al cabo de un rato me acostumbro y empiezo a relajarme.

-¡Mira esto! -Me detengo junto a un relieve de Cíclope, un gigante de un solo ojo de la mitología griega.

Ethan se para junto a mí.

-Debe haber tres, llamados Relámpago, Trueno y Rayo. Me pregunto cuál será éste.

De repente sus palabras me ponen nerviosa y miro a nuestro alrededor.

-Hum, ¿a quién le importa? Mientras no nos encontremos con uno de ellos cuando aún estemos por aquí...

Baja unos cuantos escalones y acerca la linterna a una placa de bronce bastante desgastada. A continuación limpia la parte inferior con una manga.

-Hidra -dice.

-¿El monstruo de muchas cabezas que mató Hércules?

Bajo los escalones y observo la placa.

-Heracles -me corrige Ethan-. Eran los romanos los que lo llamaban Hércules, y al final se quedó con ese nombre.

-Ya lo sabía.

Me mira divertido.

-Después de cortar todas las cabezas con su espada, Heracles cauterizó los cuellos con una antorcha para que no volvieran a crecer. Pero como una cabeza era inmortal, cuando la cortó la enterró bajo una roca.

-Vaya, cuánto sabes.

Se encoge de hombros y seguimos andando. Al cabo de poco nos damos cuenta de que el pasillo está lleno de imágenes de criaturas mitológicas. Me preguntó quién reunió las distintas obras de arte y las puso aquí como si fueran una puerta hacia el pasado. La siguiente talla es de Rhus, al parecer dios de la luna. Aquí aparece representado como mitad humano, mitad caballo.

-¡Este sitio es increíble! ¿Quién lo conoce? -le pregunto-. Los arqueólogos darían lo que fuera por hacerse con estos objetos.

-Seguro, pero esta ciudad es demasiado valiosa para ser excavada y expuesta al público. Está protegida por la Guardia.

-¿Hay una ciudad entera?

-Había. La ciudad de Verdemar, nombrada en la Profecía.

-¿Cómo puede estar escondida?

-¿Quién la va a encontrar? Antes tendrían que entrar en la montaña. Fuera hay un parque nacional y no podría venir ninguna multinacional para minarla o excavarla. Está prohibido. Así que por lo menos de momento está a salvo.

-¿Y qué pasa con la Orden?

-Saben que la ciudad existe, pero no hay pruebas de que hayan entrado en ella.

-¿Conocen la Profecía?

-Seguro, desde hace tiempo. ¿Por qué crees que tanta gente de Ángel Falls pertenece a la Guardia?

Hasta que lo ha dicho no se me había ocurrido. Pero empiezo a verlo claro.

-Tiene que ver con este antiguo emplazamiento. Nos atrae. A ambos bandos -sugiero.

-Aquí es donde se ha predicho que tendrá lugar el conflicto final.

-¡Vaya! ¿Me estás diciendo que la mayoría de los miembros de la Guardia y de la Orden viven en nuestra pequeña ciudad, atraídos por la fuerza que irradia de estas ruinas?

-Exacto. Y al parecer nuestras vidas mortales están relacionadas.

-¿De forma que las personas con las que tratamos a diario podrían ser miembros de la Orden sin que nosotros lo supiéramos?

-Sí. Y así tiene que seguir siendo por el bien de nuestra protección, aunque la Profecía dice algo así como que reconoceremos que se acerca el momento a medida que se revelen las identidades.

-¡Oh, pero Ethan, eso ya está ocurriendo! Sabemos que el señor Cárter es un miembro de la Guardia.

No dice nada durante un rato.

-Pero yo lo descubrí por error.

-¿Estás seguro de que fue por error? Quizá has hecho lo que se dice en ella de manera inconsciente.

-Pues a lo mejor tienes razón. Aunque resulta difícil creer que Cara Caimán podía saberlo de antemano.

Seguimos avanzando, siempre hacia abajo. Empiezo a acelerar el paso e intento no distraerme con los interesantes objetos que hay en el camino. Ahora siento la imperiosa necesidad de leer las palabras proféticas.

Pero el camino cambia, los escalones se vuelven más estrechos cuanto más descendemos y están medio erosionados por desprendimientos de tierra. Llegamos a un punto en el que la escalera desaparece por completo. El último peldaño está partido por la mitad y hay un abismo enorme de unos diez metros de ancho ante nosotros. Miro hacia abajo, hasta donde alcanza mi vista, y me mareo. A ambos lados hay unas paredes lisas que descienden hacia una nada eterna. El camino vuelve a ser cuesta arriba al otro lado de esa sima, pero no nos sirve de nada. Es imposible cruzar esto. Nuestro viaje se ha acabado.

-Bueno, esto es todo.

Ethan, con la linterna en la mano, examina las oscuras e insondables profundidades del

abismo que hay ante nosotros.

-¿De qué hablas? Este viaje no ha hecho más que empezar.

-No podemos cruzar esto, Ethan.

Saca el mapa y las instrucciones y hace que me dé la vuelta para poder extenderlo sobre mi espalda.

-Esto dice que éste es el primer puente.

Levanto los ojos y echo un vistazo al otro lado.

-Oye, puedo ver a unos cuarenta o cincuenta metros de profundidad y te aseguro que no hay ningún puente. -Dobla el mapa y señala un lugar marcado en la hoja de instrucciones de Arkarian. Los nervios hacen que se me acabe la paciencia rápidamente-. ¿Qué quieres que mire? -le pregunto en un tono muy sarcástico.

Señala el sitio con un dedo dos veces.

-Lee lo que pone justo aquí.

Miro de nuevo.

-«Cruza el puente usando tu imaginación. Pégate al lado izquierdo.»

-¡Exacto! -exclama, y dobla la hoja-. Vamos.

Entonces le tiro con tanta fuerza del brazo que se le caen las dos hojas y se hunden en el abismo. Me quedo observando cómo descienden. Perdidas para siempre.

-Es un presagio.

Ethan me mira de forma rara y dice:

-No sabía que fueras supersticiosa.

Con toda la calma del mundo, y sin dejar de mirarme, estira un brazo y desea que las hojas regresen a la palma de su mano abierta.

Miro asombrada cómo los papeles obedecen su orden mental, desafían la gravedad y regresan a sus dedos. Cuando están a salvo en su mano, se los guarda en el bolsillo de la chaqueta.

Pienso en cómo ha recuperado las hojas.

-¿Podrías usar tu poder para rescatarme si me cayera?

-Mi habilidad no funciona con seres vivos porque tienen voluntad propia.

-Bueno, en tal caso, me quedaré aquí.

-¿No quieres leer la Profecía?

-¡Ya sabes que sí, pero no puedo cruzar un puente que no existe, Ethan!

-¿Y si el puente estuviera aquí? -replica señalándose la cabeza.

-Ah, no. No tengo tanta imaginación.

Se le ocurre una idea y asiente para sí mismo.

-De acuerdo, te lo voy a poner más fácil.

Mira hacia el abismo, enfoca la linterna hacia delante y cierra los ojos. Una expresión de calma se apodera de él y cuando abre los ojos empieza a aparecer una especie de puente. Cuando ha acabado, no se puede ver el abismo. En su lugar hay un espléndido jardín con rosales y tulipanes en una exhibición inmensa de colores brillantes. El aroma de ese jardín afecta tanto a mis sentidos, que estornudo tres veces seguidas.

-Lo siento -murmura Ethan-. No sabía que fueras supersticiosa y alérgica.

-Ja, ja. -Me froto la nariz con el dorso de una mano para recobrar la compostura-. Pues no soy ninguna de las dos cosas. Lo que pasa es que tu jardín es muy... exuberante.

Miro las flores que tengo ante mí para intentar aceptar lo que estoy viendo. Es muy bonito. En el centro del jardín hay un puente de madera, lo bastante ancho para que lo crucen dos personas a la vez, una junto a otra. La barandilla está hecha de cuerdas entrelazadas.

Da igual lo deslumbrante que sea, yo sé lo que es. No ha conseguido engañarme. Es una ilusión. Recuerdo cómo restauró la vieja cabana de sus antepasados, y aunque estoy muy impresionada con la espectacular vista, no me siento tranquila.

-No pienso hacerlo, Ethan. Olvídalo. Esto no es más que una ilusión. El abismo sigue estando ahí.

-Claro, pero si esto hace que te resulte más fácil cruzarlo, ¿por qué no lo usamos? Lo he hecho para ti.

-No lo entiendes. ¡Levanto las manos y no hay nada! ¡No hay puente! No puedes engañarme.

Refunfuña al comprobar mi falta de fe.

-Isabel, ¿si yo lo cruzo me seguirás?

Tengo que pensarlo bien.

-Si lo cruzas y sobrevives te seguiré. Pero eso no va a ocurrir. No lo vas a cruzar, ¿verdad?

No lo duda ni un instante. Intento agarrarlo para detenerlo pues camina directo hacia su muerte, pero, aunque parezca increíble, sus pies no se hunden ni un centímetro al pisar la primera tabla. Continúa andando hasta que llega al otro lado, entonces se vuelve y me saluda.

-¡Te toca!

Trago saliva. ¿Qué narices he accedido a hacer? Vale, acabo de ver que Ethan lo ha cruzado, pero él tiene mucha más fe que yo. Hace doce años que está en la Guardia. Eso son once años y once meses más que yo.

-Venga, o la ilusión desaparecerá y aún no habrás cruzado.

Todavía en tierra firme, cambio de opinión.

-Vale -respondo en voz baja-. Es mejor tener la ilusión óptica de un puente de madera que no tener nada -gruño, y cierro los ojos y doy el primer paso.

-¡A la izquierda! -grita Ethan-. ¡Mantente en el lado izquierdo!

Me muevo rápidamente hacia la izquierda, me aferró a la barandilla de cuerda y casi pierdo el equilibrio. El puente se balancea. Intento calmarme y suelto un poco la cuerda cuando me doy cuenta de lo real que empieza a parecerme el puente. Pero no me entretengo. No sé cuánto va a durar la ilusión de Ethan, por lo que me apresuro a dar los últimos pasos y cruzo el puente, con las rodillas temblorosas como un flan.

Corro hacia los brazos abiertos de Ethan, que me ayuda a mantenerme en pie. Nos echamos a reír. Para mí es un alivio, mientras que él seguro que se ríe de mi infundada falta de fe.

Miro hacia atrás para ver justo a tiempo cómo desaparece el puente sin hacer ni un ruido.

Nos ponemos en marcha de nuevo, en un terreno algo distinto. El camino no es tan claro y en algunos lugares está cubierto por montones de escombros, grava y charcos que forman pequeños arroyos en zonas bajas.

Toda esta agua me hace pensar.

-¿Dónde se encuentra exactamente esta ciudad?

-Bajo el lago.

-¿De verdad? Da miedo pensar que tenemos tanta agua por encima.

-Lo sé, pero estamos a salvo. No te preocupes.

No me convence ni un pelo, pero lo sigo mientras trepa por un montón de rocas. Me pregunto si hay una salida rápida aquí cerca, por si la necesitamos. La posibilidad de tener que salir deprisa y corriendo empieza a inquietarme. Hace varias horas que descendemos.

-¿Este camino que estamos siguiendo es la única vía de entrada? ¿O de salida?

-Me han dicho que hay otra entrada en el fondo del lago, pero la que empieza en la sala de Arkarian es la más fácil.

Siento una punzada en el pecho, pero intento no hacerle caso y me recuerdo a mí misma que hasta el momento no nos ha faltado aire. «¡No te inventes problemas!», me digo. Ethan saca una cuerda de mi mochila, con lo que consigue que me olvide de mis angustias.

-Ata este extremo alrededor de esa columna, por favor. -Me mira con el entrecejo medio fruncido aunque sonriendo un poco-. ¿Tengo que preguntarte si sabes hacer un nudo seguro? -No le respondo. Agarro la cuerda, obedezco y compruebo que el nudo está bien hecho pegando un tirón. Ethan sonríe y asiente con la cabeza-. Lo sabía.

Desciendo con él por la cuerda a un nivel inferior. Aquí el camino desaparece bajo una especie de derrumbamiento. Nos cuesta unos minutos despejarlo todo. Luego seguimos avanzando, siempre hacia abajo. En esta zona ya no existe el camino de adoquines del principio, pero aun así está bastante claro. Ethan echa un vistazo al mapa y a las instrucciones de cuando en cuando, y a veces nos detenemos para recuperar el aliento, beber o comer algo.

-Ya casi hemos llegado -anuncia Ethan, que vuelve la cabeza y me mira mientras mordisquea una manzana.

-¡Cuidado! -le advierto. Se ha distraído un momento y como aquí abajo no puede ver muy bien, casi choca contra una pared-. ¿Es esto lo que estamos buscando? -le pregunto.

-No. Pero espera, recuerdo algo de esta pared. -Saca de nuevo la hoja de instrucciones y empieza a leer-. «No se necesitan llaves. El azul te salva. El rojo te congela.»

-¿Qué? -Me apoyo sobre su hombro para ver la hoja y leo la misma línea-. No lo entiendo. ¿Qué significa?

Ethan pasa una mano por encima de los ladrillos. Al cabo de un segundo oigo un clic, aparece una entrada y la pared se desvanece. Cruzamos al otro lado y nos encontramos en un pasillo largo y estrecho. Ethan va a dar un paso, pero yo lo agarro e ilumino con la linterna a izquierda y derecha para enseñarle lo que no podía ver: una telaraña de luces, como rayos láser, unos azules y otros rojos, que obstruyen el paso a diferentes alturas y ángulos.

-Bueno -dice-, ahora lo recuerdo.

-¿Cómo atravesasteis este pasillo Arkarian y tú cuando estuvisteis aquí?

Ethan observa los rayos que están más cerca del suelo.

-Yo me arrastré por debajo de ellos y Arkarian usó sus alas. -Me mira de arriba abajo-. Resultó bastante sencillo.

El rayo más bajo, uno rojo, está a un palmo del suelo.

-Debías de ser muy canijo.

-Hum, bueno, no hemos llegado tan lejos para dar media vuelta ahora, ¿no?

Saca un lápiz del bolsillo y lo prueba con el primer rayo, que es azul. No ocurre nada. El siguiente es rojo. Cuando el lápiz lo toca, se congela, se oye un crujido y se

parte en dos. Ethan me mira y traga saliva.

Tardamos una eternidad en cruzar todos los rayos. A veces tenemos que contorsionarnos y adoptar posiciones que hasta ahora me habían parecido imposibles. Al final Ethan lo consigue y cae al suelo extenuado. Cuando llego al último rayo rojo ya siento la tensión. Me duelen las pantorrillas de levantar tanto las piernas o de adoptar posiciones tan incómodas. Pero recupero energías en cuanto descubro que sólo queda un rayo rojo que cruza el pasillo a la altura de mi cadera, por lo que decido saltar por encima de él. Casi logro pasar una pierna cuando me doy cuenta de que no he calculado bien mi propia altura. Ethan me ve y se levanta rápidamente para echarme una mano. Cuando casi lo he conseguido, pierdo el equilibrio, hago un gesto brusco con un brazo, la manga del jersey toca el rayo y se congela. Mi brazo queda envuelto en hielo y se entumece. Ethan me ayuda a quitarme el jersey.

Lo tira al suelo, donde la manga se rompe en mil pedazos.

-¿Ya no lo querías, verdad?

Miro por última vez mi jersey destrozado, uno de mis favoritos desde hacía tiempo. Aunque por lo menos no es mi brazo el que está ahí tirado hecho pedazos.

-No me gustaba el color.

Ethan se pone en marcha de nuevo y yo lo sigo. De repente detrás de mí aparece una puerta que sella el pasillo de los rayos de colores. Se me pone la piel de gallina, lo que no tiene nada que ver con el hecho de que ahora no lleve puesto ningún jersey.

-Hum, estas puertas sin marca y los puentes invisibles estarán aquí cuando volvamos, ¿no, Ethan?

-¿Qué?

Su distracción me ataca los nervios porque da la impresión de que siempre tiene la cabeza en otra parte. Lo agarro de un brazo y veo contra qué ha chocado esta vez. Es una puerta que parece muy pesada y que está hecha de un metal brillante de color gris, acero o cromo quizá.

-Es plata.

-¿Estás seguro?

-Creo que sí, si no recuerdo mal. Es la cripta.

-¿Cómo podemos entrar en la... la cripta? -Creo... -Consulta las instrucciones de Arkarian para estar seguro-. Ah, sí. Eso es.

-¿Qué? Déjame ver. -Le arrebato la hoja de las manos y murmuro enfadada-: ¡Todas estas estúpidas trampas!... Ojalá pudiera conocer a la persona que las puso. Ethan abre los ojos de par en par.

-¡No, Isabel!

-¿Qué pasa? -pregunto rápidamente, pero no obtengo respuesta. Ethan retrocede mientras la puerta de la cripta empieza a abrirse-. ¿Qué he hecho? -grito al ver su cara alarmada.

-Sólo teníamos que pedir un deseo, eso es todo. Podíamos haber pedido que se abriera la puerta, pero tú has solicitado conocer al que la creó.

Miro atemorizada la puerta que se abre. Unos gruñidos de enfado que proceden del interior nos indican que ya no estamos solos. -¡Oh, no!

La puerta se abre más, y cuando deja de caer polvo surge la figura de un hombre que desempolva su chaqueta a cuadros de franela. Durante un instante no puedo creer lo que están viendo mis ojos y tengo que parpadear varias veces. El hombre da un paso hacia nosotros y exclamo: -¡¿Jimmy?!

-Hola, Isabel -dice con una voz que no le había oído antes; es madura y parece, bueno, la voz de un hombre de verdad. Sus ojos, aunque sin duda son los de Jimmy, resultan más, bueno, no lo sé..., inteligentes, en cierto sentido.

-¿Jimmy?

Ethan se pone junto a mí. -Jimmy, el novio de tu madre, ¿no? Asiento con la cabeza, alucinada.

-Aja.

Ethan se recupera antes que yo y le estrecha la mano que Jimmy le ha ofrecido.

-Encantado de conocerte.

-Bueno, te diría que es un placer, pero para mí un placer es lo que estaba haciendo antes de que Isabel me hiciera aparecer aquí.

-No sabía que...

-No pasa nada, Isabel. Algunas cosas están destinadas a ocurrir y creo que ésta podría ser una de ellas.

-¿La Profecía? -le pregunto aún algo confusa-. ¿De verdad que tú...? ¿Cómo... diseñaste estas trampas?

-Surgió la necesidad de proteger la ciudad -contesta, y se da un golpe en el pecho-. Y me encargaron la tarea. -Señala por encima de su hombro el lugar donde el camino se divide en tres-. Os ahorraré un poco de tiempo: tomad el camino del medio. El de la izquierda os matará.

-¿Y el de la derecha? -le pregunta Ethan.

-Ah, ahí quedaríais enterrados vivos.

-¿Y cuál es la diferencia? -tercio yo.

-Vosotros recordad que debéis tomar el camino del medio.

-¿Algo más que debamos saber? -pregunta Ethan esperanzado. Al fin y al cabo, Jimmy debería saberlo. Pero niega con la cabeza.

-No se me ocurre nada más, ah, salvo que recordéis que debéis invertir las reglas cuando salgáis. Ya sabéis, el lado derecho del puente, el rayo rojo es el bueno, ese tipo de cosas. Ahora tengo que irme, tu madre me estaba haciendo raviolis a la boloñesa. Mi plato favorito. Y estaba justo detrás de ella cuando me has hecho aparecer aquí. -Suelto una risa muy aguda por culpa de los nervios que aún tengo, mientras intento recobrar la compostura-. Le diré que llegarás tarde y que estás bien. Se preocupa por ti, Isabel.

Levanta la mano para despedirse mientras empieza a desaparecer. Entonces lo tomo del brazo rápidamente.

-Mamá no sabe...

Me aparta la mano.

-No sabe nada. Y así deben seguir las cosas; si no, podría sufrir demasiado.

Me quedo mirando el espacio vacío que deja Jimmy hasta que Ethan me agarra del hombro y tira de mí.

-Venga, ya has oído a Jimmy. Debe de ser muy tarde.

Tomamos el camino del medio, que es diferente de todos los que hemos visto hasta ahora. Está pavimentado con adoquines de plata y las paredes están hechas de lingotes del mismo metal. Al final llegamos a una especie de claro y Ethan empieza a correr como un niño emocionado.

-Recuerdo esto.

Lo sigo alrededor de una pared de ladrillos circular. Encuentra una entrada y al

cabo de unos cuantos giros y vueltas me doy cuenta de que hemos entrado en un laberinto. Pero por suerte parece que Ethan sabe adonde va y un poco después, jadeando, encantado y rebosante de energía, me lleva hasta una pared que mide varios metros de alto y bastantes más de ancho, y que está llena de imágenes, figuras y jeroglíficos.

-¡Es esto! -exclama Ethan.

Ando de un lado para otro negando con la cabeza.

-Es bonito, pero... no entiendo nada.

-Está escrito en un código secreto.

-Ah, fantástico. Y supongo que habrás metido un descifrador de códigos en la mochila, ¿no?

-Muy graciosa. Tenemos que hacerlo nosotros mismos.

-¡Claro, en qué estaría yo pensando! Sabes que ya llegamos tarde para cenar. ¿Cuánto crees que vamos a tardar?

Se limita a sonreír, lo que me pone aún más furiosa. No soporto cuando va tan de sobrado. No pasa nada cuando soy yo la que le da una lección. Es distinto. Se lo merece cuando supone que soy una inútil en «cosas de chicos» como la lucha, el tiro con arco o la supervivencia.

Me explica el código en un instante, y, como todos los códigos, en cuanto sabes cómo funciona es facilísimo. De cada siete letras, sólo hay que tener en cuenta la última, salvo las que estén puestas de lado, del revés o no estén escritas correctamente.

Saco el cuaderno y el bolígrafo y empezamos a descifrar el código juntos. Tardamos una eternidad porque la pared es enorme y la Profecía, más larga de lo que esperaba. Al final tenemos todas las letras y nos sentamos con la espalda apoyada en la pared de plata, exhaustos físicamente pero a tope mentalmente.

Paso las páginas del cuaderno hasta el principio y se lo ofrezco a Ethan.

-Hazlo tú. Lee la Profecía.

Me mira extrañado.

-¿Por qué yo?

-No lo sé, supongo que todo este asunto de la Profecía me da un poco de miedo, y como tú ya has oído estas palabras antes, no te llevarás ningún susto.

-No recuerdo demasiado de cuando tenía cinco años, Isabel. Pero no importa, trae.

Toma el cuaderno y empieza a leer. Yo cierro los ojos y me dejo llevar por las palabras.

*Antes de que el mundo pueda ser libre, será testigo del asesinato de la inocencia en los bosques que hay sobre la antigua ciudad de Verdemar, donde se revelarán nueve identidades.*

*Un rey llegará a gobernar, pero no antes de que un líder de corazón puro se despierte y un guerrero sin edad con alma antigua lo guíe con gracia y providencia.*

*Mas cuidado, los nueve verán llegar y partir a un traidor, lo que dará pie a una guerra larga y atroz, y los Elegidos se unirán con fuerza aunque la desconfianza causará discordia.*

*Un bufón los protegerá, un escéptico abrigará dudas y un joven y valiente guerrero perderá su corazón y morirá. Sin embargo, nadie resultará victorioso hasta que un guerrero perdido regrese y el intrépido retorne de un viaje guiado por la luz y la fuerza.*

*Pero atención, dos últimos guerreros provocarán dolor así como satisfacción. De la desconfianza uno saldrá bien librado; el otro, imbuido de maldad. El uno resultará vencedor, y el otro vencido al encontrar la muerte.*

Permanecemos en silencio durante un rato e intento asimilar esas palabras, encontrarles algún sentido. Recuerdo que Ethan ya ha oído ese texto dos veces, así que quizá él lo entienda mejor.

-¿Qué significa? -le pregunto.

Me mira fríamente y se encoge un poco de hombros.

-Bueno, supongo que el guerrero sin edad con alma antigua es...

-Eso ya lo sé: Arkarian.

Se queda en silencio, lo que me hace sospechar que sabe más de la Profecía de lo que quiere confesarme.

-¿A ti también te describe la Profecía? -Él abre la boca pero no dice nada-. Ethan, dime lo que sepas. Ahora también estoy metida en esto. Tengo que saberlo. ¿No me has traído hoy aquí por eso?

-Vale. Creo que te menciona a ti.

-¿Qué?

-Sí, mira... -Señala una línea que está en la mitad de la segunda página-. Creo que eres el «intrépido».

No puedo evitar reírme al oírlo y leo el resto de la línea. «Un viaje guiado por la luz y la fuerza.» No lo comprendo y miro a Ethan. De pronto le tiembla la pierna derecha.

-¿Y tú qué? --le pregunto-. Apareces en la Profecía, ¿no? -Él aparta la mirada. No piensa decírmelo, pero lo sabe, y el hecho de saberlo hace que se sienta incómodo y nervioso, incluso quizá un poco asustado-. ¿Qué línea se refiere a ti, Ethan? -Se pone en pie y se sacude el polvo de los vaqueros. Yo también me levanto, decidida a obligarlo a hablar-. ¿Qué línea es? Sé que lo sabes.

-No lo sé. De verdad. Sólo es una suposición.

-Vale, ¿cuál crees que es?

Duda y me parece que no va a revelármelo nunca, que se va a quedar observando siempre la oscuridad que hay más allá de esta parte del laberinto que nos permite ver la luz de la linterna.

-Creo que soy el guerrero joven y valiente.

Le quito el cuaderno de las manos y busco esa línea en concreto. Cuando la encuentro tengo que tomar mucho aire.

-«Perderá su corazón y morirá» -susurro.

Permanecemos en silencio y, de pronto, la inmensidad del lugar, de esta ciudad que parece una tumba gigante decorada, logra que sienta claustrofobia. Una sensación

sobrecogedora se apodera de mí, me ahoga. Vuelvo a respirar profundamente.

Ethan me arrebata el cuaderno y lo mete en el fondo de mi mochila.

-Es tarde. Debemos salir de aquí. Ya nos preocuparemos por estas palabras cuando estemos en un lugar donde haya más aire. Vigila dónde guardas el cuaderno, ¿vale?

Asiento con la cabeza y lo sigo para salir del laberinto, pero no puedo dejar de pensar en las líneas que se repiten una y otra vez en mi cabeza. Pensar que una de esas líneas podría referirse a mí... ¿Qué significa exactamente? Vale, para mí una parte de la Profecía no tiene sentido, pero otra sí; y precisamente son esas palabras y frases las que me asustan tanto.

ETHAN

A Isabel le conceden su misión. Va a necesitar sus habilidades como sanadora y también su sexto sentido. Hay una chica en el Massachusetts de 1759, de nuestra edad más o menos, que está muy enferma. Se llama Abigail y a estas alturas debería haber dejado atrás la mayor parte de los achaques de la infancia, pero no mejora. Por el contrario, se acerca peligrosamente a la muerte. Los niños de esa época morían de muchas enfermedades contagiosas, como la difteria, el sarampión o la viruela, pero Arkarian sospecha que en su caso hay gato encerrado.

Estamos en la sala principal de Arkarian, después de clase, y él nos explica nuestro cometido.

-Isabel, te introducirás como criada, contenta por haber encontrado trabajo para ayudar a salir de la pobreza a tu familia. Una vez allí trabarás amistad con Abigail Smith, investigarás cuál es su problema de salud y la curarás si la enfermedad no es natural.

-¿Qué ocurre si es natural, tengo que dejarla morir sin más?

-En ese caso, la historia nos dice que se recuperará.

-Pero ¿cómo sabré distinguir entre una auténtica enfermedad y un intento de asesinato?

Arkarian arruga la frente.

-Ya lo sabrás. Emplea tus habilidades.

-¿Y cómo es esa gente? -le pregunto yo.

-Se trata de una distinguida familia de Nueva Inglaterra; el padre de Abigail es el pastor de una comunidad granjera no muy lejana de Boston. Es una familia feliz de cuatro hijos, sin mucho dinero, aunque no pasan estrecheces. Los padres, William y Elizabeth, están muy preocupados por Abigail. Elizabeth, en concreto, está muy pendiente de ella, lo cual no sólo preocupa, sino que irrita a la joven Abigail. No ha recibido una educación formal, algo normal entre las chicas de esa época, pero su abuela la educa en casa y está haciendo un buen trabajo. Abigail es muy amante de los libros, de modo que te las verás con una voraz lectora, Isabel.

Todavía no ha mencionado mi papel. Al captar un atisbo de mis pensamientos, Arkarian se vuelve hacia mí.

-Bueno, Ethan, en principio Isabel llevará el peso de la misión, pero como tiene poca experiencia, y a la luz de recientes y preocupantes acontecimientos, se ha decidido que la acompañes y le eches una mano.

Isabel me lanza una mirada de irritación, como si pensara que existen dudas sobre su competencia o algo por el estilo. A veces es tan susceptible que parece que tiene que demostrar su valía todo el tiempo.

-¿Vas a venir sólo para ser mi guardaespaldas? -me pregunta bruscamente.

Miro a Arkarian para que defina mi tarea.

-Sí y no, Isabel. Toda misión contiene un ingrediente de peligro y, de un tiempo a esta parte, bueno, a tu alrededor han sucedido cosas inusuales. Sería buena idea que Ethan tuviera los ojos bien abiertos por si surge algún problema. Recuerda que tus habilidades todavía están en fase de desarrollo. Sería una irresponsabilidad enviarte allí sin refuerzos. Sigues siendo una aprendiza, y encima novata. -Isabel asiente con la cabeza y no rechista mientras Arkarian me devuelve su atención-. Tú, Ethan, vas allí sobre todo para supervisar la situación. También sería útil, una vez que Isabel averigüe lo que le pasa a Abigail, descubrir quién está jugando sucio, tal y como yo me huelo, y eliminarlo.

Entendido. Debo vigilar a Isabel sin entrometerme, descubrir al culpable y encargarme

de él o ella.

-¿Cuándo partimos?

-Esta noche. Estad preparados.

Dejamos los aposentos de Arkarian y vamos caminando hacia casa de Isabel. Está callada, sus ojos marrones parecen todavía más grandes de lo normal, lleva las manos bien hundidas en los bolsillos de los vaqueros y tiene la vista clavada en el sendero por el que avanzamos.

-¿Estás bien? -le pregunto.

Me echa una mirada distraída.

-¿Eh?

-¿No estarás nerviosa, verdad? -Intento tranquilizarla-. Vamos, es una misión bastante rutinaria.

-Mis habilidades de curación son lamentables, Ethan -dice para explicarme lo que la preocupa.

-Escucha, Isabel, estás preparada; si no, la Guardia no te enviaría. Confía en ellos.

Saca las manos de un tirón y se las sopla.

-¿Y si fallo? ¿Quién es esa chica? ¿Qué ocurrirá si muere? ¿El mundo de hoy en día cambiará de forma catastrófica por eso?

-A lo mejor sí y a lo mejor no. Pensar en eso no es tu trabajo. Lo nuestro es asegurarnos de que el presente y en último término el futuro sucedan como deben suceder. Si la Historia dice que la tal Abigail no murió en mil setecientos cincuenta y nueve, entonces no debe morir esta noche, es decir, en los pocos días en que visitemos ese período de tiempo.

-¿Quién es exactamente? O sea, ¿hace algo importante de mayor?

Le cuento lo que sé:

-A los diecinueve se casará con un joven y brillante abogado llamado John Adams.

Isabel tiene que pensarlo sólo un segundo.

-No será el presidente John Adams, ¿no?

-Bueno, a los diecinueve no es presidente, pero sí, es ése mismo. E imagino que sabrás que más adelante uno de los hijos de Abigail alcanzará la presidencia de Estados Unidos.

-¡Caramba! -exclama con un suspiro; baja la inquieta mirada hacia los pies y aparta una piedra de su camino de una patada.

-¿Qué pasa? -le pregunto al ver su expresión preocupada.

-¿Y si fallo, Ethan? La responsabilidad es enorme.

-Si fallas, y siempre existe esa posibilidad, esperemos con todas nuestras fuerzas que la muerte prematura de Abigail no tenga un impacto significativo en el presente y luego en el futuro.

-¿Has fallado tú alguna vez?

Es la pregunta que esperaba y temía.

-Sí, claro.

-¿Hubo consecuencias?

Pienso en aquella misión de la prisionera, hace apenas un año.

-Mi trabajo era evitar que asesinaran a una mujer llamada Elizabeth Howath. Yo

sabía que su asesino fingía ser soldado. Cuando llegué al lugar de los hechos, Elizabeth estaba atada a un poste en el centro de un patio y un soldado la flagelaba. La golpeaba con tanta fuerza que di por sentado que se trataba del asesino. Puse fin a aquello creando la ilusión de que la mujer se había desmayado. El soldado se fue, abandonando el cuerpo de la mujer para que se pudriera bajo el sol ardiente de mediodía; yo la desaté. Con muchas dificultades halló la seguridad y la libertad en unos montes cercanos. Yo pensé que, como había interrumpido los azotes y Elizabeth todavía respiraba, mi misión había terminado. Pero murió de todas formas de una fiebre atroz unas noches después, sola y al raso.

-¡Oh, no!

-Lo único que tenía que hacer era curar sus heridas y buscarle un escondite seguro hasta que se recuperase. Pero no se me ocurrió.

-¿No podrías haber vuelto?

-No se puede volver dos veces a exactamente el mismo momento.

-Ah. ¿Y pasó algo?

-¿Te refieres a si cambió el presente?

Asiente mientras seguimos caminando.

-Esa noche, en el presente trece personas fueron oficialmente dadas por desaparecidas.

Entonces me agarra de un brazo.

-¿Qué quieres decir?

-Como se alteró la vida de Elizabeth Howath y murió años antes de lo que le correspondía, algunos de sus descendientes dejaron de existir.

-Entonces todos sus descendientes fueron... ¿qué, aniquilados de repente?

-No todos. Arkarian cree que algunos llegaron a nacer de todas formas, a través de otras ramas del mismo linaje.

-¡Eso es terrible, Ethan!

-Sólo disponemos de una oportunidad. Si alguien muere, pues muere, Isabel. Si la Orden del Caos mata a alguien de forma prematura y la Guardia no lo impide, no hay nada que hacer. Con la muerte no hay segundas oportunidades.

-Oh, vaya.

-Sí, es mucha responsabilidad, pero por eso mismo la Guardia se las apaña la mayor parte de las veces para enmendar las cosas y llevarnos allí antes de que sea demasiado tarde. Ésa ha sido mi metedura de pata más grande hasta la fecha, aparte de la noche que me acompañaste y evitaste que la situación se convirtiera en un completo desastre. -La veo sonreír para sí-. En fin, de esa experiencia aprendí.

Recorremos el resto del camino en silencio. En la entrada de su casa se vuelve y me dice muy seria:

-No me equivocaré, Ethan. Lo prometo.

Mientras se dirige al interior con un paso más vivo, reconozco lo certero de su afirmación: Isabel lo hará lo mejor que sabe. Y lo mejor que sabe es más de lo que la Guardia puede desear. Sin embargo, sé que en la misión de esta noche hay un ingrediente más, un ingrediente de peligro. Arkarian no ha podido disimular del todo su preocupación. Sospecha que esta noche no sólo la delicada Abigail podría estar en peligro.

Sospecha que también Isabel podría estarlo.

Librodot

## ISABEL

Esta vez ceno algo, más por mantener las apariencias que porque tenga hambre. El estómago ya me da vueltas sin necesidad de comer. Jimmy llega y se hace el loco, como de costumbre. Sólo reconoce que nos encontramos la otra noche en la vieja cripta de la ciudad subterránea con una larga mirada antes de ir a ver la televisión con mamá.

Friego los platos, me ducho y me acuesto. Esta noche no me preocupa que mi madre venga a echarme un vistazo. Tengo la impresión de que Jimmy la mantendrá ocupada. Se me pasa por la cabeza la posibilidad de que venga Matt, pero aún no ha llegado a casa; esta noche sale con unos amigos.

Me cuesta cierto tiempo conciliar el sueño. Mi cuerpo, todavía cansado, parece poseído por un exceso de energía nerviosa. Tomo el cuaderno en el que tengo apuntada la Profecía, como hago casi cada noche estos últimos días, y trato una vez más de descifrarla. Pero se me empiezan a cerrar los ojos y de repente siento que me desplazo, como si mi cuerpo descendiera en caída libre. Entonces me dejo llevar y aterrizo en una superficie suave y mullida.

Me despierto en el interior de una de las habitaciones más bonitas que he visto en mi vida. Un artista que tuviera a su disposición todos los colores del espectro no podría crear una obra maestra que estuviese a la altura del brillante espectáculo que ofrece esta sala. Todas las paredes están pintadas con murales de colores eléctricos: algunos son abstractos; otros, paisajes tan reales que sería fácil pensar que se puede entrar en los parajes plasmados. Desde mi posición, tumbada en el suelo de la Ciudadela, contemplo el techo, que presenta pinturas no menos vividas.

Para subir al desván tengo que abrir una trampilla del techo con un gancho y tirar de una escalerilla. Con esta falda eso ya representa un gran trabajo. Pero la habitación no está tan mal, es bastante grande, pues el desván cubre la mayor parte del piso superior de la casa. El techo, bajo, está cubierto de vigas entrecruzadas; la cama es pequeña y dura y en la habitación reina un frío gélido; por suerte, se supone que no me quedaré mucho tiempo.

No tardo en entender con exactitud lo que se espera de mí: básicamente, de todo, desde hacer las camas a quitar el polvo, pasando por sacudir las numerosas alfombras, almidonar todo tipo de ropa blanca, sábanas incluidas, y echar una mano en la cocina.

Ansiosa por entregarme al auténtico motivo de mi estancia, realizo mis faenas tan rápido como me es posible, reservando la habitación de Abigail para el final. Quiero pasar más tiempo con ella que en el resto de mis tareas, sin que la señora Smith diga que tendría que estar trabajando en otra parte. Tengo un plan: ojalá pueda llevarlo a la práctica.

Cuando entro en su cuarto, Abigail está durmiendo. Me dedico a mis tareas sin perder un segundo. Dejo caer la escoba con estrépito al suelo de madera encerada y la chica no se mueve. ¿Y si ya está muerta? Pero entonces emite un leve gemido y me tranquilizo un poco.

Al terminar con el dormitorio me planto junto a su cama. Al lado, sobre una silla, hay un libro: una antología de poemas. Dejo el volumen en la mesilla y me siento. Echo un vistazo a la puerta y me alegro de que no haya nadie cerca. Por espacio de un minuto no hago otra cosa que contemplar cómo duerme Abigail. Es menuda, pero me da

la impresión de que todavía tiene que crecer mucho. Lleva el pelo largo recogido en dos trenzas. Su quietud es casi inhumana. La ropa de cama está tersa y pulcra, si se tiene en cuenta que es alguien que pasa mucho tiempo entre las sábanas. Tal vez sencillamente disfrute de un sueño profundo y sin pesadillas. Tiene la piel pálida, algo lógico en una persona que ha estado tan enferma. Le tomo una mano, cierro los ojos y empiezo a visualizar.

Lo que percibo me sobresalta. Su cuerpo es presa de un tormento interior; todas sus células combaten contra una especie de invasión, ajena y muy indeseable. Escudriño la sangre, los huesos, los órganos y los tejidos en un intento desesperado de hallar la fuente de semejante intrusión. Un sinfín de imágenes y posibilidades palpitan en mi cabeza. Me entran náuseas.

-¿Qué haces?

Rompo mi concentración y me vuelvo hacia la voz, mientras dejo de nuevo con suavidad la mano de Abigail sobre la superficie blanca y rígida por efecto del almidón.

-Disculpe, señora, pero la señorita Abigail gritaba en sueños. Quería reconfortarla.

La señora Smith ve que Abigail duerme y asiente secamente con la cabeza.

-Si ocurre otra vez, Evans, avísame.

-Sí, señora.

Abigail se agita con un suave quejido y abre los ojos. Empiezo a pensar que al fin lograré hablar con ella.

-Si has acabado con tus tareas, Evans, ya puedes irte.

Genial, ni siquiera voy a tener oportunidad de presentarme. Me levanto a regañadientes, y con una última y prolongada mirada dirigida a Abigail, o Abby, como la llama su madre, me acerco a la puerta. Abby ya tiene los ojos abiertos del todo y me observa con expresión intrigada. Le dedico una amplia sonrisa mientras salgo de espaldas de la habitación. La señora Smith no aparta su severa mirada de mí hasta que cruzo el umbral.

Aprovecho el poco tiempo libre del que dispongo para salir a echar un vistazo. Es una granja y hay un gran número de actividades en marcha. Me encamino hacia el lugar del que procede un sonido de conversaciones humanas y gruñidos y bufidos de animales. Junto a un gran cobertizo, que probablemente sea un granero, hay un espacio cuadrangular vallado. Los que trabajan ahí me miran con cara rara, y como no veo a Ethan por ninguna parte vuelvo dentro. En la cocina ayudo a una mujer llamada Mary a preparar un estofado con mazorcas de maíz, guisantes, nabos y otras verduras. Pero lo que me llama la atención es el pastel de pacana: se trata del pastel más grande que he visto nunca. Con cuidado, lo saco del horno de leña con las dos manos. Debe de pesar cerca de un kilo.

Mientras trabajamos acoso a Mary con preguntas sobre Abigail, pero o bien es reacia a comentar la salud y los pormenores de la niña, o bien no sabe gran cosa y punto. Dado que Mary lleva años trabajando aquí, supongo que lo más probable es que se muestre discreta por lealtad a la familia.

Trabajo dos días y sigo sin estar más cerca ni de Abby ni de la causa de su enfermedad. La señora Smith es demasiado protectora; está encima de su hija como un halcón ojo avizor. También estoy un poco angustiada porque no he recibido ni una señal de Ethan. ¿Dónde está? Me prometió que andaría cerca. Pues, si es así, desde luego puede enorgullecerse de su talento para permanecer invisible.

A la tercera noche decido acelerar las cosas. Resulta obvio que Abby no está

mejorando, mientras que Mary se muestra cada día más irascible a causa de su preocupación de matrona. Tengo la impresión de que la señora Smith está descargando en ella parte de su inquietud por Abby. De modo que, cuando por fin la casa se duerme, salgo a hurtadillas de la cama y afronto el frío que crece con cada escalón que bajo. Cruzo descalza y con paso ligero el largo y angosto pasillo, echo un rápido vistazo a mi alrededor y abro la puerta del dormitorio de Abby.

La encuentro sentada, apoyada en una pila de cojines y leyendo a la luz de una única vela situada en su mesilla. Cuando me ve lanza un tímido chillido de sorpresa.

-Uy, lo siento -dice con una risilla-. No esperaba a nadie. Debes de ser Judith Evans. Madre dice que eres descuidada y floja en el trabajo.

Su comentario me deja de piedra, pero pronto caigo en la cuenta de que está de broma. Aunque hay poca luz y su cara debería estar en penumbra, la veo como si la habitación estuviera inundada de sol radiante.

-Entonces tengo que trabajar más duro todavía, aunque tenga las rodillas y los codos rojos de fregar los suelos a todas horas.

Suelta otra risilla que luego se convierte en una áspera tos. Dejo sin pensar la mano en la espalda y visualizo sus costillas a través de los pulmones, que están irritados y en mal estado. Contienen líquido, demasiado, además de flemas. Trato de relajar los tejidos doloridos con lentos movimientos circulares y pongo toda mi voluntad en que el líquido retroceda y circule por los canales correspondientes.

Deja de toser, suspira y vuelve a apoyarse en los cojines. Tiene los ojos húmedos por el intenso acceso de tos.

-No sé lo que has hecho, pero gracias.

-No he hecho nada.

-Bueno, no te vayas, me has traído buena suerte. Ahora que ha desaparecido ese horrible estertor puedo respirar como una persona normal.

Eso me sorprende, porque yo he limpiado la habitación todos los días mientras Abby duerme y no he oído estertores en ningún momento.

-¿Sólo lo tienes por la noche?

Se seca los ojos.

-Sí, sobre todo cuando hace frío.

Parece asma o bronquitis, enfermedades comunes las dos. Pero no es eso lo que noté el primer día, cuando le tomé la mano. Aquello era un cuerpo sublevado. Ojalá pudiera tomarle la mano otra vez sin que resultase sospechoso o extraño.

Estira un brazo hacia el arcón de madera que tiene al lado de la cama para agarrar la jarra de agua que hay encima.

Le sirvo un vaso y se lo doy.

-¿Te gustaría que te leyera? -le pregunto; una idea ha cobrado forma en mi cabeza.

-Me encantaría. Me escuecen los ojos de leer con tan poca luz.

-Podría encender más velas.

Abre unos ojos como platos.

-¡No, no! Si madre las ve me obligará a apagarlas y ponerme a dormir.

-Perdona que te lo diga, pero ¿no te vendría bien dormir un poco? Probablemente si duermes tanto durante el día es porque te quedas despierta por las noches.

-¡Ya duermo más que suficiente! -dice con voz algo ronca.

Su tono de complicidad me hace sonreír. Tomo el libro que está leyendo, me siento y

empiezo a recitar en voz alta uno de los poemas. A ella le gusta y me pide que siga hasta que creo que no va a volver a dormirse nunca. Pero al final los párpados empiezan a pesarle y por fin cierra los ojos. Es la oportunidad que esperaba. Echo un vistazo a mi alrededor y escucho con atención; por suerte todavía no hay nadie despierto. Ya debe de estar cerca el amanecer, que es cuando la casa empieza a levantarse, de modo que no hay tiempo que perder. Agarro la mano de Abby, cierro los ojos y me concentro.

Como la otra vez, la batalla desatada en el interior de su endeble cuerpo resuena con estrépito en mi cabeza. Capa a capa mis pensamientos atraviesan sus vasos sanguíneos, órganos y tejidos en busca de la fuente de sus problemas. Al fin la veo. Células dañadas que luchan contra una toxina muy fuerte, aunque sutilmente disfrazada. Ahora entiendo por qué ni siquiera los médicos de Abby han sido capaces de diagnosticar la causa. Es veneno, administrado lo más seguro en cantidades minúsculas para no parecer evidente, pero que a la larga resultará lo bastante dañino para matarla.

Trato de iniciar el proceso de curación sin tardanza. Hará falta algo de tiempo para reparar todas las células dañadas, aunque no es ése el problema que preveo. Quienquiera que esté haciendo esto no dejará de hacerlo a menos que Ethan o yo podamos descubrir su identidad. ¿Cuánto nos costará eso? Con todas las tareas que tengo encomendadas es imposible que me fije en todas las personas que entran o salen de la habitación de Abby. ¿Y quién dice que el asesino tenga siquiera que acercarse tanto? La comida se la preparan en la cocina, en una bandeja aparte. Está al alcance de cualquiera. Y si el asesino se da cuenta de que Abby se recupera, quizá decida incrementar la dosis, lo bastante para acabar con ella de una sola vez.

-Ethan, ¿dónde demonios te metes?

Lo pregunto sin esperar respuesta. Al principio no quería que Ethan me acompañara en esta misión sólo para que fuese mi canguro. Para eso me basta con Matt. Desde que tengo uso de razón me ha acompañado esa necesidad de hacer las cosas por mi cuenta, y hacerlas igual de bien que cualquier otro o quizá incluso mejor. Pero Ethan tiene más experiencia, y no soy tan estúpida como para rechazar su ayuda cuando resulte necesaria. Como ahora.

Oigo el suave chasquido de la puerta a mis espaldas y por poco no se me sale el corazón por la boca. Entra Ethan, descalzo y de puntillas.

Se acerca y se arrodilla a mi lado, como si eso contribuyera a hacerlo invisible.

-Me llamo Wilbur, ¿te acordarás?

-Claro. ¿Dónde estabas?

-No me quisieron contratar. Al parecer acaban de tomar a una criada a petición de un amigo.

-¿Cómo has entrado? No he oído nada.

-En el sótano hay una ventana con el pestillo roto. No me ha visto nadie. -Mira a Abby, que duerme-. ¿Sabes ya lo que le pasa?

-Veneno.

-Lo que sospechaba Arkarian. ¿Qué puedes hacer?

-Creo que puedo curarla, pero tenemos que encontrar al culpable o no servirá de nada si puede intentarlo de nuevo.

-¿Algún sospechoso?

Me encojo de hombros, desconcertada por completo.

-Mary prepara la comida, pero cualquiera podría fisgar en la cocina.

-Entonces, ¿piensas que el veneno le llega por la comida?

-Bueno, no estoy en absoluto segura, pero la señora Smith vigila a Abby muy de cerca.

Canta un gallo fuera, una advertencia de que el día está a punto de comenzar. Ethan se incorpora.

-Más vale que desaparezca del mapa.

-¿Dónde te alojas?

-No te preocupes, me las he apañado para procurarme un trabajo la mar de digno, atendiendo a los animales en el granero. El puesto incluye alojamiento.

Algo en su tono de voz lo delata.

-Ese trabajo... ¿no precisará una pala, verdad?

Sonríe.

-Veo que tu sexto sentido está en plena forma esta mañana.

El sonido de una puerta cercana que se abre con un suave chirrido y se cierra con igual cautela hace que Ethan salga corriendo y atraviese el pasillo. Decido imitarlo, pero unos pasos al otro lado de la puerta de Abby me invitan a volverme y usar la ventana como salida. Por desgracia, la puerta se abre cuando estoy sólo a medio camino. Con apenas un segundo para ponerme a cubierto, me tiro al suelo y ruedo en silencio hasta ocultarme bajo la cama.

Entra una mujer, pero no es Mary ni la señora Smith ni la hermana de Abby. Despide un olor que me resulta vagamente familiar, aunque no puedo situarlo con claridad. Sería genial verle la cara, pero, si se trata de la asesina, su rostro, y en realidad todo su cuerpo, probablemente estén lo bastante alterados como para enmascarar su verdadera identidad. Sólo sus ojos permanecerán iguales. De pronto habla: pronuncia una sola palabra, en voz muy baja y muy pegada al oído de Abby. No la oigo. Aunque sí capto el gorgoteo del líquido que la mujer vierte en la jarra de agua de la muchacha. El corazón me da un vuelco: tiene que ser eso. La mujer adultera el agua. Y, por supuesto, nadie más beberá de ella por miedo a contagiarse del mal de Abby.

A continuación la mujer se dirige a la puerta para salir. No puedo revelar mi presencia ni arriesgarme a que sospeche que la Guardia va a por ella. Aun así, no tengo más remedio que ver quién es, por si nuestros caminos se cruzan algún día. En cuanto la puerta se cierra a sus espaldas, salgo corriendo y me asomo un momento, con cuidado de no hacer el menor ruido. Lo único que acierto a ver es la figura embozada de una mujer que atraviesa descalza y a toda prisa el pasillo en dirección a las escaleras que llevan al exterior.

Ethan aparece al otro lado del corredor y con el susto se me escapa un grito ahogado. Él se cubre la boca con la mano para indicarme que hable en voz baja.

-¿Has visto a esa mujer? -le pregunto en cuanto estamos de nuevo a salvo en el cuarto de Abby.

-Sí. También la vi ayer. Les llamó la atención a un par de hombres que trabajan en el granero. Dijeron que era la viuda Wittman -susurra-. Al parecer se llama Margaret. Se mudó a la casa que hay carretera abajo hará unos dos meses. No tiene hijos, vive sola y casi no habla con nadie, aunque una o dos veces ha venido a traer huevos recién puestos y judías. Es de suponer que así se las ingenió para conseguir una llave de la puerta trasera y sacar una copia. Y recuerda: si es de la Orden, tampoco ocupará su cuerpo mortal. Será difícil identificarla.

-Bueno, sabemos a lo que se dedica en su tiempo libre.

-Exacto. ¿Cómo administra el veneno?

-Ha echado algo en el agua de Abby.

Ethan se acerca a la mesilla, saca un pequeño recipiente del bolsillo de los pantalones y lo llena de agua. Se guarda la botellita y sale sin perder un minuto, pues la casa ya se depierta.

Yo vacío la jarra, la lavo a conciencia en la cocina y la relleno con agua limpia y clara de la bomba que hay fuera antes de que nadie se dé cuenta.

El día transcurre con lentitud. Me las apaño para acabar con mis tareas a media tarde y decido salir a dar un paseo, sólo para ver dónde vive esa asesina. Llego a la casa del final de la estrecha carretera y el panorama me provoca un escalofrío. Las ventanas de la fachada están rotas, a la balaustrada del porche le faltan barras, y láminas enteras de pintura se desprenden de las paredes descascarilladas. Se trata de una casa vieja y ruinosa, pero no es eso lo que me hiela la sangre. Es la sensación fantasmagórica de que algo malo se ha albergado entre esas paredes, algo mucho más maligno que la mujer que ha estado esta mañana en la habitación de Abby.

Giro sobre mis talones y vuelvo corriendo a la granja Smith, pero no a descansar al desván. Decido mantenerme ocupada, apartar del pensamiento las inquietantes vibraciones que emanan de la casa. Cuando al fin cae la noche todavía tengo los nervios a flor de piel. Pero debo intentar curar a Abby esta noche, y es de esperar que Ethan dé con un modo de pararle los pies a esa mujer que se hace llamar Margaret para que los dos podamos regresar a casa sanos y salvos. La cuestión es que no puedo dejar de pensar en esa presencia maligna, consciente de que no cuadra.

Me encuentro a Abby sentada, aguardándome. Tiene mejor aspecto, y creo que el amago de curación de anoche seguido de un día sin veneno ya se han hecho notar. Esas ojeras ya no son tan oscuras como ayer, y su nivel de energía también parece mayor.

-¿Volverás a leerme?

-Por supuesto. -Me siento y tomo el libro de poesía.

Ella me lo quita de las manos y lo deja boca abajo sobre la cama.

-Pero antes hablaremos.

Oh, oh.

-Claro. ¿De qué quieres hablar?

Suspira feliz.

-Hace una eternidad que no salgo de entre estas paredes, tienes que contarme todo lo que pasa.

No es tarea sencilla, sobre todo si se tiene en cuenta que lo ignoro. Aunque la Ciudadela me otorga el acento correcto y los rudimentos de la cultura de la época, no me proporciona recuerdos ni información sobre acontecimientos de actualidad. Al verme en blanco, Abby me da unas palmaditas en la mano.

-Te llamaré mi amuleto. -Menudo halago-. Hacía mucho que no me sentía tan bien. Prométeme, Judith, que nunca te irás. Y cuando me case y tenga familia propia trabajarás para mí, o yo para ti, depende de quién se case con el hombre más rico.

Un plan estupendo, y lo máximo a lo que podía aspirar una mujer de esta época, me imagino. Pero no es mi concepto de una vida ideal, y tengo que hacerle saber que para entonces no estaré por aquí.

-No me quedaré mucho, Abby. Trabajo porque mi familia necesita algo de dinero para el traslado.

-¡Oh, no! ¿Adonde vas? Al oeste no, espero. Todo el mundo se va al oeste. Sois tan valientes... -Me encojo de hombros para salir del paso y ella acepta bien la noticia-. No importa, nos escribiremos. ¡Cómo me gusta escribir! Un día escribiré a los que hacen las leyes.

Su entusiasmo me intriga.

-¿Y qué les dirás?

Me mira fijamente y susurra:

-Les pediré a esos hombres que aprueben una ley que permita que las mujeres

nos expresemos.

Me recuesto en la silla para admirar a esta chica, que tal vez esté muy enferma pero posee un coraje extraordinario. Finjo tener una copa en la mano, que sostengo en alto.

-¡Bien dicho! Secundo la moción.

Charlamos una eternidad y perdemos la noción del tiempo. Me habla de su abuela, que le enseña a leer y escribir. Me deja claro lo firme que es su opinión de que todas las niñas deberían recibir educación, y parece muy entendida en una cantidad increíble de materias. Sus amplios conocimientos me dejan anonadada.

-¿Cómo sabes tantas cosas? -no puedo evitar preguntarle.

-Leo, por supuesto.

Y vaya si lee: no sólo poesía, sino también historia, teología, teatro y política.

Al final, a Abby le entra el cansancio y mientras le leo el último poema de la noche cae rendida. En ese momento entra Ethan, que echa un vistazo a su alrededor y por encima del hombro; después cruza la habitación para mirar por la ventana en todas direcciones.

-Pensaba que nunca ibas a dejar de darle conversación.

Oh, no, ¿de verdad hemos hablado tanto?

-Tiene un gran ímpetu, y unas ideas maravillosas, muy adelantadas a su tiempo.

Ethan emite un gruñido impaciente.

-Hablando de tiempo, ya sabes que no vamos sobrados. ¿Has empezado ya a curarla?

-Estaba a punto cuando has entrado.

Hace un gesto de impaciencia con las manos. Algo lo reconcome. Nunca lo había visto tan... inquieto.

-Tienes que correr.

-¿Qué pasa? ¿A qué viene tanta prisa?

-¿Quieres saber lo que pasa? Marduke está aquí. ¡Marduke!

-Ya me lo parecía.

Me mira con los ojos como platos.

-¿Lo has visto?

-No, pero esta tarde he sentido su presencia. Está en casa de esa mujer.

-Margaret. Ella lo protege. He tratado de encargarme de ella, pero Marduke se ha metido por medio. De modo que ahora sabe que la Guardia anda por aquí.

-¡Genial! Bueno, ¿qué podemos hacer para librarnos de los dos?

Ethan gime como si hablara en contra de su voluntad.

-De momento tendremos que olvidarnos de Marduke. Nos limitaremos a la viuda Wittman. Ésa es nuestra misión. Y tengo una idea.

Caigo en lo que me está diciendo.

-¿Quieres esperar a que la viuda vuelva como todas las mañanas, con el veneno?

-Sí. Ahora corre. Para que mi plan funcione, Abby debe estar curada.

-Para que podamos salir pitando hacia la Ciudadela.

-Exacto, antes de que Marduke se presente por aquí. No es cosa nuestra vernos las caras con esa criatura, sea lo que sea. Que el Tribunal se ocupe de él.

Me pongo a trabajar en Abby mientras Ethan pasea sigiloso de la puerta a la ventana y viceversa. De cuando en cuando me apremia con un susurro, pero yo ya voy todo lo rápido que puedo. Hay que atravesar muchas cicatrices antes de llegar al veneno, que está en las profundidades de sus células.

En cuanto el sol empieza a asomar por el horizonte me recuesto en la silla, agotada por completo.

-¿Está curada?

Asiento y gruño en voz baja, pues el cuerpo no me da para más. No pensaba que curar pudiera resultar tan agotador, aunque también es cierto que jamás había intentado nada que costara más de unos minutos. Esta sesión ha durado horas.

Canta el gallo, la señal de que nace el día.

-¡Bien hecho! Ahora siéntate junto a la ventana y yo me encargo del resto.

Pero levantarme es una tarea ímproba.

-¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? -me pregunta Ethan, preocupado.

-Exhausta.

-¡Oh, no!

-Lo siento. No sabía que iba a tener este efecto.

Me lleva medio a rastras, medio en volandas al otro lado de la habitación y me sienta al lado de la ventana.

-No te preocupes. Saldremos de aquí en un periquete.

-De verdad que así lo espero. Sería capaz de dormir mil años seguidos.

Ethan se planta en el centro del cuarto, cierra los ojos y pone en marcha su magia. Crea una ilusión, y bastante interesante, por cierto. Ha llenado la habitación con un extenso muestrario de jarras de agua, unas de cristal, otras de arcilla vidriada o porcelana. Están por todas partes, a diferentes alturas, y todas llenas a rebosar de agua cristalina y centelleante.

Alzo una ceja con gesto inquisitivo.

-Una distracción momentánea -me explica-. Quiero que baje la guardia lo bastante para fijarme en sus ojos. Para eso necesito que mire fijamente, y un buen rato. Está un poco traído por los pelos, pero ojalá pueda descubrir algo distintivo para identificarla.

-¿Y si la reconoces y es miembro de la Orden? ¿Entonces qué?

Se abre un poco la camisa y descubre un puñal, cosa que me deja sin aliento, agradecida por que mi habilidad sea la curación. Pienso en esa otra que todavía no se ha revelado y me estremezco. ¿Qué puede ser? Espero que sea útil, como la curación, y no algo que pueda usarse para matar.

El chasquido de la puerta me arranca de mis pensamientos. Es la mujer, Margaret. La asesina. Entra en el dormitorio y se detiene ante la visión de un centenar de jarras de agua.

Tendría que verme sentada en la repisa, y a Ethan de pie en el centro del cuarto, pero es como si las jarras la tuvieran hipnotizada. Me doy cuenta de que la ilusión de Ethan es más de lo que aparenta, porque los ojos de Margaret, a la sombra de la capucha calada de su capa, permanecen clavados en los recipientes, desplazándose con lentitud de uno a otro. Parece haber olvidado el propósito de su visita.

Se vuelve a cámara lenta y ya tiene a Ethan justo delante, quien intenta echar un buen vistazo a las profundidades de su capucha. Es el único modo de identificar a uno de los nuestros en el pasado. Resulta evidente que la mujer está aturdida y al parecer ni siquiera ve a Ethan, quien entrecierra los ojos como si la reconociera, aunque después alza un poco los hombros.

-Creo que lleva algún tipo de camuflaje -susurra.

-¿Como unas lentillas o algo así?

-Eso. -Se encoge de hombros y olfatea el aire-. Sin embargo, su olor me suena.

-Lo sé. Es su perfume. Un olor a flores, como a jabón. Pero ¿cómo es posible? ¿No se quedaría su olor en la cama junto con su cuerpo físico?

-Por supuesto.

-¿Entonces qué hacemos ahora?

La mujer se vuelve de repente, como si hubiera hallado una manera de zafarse del hechizo de Ethan. Pero antes de que tenga ocasión de actuar o de comprender lo que sucede, Ethan la agarra por detrás y la aprieta contra su pecho. La mujer gruñe y se retuerce en sus brazos.

-Dime -le susurra Ethan al oído-. ¿Qué hace Marduke en esta época?

La mujer inspira con fuerza y el aire sisea al pasar por su nariz.

-Mátame si quieres, porque no pienso decir nada.

En cuanto ha pronunciado la última palabra, empieza a desaparecer, y de pronto Ethan da un traspiés hacia delante sin nada entre los brazos más que aire.

Miro a mi alrededor presa de la desesperación por si sólo se ha teletransportado y no ha abandonado este período de tiempo.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha marchado?

Ethan recupera el equilibrio y se gira.

-No sé...

Con esas palabras empieza a despedazarse la ilusión. Una tras otra las jarras explotan y el ruido del cristal y la loza despedazados desgarra el aire. Me llevo un brazo a la cara para taparme los ojos.

-Eh, ¿qué pasa?

Ethan se acerca a mí con la cabeza resguardada por el brazo. Cuando llega a mi lado, su ilusión desaparece por completo en un estallido de luz verde y cegadora, y por un momento nos miramos, preguntándonos qué demonios está sucediendo.

-¿Estás bien? -me pregunta.

Me limito a mover la cabeza afirmativamente, pues aún estoy recuperando el aliento queme ha arrebatado lo repentino y violento de la explosión.

-Tenemos que salir de aquí.

-Sí.

Pero, en cuanto me toma de la mano y comienza a llamar a Arkarian, una imagen grande empieza a cobrar forma ante nuestros ojos. A medida que se hace más corpórea, una sensación de malicia invade la habitación con tal intensidad que resulta asfixiante. Incluso antes de que su figura se forme por completo, adivino quién es nuestro visitante: Marduke.

Este alza una mano y toda la luz de la habitación empieza a dar vueltas y dibuja un arco iris que cae en espiral hacia la palma de sus manos. Flexiona los dedos y el torbellino de luz desaparece en un instante, vaciado en sus manos, hasta el último rayo.

La habitación queda completamente a oscuras, a excepción del único y resplandeciente ojo amarillo de Marduke.

Ethan parece atónito, a duras penas respira. Empiezo a preocuparme por su estado y caigo en la cuenta, con una intensa sensación de vacío en la boca del estómago, de que ésta es la primera vez que se enfrenta cara a cara con su peor pesadilla. Y aunque él no puede ver nada con esta oscuridad, sí que distingue el perfil de Marduke por el resplandor de su ojo.

-Ethan, ¿te encuentras bien?

Recupera la compostura con rapidez.

-Me vendría bien un poco de luz -contesta sin apartar la vista del hombre descomunal que tenemos delante, y luego avanza a tientas para situarse directamente delante de mí.

Por instinto levanto los pies, me abrazo las rodillas y trato de no respirar demasiado fuerte. El olor que hay ahora no se parece en absoluto al aroma floral que Margaret dejaba a su paso; ahora apesta a algo podrido, algo abyecto.

Las manos de Marduke empiezan a iluminarse cuando le indica a Ethan que se aparte.

-No es a ti a quien quiero. Al menos de momento.

-¿Qué tramas? ¿Qué quieres de Isabel?

-Es el primer peón para poner en marcha mi plan.

-¿Qué plan?

-¿Tú qué crees? Me cansan vuestros juegos. Ya es hora de ajustar cuentas de una vez.

-¿De qué hablas? Ni Isabel ni yo te hemos hecho daño nunca. No te conocemos, excepto en sueños...

Marduke se impacienta con tanta pregunta.

-De ti -dice mientras mueve los resplandecientes dedos en dirección a Ethan- me encargaré más adelante.

De las puntas de sus dedos, que apuntan hacia Ethan y después hacia la pared de enfrente, surgen unos brillantes relámpagos azules. Al instante la habitación se llena de un color eléctrico, y Ethan se ve catapultado horizontalmente por los aires para estrellarse contra la pared.

Marduke vuelve la cabeza para mirarme y me dedica una media sonrisa.

-Y ahora...

Pero Ethan lo interrumpe: se pone en pie con rapidez y grita. La intención del grito es distraer a Marduke.

Y funciona.

El monstruo gruñe, molesto:

-O eres valiente hasta la estupidez o sencillamente te atrae la muerte.

-Me atrae la muerte -replica Ethan con voz áspera mientras, con la mano derecha extendida, hace volar el puñal hasta su palma-. La tuya.

Marduke alza sus descomunales manos una vez más, pero ahora Ethan es más veloz. Grita por segunda vez -un aullido de rabia- y arroja el cuchillo de lado a lado de la habitación.

El puñal se clava de lleno en el hombro de Marduke, hiriéndolo. La sangre mana y se extiende por su brazo izquierdo.

El monstruo ruge. El ruido tendría que despertar a la casa entera y a todos los vecinos, pero Abigail no se mueve, y tampoco el resto de la familia. Deben de hallarse bajo algún tipo de encantamiento.

Marduke se arranca el puñal de la carne y entonces brota un chorro de sangre que le provoca una furia espantosa. Cruza la habitación como una bestia enloquecida, agarra a Ethan y lo aplasta en el interior de su brazo gigantesco. Durante un segundo temo que le haya roto la espalda, pero entonces Ethan se lanza hacia delante en un intento de zafarse de los brazos de nuestro enemigo. Sin embargo, Marduke está poseído por una fuerza rabiosa que en poco tiempo reduce las acometidas de Ethan a meras convulsiones inútiles.

-Mira -sisea Marduke mientras me apunta con el puñal y sus manos

resplandecientes iluminan como una antorcha-. Mira cómo muere por tu propia hoja.

El puñal brilla un momento en su mano antes de desgarrar el aire cuando lo lanza directamente hacia mí. Lo veo venir, pero soy incapaz de moverme para salvarme. El agotamiento que me ha producido la curación sigue afectando a mis extremidades, y además me parece que Marduke me ha hechizado. Mis ojos permanecen fijos en el filo reluciente y empapado en sangre.

Lo último que oigo antes del impacto del puñal, que se hunde profundamente en el centro de mi pecho, es el desesperado grito de Ethan:

-¡Arkarian!

ETHAN

Arkarian nos transporta directamente a la sala de curas de la Ciudadela, una habitación revestida en su totalidad de cristal reluciente. Con brazos temblorosos deposita a Isabel sobre la estrecha mesa.

-¿Qué ha pasado?

Está tan pálida... Tiene las manos cerradas con fuerza en torno al puñal que le asoma del pecho, y el camisón rezuma sangre del cuello a la cintura.

-¿A ti qué te parece?

Arkarian afloja los dedos de Isabel, aferra el puñal con las dos manos y, con firmeza pero sin movimientos bruscos, lo extrae y cubre la herida con la palma de las manos.

-¿Quién ha sido?

-¡Marduke! ¿Es que no lo has visto?

-El dormitorio estaba a oscuras -contesta Arkarian con una voz que no denota emociones.

-Puedes curarla, ¿verdad, Arkarian? Esto es la sala de curas, ¿o no?

Se vuelve hacia mí con el rostro surcado de lágrimas, una estampa que me hiela la sangre.

-Ethan -dice lentamente-, Isabel tiene una puñalada en el corazón. Ya está muerta.

-¡Nooo! ¡Haz que regrese!

-¡Ojalá pudiera! -Sacude la cabeza y contempla de hito en hito la cara cenicienta de Isabel, como si estuviera hechizado-. Pero yo no soy sanador, y, aunque lo fuera, su alma ya ha partido.

-Pero su cuerpo está..., sigue en su habitación. Está durmiendo en su cama.

-De momento. Pero su alma no está en él.

-¿Y dónde está?

-Perdida.

-¡No! ¿Dónde? ¿Puedo ir a buscarla y traerla de vuelta?

Sus ojos violetas me traspasan.

-Su alma errará por el mundo intermedio el tiempo que le cueste cruzar el puente.

-¿Y qué pasará cuando lo cruce?

-Su cuerpo mortal dejará de respirar y su muerte será definitiva.

-Entonces aún existe una posibilidad de salvarla: encontrarla en ese lugar y traerla antes de que su cuerpo mortal deje de respirar.

-No es posible. Nadie lo ha hecho antes.

-Yo lo haré, Tú dime cómo. Ayúdame, Arkarian.

Alza las manos y después las baja en un movimiento de pánico. Se gira hacia un lado y después hacia el otro como si buscara algo, antes de darse cuenta de que no sabe en realidad lo que es.

-Isabel posee una afinidad con la luz, es parte de su don. -Está pensando rápido-. Lady Arabella lo reconoció, y por eso le concedió el don de ver con cualquier tipo de iluminación. Isabel se verá atraída por la luz de ese mundo intermedio.

-¿Qué quieres decir?

-Esa luz le enseñará el camino hacia el puente. Mientras que otros pueden pasarse años y años buscando, sin entender de verdad lo que persiguen, o ni siquiera por qué se encuentran en ese camino, Isabel se verá atraída directamente hacia él.

-¿Cuánto tiempo le llevará la travesía?

-Puede que unas horas, a lo sumo.

Para mí se trata de una elección sencilla.

-Iré.

-Ethan, esa tierra está habitada por todas las criaturas intermedias. Almas perdidas, almas que no pertenecen a nuestro mundo mortal ni se avienen con él.

-No tengo miedo.

-Hay otra cosa. Isabel debe oír tu voz o no se apartará de la luz.

-La llamaré. Gritaré si hace falta.

-No lo entiendes. -Noto en su voz cierto tono de histerismo que no conocía-. Sólo oirá la voz de su alma gemela.

-¿Qué? -Al momento lo veo claro y me doy un golpe en el pecho con la palma de la mano-. ¡Pues ése soy yo, Arkarian!

Sus ojos se posan lentamente en los míos.

-¿Cómo lo sabes?

-Desde pequeña ha estado loca por mí. Se cree que no lo sé. Y, bueno, cuando estábamos en el dormitorio de Juan de Gante nos besamos.

-Lo sé. Lo presencié.

-Pues ya ves, soy su alma gemela.

-Lo único que sé es que Isabel está enamorada de ti. Pero ¿tú qué? ¿Sientes lo mismo por ella?

Me detengo un segundo y busco la verdad en mi corazón. ¿Qué siento por Isabel?

-Yo... Vaya, yo... Le tengo cariño. Creo que es estupenda. Somos grandes amigos.

-¿La amas?

-No... no lo sé a ciencia cierta, pero... -Mi mirada se desplaza al cuerpo inmóvil y lívido de Isabel, desprovisto de sangre. Si soy su alma gemela, tengo una oportunidad de salvarle la vida. O sea, que tengo que serlo y punto-. Soy su alma gemela, Arkarian. Eso lo sé. Deja que vaya. Debo intentarlo.

-De acuerdo, Ethan. Pero antes hay unas cuantas cosas que debes saber.

## ETHAN

Este mundo intermedio es gris y monótono, como un vídeo en blanco y negro. Arkarian me deposita en pleno centro de un bosque. Los árboles presentan diversos tonos de blanco y gris; sus lianas plateadas se extienden a mi alrededor como telas de araña. Las aparto de mi camino y reparo en su textura seca, en nada parecida a la sedosa humedad de una selva real.

La descubro de inmediato, muy por delante de mí, como una figurita blanca a lo lejos. Corro en su dirección y busco la luz que la guía, pero no alcanzo a distinguir nada en el cielo gris y bajo. Descubro que mi camino está obstruido por un árbol caído tan alto y ancho que apenas veo por encima de él. Salto para sortearlo y, buscando apoyo para los pies donde puedo, trepo hasta arriba. Por el rabillo del ojo vislumbro un movimiento oscuro e indefinido. Me aparto por instinto, justo a tiempo, ya que una tarántula del tamaño de un perrillo corretea hacia mí sobre sus ocho patas peludas, con un chillido tan agudo que empiezan a dolerme los oídos. Me divisa e inclina la cabeza como si calibrara si soy amigo o enemigo. De repente se alza sobre las patas traseras y chilla otra vez, dispuesta a saltar. La adrenalina se dispara por mis venas y me proporciona una fuerte dosis de energía, que aprovecho para saltar volando al otro lado.

Mientras corro todo lo rápido que alcanzan mis piernas, recuerdo la advertencia de Arkarian: «Tus miedos se exagerarán. Si sucumbes a ellos las criaturas de tus pesadillas se harán realidad. Manten puros tus pensamientos y saldrás indemne. En ese lugar hay bondad y maldad, pero ante todo almas perdidas y errantes, criaturas que no saben ni siquiera que están muertas. Habitarán las formas de tus temores.»

Trato de mantener el pensamiento concentrado en la figura blanca de Isabel, que avanza rápido por delante de mí. Sigo corriendo hasta que al fin me descubro fuera del bosque y en un inmenso espacio abierto que conduce directamente a un valle hermoso pero gris, con una distante cordillera nevada, en apariencia interminable, a la derecha. Caigo en la cuenta de lo vasto e interminable que es este lugar. Me llama la atención un movimiento en el fondo del valle. Una familia de lobos grises, padre, madre y cinco grandes lobeznos, juega y retoza en un campo de exuberante hierba gris. El corazón me da un vuelco y me quedo petrificado, incapaz de apartar los ojos de esas criaturas desproporcionadas. ¿Es que nada es pequeño en este sitio?

Desvío con pesadumbre la mirada de la familia de lobos y busco a Isabel. Finalmente diviso su figura menuda, que se precipita disparada hacia el valle, el mismo valle que la familia de lobos ha convertido en su hogar. Tengo entendido que los lobos se muestran muy protectores con sus hijos. Me pongo de pie en la cresta rocosa y hago bocina con las manos.

-¡Isabel!

Pero no me oye, aunque el eco de mi voz resuena a lo largo y ancho del valle. Todavía debe de estar demasiado lejos. Sin embargo, son los lobos, los siete, los que vuelven la cabeza al oír mi grito y olisquean el aire con las fosas nasales abiertas. Y con el estómago revuelto comprendo lo que he hecho. El lobo más grande se encarama a una roca, alza la cabeza y aulla. Su compañera se une a él y emite a su vez un solitario aullido. La llamada va seguida de otras. Mi corazón late desbocado ante la visión que se extiende ante mí: centenares de lobos se congregan procedentes de todas las direcciones. Empiezan a avanzar hacia mi risco con velocidad cada vez mayor; sus largas y ágiles extremidades atruenan sobre el suelo frío y gris. Pero lo peor es comprobar que Isabel corre con pasos ligeros entre el promontorio y las fauces de los lobos.

-¡Isabel!

No sirve de nada: sigue corriendo, ajena a los lobos que se le acercan. ¿Cómo puedo lograr



Librodot

que me oiga? Corro directo hacia ella, más rápido de lo que creo posible, y después más todavía; pero ahora que ya no estoy en lo alto de las rocas la pierdo de vista. Lo único que distingo es la manada de enormes lobos.

Ya los tengo encima. Un polvo gris me azota la cara cuando el viento que levantan sus cuerpos me hace volar por los aires; entonces espero sentir unos dientes clavados en la garganta. Pero no: «Manten puros tus pensamientos», me ha dicho Arkarian. «Sólo juegan -trato de decirme-. No me harán daño...» Alzo la vista y veo que un lobo salta limpiamente por encima de mí, y después otro. Diviso un huequecito entre la manada y corro como una flecha hacia el único refugio que hay, una roca que queda en su camino. Me escondo tras ella y me hago lo más pequeño posible mientras ellos pasan por encima y por los lados de mi escondrijo momentáneo, aparentemente ajenos a mi presencia.

Y lo único que puedo pensar es que seguramente Isabel estará tirada por ahí, con el cuerpo aplastado contra la tierra gris o reducido a pedazos.

Al cabo de un rato salta por encima de mí la retaguardia de la manada y el polvo empieza a aposentarse. Un último lobezno solitario brinca juguetón alrededor de mi piedra. Me ve encogido en una minúscula bola cubierta de polvo y me mira como si reconociera algo en mis ojos temerosos. Al final aparta la vista a regañadientes, olisquea el aire y sigue el camino de sus compañeros.

Me levanto, respiro a fondo para tranquilizarme y oteo el panorama en busca de algún rastro de Isabel, con la boca completamente seca, temiéndome lo peor. La veo, veo nuevamente su pequeña figura vestida de blanco, trepando por las rocas que bordean un río.

La sensación de alivio que me invade hace que sienta las piernas líquidas como el agua de la corriente, pero entonces caigo en la cuenta: se supone que Isabel se dirige hacia un puente, y ahora estamos siguiendo un río. Le grito una vez más:

-¡Isabel!

Sin embargo, todavía está demasiado lejos.

Me pongo en marcha de nuevo sin prestar atención al dolor que me asalta el pecho al tratar de correr con los pulmones aún llenos de polvo gris.

-¡Isabel! -chillo otra vez.

Se detiene un segundo y creo que al fin va a darse la vuelta. Pero en lugar de eso se agacha y huele una flor gris. La imagen me trae un vivido recuerdo.

Al instante, una ráfaga de viento como un tornado en miniatura cae sobre mí y me deja clavado al suelo. Y en un estallido de luz el viento desaparece y se forma una figura tenebrosa. Sé al momento de quién se trata: nadie más puede ser tan alto, maligno o deforme.

Esta vez no actuaré sin pensar. Me impongo la necesidad de hallar cierta calma interior antes de enfrentarme a este hombre.

Marduke, no sabía que fueras un alma perdida.

Se ríe con un sonido gutural y quebrado.

Tú me has invocado, necio.

Mi recuerdo, pienso. ¿Ahora cómo me libro de él?

Me dedica una media sonrisa.

-No puedes.

Vaya, además oye mis pensamientos. Respiro a fondo y trato de distinguir a Isabel, que está más allá de él. Ha reanudado la marcha, pegada a la orilla del río. Ahora distingo algo por delante de ella, algo de un blanco deslumbrante. Dios mío, me parece

que es el puente.

Cuando Marduke habla, lo hace en tono burlón:

-No la alcanzarás, y aunque lo consiguieras, no es tu voz la que conseguirá que se vuelva.

-Mientes. -Recuerdo las instrucciones de Arkarian para disipar lo que no es real en este mundo-. Y en realidad tú no estás aquí.

-Pero aquí me tienes, Ethan. Tú me has creado en tus pensamientos.

-Eres una imagen de mis sueños, sí, lo sé. Pero ahora me refiero a ti como lo que de verdad eres en este momento: un producto de mi imaginación. -Hago un gesto con una mano en su dirección-. ¡Desaparece!

Camino sin vacilar hacia él con las manos alzadas y las palmas hacia fuera, como si quisiera empujarlo a un lado, mientras mentalmente me despojo con firmeza de todas las dudas.

Recuerdo el consejo de Arkarian: «Si lo crees con todo tu corazón, la ilusión creada a partir de tu pensamiento desaparecerá.»

Entonces, cuando estoy a punto de topar con el grueso torso de Marduke, se descompone dejando sólo motas de polvo gris.

-¡Sí! -Ahora a por Isabel. Miro hacia delante y la veo plantada al borde de un resplandeciente puente blanco-. ¡Dios, no, Isabel!

No se gira, pero parece dudar. Corro y salto por encima de las rocas que encuentro a mi paso, sin prestar atención a las bestiezuelas que se cruzan en mi camino.

-¡Isabel! -Pone un pie en el puente, pero por fin estoy tan cerca que sin duda tiene que oírme-. ¡Isabel! -Da otro paso. Llego al sitio donde comienza el puente; Isabel sólo está a unos centímetros. Sin embargo, de espaldas a mí, da otro paso más-. ¡Isabel! ¡Soy yo, Ethan! ¡Date la vuelta y mírame!

No se gira y comprendo que he fracasado. Marduke estaba en lo cierto al decir que no soy yo quien conseguirá que se vuelva.

No soy su alma gemela.

¿Y ahora qué hago? Tres pasos más y estará al otro lado.

-¡Isabel!

Pero no sirve de nada. Da dos pasos más. Dos pasos que la acercan aún más a la muerte. La derrota me abruma como una carga insoportable. No me queda nada por hacer.

Sin embargo, de repente se oye una voz a mis espaldas, una palabra que pasa disparada por encima de mi hombro, pronunciada en tono nada alto aunque igualmente cargada de sonoridad y profunda pasión:

-Isabel. -Ella se queda inmóvil, con el pie derecho suspendido en el aire. Me giro y veo a Arkarian. Avanza y se sitúa a mi lado-. Isabel, da la vuelta y regresa a casa.

Isabel se gira y desaparecemos los tres, directos a la sala de curas de la Ciudadela.

Y ahora Isabel respira otra vez. La sangre de su camisón es un crudo recuerdo de lo que acabamos de experimentar, pero su herida está sellada por completo.

Abre los ojos.

-¿Qué... qué ha ocurrido?

Mis ojos coinciden con los de Arkarian por encima de su cuerpo. Su expresión me aconseja guardar silencio. Baja la mirada hacia Isabel.

-¿Qué recuerdas?

Se incorpora hasta quedar sentada y se frota una sien.

-Marduke apareció en la habitación de Abby. Entonces... -se toca el pecho manchado de sangre- lanzó un puñal y... -Levanta la vista y fija los ojos en los míos. Dibuja una tímida sonrisa-. ¿Me salvaste, Ethan?

Lanzo una mirada fugaz a Arkarian.

-Desde luego que sí, Isabel -responde él en voz baja-. Es un auténtico héroe.

Cuando ella me sonríe, con un inconfundible y equivocado resplandor de amor en la mirada, trato de captar la expresión de Arkarian. El baja enseguida los ojos, pero no antes de que yo distinga el dolor y la angustia que los invade.

ETHAN

Isabel cree que sólo estuvo inconsciente; sus recuerdos son fragmentarios y vagos; el espacio gris de las tierras intermedias sólo se conserva como reminiscencia subconsciente. Después de cerciorarse de que su herida está curada y su memoria lo bastante confusa como para no ocasionarle preocupaciones innecesarias, Arkarian la envía a casa.

Pero no a mí. Conoce mis pensamientos, pues los expongo a las claras para que los lea. La misión no tendría que haber presentado el peligro añadido de Marduke. Arkarian estaba al corriente de la amenaza, al igual que el Tribunal, y aun así permitieron que Isabel se encargara de ella. La han empujado hacia delante desde el principio, con apenas unas semanas de entrenamiento, y aquí tenemos el resultado: ha estado al borde de la muerte. ¿Qué demonios pasa?

En cuanto Isabel se marcha, Arkarian me lleva a una sala diferente, una semejante a un bar, con botellas, sillones y taburetes, pero sin clientes. Sirve una bebida para cada uno y se lleva la botella a la mesa que elegimos, situada junto a una ventana, desde la que no se ve nada excepto un remolino de bruma oscura. Pruebo mi bebida y al principio me parece que no es más que un refresco de cola, pero después de otro sorbo abrasador descubro que se trata de algo mucho más fuerte.

Voy directo al grano:

-Hay que dar de baja a Isabel de la Guardia y borrarle toda la memoria para que pueda retomar una vida normal.

Arkarian apura su copa de un trago y se sirve otra.

-Esta es la vida que desea. La ha probado, quiere más, ha nacido para esto.

-No, Arkarian, es demasiado peligroso.

-Es una sanadora, Ethan. Su vida tiene un propósito que va más allá de su existencia mortal. Si ella no lo entendiera así, sus habilidades curativas la asustarían y confundirían.

Puede que tenga razón, pero estar asustada y confusa es mejor que estar muerta.

-Seguro que hay algún modo de superar eso, alguna explicación -sugiero.

-Imposible...

-¡Tienes que pararla!

Arkarian suspira profundamente.

-Ojalá pudiera, Ethan.

Guardamos silencio un momento, los dos con la mirada perdida en la cambiante bruma.

-Hoy hemos estado a punto de perderla -le recuerdo. Alza la mirada hacia la mía en silencio-. ¿Puedes garantizar que no volverá a suceder algo parecido?

-No -contesta sosteniéndome la mirada.

-¿Sabías que eras su alma gemela?

-De haberlo sabido, habría ido yo desde el principio.

-¿Qué significa eso?

Se retira el pelo azul de la frente y después lo suelta otra vez, hasta que le cubre los ojos.

-Hay gente que vive toda la vida sin saber quién es su alma gemela. Con Isabel debe ser así.

-¿Por qué?

-Jamás podremos estar juntos.

-Pero si tú le tienes afecto...

Me mira a los ojos.

-En primer lugar, está la cuestión de mi juventud retenida. Ese don nos mantiene separados en mundos completamente diferentes. Yo no puedo vivir en el suyo, y ella jamás dispondría de una vida normal en el mío, y se la merece. En segundo lugar, y es una suerte, es de ti de quien está enamorada.

-Es un error. Ahora lo veo. Vamos, que somos los mejores amigos del mundo y eso tendríamos que haber sido desde un principio. Todos aquellos años, de pequeños, cuando nos seguía a Matt y a mí... Sólo quería hacer lo mismo que nosotros porque era divertido. Y si le hubiésemos permitido acompañarnos Isabel habría sido mi mejor amiga desde el principio, como tendría que haber sido y como ahora, por fin, es.

-Siento que lo veas así. Si yo pudiera elegir a alguien para Isabel, te elegiría a ti, Ethan. Serías una buena pareja para ella.

-Pero no sería correcto, Arkarian.

Hunde los hombros mientras contempla los restos de una tercera copa con aspecto de pensar que todo está perdido. Sentado en silencio medito sobre el asunto de las almas gemelas. ¿Y si no supiera que Arkarian es la auténtica alma gemela de Isabel? ¿Cambiaría eso mis sentimientos por ella? Lo dudo. Pero sí sé una cosa:

-Si yo tuviera la oportunidad de saber quién es mi alma gemela, sin duda la aprovecharía.

Arkarian alza la vista hacia mí.

-¿De verdad? ¿Y si fuera alguien del otro lado?

Su pregunta me hace vacilar. ¿Cómo reaccionaría en ese caso? Decido que lo único que ocurre es que Arkarian está especialmente morboso. Pero sus palabras me recuerdan los sentimientos que de un tiempo a esta parte me suscita la Guardia: la vaga sensación de que no soy sino un peón en una partida de ajedrez que Arkarian está jugando.

-Yo no, Ethan -me aclara-. Yo también soy un peón.

-¿Entonces quién mueve los hilos? ¿Los miembros del Tribunal?

-La Profecía.

-Que fue escrita antes del tiempo. Desde que la volví a leer con Isabel -añado-, hay una frase en particular que me inquieta, más incluso que las otras. -Arkarian espera a que hable y le planteo la pregunta a la que tantas vueltas he dado-. Dime, ¿quién es el guerrero perdido que debe regresar?

Arkarian me contempla con unos ojos que se preguntan cuánto he desentrañado ya.

-¿Quién crees tú que es?

-¿Marduke?

-A él se le llama traidor.

Tantos secretos acabarán por volverme loco.

-Con todo lo que ha pasado últimamente, ¿no es momento ya de dejarse de medias verdades?

-Eso es cierto, Ethan.

Pero no sigue. De modo que intento descifrarlo por mi cuenta. La Profecía dice que un guerrero debe regresar, lo que significa que esa persona tiene que haber abandonado la Guardia en algún momento. ¿Por qué iba alguien a hacer eso? Desde luego, sería necesario un buen motivo. A mí sólo la muerte me...- Esos pensamientos sobre la muerte me abren una nueva puerta. ¿Y si no fuera tu propia muerte la que te separara de la Guardia? ¿Y si se tratara de la muerte de

alguien tan cercano que tu pérdida te obligara a tomar la decisión más drástica de su vida? ¿La muerte de una hija, por ejemplo?

Y ahora recuerdo que Arkarian me preguntó si mi padre alguna vez me hacía preguntas extrañas, si le intrigaba adonde voy mientras duermo.

Finalmente algo encaja en mi cerebro, como la palanca de un cambio de marchas.

-El guerrero que regresa es mi padre, ¿no?

Arkarian permanece callado y se limita a mirarme mientras yo coloco todas las piezas y formo la imagen completa. Me inclino hacia delante y desarrollo mi teoría en voz alta:

-Mi padre era el compañero de Marduke. -Y entonces la pieza principal encuentra su posición-. ¿Quieres decir... que fue él quien dejó tuerto a Marduke en la lucha que lo convirtió en traidor?

-No lo dudes jamás, Ethan, fue el mismo Marduke quien se convirtió en traidor.

-¿Y por qué Sera?

-Marduke mató a tu hermana porque cree que la desfiguración que provocó el duelo es el motivo de que su mujer lo abandonara. La madre de su bebé.

Eso resulta difícil de creer.

-¿Mi hermana está muerta por culpa de la vanidad?

-Vanidad, orgullo, dolor, resentimiento, todo lo que nutre las filas de la Orden.

-A ver, que me quede claro: ¿Marduke se hizo traidor y dejó la Guardia porque, después de las cicatrices que le ocasionó el combate con mi padre, su mujer lo abandonó?

Arkarian asiente con la cabeza.

-Desapareció y se llevó a su bebé, y Marduke creyó que era porque no quería que la criatura contemplara su rostro desfigurado y sintiera aversión.

-¿Alguien ha tenido noticias de ella desde entonces? -No me responde y me queda claro que no tiene intención de hacerlo-. Vale, contéstame a esto: ¿qué quiere Marduke de Isabel?

Suspira y se pasa los dedos por el pelo.

Es complicado. Su interés por Isabel no está del todo claro, pero lo que sabemos a ciencia cierta es que todavía no ha satisfecho su sed de venganza.

-¡Mató a mi hermana! ¡Y mira a mi padre, es una sombra de sí mismo! ¿Qué más quiere?

-Marduke no se dará por satisfecho hasta que él y tu padre libren un duelo a muerte. Mató a la pequeña Sera porque era hermosa y deseaba privar a tu padre de lo que era más bello para él. Pero también pretendía que tu padre sufriese como él cree que ha sufrido.

-Y como mi padre no es un hombre vanidoso no lo podía castigar cebándose en su aspecto.

-Pero tu padre se retiró de la Guardia y juró que jamás regresaría. De este modo pensaba que protegía a su familia de más dolor y derramamiento de sangre.

-¿Sabe papá que yo estoy en la Guardia?

-Por fin empieza a sospecharlo.

-¿Por fin? -Bueno, ahora comienzo a entenderlo, aunque esa comprensión viene acompañada de una ira interna abrasadora. Me levanto de un salto de mi asiento y señalo a Arkarian con un dedo-. Me estás utilizando para atraer a mi padre y para que vuelva a la Guardia, ¿no? Para que pueda rematar su duelo con Marduke, que no descansará hasta ajustar cuentas. Por eso acudiste a mí cuando tenía cuatro años. Durante todo este tiempo has planeado mi vida. Al ponerme en peligro pensabas que mi padre abandonaría la pasividad.

-Siéntate, Ethan -replica Arkarian, que no se deja provocar.

Obedezco y muevo los pies con nerviosismo mientras espero su explicación.

-Que te quede claro: fuiste elegido al nacer. Nosotros no «hacemos» miembros de la Guardia, ya venís «hechos», por decirlo de alguna forma. Lo sabemos desde el día en que nacéis, a veces incluso antes. Pero a un miembro se le concede el máximo tiempo posible para vivir su vida normal. Sólo comenzamos el proceso de iniciación cuando sus habilidades resultan demasiado evidentes y empiezan a ser fuente de preocupación.

-Eso es lo que pasó con Isabel; empezó a curarse ella misma.

-Así es. Contigo fue diferente. Acababas de experimentar la trágica muerte de tu hermana y no lo superabas. Y como no queríamos perder a un futuro miembro de la Guardia en las garras de la locura, se decidió iniciarte a una edad temprana.

-Vale, eso ya lo sé. Entonces dime por qué quieres que mi padre sospeche que soy miembro de la Guardia. ¿Qué pasa con el código de confidencialidad?

-Permíteme que te lo explique. Antes del asesinato de la pequeña Sera, tu padre había comenzado una misión de tres partes, una misión muy importante que no terminó.

Encajan más piezas: mi memoria recrea el dormitorio de Juan de Gante. A eso se refería Juan de Gante cuando habló del joven que una vez lo había ayudado, pero jamás volvió. Debía de hablar de mi padre. Dijo algo incluso sobre nuestros ojos, que los míos se parecían a los de ese otro hombre.

-Lo que hicisteis Isabel y tú ese día fue cumplir la segunda parte de la misión de tu padre: asegurar la sucesión legítima al trono de Inglaterra. Pero la tercera parte permanece incompleta, y ahora la situación es apremiante. Necesitamos que Shaun remate la tarea, aunque sea demasiado tarde para que Juan de Gante presencie el resultado. Está muriendo en una prisión, encarcelado por su sobrino, el rey Ricardo II.

-¿Mi padre tenía que rescatarlo?

-No; morir en esa prisión es el destino de Juan de Gante. El cometido de tu padre era proteger a su hijo como infante, asegurarle la corona al Ricardo niño y cerciorarse de que Ricardo el rey continuara con su plan de viajar a Irlanda. Ahora Juan de Gante morirá pensando que el pacto que selló para garantizar la protección de su hijo ha sido incumplido. Pero no es demasiado tarde para asegurarse de que el rey Ricardo viaje a Irlanda. Por desgracia, cuenta con un consejero que no tiene derecho a estar ni cerca del rey ni en ese período de la Historia. Es uno de los guerreros de la Orden, que emplea el nombre de lord Whitby y que está convenciendo al rey Ricardo de que no vaya.

-A ver si lo entiendo: ¿lo único que tiene que hacer mi padre es conseguir que el rey Ricardo vaya a Irlanda, y las tres partes de la misión estarán completas?

-Eso es.

-Pero ¿por qué es tan importante ese viaje?

Porque sólo así el hijo de Juan de Gante, Enrique, o Hale Bolingbroke, como se le conoce, podrá abandonar el exilio y organizar su campaña contra Ricardo, lo cual le resulta imposible mientras el rey está en Londres.

-¿Y por qué no puedo rematar yo la misión en lugar de mi padre?

-Es una cuestión de honor, Ethan. Tu padre hizo con Juan de Gante un juramento de sangre y prometió proteger a su hijo. El juramento no podrá cumplirse si no se consigue que Hal de Bolingbroke vuelva a casa, si muere en el exilio.

-Pero ¡no puedes traer a mi padre ahora que Marduke está sediento de venganza! ¡El único fin posible es la muerte de mi padre! Seguro que habrá un duelo entre los dos, y mi padre hace muchos años que no se entrena. Marduke lo destrozará.

-No subestimes a tu padre, Ethan. Era el mejor. Y el en-frentamiento con Marduke debe producirse algún día, puedes estar seguro de eso. Marduke no descansará, tratará de hacer daño a todos a quienes ame tu padre.

-O a quien me importe a mí -descubro de repente.

Arkarian asiente con la cabeza.

-Marduke te ha estado observando mientras entrenabas a Isabel estas últimas semanas. Ha visto el afecto que habéis desarrollado el uno por el otro. Un lazo de amistad puede ser tan fuerte como uno de amor.

Gimo y sepulto la cara entre las palmas abiertas. Arkarian posa una mano sobre mi cabeza; me invade una sensación de calor y calma.

-No sabemos con exactitud por qué Marduke quiere matar a Isabel -dice en voz baja-. Lo único que sabemos es que está cada vez más desesperado por forzar esa confrontación. Por eso tenemos que actuar.

Lo miro a la cara y siento cómo se extiende hacia mí su preocupación.

-Dime, ¿qué pasará si mi padre no finaliza la misión y el rey Ricardo II no va a Irlanda, como le correspondería?

-Ricardo seguirá siendo rey, y a la larga su matrimonio con la joven Isabella dará herederos...

-Y la Historia cambiará.

-De forma catastrófica, y las posibilidades de que ganemos el conflicto final se inclinarán mucho en nuestra contra. Eso si tenemos la suerte de seguir existiendo.

Entiendo a regañadientes que, aunque no seamos más que peones de este juego, somos bastante importantes, porque la partida ha evolucionado hasta convertirse en una seria y peligrosa realidad. Mi padre forma parte de ella, y yo también. Son los hechos.

Miro fijamente a Arkarian.

-¿Qué quieres que haga?

## ISABEL

Paso de la Ciudadela a mi cama con la fuerte sensación de que alguien está observando la transición. Abro los ojos y veo encima de mí los de mi hermano. Es imposible que sepa nada, desde luego, pero después de la experiencia que acabo de soportar tengo los nervios de punta. Ver a Matt sentado en mi silla de plástico verde con los ojos serios y oscuros clavados en mí me causa tal impresión que se me escapa un grito. Entonces reparo en que tiene algo en la mano y con creciente horror descubro que se trata del cuaderno con la Profecía apuntada. ¡Maldición! Decido que el único modo de salvar el tipo es fingir histeria y gritar más fuerte.

Mi madre y Jimmy llegan corriendo a mi habitación y estrellan la puerta contra la pared al entrar como una exhalación.

-¿Qué ocurre? -me pregunta mamá.

-¿Has sido tú, tesoro mío? -exclama Jimmy.

Estas dos personas son lo último que tengo en la cabeza en este preciso instante. Debo conseguir que Matt me devuelva el cuaderno y olvidarme del asunto. La cara de Arkarian se me aparece ante los ojos. ¿Qué diablos pensará cuando se entere de lo descuidada que he sido?

Actuando como si Matt me hubiese despertado de un sueño profundo, me incorporo hasta quedar sentada con la intención de chillar «¡Matt, déjame en paz!», pero la primera palabra que sale de mis labios no es el nombre de mi hermano.

-¡Arkarian! -grito a todo pulmón. ¡Oh, no! ¿Acabo de llamar a Arkarian? Trato de recuperar la compostura con rapidez-. Quiero decir..., Matt, ¿qué demonios haces aquí?

Casi me matas del susto. ¿Qué te pasa? -le pregunto, tratando de distraerlo y todos empiezan a hablar a la vez.

Matt se levanta con la mano en alto y el cuaderno agarrado con dos dedos, en un intento de imponer silencio. Al final mamá y Jimmy se calman y Matt se vuelve hacia mí.

-He venido hace un rato para preguntarte una cosa, pero dormías. Cuando me iba a marchar, me he fijado en este cuaderno, que estaba tirado en el suelo.

-Y que no has podido evitar leer -añado yo, una suposición correcta.

-Quería preguntarte algo sobre él, y he intentado despertarte. -Se vuelve hacia mamá y Jimmy-. ¿Sabéis lo profundo que tiene el sueño Isabel? -Sin esperar respuesta, se gira bruscamente hacia mí-. Me ha costado media hora. Te juro que pensaba que estabas muerta. ¿Y qué demonios es Arkari...? ¿Cómo es esa palabra que has gritado? ¿Tiene algo que ver con estas anotaciones tan raras? -Señala el libro con una leve inclinación de cabeza.

El contraataque, decido, es la mejor opción para despistarlo.

-No sé de qué me hablas. Si he gritado algo es porque estaba soñando, por supuesto. ¿Y a qué viene este numerito? Es obvio que no estoy muerta. La próxima vez que te dé por husmear en mi cuarto por la noche no me despiertes, ¿vale? Me gusta dormir tranquila. -Me pongo de rodillas y le arranco el cuaderno de la mano-. ¡Dame eso! No es más que un estúpido poema que he escrito y que no me hace gracia que leas. Yo no revolvería en tus cosas, por cierto.

-No era mi intención. Se te debe de haber caído al suelo al dormirte.

-Da igual. No tenías derecho a leer mis pensamientos íntimos.

Me lanza una curiosa mirada y replica con voz pausada:

-Tus pensamientos íntimos son muy extraños, Isabel.

-No me importa. Al menos son míos. ¿Ahora podemos irnos todos a la cama?

Jimmy expresa enseguida su aprobación.



Librodot

-¡Qué buena idea!

-No hasta que obtenga unas cuantas respuestas -dice Matt con obstinación.

-Estoy cansada, Matt. No sé lo que te tiene tan alborotado, pero supongo que puede esperar hasta mañana, ¿no?

Jimmy vuelve a intentarlo.

-Todo parece diferente por la mañana, Matt. ¿Por qué no te acuestas?

Matt le dedica una mirada hostil y grita con todas sus fuerzas:

-¡Tú no me das órdenes!

Todos nos callamos. El malestar que le produce a Matt la posición de Jimmy dentro de nuestra casa se ha ido acentuando cada día. Reparo en la mirada de Jimmy y trato de decirle con los ojos que ceda, que yo puedo lidiar con mi hermano, sobre todo ahora que tengo el cuaderno a buen recaudo bajo la almohada.

Mamá le da a Jimmy un tironcito de la mano.

-Vamos, cariño.

Salen. Matt me da la espalda y se acerca a la ventana. Levanta la persiana y revela una luna casi llena; de repente la habitación resplandece con su brillo. En mi estado de agotamiento tanta luz resulta demasiado. Sin pensar me tapo los ojos con la mano. Matt lo nota.

-¿Qué te pasa?

-Nada, es la luz.

Mira a su alrededor y después el cielo nocturno por la ventana. Entonces pienso en cómo debe de ver él la habitación: en penumbra casi total. Señala el cielo.

-Pero si sólo es la luna...

Bajo el brazo y trato de no bizquear.

-Es que estoy cansada, ¿vale? Y ahora, ¿qué mosca te ha picado? ¿Por qué has venido a mi habitación, para empezar?

Se deja caer en la silla de plástico verde, que emite un irritante chirrido.

-Quiero saber lo que pasa.

-Nada. Dormía profundamente, eso es todo.

Me observa con los ojos entrecerrados y unas arrugas de intriga en la frente.

-Me refiero a lo que pasa contigo y con Ethan.

-Ah. -Tengo que relajarme antes de hacerle sospechar sin otro motivo que mi estupidez-. Bueno, la respuesta sigue siendo la misma: nada. Nada de nada.

-No se puede estar tanto tiempo con alguien como estás tú con Ethan, casi todos los días, y que no signifique nada.

Después de lo que ha ocurrido, de que Ethan me haya salvado la vida -aunque no me han quedado completamente claros todos los detalles porque ahora mismo tengo la cabeza un poco patas arriba-, me parece que nuestra relación por fin está empezando a despegar. Los momentos que compartimos entrenando en las colinas que bordean el lago son increíbles, lo más divertido que he hecho en mucho tiempo. En cuanto a nuestros viajes al pasado, nada puede superarlos. Ni siquiera que me apuñalen en el pecho me convencerá de lo contrario. Por acto reflejo me paso la mano por el punto que hace poco ha perforado el puñal de Ethan. Matt malinterpreta el gesto.

-¿Cuándo vas a admitir la verdad, Isabel? -Alzo la vista hacia él y entonces añade-: Mírate. Estás peor que una niña en la edad del pavo.

Retiro la mano, me ajusto la manta en torno a las rodillas y el pecho y me tomo mi tiempo para elegir las palabras necesarias para quitármelo de encima.

-Mira, Matt, Ethan y yo sólo somos unos amigos que trabajan juntos en un proyecto. Ésa es la verdad. -Bueno, parte de ella, se entiende. Un proyecto tan colosal que espero que trabajemos juntos durante mucho tiempo. Pero no es eso lo que Matt necesita oír-. Te seré sincera, Matt. Ethan me cae muy bien. Es muy simpático y no es en absoluto el tipo raro que tú me pintas.

Él empieza a discutir y levanto una mano para cortarlo mientras cruzo los dedos de la otra bajo la manta. Luego añado:

-Pero ahora me doy cuenta de que mi obsesión por Ethan era sólo un enamoramiento infantil.

Matt asiente con la cabeza, convencido al parecer de que le digo la verdad. Suspiro, me relajo por fin y decido apartarlo del tema antes de que me maree con más preguntas.

-He estado buscándote. ¿Has estado con Rochelle esta noche?

-Un rato, pero me ha dicho que estaba cansada y que quería acostarse pronto, así que me he acercado a casa de Dillon. He pensado que tal vez él supiera algo de ti y de Ethan.

-¿Por qué preguntarle a Dillon sobre nosotros?

-Muy sencillo: tú no me cuentas nada. Y por raro que parezca, Dillon sigue siendo amigo de Ethan, y los amigos hablan.

-¿Y qué te ha contado Dillon?

Se encoge de hombros con desánimo.

-Nada en realidad.

Sacudo la cabeza. Mi hermano está obsesionado... con asfixiarme. Pero no quiero dar alas a esta línea de conversación.

-Eres demasiado serio para la edad que tienes, Matt. Debes divertirte más.

-Puede que tengas razón -replica con un suspiro. Se levanta de la silla con ayuda de los brazos y se inclina sobre mí-. Siento haberte asustado. No tendría que haber tratado de despertarte. Pero es que las palabras de ese cuaderno me han provocado una inquietud que no podía quitarme de encima.

Lo dice en un tono muy melancólico, y como yo quiero que deje de pensar en el cuaderno, le doy un reconfortante abrazo.

-No pasa nada. Lo que me ha asustado ha sido despertarme y encontrarme con tu cara.

Me devuelve el abrazo, en un momento de hermandad poco habitual que hace años que no compartimos.

-Caramba, gracias. Qué cosas más bonitas me dices.

Cuando se retira me asalta un olor conocido que me sacude el cuerpo entero con un escalofrío.

-¿Qué es ese olor?

Se endereza y olisquea el aire.

-¿El qué? ¿Te refieres al olor a flores?

Asiento con la cabeza sin decir palabra; mi lengua parece el doble de grande. El aroma floral me recuerda demasiado el perfume que dejaba a su paso la asesina del dormitorio de Abigail Smith. Hago un poco de saliva y trato de tragar.

-Sí, a ese perfume... ¿Por qué hueles así?

Se encoge de hombros y se encamina hacia la puerta.

-No es perfume. Pero si te gusta, intentaré conseguirte un poco. Son las gotas para los ojos que usa Rochelle, por la alergia. Le encantan, y dice que además van fenomenal para los ojos cansados. Y es verdad, yo mismo las he probado hoy.

Me obligo a respirar.

-¿De verdad?

-Sí, se las prepara por encargo un herborista que no es de aquí. -Lo observo sin habla mientras desliza la mandíbula a la derecha y luego a la izquierda, un gesto nervioso que ha perfeccionado con los años-. Se hacen con una flor muy especial. Un lirio gigante, me parece.



Librodot

ETHAN

Esta semana entreno a Isabel con mayor intensidad que nunca. Practicamos incluso los aterrizajes.

-Vamos a volver a ver al rey Ricardo II.

-Pensaba que habías dicho que no podíamos volver al mismo período de tiempo dos veces.

-Al mismo período, no. Pero ahora Ricardo tiene treinta y dos años.

-Ah.

-Sí, y…

Tengo que contarle lo de que el Tribunal quiere que mi padre regrese y termine su misión... y se encargue de Marduke. Le cuento la mayor parte de lo que Arkarian me explicó, y que mi padre debe asegurarse de que Ricardo realiza el viaje a Irlanda que estaba planeado.

-Pero eso podemos hacerlo nosotros, ¿no? ¿Por qué llevar a rastras a tu padre cuando es obvio que no quiere?

-Al parecer hizo un juramento de sangre con Juan de Gante y se comprometió a proteger a su hijo Enrique. Y además está el asunto pendiente con Marduke. El Tribunal desea que mi padre concluya el duelo. Dicen que ya es hora de que se ponga a Marduke en su sitio, antes de que se destruyan más vidas inocentes.

Isabel lo pilla enseguida.

-Como la mía. Piensan en las amenazas que profirió y en su presencia en el dormitorio de Abigail, cuando intentó matarme.

Se estremece de arriba abajo, como si de repente unos caballos salvajes galoparan sobre su tumba.

-Esto se está poniendo muy siniestro.

Espero que sea su sexto sentido y no un destello de memoria. Arkarian dice que a Isabel no le conviene recordar el mundo gris y lo cerca que estuvo de la muerte, que eso podría acabar con su espíritu intrépido.

-¿Y cuando partimos? -me pregunta.

-Esta noche. Pero no te sorprendas, porque no vamos di-rectamente a la Ciudadela. Arkarian nos reunirá primero a todos en sus aposentos.

-¿*Y* tu padre también vendrá?

-No sabe nada... todavía. Se supone que yo soy el cebo que lo llevara hasta Arkarian.

-¿Y como te las apañaras para eso?

No se lo digo, porque tampoco es que yo lo tenga muy claro.

-Tiene que ocurrirseme algo que lo haga descubrir de sopetón la verdad sobre mi, pero de un modo que lo enfurezca lo bastante para que quiera protegerme, o si no matar a Arkarian. Cualquiera de las dos cosas. Lo único que tiene que hacer es pronunciar el nombre de Arkarian para acceder a sus aposentos.

-¿Eso es todo?

-Bueno, tiene que hacerlo con sentimiento. Así Arkarian lo oirá.

Isabel frunce el entrecejo, como si recordara un pensamiento inquietante. Estoy a punto de preguntarle lo que significa esa mirada, pero me indica con un gesto que me aparte y alza la

espada con las dos manos. Todavía le cuesta, aunque ha progresado horrores desde que le ejercitamos los brazos con pesas.

-Tengo la sensación de que voy a necesitar esta habilidad dentro de poco.

-¿A que te refieres?

-Cuando luchemos con Marduke.

Durante un momento me deja sin habla.

-Pero... tu no lucharas con el. El duelo es entre Marduke y mi padre. Estas cosas tienen sus reglas, reglas que ni siquiera Marduke se puede saltar.

Me mira fijamente, como si sopesara si hablar o no. Tengo la molesta sensación de que me oculta algo.

-Puede que quiera matar a tu padre, Ethan, pero también intento matarme a mi. Yo creo que eso me da motivos suficientes para subirme al carro de los duelos.

La agarro por la muñeca, que sigue en alto.

-¡Tu no vas a volver a acercarte a Marduke!

-¡Ojala fuera cierto! No soy tan inocente, Ethan, y tu tampoco deberías serlo. Despierta. Marduke me metió en este duelo al tratar de asesinarme. Y, puesto que lo hizo para ata-carte a ti, ahora tu tambien estas vinculado. Es como si Marduke tratara de atraer a todos los miembros posibles de la Guardia. A lo mejor su idea es eliminarnos mientras seamos vulnerables. Tu suposicion es tan buena como la mia.

-Bueno, lo que esta claro es que el Tribunal tiene unas prisas desesperadas por acabar con el.

-¿*A* que crees que se debe? -Prosigue para responderse a si misma-. Porque la situation se les esta yendo de las manos, por eso, y el Tribunal lo sabe. ¿,A cuantos mas ha implicado Marduke en este duelo?¿Eh? Si es capaz de debilitar a los Guardias aquí, donde estuvo la antigua ciudad, entonces es que el y la Diosa nos llevan mucha ventaja. Al perseverar en su búsqueda de venganza, Marduke le esta haciendo un favor a la Diosa. -Deja caer esas ideas sobre mi como una bomba, pero me da la impresion de que no es eso en lo único en que ha estado pensando-. Dime, ¿hasta que punto conoces a Rochelle? -añade.

La pregunta me sorprende y me quedo mirandola un instante.

-¿Por que lo preguntas?

-No te pongas a la defensiva -me contesta.

-No lo hago. ¿Por que iba a hacerlo?

-Olvidalo.

La agarro del brazo y evito que vuelva a levantar la espada.

-¿A que viene esto? ¿Y por que me preguntas por Rochelle? Sabes que no la soporto.

Isabel guarda silencio un momento y me mira como si me viera a través del alma o algo así. De pronto su cara se pone ligeramente roja, como si hubiera tornado demasiado el sol.

-Me parece que... Creo que trabaja para Marduke.

Oigo las palabras, pero no puedo creer que las haya pronunciado.

-¡Eso es una estupidez!

Isabel me sujeta por un brazo cuando me doy la vuelta.

-Ethan, piensalo. ¿Recuerdas el olor que desprendía la asesina de Abigail Smith y que los dos reconocimos pero no supimos ubicar?

-Te equivocas, Isabel. El perfume no se transfiere con el alma.

-¡Ya lo se! Pero Rochelle utiliza una especie de gotas para los ojos. -Mueve una mano

por delante de mi cara-. Gotas para los ojos, Ethan, hechas de flores.

-Me lo ha contado Matt.

Algo en mi interior comienza a bullir como una olla a presión con la tapa tan bien cerrada que no puede escapar nada de vapor. ¿Por que no hay manera de que se olviden de Rochelle? Primero el Tribunal extrae conclusiones precipitadas de su dura infancia, y ahora Isabel saca una cosa de la manga por un olor insignificante que captamos en el pasado.

-No sabes lo que dices. Deja a Rochelle en paz, ¿vale?

Me mira y juraría que sus ojos empiezan a llenarse de lagrimas. Pero antes de que le encuentre algún sentido a esa reacción se gira y empieza a actuar como si nunca hubiesemos mantenido esta charla. En esta ocasión alza la espada sin problemas con sus dos manitas mientras farfulla:

-Sigamos con el entrenamiento.

Y asi entrenamos el resto de la tarde, envueltos en un silencio cargado de tensión. Cuando lo damos por terminado y nos encaminamos a casa estoy muerto de cansancio y soy incapaz de dejar de pensar en las acusaciones de Isabel sobre Rochelle y Marduke. Y ahora tengo que prepararme para vermelas con papa.

Esta noche el camino que va de casa de Isabel a la mia me resulta mas largo porque los pies me pesan como si llevaran plomos. Aprovecho el tiempo para ensayar unas cuantas ideas. Lo que no quiero bajo ningún concepto es causarle mas dolor a mi padre. He visto el efecto que tuvo en su vida la perdida de Sera. Pero cuando por fin llego a casa y me lo encuentro con la vista fija en la televisión, todos los sutiles planes que he ido formando salen disparados de mi cabeza.

Esta es ahora su vida: la ausencia total de vida.

¿Es este modo para que un miembro de la Guardia, o incluso un hombre común, pase sus días, como si viviera a cámara lenta?

Yo siempre quise tener un padre que me sirviera de ejemplo. Otros niños los tenían. Al parecer hubo un tiempo en que yo lo tuve. Me he pasado la vida entera intentando ser ese hombre: el hombre que debiera haber sido mi padre.

Y cuando contemplo su figura inmóvil, me recorre un escalofrío: ¿podría ser esa mi vida algún día, podría estar atenazado por el temor? Es esa imagen la que me lleva a decir en voz alta:

-Marduke asesino a Sera y ahora planea matar a Isabel. Solo tu puedes pararle los pies.

Mi padre sacude los hombros. Se vuelve poco a poco, con aspecto de cadáver de tres días y la cara desprovista de todo color.

-¿Que has dicho?

Respiro hondo.

-Lo se todo sobre ti, papa, y tu vida en el otro mundo. La cuestión es que tienes que finalizar tu misión y después enfrentarte a Marduke para acabar de una vez con esa guerra aparte que tenéis antes de que se pierdan vidas inocentes.

Se levanta a medias de su sillón y gira el torso para ver-me mejor.

-No sabes lo que dices.

-¿Negación, papa? Ojalá eso pudiera parecerme increible. Pero, ¿sabes?, es muy propio de la persona en que te has convertido. Yo pensaba que los padres debían dar ejemplo. No es que quiera que luches, papa, solo quiero que seas quien eres de verdad. Que vivas al máximo de tu potencial. Sabes lo que hay que hacer: la elección te corresponde a ti.

Me vuelvo, voy a mi habitación, me tiro de espaldas en la cama, contemplo el techo y espero. Espero a oír sus pasos acercándose por el pasillo para hablarme cara a cara, para

exigirme respuestas, o al menos para admitir la verdad sobre lo que fue..., lo que es, porque ahora comprendo que estar en la Guardia no es cuestión de elección. Es lo que somos. Lo que ha hecho mi padre es escurrir el bulto.

Espero tanto tiempo sin oir un sonido que me quedo dormido sin darme cuenta.

Me despierto y aterrizo en la sala octagonal de Arkarian. Mi anfitrión no esta solo. Carter se examina las uñas sentado en un taburete. Me mira y me saluda con un leve asentimiento de cabeza. También esta Jimmy, que atrapa mi mano en un enérgico apretón. Un soplo de polvo resplandeciente prende el aire que tengo delante y aterriza Isabel, como es debido, con los dos pies y las manos extendidas para mantener mejor el equilibrio. Se estira y lanza un gritillo de satisfacción.

El éxito de su aterrizaje arranca una salva de aplausos de Jimmy y Cárter y una amplia sonrisa de Arkarian. Este nos señala a todos uno por uno, contando con los dedos:

-Uno, dos, tres, cuatro y conmigo cinco... Sí, ya vamos llegando.

-¿Cuántos se supone que seremos? -le pregunto, contagiado de su emoción.

-Nueve con todos.

-Eso cuadra -dice Isabel-. Ese número se menciona en la Profecía. ¿Y quién falta todavía?

Al pensarlo, menciono al primer miembro ausente:

-Bueno, está mi padre, el guerrero que debe regresar. Con él seríamos seis.

-No te olvides del guerrero que no es de fiar. -Cárter también se sabe la Profecía.

Arkarian le lanza una mirada inquieta.

-No creo que sea del todo así.

Cárter se limita a encogerse de hombros. Jimmy recuerda otro verso:

-El otro imbuido de maldad.

-Y un líder de corazón puro -añade Arkarian en tono reverente.

De repente Isabel se dobla por la mitad y da un traspiés hacia delante. Jimmy la agarra por la cintura al instante. Arkarian corre a su lado.

-¿Qué tienes, Isabel?

-No... no lo sé. Tengo la cabeza rara, y el estómago... -Gime y da una arcada-. ¡Apartaos! -Y tras esa advertencia empieza a vomitar.

Arkarian mira a Jimmy por encima de ella con ojos interrogadores.

-Hace horas que Matt ha salido. Cuando me he acostado aún no había vuelto. Pensaba que estaba a salvo.

Las palabras de Isabel me sobresaltan.

-¿Qué quieres decir con «a salvo»? ¿A salvo de Matt? ¿Es sospechoso o qué?

-La ha espiado mientras dormía -tercia Jimmy.

-¡No puede ser! Es imposible que lo sepa.

Isabel, con las manos sobre el estómago, susurra con voz áspera:

-Leyó la Profecía. -Levanta la vista hacia Arkarian-. Lo siento. Fue un accidente.

-Lo sé -dice él con amabilidad-. Jimmy me lo contó.

-¡Arkarian!

La palabra, chillada con innegable pasión, resuena por la cámara. Reconozco la voz: es la de Matt.

-¡Oh, no, se ha vuelto loco! ¿Cuánto creéis que sabe de nosotros?

Isabel se incorpora un poco y toma aire profundamente, atragantada y con la cara

transformada por el asco ante el charco de vómito que tiene delante.

-Esto..., hay algo que deberíais saber. -Todos esperamos con nerviosismo-. La otra noche pronuncié sin darme cuenta el nombre de Arkarian, y Matt lo oyó.

Sus ojos tropiezan con los de Arkarian. Ninguno de los dos habla. Podrían ser las dos únicas personas del universo. Jimmy comparte conmigo una sonrisa tolerante.

-¡Arkarian! Seas lo que seas, ¿por qué no responde mi hermana?

Isabel gime de nuevo, y esta vez casi se desmaya.

-Me está moviendo.

Cárter se levanta del asiento.

-La Profecía no tiene sentido para nadie que no conozca la existencia de la Guardia. Lo del nombre ha sido un puro golpe de azar. Iré a visitar a Matt. Seguro que puedo frenarlo durante el tiempo suficiente para que vayáis a ver al rey Ricardo y volváis.

Arkarian lo agarra por un hombro y después alza una mano frente al rostro de Cárter con un movimiento circular.

-¡Bien dicho! Ahora ve, y date prisa.

Cárter desaparece al instante y tras de sí deja tan sólo un fragmento de centelleante polvo que flota hacia el suelo. Por primera vez, y sin que sirva de precedente, ese hombre me inspira algo de simpatía. Pero parece costarle una eternidad llegar a casa de Matt.

-¿Dónde vive? -pregunto cuando el dolor de Isabel empeora y vomita otra vez-. ¿No tiene alas?

Jimmy me frota un brazo.

-No, no las tiene, y recuerda que primero debe despertar en su cuerpo mortal y después ir en coche hasta casa de Matt. Pero no te preocupes, Cárter conduce como un demonio poseído por la velocidad de la luz.

Intento reírme. Intento relajarme. Aunque es difícil con Isabel doblada de dolor. Sé cómo se siente. Ya le cuesta respirar. Arkarian no es un sanador, pero afortunadamente ha acumulado muchas cualidades con el paso de los siglos, y entre otras cosas ha aprendido la habilidad de reconfortar a los afligidos y a los que sufren. Ahora está con Isabel y su contacto la ayuda a conservar la calma.

El repentino relajamiento de Isabel nos indica que Matt debe de haberse distraído, probablemente para ir a la puerta.

-No podemos esperar mucho más -dice Arkarian, y todos sabemos a lo que se refiere, por quién aguardamos: por mi padre. Mientras Isabel recupera el aliento, Arkarian y Jimmy se ponen a limpiar el vómito.

-Estamos perdiendo el tiempo, no se presentará -les informo. Pensar en que mi padre ha optado por dejar de lado la lucha y esconderse en su caparazón me irrita tanto que me hierve la sangre-. ¡Es un cobarde!

En el mismo segundo en que pronuncio esas palabras, una nube de polvo resplandece en el aire ante mis ojos y mi padre cae de pie con la mirada clavada en mi dirección.

-¡Papá! No quería decir...

-Me llamas cobarde porque no tienes idea del valor que me hizo falta para retirarme de la Guardia. -No espera a que responda-. Sólo quería poner fin al derramamiento de sangre. No eras más que una criatura. También habría ido a por ti.

-Lo siento, papá. Es que, durante toda mi vida, has sido...

-¿Un cobarde? ¿Porque elegí la paz en vez de la guerra?

Arkarian le pone una mano en un hombro.

-Al retirarte y no afrontar la situación, en realidad originaste más derramamiento de sangre.

Mi padre parece indignado.

-¿Cómo?

Arkarian lanza una fugaz mirada a Isabel.

-Marduke casi mata a Isabel, posiblemente para tentarte a volver, puesto que es alguien que le importa a tu hijo. También ha convertido a uno de nuestros Elegidos en traidor. -Eso último es una pésima noticia. Me pregunto a quién se refiere y si lo conozco-. Marduke está impaciente. No esperará siempre, Shaun. Irá a por tus seres queridos, y todos a quienes ellos quieran, en un círculo cada vez más amplio.

Papá mira a Arkarian con expresión de súplica.

-No quiero que mi hijo esté en peligro. Sólo quiero que lleve una vida normal.

-¿Como la tuya, papá? ¿Es eso lo que haces tú? Porque yo no quiero eso. Eso no es vida.

Mi padre entrecierra los ojos y parece que va a darnos la espalda.

-Ethan, eres mi hijo. Me niego a que tomes parte en este juego tan peligroso. -Y a Arkarian le dice con voz teñida de amargura-: Pensaba que eras mi amigo, pero has engañado a mi hijo y te has valido de su inocencia para conseguir tus propios fines.

-Necesitaba nuestra ayuda, Shaun. Tenía cuatro años y había sido testigo de una muerte espantosa. Se encontraba al borde mismo de la demencia.

-¡No! Yo habría... -Mi padre se detiene al darse cuenta de que entonces no habría podido ayudarme, al igual que ahora tampoco. Le dedica a Arkarian una mirada hostil-. Pudiese o no ayudar a mi hijo, tú y el Tribunal no teníais derecho a robarle su infancia y su juventud. ¡Tendríais que estar avergonzados!

Arkarian suspira.

-Es difícil avergonzarse, Shaun, cuando estamos tan orgullosos de lo que Ethan ha llegado a ser.

Papá me contempla con recelo.

-No permitiré que cometa los mismos errores que yo, Arkarian, por mucho que le hayas lavado el cerebro para ponerlo en contra de mí.

-No eres justo al juzgarme.

-¿Ah, no? A mí me parece que sí.

-Lo reconozco, al principio teníamos un plan, un plan sencillo. Pensamos que si te enterabas de que Ethan se estaba entrenando, volverías y querrías tomar parte en ello. Al fin y al cabo, su instructor debías ser tú.

-¿Ethan es un Elegido?

-Sí. Pero, como tú te habías retirado, su entrenamiento me fue encomendado a mí. Ha sido un honor. Ethan ha superado todas nuestras expectativas.

-¿Me estás mintiendo, Arkarian? No me fío de ti.

-Por supuesto que Ethan es un Elegido. De otro modo no podríamos revelarle los secretos de la Guardia.

Papá nos mira con los ojos desorbitados y al cabo de un rato se tranquiliza.

-Si lo que dices es cierto, ¿cuáles son sus habilidades? Arkarian me observa y alza una ceja. Pienso con rapidez: ¿qué ilusión funcionaría mejor para que mi padre se dé cuenta de lo mucho que lo necesitamos ahora, más que nunca? Pienso en Sera y en su aspecto en aquel momento, tan cercano a la muerte, cuando me dijo que recordara el nombre de Marduke. Lo hizo para asegurarse de que podría identificar a su asesino, para que pudiera contárselo a papá y su

muerte fuera vengada. Podría mostrarle esa escena, reproducirla tal y como sucedió, pero prefiero no hacerlo. Ese acontecimiento está todavía demasiado fresco en su memoria, a pesar de los años que han pasado. Papá no ha superado su dolor, y no haría más que empeorar las cosas. Quizá se retirase de forma definitiva. Arkarian comparte mis pensamientos y me muestra que está de acuerdo conmigo con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

Entonces se me ocurre otra idea. Desde luego, no hay nada qué me impida mostrarle a mi padre la fuente de nuestros problemas: Marduke. ¿No le dijo a Isabel en la cima de aquella montaña que yo podía llegar a él a través de mis ilusiones? ¿Que si lo llamaba acudiría? ¿Qué mejor modo de demostrarle a papá mis habilidades que traer físicamente a Marduke a esta sala, siempre dentro de la red de seguridad de mi ilusión? Así que ahora ya sé exactamente lo que tengo que hacer. Cierro los ojos y me concentro unos segundos. Momentos antes de que aparezca bañado en luz verde, el olor del mal invade la habitación octagonal. Isabel toma aliento de forma audible y se echa hacia atrás hasta que topa con una pieza de maquinaria. Jimmy saca un cuchillo de una bota. Arkarian le indica que baje la mano. La criatura del centro de la habitación mira a su alrededor con interés y hace una pausa al ver a mi padre. Entonces se yergue en toda su fenomenal estatura, levanta los brazos y ruge.

-Marduke -susurra papá con la voz quebrada, como si hubiera visto un fantasma.

El monstruo baja los brazos y cruza la mirada con él. -Has envejecido.

-Y tú eres más feo incluso de lo que recordaba. El coraje de mi padre casi me hace reír en voz alta, pues ahora sé lo vanidoso que es Marduke. Pero en lugar de eso se me llenan los ojos de lágrimas al atisbar algo del hombre que una vez fue mi padre.

El ojo amarillo de Marduke reluce con el fulgor de una llama al encajar el insulto.

-Cuenta las horas que te quedan con tus seres queridos -dice con su voz gutural-. Ya te quedan pocas. Por fin ajustaremos cuentas. Y, por supuesto, ganaré yo.

-¡No estés tan seguro!

Marduke emite un resoplido de burla y escupe una andanada de saliva, parte de la cual aterriza en la cara, el pecho y los brazos de mi padre. Pero éste no se inmuta lo más mínimo.

-Sugiere un sitio -le exige.

Marduke se ríe, aunque no entiendo por qué, y a juzgar por su expresión desconcertada, tampoco papá. Entonces se explica:

-Nos veremos en el bosque de las Ardenas. Ya sabes en qué sitio.

-Pero eso es... -Papá mira a Arkarian-. El emplazamiento de la última misión que realizamos juntos. En Francia, donde libramos el duelo.

-Esta vez lo terminaremos.

Arkarian recuerda una cuestión de importancia.

-No podéis volver al mismo momento.

Marduke alza un poco uno de sus pesados hombros.

-Nos veremos un año después. -Mi padre guarda silencio. Marduke se abalanza de nuevo hacia él, con una sonrisa en los labios-. Si no te presentas, sembraré una destrucción que no has conocido en tu vida.

-Esa actitud acabará creándote problemas -tercia Arkarian-. Hasta la Orden tiene reglas.

Esta vez Marduke se ríe a mandíbula batiente.

-Cuento con la bendición de mi Diosa. Al fin y al cabo -añade lentamente y en tono socarrón-, soy su favorito. Me adora.

Mi padre suelta un bufido burlón y comenta:

-Siempre te han perdido las faldas.

Es evidente que con su sarcástico comentario ha metido el dedo en la llaga. Marduke parece crecer ante nosotros y el ojo se le hincha.

-Lleva contigo a tres -escupe, y con esas palabras desaparece dejando tras de sí un hedor insidioso.

Arkarian mira a mi padre.

-Piensa llevar a cinco de sus mejores hombres.

Papá guarda silencio y nadie añade ni una palabra. Le están dando tiempo para reflexionar, para superar los demonios que todavía lo atormentan. Por último, me mira a mí.

-Eso ha sido fantástico, Ethan. Tienes el poder de llevar la realidad a una ilusión. No conocía a nadie capaz de hacerlo.

-Tu hijo posee un talento increíble -apunta Arkarian-. Y tiene más habilidades. Tendrías que pedirle que te hiciese una demostración cuando no estemos tan ocupados. Es un orgullo para todos.

Al escuchar las palabras de Arkarian trato de no pensar en cómo me deshonré al revelar una habilidad en público, y en cómo el Tribunal rehusa concederme el poder de volar a causa de mi inmadurez.

-Dinos, Shaun, ¿cuál es tu decisión? ¿Te unirás a nosotros?

Mi padre traga aire.

-Sólo puedo hacer una cosa. -Suspira con fuerza y baja los hombros. Durante un segundo pienso que eso significa que ha decidido marcharse, pero entonces cruza los brazos sobre el pecho-. Como de costumbre, me has arrinconado, Arkarian. Más vale que cumpla esta misión y después liquide a Marduke, aunque sólo sea para reducir el número de criaturas peligrosas y repugnantes que rodean a mi hijo.

Arkarian sonríe aliviado y estrecha de todo corazón la mano de papá. Jimmy le da unas palmadas en la espalda.

-¡Me alegro de que hayas vuelto, Shaun!

Papá se vuelve hacia Arkarian.

-Ha pasado mucho tiempo, pero ¿cómo está mi amigo Juan de Gante?

-Muerto -replica Arkarian secamente-. Y su hijo Enrique se pudre en el exilio.

-Rápido, dame las instrucciones.

Mientras se las facilita, Arkarian inicia el ritual por el que reactivará las habilidades de mi padre.

## ISABEL

Como Ethan y yo ya conocimos a Ricardo II, al cual, sin embargo, nunca nos presentaron adecuadamente, debemos usar de nuevo las identidades de Hugo Monteblain y lady Madeline de Dartmouth, aunque sólo los nombres son los mismos. Se supone que el rey no será muy antipático con nosotros ya que nuestro señor es un gran partidario de su majestad, que está perdiendo aliados rápidamente en un mundo que se muestra bastante hostil a que él imponga su derecho real a su antojo. Ha desterrado a muchos condes y nobles importantes, entre los que se encuentra el famoso hijo de Juan de Gante, Enrique.

El padre de Ethan, Shaun, tal y como me ha pedido que lo llame, adoptará la identidad de un familiar lejano del abuelo del monarca, el rey Eduardo III, y su misión consiste en ganarse la confianza de Ricardo II en el poco tiempo del que dispone. Dirá que ha vivido la mayor parte de su vida en Francia, ya que un país que Ricardo desea controlar debería servir de ayuda.

Jimmy será William, el falso paje de lord Hamersley. Ellos parten ya para llegar unos días antes que nosotros. Cuando se han ido, Arkarian nos explica a Ethan y a mí que debemos olvidarnos de cualquier impulso anterior de ayudar al rey Ricardo II.

-Vuestra misión para protegerlo ha finalizado -recalca-. Debéis dejar a un lado vuestros sentimientos. Recordad que el objetivo de esta noche no consiste en proteger al rey, sino en aseguraros de que la Historia siga su verdadero curso.

-¿Entonces qué tenemos que hacer? -pregunta Ethan.

-A lo mejor tu padre y Jimmy necesitan que les echéis una mano, igual que Isabel te necesitó en la última misión. Marduke podría aparecer por sorpresa. Ve con cuidado, vigila a tu padre y también a Jimmy. Recuerda que Marduke anda vagando por donde no debería: el pasado. Ya es bastante malo que la Orden del Caos interfiera en la Historia, pero la aparición de Marduke no está justificada.

Entiendo lo que dice Arkarian.

-Está usando la Orden para satisfacer sus propias ansias de venganza.

-Y por lo visto, a la Diosa le parece bien -añade Ethan.

Arkarian se atusa su melena azul.

-Eso dice él. Según parece, ella se ha dejado engañar por su encanto. -El mero hecho de pensar en esa posibilidad me produce escalofríos-. Aun así -prosigue Arkarian-, no debéis preocuparos de eso ahora. Tenéis que llevar a cabo vuestra misión, y cuando regreséis, celebraremos una reunión estratégica aquí. Entonces nos enfrentaremos a Marduke y a sus partidarios.

Arkarian me aparta un momento y me susurra al oído que el Tribunal está considerando la posibilidad de concederle las alas a Ethan si esta noche todo sale bien. Casi me pongo a gritar de la emoción.

Ethan se acerca.

-¿Qué cuchicheáis vosotros dos?

-¿Puedo contárselo?

-Luego -responde Arkarian-. Ahora marchaos y tened mucho cuidado.

Con esa advertencia final se despide de nosotros y nos manda a la Ciudadela, donde Ethan y yo nos vestimos rápidamente con una ropa elegantísima. Esta vez mi pelo es de color berenjena intenso y lo llevo recogido en un moño alto, salvo por unos cuantos rizos que me caen sobre los hombros. Tengo la piel más blanca y muchas pecas, mientras que la de Ethan es de

un tono aceitunado; además, tiene una melena negra y abundante que le llega hasta los hombros.

Nos miramos en los espejos, impresionados y algo divertidos. Me paso una mano por la falda de color verde esmeralda, deleitándome con el tacto de la seda, y la levanto para verme los pies. Voy calzada con unas botas de cuero de color marrón claro.

Ethan me mira y lanza un silbido.

-¡No está mal!

Le pego un golpe en el hombro, pero me pregunto en silencio si hay algo más detrás de ese cumplido. Parece que todo lo que hago de un tiempo a esta parte, sobre todo desde mi última misión, es intentar adivinar lo que Ethan siente de verdad por mí, más allá del mero hecho de que sea mi instructor, más allá de lo bien que nos lo pasamos juntos. Después de que me salvara la vida me siento muy unida a él, pero hasta ahora no ha cambiado su forma de actuar conmigo. Ni siquiera ha intentado besarme una vez. Estoy empezando a pensar que estamos destinados a no ser más que amigos, y que tal vez él aún siente algo por Rochelle. Aunque parezca extraño, pensar que sólo seremos amigos me reconforta, ya que aprecio la amistad de Ethan por encima de cualquier cosa, y, bueno, en las últimas noches, cuando cierro los ojos, no veo la cara de Ethan en sueños, sino la de alguien que tiene los ojos de intenso color violeta.

-¡Venga! -Ethan me arrastra hacia la puerta, donde hay una escalera que nos lleva a una habitación de un piso superior.

Desde esta habitación saltamos juntos y aterrizamos en un rincón del Gran Salón del Palacio de Westminster. Hay una bulliciosa actividad y nadie repara en nosotros.

Yo aterrizo bien, esta vez con los brazos pegados a los lados. Ethan me sonríe.

-¡Muy bien!

La emoción de haber logrado aterrizar bien por fin, así como la euforia de volver a estar en el pasado, hacen que la cabeza me dé vueltas. No puedo aguantar más y le digo lo que desea oír.

-¿Te acuerdas de cuando Arkarian me ha susurrado una cosa al oído hace un momento?

-Sí.

-Me ha dicho que si esta misión sale bien, el Tribunal está meditando la posibilidad de concederte las alas como recompensa.

Mis palabras lo pillan totalmente por sorpresa. Me agarra de los hombros, colocándome frente a él, y me mira fijamente boquiabierto.

-¡No me lo puedo creer! -exclama-. ¡A lo mejor consigo mis alas! ¡Sí, sí, sí! -Me levanta en volandas y se pone a girar.

Le propino varios golpecitos en un hombro al darme cuenta de que he elegido un mal momento para decírselo. Debería haber esperado a que estuviéramos a solas.

-¡Bájame! Nos está mirando todo el mundo.

Me deja en el suelo, con una sonrisa de oreja a oreja, y comprende lo que ocurre cuando ve que hemos llamado la atención de toda la gente. Me da un golpe suave con el codo y señala con la cabeza la entrada del salón. Suelto un pequeño grito de asombro cuando el rey Ricardo II en persona, cuya atención también debemos de haber llamado, echa a andar hacia nosotros. Los cortesanos se apartan para dejarlo pasar.

-¡Mira lo que has hecho! -le susurro.

-¿Lo que yo he hecho? Si no me hubieses dado la fantástica noticia de mis alas...

-¿Cómo iba a saber que me tomarías en brazos y...?

El rey se detiene ante nosotros. Ethan hace una gran reverencia y yo una genuflexión.

El monarca nos indica con un gesto que nos levantemos y después de mirarnos durante un instante ladea la cabeza.

-A vosotros dos os conozco. No es la primera vez que nos vemos.

Ethan y yo nos dirigimos una mirada rápida de preocupación. ¿Cómo ha podido reconocernos? Sólo nuestros ojos son los mismos.

-No lo creo, Majestad -dice Ethan-. Permitidme que me presente...

Pero no puede, ya que el rey levanta una mano para ordenar que se calle.

-No os molestéis. Espero que hoy os encontréis mejor. Los sirvientes tardaron todo un día en adecentar mi habitación la última vez que estuvisteis aquí.

Ethan y yo nos miramos asombrados.

-Sabía que volveríamos a encontrarnos --dice el rey Ricardo asintiendo con su real cabeza.

El monarca se vuelve y nosotros nos quedamos observando su vestimenta de terciopelo, y a continuación hace una leve señal con la mano para indicarnos que lo sigamos.

Pasamos por entre la multitud que se aparta para abrirnos camino. Shaun y Jimmy deben de estar entre los cortesanos, pero no podemos buscarlos con descaro. Nos invitan a que nos sentemos a la mesa principal, sobre una tarima, a ambos lados del rey y su jovencísima esposa, una niña de nueve años, que se llama igual que yo, aunque su nombre se escribe de modo distinto.

Al cabo de poco descubro que la reina Isabella sólo habla francés. Apenas prueba la comida y toma un par de sorbos de vino. Como estoy sentada junto a la joven reina, intento darle un poco de conversación, pero tengo la cabeza puesta en el rey y Ethan y en lo bien que se llevan, ya que no han parado de reír y de beber mucho vino.

La cena transcurre con placidez. Entre unos platos y otros vienen unos bufones para animar la fiesta. Noto que alguien no les quita ojo al rey y a Ethan. A medida que avanza la noche esa sensación se vuelve tan fuerte que no puedo dejar de mirar a todos lados para ver si puedo descubrir de quién se trata.

Luego un hombre se acerca hasta mí, habla un instante con la joven reina en su lengua materna, la hace reír y me susurra:

-Hay dos de ellos aquí, una actúa como sirviente. -Lo miro asustada a los ojos. Debe de ser Shaun. Me devuelve la sonrisa, pero me sigue advirtiendo-. La mujer ya ha pasado dos veces junto a ti. En una de esas ocasiones te ha echado veneno de su anillo en la copa de vino.

-¿Qué? ¿Me lo he bebido?

-William te la ha cambiado mientras hablabas con la reina.

-Ah. Recuérdame que le dé las gracias. ¿Y el otro? ¿Dices que hay dos?

-El otro es un hombre. Sospecho que es el jefe de la misión, y la mujer su ayudante. William me ha informado de que también es el brazo derecho de Marduke. Se ha disfrazado como el consejero principal del rey, lord Whitby. Acaba de salir del salón para organizar una reunión con el rey y su consejo. Es el que tiene una barba muy poblada.

-Entonces supongo que será lord Whitby quien aconsejará al rey esta noche.

-Sin duda. Se ha ganado el favor del monarca, tarea que no resulta sencilla en estos momentos. Ricardo II confía en pocas personas. De momento he tenido suerte, ya que cree en mis vínculos con su abuelo.

-¿Qué tenemos que hacer Hugo y yo esta noche mientras tú estás en la reunión?

Shaun mira de refilón al rey y a Ethan, que están hablando cordialmente, y arquea las cejas.

-Creo que deberíais observar. ¿Cuándo habéis hecho tan buenas migas con el rey?

-Cuando Ricardo tenía diez años y lo salvamos de un intento de asesinato.

-¿Os vio y os recuerda?

-La misión no salió tal y como estaba planeada porque tú intentaste despertar a Ethan en ese momento.

-Ah, ya veo.

El rey ve a Shaun, lo llama con la mano y le presenta a Ethan. Hablan durante un rato hasta que el rey Ricardo anuncia a los invitados que se va a retirar para reunirse con sus consejeros. Antes de marcharse le pide a Ethan que lo acompañe y luego habla con su joven esposa en francés. Ésta parece aliviada de que no la vayan a necesitar más esta noche, pero, antes de que pueda irse, su marido le sugiere que haga de anfitriona un rato más y que me enseñe el palacio, los jardines y los patios.

Personalmente, me encanta la idea de que me muestren los terrenos y las habitaciones del Palacio de Westminster, pero Ethan se acerca hasta mí y me aparta a un lado.

-Si no os importa, señor, lady Madeline posee una gran astucia, sobre todo para una mujer. -Le pego una patada en la espinilla desde detrás-. ¡Ay! Y... y le encantaría... -intenta recuperar el equilibrio, ya que mi patada ha sido más fuerte de lo que yo quería- poder asistir a la reunión de esta noche. Si vos lo permitís, por supuesto.

El rey Ricardo me mira fijamente.

-Como ya fui testigo de vuestros increíbles talentos una vez, sería para mí un gran placer disfrutar de vuestra compañía esta noche, milady. Concedednos el favor de acompañarnos. Hay espacio de sobra en la mesa.

Así pues, los tres seguimos a Ricardo. Subimos por una escalera sinuosa y recorremos un largo pasillo hasta llegar a unas puertas de madera tallada. En el interior de la habitación reinan el calor y el humo. En el centro hay una mesa grande de forma ovalada y doce sillas de respaldo alto a su alrededor. Cinco hombres de distintas edades están sentados hablando hasta que ven entrar al rey y se ponen en pie rápidamente. Las puertas se cierran y el hombre de la barba poblada, que se encontraba de pie algo alejado de la mesa, saluda al monarca con una gran reverencia. El rey lo presenta como lord Whitby y también nos presenta a Ethan y a mí al resto del consejo. Los hombres hacen una leve inclinación y nos sentamos los diez. El arrastrar de sillas sobre el suelo pulido resuena en toda la sala, que tiene los techos muy altos.

La conversación empieza con el asunto que más preocupa a Ricardo: ¿es un momento apropiado para ir a Irlanda? La mayoría de los lores de la mesa están de acuerdo con lord Whitby: no es el mejor momento para abandonar Inglaterra. Los argumentos que aportan tienen mucho sentido, pero entonces Shaun recuerda al rey el principal motivo por el que quería ir, y lo importante que resulta en estos momentos que el rey restablezca su autoridad en Irlanda.

Lord Whitby replica y le recuerda al monarca las ambiciones de su primo Enrique. Shaun se mantiene en calma pero a la vez firme en sus argumentaciones. El debate es cada vez más acalorado y lord Whitby está muy nervioso. El rey Ricardo niega con la cabeza y pega un puñetazo en la mesa.

-¡Basta! -Entonces, para sorpresa de todos, me mira directamente-. Deseo conocer la opinión de la encantadora lady Madeline, que ha presenciado la reunión y ha analizado la situación en silencio. Me salvó la vida en una ocasión, por lo que sé que sólo desea lo mejor para mí.

Sus palabras me dejan atónita y sin habla. Todo el mundo clava la vista en mí. La mayoría tienen los ojos abiertos de par en par a causa de la sorpresa, lo cual es normal, teniendo en cuenta que el rey acaba de pedirle opinión a una dama. Una dama a la que han conocido hace unos minutos. Por descontado, me doy cuenta de la responsabilidad que ha recaído sobre

mí. Si Ricardo se va a Irlanda ahora, Enrique, hijo de Juan de Gante, regresará a Londres desde el exilio, algo que no puede hacer mientras el rey siga aquí. Y lo que ocurre después está en los libros de Historia: Enrique reunirá apoyos, y mientras Ricardo esté en Irlanda lo destronará y lo meterá en la cárcel, donde lo dejará morir de hambre.

Por mucho que no quiera ser la causa de la muerte de Ricardo, tengo que hacer lo apropiado según la Historia. Para eso estoy aquí. De lo contrario habrá consecuencias graves.

Ethan me mira con los ojos entrecerrados, como si también estuviera pensando en qué le ocurrirá a Ricardo si nuestra misión acaba con éxito. Y a juzgar por la súbita mirada de horror de su cara, no ha comprendido hasta ahora que el objetivo de esta misión es lograr que Ricardo sea destronado y muera, para que Enrique IV pueda ser coronado rey.

Parece como si Ethan fuera a impedirme hablar. De pronto, breves instantes antes de que abra la boca, me viene a la mente una imagen fugaz de lo que piensa hacer. Levanto una mano y se lo impido antes de que pueda pronunciar ni una palabra, y le presto toda mi atención al rey.

-Me honráis, señor. -Inclino la cabeza y luego miro a su alteza real a los ojos-. Creo sin duda que debéis hacer lo que os dicte el corazón, confiad en vos y en vuestro plan original de llevar a cabo una expedición militar. No permitáis que estos hombres de gran sabiduría os impidan hacer lo que creéis que es mejor. Haced lo que sintáis aquí. -Me pongo una mano en el centro del pecho.

El rey se sienta y suelta un suspiro que sólo puede considerarse como una muestra de gran alivio. Asiente con la cabeza.

-Así lo haré, lady Madeline. Mi más sincero agradecimiento por facilitarme tanto la tarea de tomar una decisión.

Lord Whitby se levanta de la silla de un salto con los brazos en alto, hecho una furia.

-¡Esto es un escándalo! Majestad, ¿cómo podéis confiar en la palabra de una simple mujer?

El rey Ricardo se ofende por mí.

-Puedo hacerlo, sin duda. Y como soy el rey, os pediré que abandonéis la sala, lord Whitby, si no sabéis comportaros con educación y no dejáis de insultar a mi invitada. Estoy harto de vuestras charlas y falsas afirmaciones de las últimas semanas. Creo que intentáis influir en mi decisión. Id con cuidado o acabaréis en el exilio con Bolingbroke y Thomas Mowbray.

Lord Whitby se da cuenta de que su misión está fracasando y empieza a asustarse. En una acción que sorprende a todos los que estamos en la sala, desenvaina su espada. El resto de los hombres, incluido Shaun, se ponen en pie y sacan sus armas para defender al monarca.

Pero lord Whitby, sin inmutarse, me apunta con la espada.

-Sé quién sois -dice entre dientes, y durante un breve instante me pregunto si lo sabe de verdad-. Sois una embaucadora. ¡Deberían juzgaros por brujería! -Y al rey le dice-: Majestad, os ruego que no os dejéis engañar por las tentaciones de una mujer bella y encantadora.

Él no se da cuenta, por supuesto, pero acaba de dedicarme un gran cumplido, como si yo pudiera tentar a un rey con mi... ¿Qué ha dicho? Sacudo la cabeza.

Lord Whitby intenta que el monarca cambie nuevamente de opinión.

-Majestad, ¿no habéis oído mi consejo? El encanto de una mujer supondrá vuestra perdición. ¿Es así cómo deseáis ser recordado por la Historia?

-¡Bellaco insolente! -exclama el rey Ricardo-. ¿Cómo os atrevéis a sugerir que...?

-¡Supondrá vuestra muerte! -grita lord Whitby.

El rey levanta una mano.

-Envainad todos vuestras espadas. Sobre todo vos, lord Whitby. Aquí nadie quiere

hacerme daño. -Mira directamente a lord Whitby y le dice-: Iré a Irlanda con mis ejércitos tal y como tenía planeado. Es lo que deseo. -Nos dedica un gesto con la mano a los demás-. Ahora marchaos y dejadme solo.

Todos los lores se levantan y dos de ellos instan a lord Whitby a que guarde su espada, amenazándolo con atravesarlo con las suyas, y le recuerdan que lo superan en número.

Lord Whitby, claramente angustiado ahora que parece que su misión está condenada al fracaso, envaina la espada y sale de la habitación hecho una furia.

-¿Lo seguimos? -le pregunto a Ethan, que traga saliva y parece que está medio aturdido.

-Acabamos de convencer al rey Ricardo de que emprenda un camino que lo conduce a la muerte.

-¡Para eso hemos venido aquí! Piensa en la alternativa -exclamo para convencerlo.

La sala se queda vacía cuando el rey llama a sus sirvientes para que lo ayuden a prepararse para el viaje a Irlanda; acto seguido anuncia que tiene intención de partir de inmediato. Shaun le explica a Jimmy, que está esperando fuera, lo bien que ha ido la reunión y el papel que he desempeñado yo. Jimmy me da una palmadita en la espalda.

-¡Bien hecho, milady! Ahora debemos apresurarnos y regresar para prepararnos para nuestro encuentro con Marduke.

-¿Y qué hacemos con lord Whitby o quienquiera que fuera? -le pregunto-. Muy contento no estaba cuando salió de la habitación.

-Se ha ido.

-¿Estás seguro? -le pregunta Shaun a Jimmy.

-Oh, sí, lo he seguido. Se ha reunido con la criada y han saltado por esa ventana. -Señala el vano que hay al final del pasillo. Nos acercamos hasta él y miramos hacia abajo. Hay una altura de tres pisos-. Han desaparecido en pleno salto.

Shaun nos reúne en una habitación, y como está vacía podemos llamar a Arkarian, que nos llevará de vuelta a la Ciudadela en un segundo. Pero antes de que Shaun abra la boca para decir su nombre, Ethan retrocede hacia la puerta.

-Id vosotros, yo tengo que comprobar algo.

Su acción, su extraña manera de actuar, despierta la curiosidad de todos.

-¿Qué tienes que comprobar exactamente? -le pregunto, cada vez más preocupada. Ethan tiene los ojos demasiado abiertos, como si hubiera sufrido una conmoción o estuviera a punto de hacer algo muy estúpido.

-Sólo... Sólo quiero asegurarme de que el rey se va, eso es todo. Luego me reuniré con vosotros. Intentaré no tardar demasiado.

-Pero el hombre que era lord Whitby, o su ayudante, la envenenadora, no se lo impedirán ahora. Se han ido -le explico, y añado, aunque es algo que sabe de sobras-: No pueden regresar al mismo año. El rey se va esta noche, ya se oye cómo están reuniendo los ejércitos ahí fuera. Nada puede salir mal. Y, recuerda, tenemos una cita con Marduke.

-Lo sé. ¿Crees que me he olvidado de él?

-Pues deberías tenerlo más en cuenta.

Shaun se acerca a Ethan.

-¿No te han preparado para no establecer vínculos con nadie?

Ethan replica a su padre en tono burlón:

-No me une ningún vínculo con el rey Ricardo. Tan sólo estoy haciendo mi trabajo y asegurándome de que sale bien. Eso es todo.

-Tu trabajo se ha acabado. Ahora tenemos que enfrentarnos a Marduke.

-Sí -añade Jimmy-. A Marduke y a cinco de sus guerreros. Sin duda, lord Whitby y la criada serán dos de ellos, y tendrán muchas ganas de revancha. Si no, ¿por qué tenían tanta prisa en marcharse? Necesitamos que vengas con nosotros para estar más igualados en número.

Ethan asiente con la cabeza.

-Estaré ahí. Os lo prometo.

Retrocede y se va sin decir nada más. No necesito usar mi sexto sentido para saber que Ethan tiene algo en mente que le va a acarrear un montón de problemas.

ETHAN

Llamo a Arkarian y nos encontramos en una habitación de la Ciudadela con las paredes desnudas y pintadas de negro.

-No puedes hacer esto, Ethan.

Aparto la vista de la crudeza de las paredes.

-Puedo y debo hacerlo.

Me agarra por los antebrazos y noto su increíble fuerza. Si mañana aún estoy en este cuerpo, tendré moratones.

-Es una infracción gravísima. Pondrás en peligro todo por lo que has trabajado.

No se refiere sólo a mis alas, sino también a mi puesto. Podrían expulsarme de la Guardia y borrarme todos los recuerdos relativos a ella. No quiero que eso ocurra, pero no puedo permitir que destrocen a un rey y lo denigren cuando tengo los medios necesarios para cambiar las cosas.

-¿Por qué, Ethan? ¿Vale la pena correr este riesgo por él?

Me libro de Arkarian, doy un paso hacia atrás y sacudo los brazos para que recuperen la circulación.

-No lo sé, ¿de acuerdo? No se por qué estoy haciendo esto, pero siento algo que me obliga a ayudar a ese rey.

-Te he enseñado a no establecer vínculos durante las misiones.

-¡No se trata de eso!

-¿Entonces de qué se trata?

Miro al techo, que también es negro, pero no encuentro nada que me ilumine.

-No soy capaz de explicarlo. Tan sólo sé que es lo adecuado.

Suelta un gruñido, niega con la cabeza y empieza a recorrer la habitación. Cuando llega a un extremo se vuelve, me lanza una larga mirada de preocupación y empieza a andar de nuevo, con los puños muy apretados a los lados. Se vuelve una vez más, y aprieta las manos con tanta fuerza que la piel de los nudillos se le pone blanca. Se coloca delante de mí, me atraviesa con sus ojos violetas y me suplica:

-Ethan, tienes que meditar sobre tus acciones y sus posibles, y probables, consecuencias.

Su preocupación me conmueve, pero ni su insólita demostración de sentimientos puede hacerme cambiar de opinión.

Se da cuenta de ello y murmura entre unos dientes cerrados con fuerza.

-¿Y quieres que te ayude?

-No puedo hacerlo sin ti, Arkarian. Debes enviarme allí, a la celda donde lo tienen encerrado, antes de que se muera de hambre. Yo asumo toda la responsabilidad. Me aseguraré de que no te cast...

Levanta una mano y me la pone delante de la cara con brusquedad.

-¡Basta! ¿Crees que me inquieta eso?

-Perdona.

Me mira a los ojos y me pregunta:

-¿Sabes lo que causó el enfrentamiento entre tu padre y Marduke?

Sé que existió una disputa que provocó que mi padre le cortara media cara a Marduke,

pero no tengo ni idea de los motivos.

-Cuéntamelo.

-Formaban un equipo que tenía que llevar a cabo una misión difícil. Una joven mujer llamada Eleanor debía morir durante la Peste Negra que asoló Francia en el año mil trescientos cuarenta y ocho, pero después de salvar la vida a sus dos hermanos pequeños, que se iban a quedar huérfanos al cabo de poco. Tenía que realizar un viaje con los niños y atravesar el denso bosque de las Ardenas para llegar a la casa de unos amigos que se encontraba en lo que hoy es Bélgica. Cuando los hubiera dejado sanos y salvos, debía volver a su pueblo para ocuparse del resto de sus familiares: un padre moribundo, un tío, una tía y otros seres queridos. Al final, ella también acabaría contrayendo la enfermedad y moriría.

-¿Qué ocurrió?

-Tanto a tu padre como a Marduke les costó averiguar de dónde procedía el peligro. Un asesino quería infectar a Eleanor con la enfermedad antes de que pudiera salvar a sus hermanos. Tu padre y Marduke pasaron dieciséis días con ella, controlando con gran cuidado todo y a todas las personas que entraban en contacto con ella, y asegurándose de que no contrajera la enfermedad hasta el momento en que, según la Historia, debía sucumbir.

-Deduzco que uno de sus hermanos realizó algo especial.

-De hecho fueron ambos, mediante sus genes y varios descendientes, pero eso no tiene importancia ahora, Ethan.

-Lo sé. Bueno, ¿entonces qué provocó la pelea entre mi padre y Marduke?

-Tu padre se encariñó con ella.

-¡Imposible!

Arkarian me mira fijamente.

-Quería que siguiera con vida porque, desde su punto de vista, la chica se lo merecía. Estaba jugando a ser Dios, Ethan. Y no podemos hacer eso. Es tan malo como crear caos. Nos convierte en lo mismo que ellos.

-¿Qué ocurrió luego? ¿Marduke no se lo permitió?

-No ocurrió como tú piensas.

-¿A qué te refieres?

-Marduke también se encariñó con la chica. Se enamoró de ella, a pesar de que la mujer con la que él vivía lo estaba esperando en casa con su hijo en brazos.

-¡Estás de broma!

-Amaba a Eleanor con tal pasión que se ofuscó. Ella era una mujer guapísima, y su belleza impresionó mucho a Marduke. El también quiso arriesgarlo todo y salvarla de una muerte tan horrible y dolorosa. No podía soportar la idea de lo que le sucedería a su bonita piel y a su carne cuando la enfermedad se apoderara de ella.

Entiendo su reacción, porque el mero hecho de pensar en ello es escalofriante, pero aun así...

-¿Qué pasó?

-Que tu padre entró en razón.

-Oh.

-Pero Marduke no hacía caso de lo que le decía. Al final le inyectó a Eleanor un antibiótico de su época, un medicamento que debía ser para él en caso de emergencia.

-Y se pelearon.

-En lo profundo del bosque de las Ardenas. Fue un duelo cruel y encarnizado en el que usaron armas de la época, ya que ambos son unos espadachines excelentes. Tu padre fue el

primer herido, recibió una profunda herida en el muslo, pero, antes de caer inconsciente a causa de la pérdida de sangre, realizó una última embestida feroz.

-¿Y le cortó la cara a Marduke?

Arkarian asiente con la cabeza. Me pregunto lo que le ocurrió a la bella chica que fue el motivo de su pelea, y me lee el pensamiento.

-Se recuperó de la peste, pero el hecho de ver tanta muerte le destrozó el alma y se volvió loca. Y la gente que se salvó de la enfermedad y se enteró de su milagrosa recuperación, dio por sentado que había sido tocada por el diablo. A partir de ese momento la trataron con desdén y empezaron a llamarla bruja. La chica pasó el resto de sus días en una cabaña de madera, en lo profundo de las Ardenas, sola.

-Es horrible.

Arkarian respira profundamente.

-Ahora entiendes que siempre hay consecuencias, ¿no?

-Entiendo por qué todo salió mal entonces y lo que intentas decirme. Pero escúchame, no quiero salvar al rey Ricardo porque haya establecido un vínculo emocional con él. No quiero jugar a ser Dios. ¡Nunca lo haría! Los errores del pasado de mi padre y Marduke no tienen nada que ver conmigo. -La cara de Arkarian muestra exasperación; no puede creer que un discípulo suyo sea tan estúpido. No es necesario que hable-. Mira, lo que voy a hacer no tendrá ningún efecto en el futuro y no provocará que nadie se vuelva loco.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? Nadie sabe lo que puede ocurrir cuando entra en juego un elemento impredecible.

Me golpeo con un puño en el pecho. Creo en lo que estoy haciendo, aunque no sé muy bien por qué.

-No va a entrar en juego ningún elemento impredecible, Arkarian, porque no voy a liberar al rey Ricardo en el pasado. Tengo un plan y un presentimiento que no puedo explicar.

-Ethan, nunca puede predecirse lo que va a ocurrir. Y debes recordar que nuestros cuerpos físicos sólo pueden estar en un lugar a la vez. Es tu alma la que puede viajar en el tiempo y ocupar transitoriamente cuerpos que se parezcan al tuyo. Si intentas transportar al rey Ricardo, se morirá de manera lenta y desagradable.

Tiene razón, sobre todo en lo relacionado con nuestras almas, los cuerpos y todo eso. Aun así, Arkarian siempre me ha dicho que no lo sabe todo, y esta vez sé que está en lo cierto porque tengo el presentimiento de que si puedo llevar al rey Ricardo a Atenas y meterlo en la sala de curación del palacio rápidamente, no morirá. Si se queda donde está ahora morirá sin duda. Vale la pena correr el riesgo de intentar salvarlo.

-Nunca volveré a pedirte algo, Arkarian. Es la última vez, pero, por favor, ayúdame a llegar hasta donde se encuentra el rey Ricardo antes de que sea demasiado tarde.

## ISABEL

Quiero salir corriendo tras Ethan, aunque no estoy segura de adonde va, ni por qué, sólo sé que tiene que ver con el rey Ricardo. Pero Marduke se está preparando para la pelea y va a traer a cinco de sus guerreros con él, mientras que nosotros somos cinco sin Ethan. Nuestros enemigos ya nos superan en número, ¿cómo puedo abandonar a mis compañeros ahora? Sólo lograría que fuéramos más vulnerables ante Marduke.

Volvemos a la Ciudadela, donde nos cambiamos y regresamos a nuestros cuerpos, que están durmiendo. Me despierto al instante con el corazón desbocado como si acabara de tener un sueño en el que corro hacia un precipicio y no tengo forma de frenar a tiempo. Al final, me doy cuenta de que estoy en casa sana y salva. Salto de la cama y me pongo ropa limpia sin pararme a elegir: unos vaqueros cualquiera y un jersey viejo y raído que se cayó de la percha hace unos días. El plan es llegar a la estancia de Arkarian en cuanto regresemos a nuestros cuerpos. Tenemos que hacer un montón de cosas antes de enfrentarnos a Marduke y sus guerreros.

Nada más salir de la habitación, tropiezo con Jimmy, que arruga la frente para hacerme callar.

-Tu madre duerme, vamos.

-¿Matt también?

Se encoge de hombros.

-No sé por dónde anda. No está en la habitación.

Bajamos la escalera corriendo, pero en cuanto nos acercamos a la puerta nos detenemos en seco, pues está abierta, fuera de sus goznes, y tiene manchas de sangre por fuera. Los muebles del recibidor están tirados por el suelo. Resulta más que obvio que ha habido una refriega de la que alguien ha salido herido. La última persona que sé que ha estado aquí es el señor Cárter.

-¿Qué ha pasado, Jimmy? ¿Crees que el señor Cárter y Matt se han peleado?

Niega con la cabeza.

-No creo que haya ocurrido eso.

-¿Conoces bien al señor Cárter? A veces actúa de una forma muy rara.

-Es su forma de ser, Isabel. No saques conclusiones antes de tiempo. -Me empuja hacia la calle y entonces vuelve a poner la puerta en su sitio, y arregla las bisagras y todos los desperfectos tan sólo tocándolos con la mano. Hasta desaparece la sangre-. ¿Qué opinas?

-Es genial.

Me sorprende su gran habilidad, pero entonces recuerdo que fue Jimmy quien diseñó las trampas de la antigua ciudad. Supongo que no es tan asombroso que sepa arreglar una puerta.

Salimos corriendo, montaña arriba, en dirección a las estancias de Arkarian. Nos encontramos con Shaun en la entrada y lo seguimos. Una vez dentro de la sala octagonal, nos damos cuenta de inmediato de que algo malo ha ocurrido. El primer motivo es que Arkarian no está aquí, ni tampoco el señor Cárter. El segundo es que la esfera tridimensional que hay en el centro de la sala está negra y no se mueve.

Jimmy parece muy preocupado, pero intenta aliviar la tensión del ambiente.

-¿Cómo vamos a preparar una estrategia si nuestro mayor estratega se ha ido de paseo?

A continuación le cuenta a Shaun los desperfectos que había en mi casa. Mientras el padre de Ethan lo escucha, se pone a dar vueltas por la habitación, tocando todas las cosas y mirando debajo de ellas como si Arkarian pudiera estar escondido ahí.

-¿Qué crees que ha sucedido? -le pregunto a Shaun con un mal presentimiento.

-No podremos saberlo hasta que encontremos a Arkarian. -Tras decir eso mira hacia el techo-. ¿Arkarian? ¡Respóndeme si puedes!

Silencio. Entonces el señor Cárter aparece de sopetón. Incluso antes de que pueda pronunciar una palabra resulta obvio que ha ocurrido algo catastrófico. Se inclina hacia delante y no para de resoplar. Tiene la cara empapada en sudor y roja por haber hecho un gran esfuerzo.

-¿Qué ha ocurrido, Marcus? -le pregunta Jimmy, que lo ayuda a sentarse.

-No he parado de correr persiguiendo a ese loco de Marduke.

-Nunca se ha caracterizado por jugar limpio -comenta Shaun-. ¿Ha decidido empezar el torneo sin nosotros?

-Se podría decir que sí. -El señor Cárter me mira y me dice con los ojos que va a darme una mala noticia-. Y ha subido mucho las apuestas. -Respiro hondo y pienso que debe de haberle ocurrido algo a Ethan, pero entonces dice-: Lo siento, Isabel, Marduke ha atrapado a Matt.

Sus palabras me dejan aturdida.

-¿Qu... qué?

Aunque he visto los destrozos que había en la puerta de mi casa, mi cabeza es incapaz de asimilar que esa pelea ha podido tener algo que ver con Matt. El no forma parte de este otro mundo. ¡No puede ser él!

-Cuéntanos lo que ha sucedido -apremia Shaun a Cárter, agarrándolo de un brazo con fuerza-. ¡Date prisa!

-Ya sabéis que fui a distraer a Matt... -Todos asentimos y resoplamos para que vaya al grano. Inspira para calmarse y empieza a explicarse-. Me dejó entrar y hablamos durante un rato. Entonces se oyó un estruendo en la puerta de la calle. Matt fue a abrirla y se encontró con un hombre gigante que le sonreía con media boca y sólo tenía un ojo. No llevaba máscara ni nada. Es evidente que quería pillarlo desprevenido. -Jimmy me toma de las manos-. Te ha estado observando y ha visto la relación tan estrecha que tienes con tu hermano. Así es como actúa Marduke, le gusta hacer daño a la gente utilizando a sus seres queridos.

Cierro los ojos instintivamente. ¿Cómo puede estar ocurriendo esto?

El señor Cárter sigue explicando lo ocurrido.

-Al principio Matt se quedó mirándolo con incredulidad. Entonces Marduke hizo como si fuera a ponerle la mano sobre la cabeza, pero como yo había oído hablar del poder que ese monstruo tenía en las manos, le grité a Matt para que se apartara. Por suerte el chico tiene buenos reflejos, y al notar el peligro cerró la puerta con un movimiento rápido. Tampoco habría detenido a Marduke, pero Matt no lo sabía. Marduke puso el pie para que no se cerrara la puerta y la arrancó de cuajo con un hombro. Su siguiente movimiento fue tan veloz como un relámpago: le pegó a Matt un golpe en la cabeza con el dorso de la mano y lo empotró contra la puerta, dejándolo inconsciente.

-¿Está seguro de que sigue con vida? -le pregunto con el corazón casi en la garganta. Instintivamente, me toco el cuello con los dedos, como si intentara calmarme.

-Oh, sí. -El señor Cárter me mira-. Muerto no le serviría de nada a Marduke. El monstruo se echó a Matt al hombro y huyó corriendo. Yo los seguí. Se llevó al chico a esas montañas dejadas de la mano de Dios, hasta un claro que hay al otro lado del lago. Durante un momento pensé que los iba a perder, pero entonces Marduke hizo algo. -El señor Cárter se detiene y Jimmy le da un vaso de agua-. Marduke se volvió y me di cuenta de que sabía que lo había estado siguiendo todo el rato. Entonces levantó una mano, creó una luz verde brillante y desapareció a través de ella llevándose a Matt con él.

-¿Qué ocurrió luego? -le pregunta Shaun con tono impaciente.

-Algo increíble -responde el señor Cárter tomando otro sorbo de agua-. La luz verde permaneció allí durante unos cuantos minutos más. Era como una entrada. Pude mirar a través de ella.

-¿Y qué vio? -le pregunto con un susurro. Quiero y no quiero saber lo que Marduke le ha hecho a mi hermano.

-Vi un bosque espeso donde Matt está atado a un árbol.

Shaun suspira.

-Seguro que se lo ha llevado a Francia, a las Ardenas, un año después de nuestra pelea.

Es Jimmy el primero en comprender toda la crueldad que implica el acto de Marduke.

-Ha llevado el cuerpo mortal de Matt a Francia.

-¿Qué significa eso? -pregunto gritando. Los tres hombres se miran con inquietud. Pero entonces empiezo a entenderlo. Nuestros cuerpos mortales no pueden viajar en el tiempo, sólo nuestras almas-. ¿Cuánto tiempo le queda?

Jimmy se encoge de hombros y contesta:

-Es difícil de decir, pero Matt es joven y tiene buena salud. Eso lo ayudará.

Se hace un silencio, pero entonces el señor Cárter sigue con su historia.

-Los otros cinco guerreros ya están allí, esperándonos con espadas medievales.

-¡Claro! -exclama Shaun-. Tendremos que luchar con armas de la época. Marduke quiere recrear nuestro duelo, pero con sus propias reglas. Es un hombre inteligente y astuto.

Ahora mismo soy incapaz de decir nada bueno sobre ese monstruo.

-¿Y qué pasa con Matt? -Se me quiebra la voz a la vez que intento reprimir las lágrimas.

-No le ocurrirá nada -me dice Jimmy, aunque no tiene ni idea de si eso es verdad o no-. Es un chico fuerte.

-Debe de estar muy confuso.

-La última vez que lo vi estaba inconsciente -dice el señor Cárter-, y si tenemos suerte seguirá en ese estado hasta que podamos volver a traerlo aquí.

-¿Cómo lo conseguiremos? -preguntó con voz aguda-. Ellos son seis y nosotros no tenemos ni a Ethan ni a Arkarian.

Jimmy me frota el brazo para intentar consolarme.

El señor Cárter se levanta y da unos cuantos pasos. De repente se detiene y se vuelve.

-Tengo que deciros algo más.

-¿Sobre Matt? -le pregunto casi a gritos-. ¿Qué más puede haber sucedido?

-Lo están usando... Bueno, cuando me fui vi lo que estaban planeando.

-Desembucha, Marcus -lo apremia Jimmy.

-Estaban poniendo un montón de madera seca alrededor de sus pies.

Todo el mundo se queda callado. Intento asimilar lo que ha dicho el señor Cárter.

-¿Madera? Pero ¿por qué? -Entonces lo entiendo-. ¿Quieren quemarlo? ¿Mientras su cuerpo mortal está atrapado en el pasado? ¡Oh, Dios mío!

Jimmy me rodea la cintura con un brazo para que me acerque a él cuando empiezo a ser presa del pánico.

-Marduke quiere usarlo como amenaza. Para intimidarnos.

Durante un rato, lo único que se oye en la habitación son mis gritos ahogados a medida que los sollozos se empiezan a formar en lo profundo de mi garganta. A continuación, un ruido

hace que aparte mi cara arrasada en lágrimas de la camisa de Jimmy. Es Arkarian, que tiene los brazos abiertos hacia mí. Me lanzo sobre él y me abraza suavemente pero con firmeza. Una sensación de calma recorre todo mi cuerpo al instante. Levanto la vista y sus ojos violetas, que brillan debido a las lágrimas, me miran fijamente y me llenan de valentía y fuerza.

-Marduke tiene a Matt -susurro-. Atrapado en el pasado.

-Lo sé. Me han informado. Pero no por mucho tiempo, Isabel.

-¿Cómo podemos vencer a ese loco y a sus guerreros? ¿Cómo, Arkarian?

-Con todo lo que tenemos.

-Moriré por Matt si fuera necesario.

-Y yo moriré por ti.

Lo dice tan rápido, tan claramente, que al principio no me doy cuenta de su intensidad. Luego se aparta de mí y se acaba el momento mágico. Su presencia nos infunde esperanzas a todos y hace que nos pongamos manos a la obra para trazar un plan. Yo me quedo a un lado mientras Arkarian asume el control de la situación y Shaun, Jimmy y el señor Cárter debaten sobre la mejor estrategia posible. Aún no creo que tengamos una oportunidad de vencer a Marduke sin nuestras fuerzas al completo.

-¿Dónde está Ethan?

Todos se detienen un instante, me miran y veo la duda reflejada en sus caras. Ellos también lo saben, necesitamos a Ethan, y rápidamente.

Arkarian suspira, lo que sólo logra que me preocupe aún más, y asegura:

-Vendrá.

-Pero ¿sabe lo de Matt?

-No lo creo -responde, y vuelve a lanzarme una intensa mirada violeta-. Pero vendrá, Isabel. Confía en él.

-¿Cuánto tiempo podemos esperar? ¿Cuánto tiempo antes de que Marduke encienda la hoguera a los pies de mi hermano?

-No lo hará a menos que crea que va perdiendo.

-¿Qué? ¿Entonces cómo vamos a ganar sin perder a Matt a la vez?

-Eso es lo que estamos intentando averiguar ahora, Isabel. -Su voz es tan firme que se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas. Cuando Arkarian lo ve, me habla con más dulzura-. Ven y ayúdanos. Es mejor que centres tu atención en hallar una estrategia que en el miedo.

-Pero me da miedo fracasar. Y me da miedo que Ethan no regrese a tiempo. Y me da miedo que me estalle el corazón de la fuerza con que late. Y...

Jimmy me pone un brazo alrededor de los hombros y me acerca hacia él. Mientras me habla levanta la vista y mira a Shaun.

-Siempre es más duro cuando está en peligro alguien a quien quieres.

## ETHAN

Organizar la liberación del rey Ricardo me lleva más rato de lo que esperaba, aunque resulta difícil medir el tiempo cuando estoy fuera de mi cuerpo mortal. Llegar al castillo de Pontefract, donde Ricardo está encerrado en secreto, no supone ningún problema gracias a Arkarian, pero lograr convencer a uno de los señores de las Casas es diferente. De nuevo debo darle las gracias a Arkarian. Mueve algunos hilos y consigue concertar una reunión con Penbarin, el señor de Samartyne. Está malhumorado porque lo hemos despertado mientras dormía con una bella mujer. Me advierte que más me vale que se trate de algo importante. Al cabo de un rato de haber empezado a explicarle el motivo de mi visita, está sentado en el borde de la silla y me escucha atentamente.

-¿Estás loco?

-Tal vez, señor. -Me detengo un instante-. Pero voy a hacer esto tanto si me ayuda como si no.

Penbarin se burla de mi atrevimiento y mira a Arkarian, que se encuentra algo apartado y levanta ambas manos para mostrar su perplejidad.

-Está avisado -dice Arkarian-. Sabe que el castigo más probable por trastornar el pasado es la expulsión de la Guardia.

Penbarin vuelve a mirarme con unos ojos que podrían taladrarme el cerebro.

-¿Y aun así piensas seguir adelante con tu plan?

-Sí -respondo tajantemente.

Penbarin alza una mano.

-Si no te ayudo, tu estimado rey sufrirá una muerte muy lenta y dolorosa mientras todas las células de su cuerpo se esfuerzan por sobrevivir fuera de su propio tiempo. La única forma de que un cuerpo mortal pueda sobrevivir a un cambio de tiempo es que sea transportado a las cámaras selladas casi al instante.

-Lo sé, señor, por eso he venido a verlo, para suplicarle que me ayude a hacer esto.

-Hum, es una situación interesante -murmura entre dientes Penbarin-. ¿Arriesgarías tu propio futuro por ese hombre?

-Sí, señor. Por ese rey.

-Y aun así, ¿no puedes decirme por qué lo haces?

-No, señor.

Penbarin alza los ojos al cielo, lo que significa que está a punto de ceder. Aguanto la respiración hasta que oigo que las palabras salen de sus labios.

-Te ayudaré, Ethan, pero sólo porque no quiero ver cómo un rey sufre una larga agonía porque a un joven e insensato miembro de la Guardia se le ha metido entre ceja y ceja la loca idea de arreglar el pasado. -Su decisión supone un gran alivio-. Pero recuerda esto: no te defenderé ante el Tribunal en el juicio que seguro que se celebrará por haber infringido una de las reglas más estrictas de la Guardia: no alterar nunca el pasado con nuestras propias manos.

Cuando Arkarian y yo salimos de la sala, pienso en que probablemente me expulsarán de por vida, lo que de repente me da mucha pena y me pregunto de nuevo a mí mismo qué me impulsa a hacer esto. Mis sentimientos de amistad hacia ese hombre, hacia ese rey con tan mala fama, no son motivo suficiente para tal gesto. Sinceramente, no lo sé.

A pesar de que ha expresado claramente su disconformidad, Penbarin no se echará atrás ahora que me ha dado su palabra. De forma que Ricardo II no morirá si puedo sacarlo de ese

castillo rápidamente.

Arkarian y yo nos apresuramos.

Soy plenamente consciente del poco tiempo que tengo para conseguirlo. Y mi sentimiento de culpabilidad por dejar que los otros se enfrenten a Marduke en inferioridad de condiciones me agobia tanto que me sorprende que pueda seguir pensando con claridad. En ningún momento he tenido la intención de perjudicarlos. Sólo quiero llevar a cabo esta acción lo más rápido posible. Hace demasiado tiempo que los he abandonado porque he tenido que realizar el viaje de emergencia a Atenas, pero si no hubiera solucionado este detalle no tendría sentido hacer esto: debo transportar tanto el cuerpo como la mente de Ricardo. No puedo limitarme a rescatarlo y liberarlo en su propia época, ya que volvería a reunir apoyos para intentar recuperar el trono. Y no es eso lo que ocurre según la Historia.

Ni mucho menos.

Arkarian me deja solo para poder reunirse con los demás y prepararse para la batalla. Mientras tanto viajo a través del tiempo hasta el castillo de Pontefract, en Yorkshire, y aterrizo sobre un suelo pútrido cubierto de paja sucia y excrementos de ratas.

El rey Ricardo levanta la cabeza desde donde está tirado. Tiene los ojos cansados, unas ojeras grandes, la cara pálida y demacrada.

-¿Hugo? ¿Hugo Monteblain? ¿Cómo habéis...? -Mira por la celda vacía-. Sufro alucinaciones de nuevo.

Me agacho junto a él.

-No estáis alucinando, majestad.

Hace un gesto débil con una mano delante de mi cara.

-¿No habéis oído las noticias? Hal de Bolingbroke ocupa ahora el trono -dice amargamente-. Nunca debería haber partido hacia Irlanda. Allí me tendieron una trampa y me en ganaron. No me quedó otra opción que la de abdicar. Y ahora voy a morir aquí. ¡Yo, un rey, abandonado para que me pudra entre basura nauseabunda y alimañas!

Lo agarro por los hombros y lo sacudo con fuerza.

-No vais a morir aquí. No lo permitiré.

Me mira con sus ojos oscuros, pero sigue hablándome con voz lastimera.

-¿Y cómo vais a conseguir que el guardia nos deje pasar? -me pregunta, señalando la gruesa puerta de madera provista de una ventanita enrejada que se encuentra detrás de él.

-De la misma forma que he logrado entrar aquí. ¿Podéis levantaros?

Una pequeña chispa le brilla en los ojos cuando empieza a creerme. Pero un golpe en la puerta hace que ambos nos tiremos al suelo.

-¿Con quién habláis?

Me tapo los labios con un dedo y niego rápidamente con la cabeza. Ricardo responde:

-No me dejáis otra opción que conversar conmigo mismo para no volverme loco.

El guardián se ríe, aunque en tono poco amistoso.

-Así probaréis un poco de vuestra propia medicina -dice en tono sarcástico, y se va.

-Rápido -susurro.

Cuando oye que los pasos se alejan, Ricardo realiza un gran esfuerzo para ponerse en pie apoyándose en mi brazo. Tomo la capa de plata que me ha dado Penbarin para llevar a cabo la misión, envuelvo al rey con ella y llamo a Arkarian.

Pero no aparece.

El guardia me oye gritar, vuelve y aporrea otra vez la puerta.

-¿Qué es ese extraño nombre que gritáis?

-¿Qué? -le espeta el monarca al guardia-. No estoy llamando a nadie. Lo único que hago es soñar. ¿Quién creéis que podría sacarme de este agujero dejado de la mano de Dios?

Veo que el guardia mira a través de la reja y aguanto la respiración mientras me agarro a Ricardo e intento esconderme tras los pliegues de la amplia capa. Tengo que llamar a Arkarian de nuevo porque no ha ocurrido nada de lo que estaba previsto, pero si vuelvo a gritar despertaré demasiada curiosidad en el guardia.

-¿Qué hacéis ahí dentro? -pregunta el guardia al ver que Ricardo se encuentra de espaldas a la puerta, en una posición poco habitual, y lleva una extraña capa de plata-. Aquí ocurre algo.

El sonido de la llave en la cerradura me obliga a tomar una rápida decisión y a arriesgarme a llamar a Arkarian de nuevo.

Nada.

¡Maldita sea! No quería que nos mataran a los dos.

-¡Arkarian! ¿Dónde estás, por el amor de Dios?

-Ahí dentro hay alguien más -afirma el guardia, abriendo la puerta de par en par-. ¡Alto! ¿Quién sois? ¿De dónde habéis salido?

-¡Arkarian!

El guardia desenvaina la espada. Consigo aguantar a Ricardo con un solo brazo y sacar mi espada con el otro. En ese preciso instante noto unas sensaciones familiares, que me indican que estamos a punto de desaparecer. Pero no puedo permitir que el guardia vea cómo nos esfumamos, de forma que lo sorprendo pegándole una patada en la cabeza; entonces cae al suelo un instante antes de que mi cuerpo empiece a desvanecerse.

Por fin perdemos de vista la celda del rey.

## ISABEL

El atronador rugido de Marduke retumba en la cámara de Arkarian y nos hace saber que la espera se ha acabado. Ese desquiciante sonido me provoca unos escalofríos que recorren todo mi cuerpo, y noto que a los demás les ocurre lo mismo. Nos miramos unos a otros y comprendemos que ya no podemos esperar más a Ethan y que debemos entrar en batalla en desventaja.

Arkarian nos entrega a cada uno una pequeña botella que contiene un líquido azul.

-Ha llegado el momento. Debéis regresar a vuestras camas antes de que alguien os eche de menos. Llevaos el frasco que acabo de daros; el contenido os hará dormir de inmediato. Ños reuniremos en la Ciudadela, donde nos proporcionarán identidades seguras antes de partir para encontrarnos con Marduke en las Ardenas de mil trescientos cuarenta y nueve. ¿Lo habéis entendido?

Los cuatro nos vamos mientras aún resuenan en nuestra cabeza las instrucciones de Arkarian. Me alegro de que Jimmy me acompañe mientras bajamos por la montaña helada, en dirección a nuestras respectivas camas. Gracias a él tengo la cabeza ocupada hasta que llego a la puerta de mi habitación, donde esboza una sonrisa de ánimo.

-Todo saldrá bien, Isabel.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque confío en la Guardia.

-Yo no los conozco tan bien como tú.

-Te entiendo, pero con el tiempo los conocerás.

-Lo que vamos a hacer esta noche será peligroso, ¿no?

Asiente con la cabeza.

-Sabes que lo es.

-Si nos sucede algo... -De repente se me forma un nudo en la garganta-. Si le sucede algo malo a Matt, a mí y a ti, ¿quién le quedará a mamá?

Mira el frasco que sujeto con fuerza con los dedos y pone su mano sobre la mía y me la aprieta.

-No pienses en eso, Isabel. Tómate el líquido y vamos a rescatar a Matt.

Cuando entro en mi habitación me bebo de un trago la pócima para dormir. Surte efecto al instante. Siento como si acabara de recostar la cabeza sobre la almohada cuando se apodera de mí una extraña sensación de ingravidez.

De pronto me despierto en una habitación de la Ciudadela que me deja sin habla debido a su estridente decoración rosa: se parece muchísimo a cualquier página de los libros de cuentos de hadas que mi madre y Matt me leían cuando era pequeña. Libros que no tenían nada que ver conmigo. Yo quería leer historias de aventuras en las que hubiera animales salvajes y rescates peligrosos y heroicos. Ésas son las cosas que habrían hecho que él se sintiese orgulloso de mí. Este último pensamiento me pilla por sorpresa porque no estaba pensando en mi padre. ¡No!

Una sensación de intensa tristeza se apodera de mí y hace que me entren ganas de tirarme al suelo de rodillas y ponerme a llorar. Arkarian aparece ante mí y me mira con gran compasión. Logra sacarme de mi repentino ataque de melancolía.

-¿Ya estamos todos? -Arkarian estira un dedo y señala un lugar detrás de mí. Me vuelvo y veo a Jimmy, Shaun y al señor Cárter esperando-. Entonces, vamonos.

Arkarian nos conduce a uno de los vestuarios sin decir una palabra, pero por la expresión de su cara sé que es consciente de lo que pienso, del estado de confusión en el que me encuentro. ¿Por qué estoy pensando en un padre que nunca ha formado parte real de mi vida? ¿Por qué ahora?

Acabamos todos vestidos con armaduras medievales, que nos protegen sobre todo el pecho y la espalda. Las piernas se libran del rígido metal, pero aun así están protegidas por unos leotardos de malla fina. Me miro en uno de los varios espejos y veo un reflejo de mí misma y de los demás. Esta vez soy pelirroja y tengo pecas. Los cuatro hombres han tomado sus espadas y las prueban para ver cuánto pesan y cómo se sienten con ellas. Me entra un escalofrío: ¿cuántos de nosotros volverán con vida?

Arkarian me mira a través del espejo y frunce el entrecejo. Obviamente, ha oído vibrar, o probablemente retumbar, mi pensamiento negativo en el aire. Niega levemente con la cabeza y me pregunta cómo me siento con la armadura; me doy cuenta de que intenta distraerme.

Me encojo de hombros e intento que mi pequeño cuerpo se acostumbre a cargar con una mole tan grande y pesada. Al cabo de unos minutos noto que es la armadura la que se amolda a mi forma.

-Estoy bien -le contesto, intentando agarrar mi arma, pero la vaina que cuelga en la cadera está vacía.

Arkarian se acerca hasta mí con una espada en la mano. La tomo y mis dedos se aferran a la empuñadura con facilidad. Es como si hubiera sido hecha a medida para mi mano. Siento una sensación de calor en la palma.

-No soy muy buena con la espalda -digo, y la alzo en el aire y finjo dar una estocada.

Arkarian retrocede y me mira seriamente.

-Esa espada perteneció a Gawain, uno de los caballeros favoritos del rey Arturo. Era bajito, como tú.

-He oído hablar de él. Según cuenta la Historia era muy valiente.

-Oh, sí. Tuve el placer de verlo en acción unas cuantas veces. Me regaló su espada en el lecho de muerte.

Contemplo el arma mientras me pregunto si las palabras de Arkarian serán un presagio.

-¿Murió mientras luchaba con esta espada?

Arkarian se ríe al ver que lo he malinterpretado.

-¡No creo! Falleció a los ochenta y dos años.

-Ah.

Mira la espada que empuño con gran comodidad.

-La empuñadura fue tallada por el mismísimo Merlín y bañada en oro a petición del rey Arturo.

Esa información me deja de una pieza. Le doy vueltas a la empuñadura, maravillada de lo bien que se adapta a mi mano y de lo poco que pesa, aunque, curiosamente, el arma es tan larga como cualquiera de las que he usado para entrenarme.

Arkarian me contempla mientras observo la espada como si esperara descubrir algo.

-Está encantada para que se adapte a la mano de alguien que la empuñe con orgullo.

En ese momento casi se me cae.

-¡Guau! Eso es mucha presión, Arkarian.

-¿Eso te parece? Pues a la espada no. Le gusta tu mano, Isabel. Además, se ha cansado de su antiguo propietario. -Sonríe y caigo en la cuenta de que el antiguo propietario era él-. Casi seis siglos es mucho tiempo para cualquier relación, incluso la de un hombre con su espada -

añade, y suelta una pequeña carcajada.

Tiene mucha razón, seiscientos años son muchos. Me sonríe y recuerdo de nuevo que posee la habilidad de saber lo que pienso. Tengo que acordarme de pedirle a Ethan que me enseñe a ocultar mis pensamientos. Si salimos vivos de ésta, claro.

-Ahora es tuya -me dice Arkarian en voz baja.

Me siento honrada e inclino la cabeza, y entonces se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Por qué está haciendo esto Arkarian, por qué me entrega su espada? ¿Una espada encantada que ha tenido durante cientos de años y que le regaló un gran caballero muy respetado en su lecho de muerte? Arkarian me alza la cabeza con una mano; nuestros ojos tropiezan y se aguantan la mirada, castaño contra violeta. La habitación gira durante un instante y luego desaparece, como si en mi campo de visión no hubiera nada más que los ojos violeta intenso de Arkarian.

Lentamente nos damos cuenta de que Shaun está a nuestro lado.

-Marduke está cada vez más inquieto.

Arkarian asiente con la cabeza y rompe nuestro momento.

-Entonces debemos apresurarnos.

Sigo a los demás y me acerco a la puerta abierta. Uno detrás de otro, saltamos a un bosque oscuro y denso, cinco en lugar de seis, para luchar contra un guerrero amargado y traidor que ha vivido los últimos doce años con la única esperanza de que llegara este instante. Me pregunto si estamos lo bastante preparados, y también se lo pregunto a Arkarian en cuanto aterrizamos en tierra firme. Apenas me han contado algo del plan que han estado trazando, no sé si ha sido a propósito o no.

-Es un buen plan, Isabel. Tú debes llevar a cabo tu parte.

-Pero sólo me habéis contado la parte que me afecta. «Apartar a la mujer guerrera y ocuparme de ella.» Puedo hacer mucho más.

-Y lo harás, cuando te hayas ocupado de la mujer tal y como te he pedido...

-Debo desenmascararla.

-Sí. Es la principal espía de Marduke. Sospecho que sus ojos, su único rasgo identificable, están escondidos bajo una fina máscara facial que oculta la forma y quizá incluso el color. Quítale la máscara y huirá. Así tendremos que enfrentarnos a un enemigo menos. Tiene un puesto demasiado valioso como para que Marduke se arriesgue a revelar su identidad. Estoy seguro de que habrá recibido estas instrucciones. Sin embargo, no será fácil. Su máscara será fina como la piel y probablemente estará estirada de oreja a oreja.

-De acuerdo. Pero ¿qué pasa con Marduke? ¿Cómo lo venceremos sin hacer daño a Matt?

Duda un instante.

-No es que queramos ocultarte el plan, Isabel, es que queremos que te centres en tu parte.

-¿Por qué tenéis tan poca fe en mí?

-No es eso.

Me está dando largas a propósito.

-Ojalá pudiera leerte el pensamiento, Arkarian. ¿No merezco formar parte de este plan? La vida de Matt está en peligro. Podría estar muriéndose ahora mismo porque su cuerpo está fuera del tiempo que le corresponde. Es inocente. Y yo también lucharé; si no, ¿por qué me has entregado la espada?

Se detiene sin acabar de dar un paso, se vuelve y me mira. Está oscuro, pero la luna, aunque sólo se ve la mitad, ilumina la cuesta para mí.

-Aunque mi primer instinto es protegerte, Isabel, porque tienes poca experiencia, no es

ése el motivo por el que no te he contado el plan.

-Continúa.

Se queda en silencio, como si estuviera meditando si soy capaz de enfrentarme a la realidad o no. De repente se me ocurre que a lo mejor no tienen un plan..., pero no, he oído cómo trazaban uno. Tienen algo en mente. Jimmy incluso ha desaparecido un rato para hacer un encargo urgente.

Creo que por fin entiendo lo que ocurre, lo cual me deja sin respiración y tengo que hacer grandes esfuerzos para no ahogarme.

-El éxito de vuestro plan depende de Ethan, ¿no?

No dice nada durante un rato. Su silencio me produce escalofríos.

-No del todo.

Me río en tono burlón.

-Estáis confiando en alguien que puede que ni aparezca. Mi hermano está perdido.

Seguimos avanzando por el espeso bosque sin hablar mientras intento convencerme a mí misma de que debo ser más positiva. Ethan aparecerá. ¡Tiene que aparecer! Pero no puedo quitarme de la cabeza los pensamientos negativos.

-Ethan no conoce el plan, así que ¿cómo va a ayudarnos aunque llegue aquí?

Arkarian suspira y responde:

-Isabel, ten fe. A Ethan no le va a costar nada. Es muy bueno en lo que hace.

-¿Adonde ha ido antes Jimmy?

-Tenía que encontrar a alguien, a una chica, y grabar una imagen de ella en su cabeza para pasársela luego a Ethan.

-¿Quién es? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Levanta la mano para hacerme callar cuando de repente nos encontramos en un pequeño claro. Yo me aferró a mi pregunta. Tengo la sensación de que lo averiguaré dentro de poco, si consigo sobrevivir a esta batalla. No me resulta fácil olvidarme de las amenazas y los suplicios a los que nos ha sometido Marduke. Sea por el motivo que sea, también me quiere matar a mí.

Levanto la mirada y gruño porque con la ayuda de mi don de la vista puedo ver claramente a Matt, un poco más hacia delante. Está de pie sobre una plataforma improvisada, atado a un árbol enorme, con la cabeza inclinada hacia un lado, inconsciente o sumido en un sueño profundo, y tiene una parte de la cara hinchada y manchada de sangre, y la piel muy pálida con un tono verde estremecedor. Lo más raro de todo son los varios círculos oscuros que tiene en la piel que queda a la vista, como si se le hubieran formado pequeños coágulos. Pero lo peor de todo es que bajo la pequeña plataforma hay un montón de madera, puesta de cualquier manera, de casi un metro de alto, listo para arder.

Me estremezco al verlo, ya que junto a él hay cuatro guerreros de Marduke, dos a cada lado, con la mano en la empuñadura de sus espadas y las piernas ligeramente dobladas, escrutando los alrededores. Compruebo que aún no pueden divisarnos. Pero hay alguien que sí.

-¡Ah, por fin! ¿Por qué habéis tardado tanto? -Marduke aparece ante nosotros con la mujer guerrera a su lado-. ¿Esperabais a alguien? -dice en tono burlón con su voz áspera y ronca.

No le presto atención y me concentro en la guerrera enmascarada, a la que se supone que debo acorralar. Mientras la miro me invade una extraña sensación de familiaridad, pues en ella reconozco a la mujer que intentó envenenar a Abigail Smith, y a la sirvienta que intentó envenenarme a mí en la mesa del rey Ricardo. El veneno debe de ser su especialidad.

Cuanto más la miro, más evita ella el contacto visual. Eso me extraña, pues al fin y al cabo lleva una máscara que le oculta los ojos. Luego noto algo más: la mujer está nerviosa

y parece que tiene miedo. Pero ¿de qué? ¿Cree que la reconoceré si la miro a los ojos? No son sus ojos lo que la delata, sino su sutil perfume de flores. Ya lo huelo. Sin embargo, no puedo precipitarme a sacar conclusiones. ¿Y si me equivoco? Esta noche, un error de juicio podría costar una vida. Pero si mis sospechas son ciertas, ¿cómo puede estar esta mujer aquí, dispuesta a defender a su maestro, cuando el chico al que afirma amar está listo para ser ejecutado?

De repente Marduke ruge y casi me destroza los tímpanos; pero lo único que se me ocurre es: «Bueno, a lo mejor Ethan lo oye y viene corriendo.» ¿Por qué tardará tanto? Tras el bramido detecto movimiento en los árboles. Miro hacia arriba y a mi alrededor. De los árboles han surgido más guerreros, doce como mínimo. Saltan al suelo y nos rodean rápidamente, mientras los cuatro que vigilan a Matt se quedan donde están.

Me enfado conmigo misma; ¿por qué no me he dado cuenta? Con mi don de la vista podría haber advertido fácilmente el ejército que Marduke tenía en los árboles si se me hubiera ocurrido mirar. Pero estaba tan preocupada por Matt, y tan centrada en la espía de Marduke, que he permitido que ese Monstruo nos engañe y que caigamos en su trampa.

Marduke sonríe con su media boca y su ojo amarillo brilla de regocijo.

-Nunca has jugado limpio -le espeta Shaun. Me asombra que sea capaz de mantener tan bien la calma.

Resulta obvio que nuestro plan está condenado al fracaso. Los guerreros desenvainan sus espadas y forman una especie de rueda de Santa Catalina a nuestro alrededor, listos para atacar. No tenemos ni una oportunidad de vencer. Todos vamos a morir a manos de este loco que ha tenido tiempo de sobra de planear esto: ¡doce años enteros!

Bueno, si voy a morir aquí, prometo hacer una cosa antes: desenmascarar a esa traidora, aunque sea con mi último aliento de vida. Con ese único pensamiento en la cabeza, yo también desenvaino la espada. La espía se vuelve, con su arma en la mano, y empieza la pelea.

Marduke lanza una larga mirada a la mujer, que sale del círculo para asegurarse una salida rápida en caso de necesidad. Ahora nos encontramos entre los guerreros que han saltado de los árboles y los cuatro que vigilan a Matt. Por el rabillo del ojo veo que mi hermano comienza a moverse.

-No te despiertes -murmuro para mí.

Sería mucho mejor que muriese tranquilo, sin tener que presenciar cómo matan a su hermana. Entonces gruñe algo y me doy cuenta de que padece tanto dolor que lo siente a pesar de estar inconsciente. No puede seguir fuera de su propio tiempo durante mucho más; si no, se morirá igualmente.

-¿Cómo quieres que te llame, enmascarada? -le pregunto a la espía mientras la obligo a retroceder.

Sus estocadas son largas y es muy hábil con la espada, pero su respuesta me pilla por sorpresa.

-Eres tan inocente, Isabel...

Sabe quién soy. Intento no parecer muy asombrada; por lo menos ahora estoy segura de que es Rochelle.

-¿Cómo me conoces?

-Vi que Ethan usaba sus poderes en clase para impresionarte. A partir de ahí, no me costó demasiado deducir que eras uno de ellos, sobre todo cuando empezaste a pasar tanto tiempo con él. Matt no me hablaba de otra cosa.

-Entonces no fue Marduke quien te lo dijo.

Ella pone los ojos en blanco.

-Marduke habla muy poco. Casi nunca dice nada. Centra todos sus esfuerzos en la venganza y en complacer a la Diosa.

-¿Por qué trabajas para Marduke?

-Lo dices como si fuera un trabajo al que envié mi curriculum. ¿Crees que fue idea mía ser su espía?

Aflojo un poco la mano con la que agarro la espada, pero ésta se me queda pegada a la palma como por arte de magia. Rochelle tira una estocada de nuevo y me obliga a retroceder tres pasos. Noto que quiere que entienda sus motivos, o a lo mejor sólo es una táctica para que no me concentre totalmente. Un pequeño fallo y podría clavarme el arma.

-Primero me tentó, me hizo creer que había nacido para ser como él.

Intento mantener la concentración a la vez que la hago hablar.

-¿Y no ves que ya no es así?

-No soy tonta, Isabel. Mira a Matt. ¿Crees que quiero esto? Está agonizando, se está muriendo ante nuestros ojos.

La emoción con la que se expresa parece real.

-Entonces deja a Marduke. Arkarian te protegerá.

Se ríe al oír mi sugerencia.

-Marduke me matará.

-No si lo matamos antes.

-Tiene otros jefes. Nunca estaría a salvo.

-Arkarian lo solucionaría de alguna manera.

Me mira fijamente a la cara.

-¿Estás loca? Hablas como si pudierais ganar esta batalla. No podéis, Isabel. Marduke es muy astuto, y sus superiores aún más. La Diosa está encantada con él.

-Pero es tan...

-¿Feo? ¿De dónde crees que saca sus fuerzas? De lo desagradable, de la guerra, del horror... Lo hacen más fuerte, más rico, más feliz. Y dentro de poco apenas quedarán miembros de la Guardia para defender el pasado. Todo cambiará. El mal en forma de plagas, guerra y odio asolará el mundo. La Orden reinará sobre todos. ¿Qué puede hacer una persona? -Se responde ella misma-. Nada, Isabel. Nada.

Sin embargo, Rochelle está equivocada. ¿No comprende que importan todas las personas? ¿Que mientras ella trabaje para la Orden, sus miembros serán más fuertes?

-Tú eres la que se equivoca, Isabel -añade entonces.

-¿Qué? Yo no he dicho nada.

-No, pero aun así te he oído. Soy una Vidente.

-¡Oh, no! ¿Siempre que hemos hablado has oído mis pensamientos?

-No sólo los tuyos.

Sé de quién habla. De Ethan, por supuesto. Así debieron de empezar los problemas entre él y mi hermano, lo que al final acabó con su amistad.

-Exacto -confirma ella-. Ethan siente algo por mí, aunque ahora no es más que odio y asco. Pero hace un tiempo, incluso cuando ya era novia de Matt, siempre que nos veíamos, sabía que Ethan me quería.

-Nunca habría hecho daño a propósito a Matt.

-No lo hizo. Mantuvo sus pensamientos bajo control. Pero no podía quitárselos de la

cabeza. Cómo me habría gustado... -Niega con la cabeza y deja de mirarme, lo que le provoca una pérdida de concentración. Es una oportunidad que no puedo dejar escapar. Arremeto con fuerza contra ella y la obligo a meterse en el bosque. Choca de espaldas contra un árbol y la desarmo de un fuerte golpe. Su espada sale volando por los aires. Yo la apunto a la garganta con la mía-. Fue un plan -susurra, y por primera vez se muestra asustada.

-¿Qué plan?

-De Marduke. Romper su amistad. Hacer que Matt se enamorara de mí.

--Por tu vida, dime por qué.

-A Marduke le gusta hacerle daño a la gente, hacer cualquier cosa con tal de que sufra, sobre todo a Ethan, a su padre o quien sea si está relacionado con ellos. Es su venganza. Le nubla el juicio. -Lo entiendo, pero ¿cómo puedo confiar en ella cuando ha admitido que se ha convertido en una traidora a causa de su debilidad de espíritu? Se pone de puntillas para poder respirar cuando mi espada le toca el cuello-. ¡No me mates! Aún puedo ser útil esta noche.

-Tu misión ha acabado. No desafíes a la suerte.

-Escucha, yo estaba confusa cuando Marduke apareció por primera vez. Me enseñó cosas, por ejemplo, cómo mi padre pegó a mi madre hasta matarla. Me dijo que como la mitad de mis genes eran heredados de mi padre, había nacido para formar parte de la orden del Caos, que era mi destino. Al principio no lo creí. No quería. Intenté no hacerlo. Pero era vulnerable, y el poder es el alimento de los débiles. -Recuerdo lo trágica y dura que fue la infancia de Rochelle al tener que vivir con un padre violento. Pero, aun así, si permito que se vaya, ¿cómo sé que no se volverá e intentará matarme con un arma que puede llevar escondida en algún lugar?-. No puedo demostrarte que no te haré daño. Tampoco me creerías. Sin embargo, si logras confiar en mí, de alguna forma..., de alguna forma te demostraré que tu fe ha valido la pena.

Lo pienso con sumo cuidado, aunque empiezan a dolerme los brazos de tener que aguantar la espada durante tanto tiempo a esta altura. Le rasgo la piel del cuello con la punta y le sale un hilo de sangre. Me está pidiendo que la deje ir, pero ¿cómo puedo hacer eso? Para empezar, si está diciendo la verdad, Marduke se dará cuenta de que se ha vuelto contra él y probablemente la matará de inmediato. Entonces se me ocurre una solución. Una solución que le permitirá elegir. De ella dependerá la decisión de qué hacer con su vida. Todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿no?

De repente me acuerdo de que Rochelle intentó envenenarme en el pasado, cuando estaba con Ricardo II. Sabía quién era yo y aun así...

-Era mi trabajo. Si no lo hubiese hecho me habrían denunciado. En esa misión no estaba sola. Pero en la copa no había suficiente veneno para matarte, Isabel. Sólo el justo para que te sintieras mal durante un rato.

Asumo el riesgo de creerla. Clavo un poco la punta de la espada bajo su oreja izquierda y rasgo la fina máscara que lleva puesta, que se levanta y cae, incluidas las lentillas de color, y deja al descubierto los brillantes ojos verdes de Rochelle. Tiene la cara roja y algo irritada.

Como ahora no hay nada que proteja su identidad, Rochelle tiene la bendición de Marduke para huir. Da un paso atrás y hace un gesto con la cabeza apenas perceptible antes de desaparecer en el bosque.

No tengo ni un segundo para analizar si he hecho lo adecuado o no. Arkarian me llama:

-¡Apresúrate, te necesitamos aquí!

Vuelvo al claro rápidamente y lo que veo me deja asombrada y sin aliento. Muchos de los guerreros están muertos o heridos en el suelo. El propio Marduke se encuentra junto a Matt con una antorcha encendida en la mano, listo para prender la madera que hay a los pies de mi hermano. Los guardias que había a ambos lados de la pira están luchando ahora contra Arkarian, el señor Cárter y Shaun. Entonces descubro por qué me ha llamado Arkarian. Es Jimmy, que

está en el suelo muy quieto, medio apoyado en un tronco. Tiene una herida muy profunda en un muslo, que le sangra a raudales.

Me acerco hasta él, le aparto los dedos del corte y le paso una mano por la cara empapada en sudor. Se nos acerca un guerrero con la espada en alto, pero Shaun atrae su atención en el acto y se enfrenta a dos a la vez. Me pongo manos a la obra de inmediato para curar a Jimmy. Ha perdido mucha sangre y tardo unos minutos en empezar. Justo cuando pienso que es una tarea imposible, que las células no se curarán, empiezan a moverse a mi voluntad. Primero sello la herida para que no pierda la poca sangre que le queda, y luego le reparo los tejidos dañados, los músculos, los tendones y los vasos sanguíneos.

-Buen trabajo -me dice, y recupera las fuerzas con una velocidad increíble. Se levanta apoyado en mí y comprueba qué siente en la pierna recién sanada. Como puede aguantar su peso, sonríe y asiente aliviado-. ¡Te debo una, tesoro mío! -exclama.

A continuación desenvaina la espada y regresa a la batalla. A pesar de todo, aún nos superan en número. Los duelos son de dos y hasta de tres contra uno.

De repente Shaun acaba con los dos a los que se estaba enfrentando y se vuelve hacia Marduke, que sigue sosteniendo la antorcha a los pies de Matt en pose amenazadora.

-Como esa llama entre en contacto con la madera, te cortaré la cabeza, tal y como debería haber hecho hace doce años.

Marduke se ríe y le lanza la antorcha a uno de sus guerreros. Creo que aún se parece a lord Whitby.

-Aguanta esto -le ordena-. Vendré a encender la hoguera dentro de poco. -Y a Shaun le dice-: Ya es hora de que ajustemos cuentas, amigo.

Empieza el duelo, pero es injusto desde el principio porque Marduke está fresco: él todavía no se ha enfrentado a nadie, mientras que Shaun ya ha peleado con muchos guerreros. Eso también formaba parte de los planes de Marduke.

De pronto Matt murmura algo y mueve la cabeza como si se estuviera despertando. ¿Qué más puede salir mal? Me giro desesperada y me pregunto por qué Ethan tarda tanto. Sigo con gran interés el duelo que mantienen Shaun y Marduke. El padre de Ethan abandonó la Guardia para evitar esta pelea. Los demás también se han detenido para observar y han formado un círculo para no perder de vista a sus respectivos contrincantes.

Marduke domina la situación desde el principio. Shaun se defiende tan bien como puede, pero es evidente que está cansado. El combate parece eterno, pero entonces Shaun hiere al monstruo en el hombro derecho, que empieza a sangrar.

Marduke sacude la cabeza, profiere un fuerte gruñido y contraataca con unas ansias de venganza que nos dejan a todos asombrados. Las espadas entrechocan ferozmente. Shaun se ve obligado a retroceder. Está claro que está perdiendo, pero cuando llega el ataque final, ocurre tan rápido que nos sorprende a todos. Shaun se apoya en una rodilla. A pesar de que está maltrecho, intenta ponerse en pie de nuevo, pero Marduke se abalanza sobre él y le apunta con la espada al pecho. Atraviesa la armadura de Shaun con un movimiento rápido y se la clava hasta el fondo.

Shaun da un grito ahogado y su espada resuena al caer al suelo. Voy corriendo hacia él, y con la ayuda de Jimmy le extraigo la espada y le quitamos la abollada armadura. Le pongo las manos en el pecho para intentar detener la grave hemorragia mientras empiezan a funcionar mis habilidades curativas. Pero como aún estoy débil después de haber curado a Jimmy, Shaun empeora a pasos agigantados.

Marduke nos mira con su media sonrisa de satisfacción.

-Por fin -murmura.

Intento no hacer caso del odio y la amargura que emanan de ese hombre despiadado que

me mira desde detrás, le aprieto el pecho con fuerza a Shaun y empiezo a ver la enorme cantidad de trabajo que tengo que hacer para sellar la herida primero y curarle el corazón y toda la zona dañada después.

Pero Marduke intenta distraerme. Vuelve a agarrar la antorcha, me llama, me provoca para que vea cómo prende la madera que hay a los pies de mi hermano.

Un alboroto repentino atrae mi atención. Los guerreros se mueven en el claro. Hay una nueva figura entre ellos. ¡Ethan! Por fin aparece. ¿Dónde ha estado? No da la impresión de tener mucha prisa. Se acerca a Marduke con paso seguro sin hacer caso de nadie, aunque cuando pasa cerca de mí lanza una mirada a su padre, que está tumbado en el suelo boca arriba y sigue sangrando por la grave herida que yo intento tapar con mis manos. Sus ojos revelan con un destello el dolor y el sufrimiento de un niño que sabe que en cualquier momento podría perder a uno de sus seres más queridos: a su propio padre.

-Llegas demasiado tarde, esto ya casi ha acabado -le dice Marduke en tono sarcástico mientras sostiene la antorcha a unos centímetros de los troncos.

-Ya, pero no demasiado tarde para enseñarte esto.

Con la vista fija en Marduke, Ethan levanta una mano y traza un semicírculo en el aire de manera espectacular. Ante nuestros ojos aparece una brillante cúpula de luz, y dentro se genera la imagen de una chica muy guapa. Ella mira hacia arriba y a los lados de la cúpula. Su cara muestra el estado de confusión en que está sumida.

-¿A qué juegas? -le pregunta Marduke a Ethan.

-¿No te suena de nada? -replica él en tono burlón.

Marduke acepta el reto y observa con detenimiento a la chica. Entonces mueve la cabeza hacia atrás bruscamente.

-¡No puede ser! -susurra.

-Es tu hija -anuncia Ethan con grandilocuencia a la vez que se inclina-. Neriah.

«¡Cura!», me ordeno a mí misma para concentrarme en sanar las células dañadas del pecho de Shaun, en visualizar cómo se sellan las venas, cómo regresa la sangre a los tejidos dañados. A medida que el proceso avanza, me pregunto si mis esfuerzos llegan demasiado tarde, ya que el padre de Ethan ha perdido muchísima sangre. Trato de concentrarme con todas mis fuerzas, pero la antorcha que hay a los pies de Matt, su piel cada vez más oscura, y esa inesperada aparición de aspecto tímido me tienen hipnotizada. Me obligo a centrarme en dos cosas: en curar a Shaun, algo que estoy haciendo con una fuente interior de energía que no había detectado hasta ahora; y en observar lo que ocurre a mi alrededor.

Ethan saca mentalmente el puñal que tiene escondido en la bota, hace que vaya a parar a su mano, y con un rápido movimiento atrapa a la chica que hay dentro de la cúpula. La saca, la aprieta con fuerza contra su pecho y le pone el puñal en la garganta.

Fuera de la cúpula, la chica parece muy real. Trata de escapar y tiene los ojos muy abiertos a causa de la confusión y el pánico. Ethan la sujeta con más fuerza. Aparece un hilillo de sangre en el cuello, donde le ha clavado demasiado el puñal. La chica grita.

-¡No! -chilla Marduke, que sorprendentemente se toca el cuello-. ¡Suéltala!

-No lo haré hasta que tires la antorcha -responde Ethan sin vacilar. Nunca lo había visto tan seguro. ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está el chico que acostumbra a actuar a lo loco? Tiene un aire de gran serenidad-. Si no obedeces, no volverás a ver a los de tu sangre.

Marduke baja la antorcha un poco.

-¿Dónde la has encontrado? Yo la he buscado por todas partes desde aquel día, hace doce años, cuando su madre me la arrancó de los brazos.

-La han cuidado bien. Sólo tenías que esperar. Es evidente que acabaría en Verdemar;

era cuestión de tiempo.

-¿Es una elegida? -pregunta Marduke con incredulidad y cara de asco-. ¿Por la Guardia?

-Entrará en la Guardia dentro de poco -afirma Arkarian.

De pronto Marduke se echa a reír con gran desprecio.

-¿Creéis que lo permitiré?

Arkarian se encoge de hombros.

-No tienes otra opción.

-Durante estos últimos doce años he visto otro mundo y he aprendido muchas cosas, viejo amigo. Esta vez tengo muy claro a quién debo lealtad. Tan sólo le soy fiel a la Diosa. Me ha hecho muy feliz.

Ethan tensa los brazos, como si fuera incapaz de creer lo despiadado que es el hombre que tiene ante él.

-¿Qué estás diciendo?

Marduke mira a Ethan.

-Lo que digo es que no dudaría en matar a mi propia hija con tal de alejarla de vuestras manos.

Ethan respira profundamente.

-Durante todos estos años, nunca te he considerado un hombre. Y tenía razón.

-¿Entonces que soy?

-En mis sueños eras un monstruo. Pero en realidad eres algo mucho peor.

Marduke me observa mientras me esfuerzo por salvarle la vida a Shaun.

-Malgastas tus fuerzas con él, chica. Quizá algún día llegues a tener la habilidad, pero hoy eres demasiado inexperta. Se va a morir, tal y como debería haber muerto antes de hacerme esto -afirma levantando una de sus gruesas manos para tocarse el lado dañado de la cara, surcado por unas zigzagueantes cicatrices que van desde la parte superior de la frente hasta el profundo abismo de su mandíbula.

Y tras pronunciar esas furiosas palabras, Marduke lanza la antorcha al centro de la pira que hay bajo los pies de Matt y se arroja hacia la chica que Ethan aún agarra con los brazos.

Sorprendido por el repentino movimiento de distracción, Ethan suelta un poco a la chica, de forma que Marduke la atrapa y la abraza con fuerza.

-¡Neriah! -le susurra al oído.

La madera empieza a arder, provoca el caos en el claro y que mi corazón lata desbocado.

-¡Noooo! -grito.

Pierdo la concentración y me levanto para correr en dirección a Matt. Arkarian me obliga a agacharme de nuevo, me toma las manos y me las pone sobre el pecho de Shaun.

-¡Cura! Ya casi has acabado y eres sanadora, Isabel.

-Pero ¿y Matt?

-Ethan y Jimmy lo salvarán.

Levanto la cabeza y veo que Ethan y Jimmy corren hacia el fuego. Miro brevemente a Shaun, que tiene el corazón herido bajo mis manos, y me pregunto si de verdad estoy a punto de curarlo.

-Marduke dice que no soy lo bastante fuerte para salvarlo.

-No hagas caso del veneno que sale de la boca de Marduke. Sigue con tu trabajo, Isabel. A ese monstruo se le ha olvidado mencionar qué más ha aprendido en la Orden: a mentir, engañar y embaucar. Si crees en ti misma podrás curar a este hombre. Sin ti, seguro que se muere.

Sin embargo, pierdo rápidamente toda la concentración para curar cuando, de pronto, Ethan da media vuelta sin tan siquiera intentar salvar a Matt. Me entran escalofríos cuando veo que saca su puñal, lo agarra con firmeza y se abalanza sobre Marduke, como si estuviera poseído por un poder y una fuerza que intimidarían al propio monstruo. Arremete contra el gigante, al parecer sin preocuparse por su propia seguridad, y a causa del golpe Marduke suelta a Neriah. En ese mismo instante, Ethan la agarra y la lanza a la cúpula de luz. La chica cae al suelo y desaparece.

Marduke mira el lugar donde estaba su hija y ruge, pega zarpazos al aire, furioso, como si su hija fuera a regresar gracias a eso. Atónita, no puedo dejar de mirar cómo ese hombre se pone a cuatro patas y empieza a cavar en la tierra, en el lugar donde desaparecen los últimos rayos de la cúpula de luz de Ethan.

Lentamente, Marduke admite la desaparición de su hija. Se pone en pie tambaleándose, abre los brazos y su cara deforme se crispa. Busca a Ethan con la mirada, y cuando lo encuentra profiere un rugido que hace temblar la tierra. Para sorpresa de todos, abre los brazos tanto como puede y sus dedos empiezan a brillar con vetas de intensa luz azul, como si las venas se hubieran vuelto luminosas. Y como si fueran relámpagos, unos rayos luminosos destellan en las puntas de los dedos a la vez que provocan unos sonidos estridentes.

Arkarian grita a Ethan para avisarlo, pero éste se le ha adelantado, pues ya se abalanza sobre Marduke y le clava el puñal en lo profundo de la garganta. Marduke grita y agarra a Ethan con fuerza, pero él aguanta y lo apuñala una y otra vez.

Y mientras a Marduke se le escapa la vida, Jimmy y el señor Cárter se esfuerzan al máximo por deshacer la pira que arde y llegar hasta Matt. Yo intento concentrarme en las heridas que hay bajo mis manos y noto en un nivel superior que estoy cerca, mientras intento ver a través de las llamas, cada vez más grandes e intensas. Pero el fuego es demasiado fuerte. Deben de haberle echado algo a la madera para que arda tan ferozmente. Las llamas siguen creciendo e impiden que alguien se acerque a Matt.

-¡Ayudadlo! -grito mientras sigo tratando de curar a Shaun.

De repente unas manos toman las mías. Miro y descubro que son las de Shaun, que me aparta lentamente.

-Eres una superdotada -me susurra, al parecer completamente curado-. Siempre estaré en deuda contigo.

Arkarian lo ayuda a levantarse, así que ahora ya puedo correr hacia el fuego, pero cuando llego a él todo el mundo está quieto observando el lugar donde debería estar el cuerpo calcinado de mi hermano. Se limitan a mirar, y ahora entiendo el motivo. Matt no está. En el árbol no hay nada, salvo las llamas que saltan y bailan alrededor del enorme tronco.

Arkarian se me acerca por detrás.

-¿Quién lo ha hecho?

Ethan se acerca hasta nosotros, tan confundido como los demás.

-No lo sé, pero Marduke está muerto.

-¿Estás seguro? -le pregunta Arkarian.

Al oír esa pregunta, todo el mundo se vuelve hacia el cadáver que está tirado en medio de un charco cada vez más grande de su propia sangre. Mientras lo observamos, el cuerpo de Marduke empieza a desaparecer.

-Ha muerto fuera de su tiempo. ¿Qué significa eso? No puede regresar, ¿no? -pregunto.

Ethan y Arkarian se miran de una forma muy extraña y no dicen nada. Los guerreros de Marduke que siguen con vida se acercan, pero en el lugar donde se encontraba el cuerpo de su jefe hace unos segundos sólo queda hierba manchada de sangre. Entonces se dan cuenta

de que está muerto y ha desaparecido. De modo que se retiran lentamente, buscan a sus muertos y sus heridos, y desaparecen por el bosque.

Shaun se detiene en el sitio donde se ha desvanecido el cadáver de Marduke y me responde.

-Lo que eso significa, simplemente, es que se han acabado nuestros problemas con Marduke. Nadie puede volver de entre los muertos, Isabel.

Ethan aparta la mirada de Arkarian, me toma de la mano y señala las llamas que hay ante nosotros.

-Tienes que aprender a confiar más, Isabel.

Creo que ahora mismo sus palabras son insensatas.

-¿De qué estás hablando? ¿Dónde está Matt? ¿Dónde está por lo menos su cadáver?

-Aquí... Aquí estoy. Pero ¿quiénes sois vosotros?

Me giro, ya que la voz cansada de mi hermano surge por detrás de mí. Parece estar exhausto, maltrecho, amoratado y verde, todo en uno, aunque afortunadamente respira. Jimmy y el señor Cárter lo ayudan a andar y sujetan casi todo su peso.

-¿Cómo has escapado? -le pregunto, y entonces me acuerdo de que aún estamos en el pasado y de que Matt nos está viendo como los extraños que la Ciudadela ha creado para mantener en secreto nuestras identidades.

-Me ha liberado Rochelle. Ahora se ha ido, ha dicho que tenía que desaparecer durante una temporada. No entiendo lo que está ocurriendo. ¿Podría explicármelo alguien, por favor?

No puedo aguantar más y empiezo a gritar y a saltar de alivio. Mi hermano está sano y salvo, aunque parece más bien un cadáver al que acaban de desenterrar. Recorro la corta distancia que hay entre los dos, me lanzo sobre él y le doy un fuerte abrazo. Jimmy y el señor Cárter tienen que sujetarlo con más fuerza para que no se caiga al suelo.

Matt intenta respirar profundamente y luego me aparta un poco.

-¿Te conozco?

Lo miro a los ojos, que son castaños como los míos, y él me observa asombrado.

-¿Isabel? -Asiento con la cabeza y sonrío porque me cuesta demasiado hablar. El toca mis largos rizos-. ¿De dónde sale esta melena pelirroja? -Me observa la cara atentamente-. ¿Y qué es esto? ¿Pecas?

-Es una historia muy larga y no estoy muy segura de si puedes oírla -dice Ethan, que mira a Arkarian.

-Yo no me preocuparía mucho por eso -responde Arkarian enigmáticamente-. Nuestra prioridad es que Matt recupere la salud.

Matt contempla a Arkarian y frunce el entrecejo.

-Yo te conozco. Eres el que se llama Arkarian, ¿no?

-Sí. ¿Cómo lo sabes?

-Tus ojos son tal y como los describió mi hermana en un sueño.

Arkarian me mira, pero yo me estoy sonrojando tanto que es como si todas mis pecas se hubieran juntado. Bajo la mirada rápidamente.

-¿De verdad? -pregunta Arkarian con curiosidad-. ¿Y qué dijo exactamente?

-Perdón -los interrumpo-. No creo que esto sea necesario. Matt está herido. ¿No deberías hacer algo?

Por una vez mi hermano no se queja.

-Haz lo que tengas que hacer, Arkarian, pero antes dime lo que está ocurriendo -exige, y luego mira a Ethan-. Creo que a ti también te conozco.

Ethan esboza una sonrisa.

-Así es, amigo, pero seguramente desearías no conocerme.

-¿Ethan? Bueno, debería habérmelo imaginado. -Matt se fija en la ropa de época de Ethan, y hasta en sus ajustadas mallas-. Te quedan muy bien. Deberías ponértelas más a menudo.

Esta conversación me está volviendo loca.

-¿Cuánto has visto? ¿Cuándo has recuperado la consciencia?

Matt me mira divertido.

-Para que no siguieras torturándote, podría decirte que he recuperado el conocimiento cuando las llamas empezaron a llegarme a los pies, pero eso sería una mentira.

-¡Ah! -exclamo con un chillido.

-Me he despertado cuando Rochelle empezó a aflojarme las cuerdas. Me dijo que no llamara la atención, así que me quedé callado, lo que resultó más difícil cuando apareció Ethan. Por cierto -dice bruscamente mirando a Ethan-. ¿Dónde está esa chica de la luz? Hace un rato estaba aquí, pero luego ha desaparecido.

-Está a salvo. ¿Por qué?

Matt frunce el entrecejo.

-Por nada. Siento como si la hubiese visto antes, o... -Se encoge de hombros, gruñe y se inclina a causa de una repentina punzada de dolor-. No sé. Tengo esa sensación, ya está, es como si todos nos conociéramos. -Se vuelve hacia Jimmy y luego hacia el señor Cárter-. ¿También debería conoceros a vosotros dos?

Arkarian les quita a Matt de las manos, aguantando casi todo el peso de mi hermano con un hombro.

-No nos queda tiempo para jugar a las adivinanzas. Deben curarte.

Antes de que Arkarian se lleve a Matt a algún lugar, le pregunto:

-¿Qué le va a pasar? Nos ha visto hacer ciertas cosas.

Arkarian responde tranquilamente:

-A lo mejor tenemos que matarlo.

-¡Qué! -Pero entonces se ríe y sacude la cabeza-. Tienes que mejorar tu sentido del humor, Arkarian -le espeto, aunque sé que tan sólo intentaba aliviar la tensión que aún siento.

Entonces me explica en un tono amable:

-Debo llevar a Matt a una sala especial de la Ciudadela para curar su cuerpo mortal. Me costará bastante tiempo, por lo que tendrás que inventarte alguna excusa para tu madre. Matt podría tardar varias semanas en volver, según la medición del tiempo mortal.

-De acuerdo. Pero ¿qué le va a ocurrir cuando esté curado?

-La verdad es, Isabel, que después de tu increíble demostración de poderes curativos, te garantizo que ya no serás la aprendiza de nadie. Y cuando Matt esté bien, será iniciado como el nuevo aprendiz de Ethan, ya que tu hermano también es un elegido.

-¡Sí! -exclama Ethan, y lanza un puñetazo al aire. Pero entonces, al recordar lo que ha hecho para disgustar al Tribunal, pone cara larga y mirada triste-. Eso si entonces aún pertenezco a la Guardia.

## ETHAN

Mi juicio va a ser breve. Sólo me han asignado una hora. Al principio no lo entiendo, porque mi infracción fue del más alto nivel: cambiar el pasado y hacer viajar en el tiempo un cuerpo y un alma mortal. Pero luego comprendo que no es necesario un juicio largo, pues será una expulsión rápida. No tengo a nadie que pueda testificar a mi favor. El Tribunal no pedirá opinión a Cárter sobre mi madurez o nivel de responsabilidad; ya saben lo que piensa. Dictarán una sentencia que está más que cantada.

Casi todos han venido al palacio de Grecia: mi padre, Isabel, Cárter, Jimmy y, por supuesto, Arkarian. Estamos en el pasillo que hay junto a la sala. A Matt, que se convertirá dentro de poco en aprendiz, aún le queda mucho para reponerse y sigue recuperándose en la sala de curas de la Ciudadela. Además, no viajará a Atenas hasta que haya llevado a cabo su primera misión. Neriah, la hija de Marduke, que formó parte de mi ilusión sin saberlo, ignora el futuro que le espera con la Guardia. Ni siquiera ha llegado aún a Ángel Falls, pero se acerca su momento, ya que ella también deberá desempeñar su papel. En cuanto a Rochelle, por lo visto ha desaparecido. La gente ya está empezando a hacer preguntas en el colegio, sobre todo por otra estudiante, Jade Myer, que también se ha desvanecido. Corren rumores de que ambas han huido juntas. Jade era un miembro de la Orden que murió en la batalla. No regresará nunca. ¿Quién más de entre mis compañeros, o incluso de entre mis amigos, apoyará el caos y la destrucción? No se ha oído nada de los demás muertos o heridos; no todos eran de Ángel Falls. Pero las identidades de aquellos que sí lo eran estarán fuertemente protegidas.

Las puertas se abren hacia dentro e Isabel me lanza una sonrisa de ánimo antes de entrar con Cárter y Jimmy. Pero ahora mismo pienso en Arkarian. Sólo deseo que no reciba críticas por culpa de mi desobediencia. No sería justo.

Tiene un aspecto majestuoso con la túnica plateada, la capa larga y el pelo azul suelto sobre los hombros. Aguarda a un lado mientras mi padre me agarra una mano con las suyas y me la aprieta.

-Ojalá pudiera declarar a tu favor.

-No. No digas nada. Todo es culpa mía. Pero yo sí quiero decirte algo. -Espera mientras pongo en orden mis pensamientos-. Es sólo que, bueno, estoy muy contento de que regresaras para acabar la misión.

-Gracias, hijo.

-Ha sido fantástico verte..., bueno, ya sabes, en acción.

-¿Y...? -Sabe que hay algo más.

-Pero me duele haberte presionado, haberte hecho sentir que no eras lo bastante bueno tal y como eras.

Sacude la cabeza y me sonríe.

-No lo sientas, Ethan. Tenías razón. Vivía la vida a medias, estaba encerrado en mí mismo. Me escondía, y eso no está bien. Tal vez ahora pueda ayudar a tu madre para que supere el trauma. Ya es hora de que dejemos atrás el dolor, juntos seremos más fuertes.

-Bueno, me alegro de que tuviéramos tiempo para conocernos de una forma distinta. Y también me alegro de que Isabel estuviera ahí para salvarte el pellejo.

Papá se ríe, lo cual constituye un sonido maravilloso. Es la primera risa, y probablemente la última, que compartimos como Guardianes del Tiempo. Cuando salga del juicio me borrarán todos los recuerdos de la Guardia. Me despertaré en mi cama como si estos últimos doce años repletos de aventuras no hubiesen ocurrido. Sólo de pensarlo noto una insoportable presión que

me oprime el pecho.

Primero entra mi padre, que se sienta con los demás, y luego yo. Arkarian me acompaña al centro del círculo y después se reúne con los otros.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor. Los nueve miembros del Tribunal ocupan los mismos asientos que la última vez que estuve aquí. Lorian está delante de mí, al lado de Penbarin, que, aunque parece mirarme, tiene la vista clavada en el suelo. Me sorprende ver un asiento vacío a su derecha, lo que convierte el círculo en uno de diez personas, no de nueve, a pesar de que nadie ocupa la silla. Miro al resto de los miembros y compruebo que todos están en el lugar que les corresponde.

Sin decir nada, Lorian ordena que todo el mundo se calle y yo agradezco que me haya proporcionado un taburete. Me mira a los ojos e intento aguantarle la mirada, pero, como siempre, el aura del inmortal me abruma y hace que me entren ganas de esconderme. Aun así resisto y me quedo donde estoy.

-¿Deseas decir algo? -me pregunta Lorian.

Respiro profunda y lentamente. ¿Qué puedo declarar a mi favor? «Eh, ¿no sé por qué lo he hecho?» Es lo único que puedo presentar en mi defensa. Pero en vez de eso pregunto:

-¿Cómo se encuentra el rey Ricardo?

Lorian inclina levemente la cabeza como señal de haber oído mi pregunta.

-Se está curando en nuestras cámaras especiales. No te preocupes por él, lo estamos cuidando. A pesar de que el riesgo fue enorme, consiguió llegar a la sala de curas a tiempo. Sobrevivirá. -Hace una pausa-. ¿Algo más?

-Sí, me gustaría saber qué le va a ocurrir a Rochelle y si sabéis dónde está.

-Está a salvo.

Parece que el inmortal no tiene nada más que añadir, pero una serie de murmullos recorren la sala, provocados por aquellos que están asistiendo el juicio. Todo el mundo se pregunta qué le ha ocurrido. Se han enterado de que le salvó la vida a Matt, y de que, según Isabel, Marduke la usó y la engañó para que se convirtiera en uno de ellos.

-Se unirá a tu grupo dentro de poco -dice luego Lorian.

Cárter se levanta y replica:

-¿Es una decisión prudente? ¿Llegaremos a confiar en ella alguna vez? ¿Llegaremos a sentirnos lo bastante seguros en su presencia como para darle la espalda alguna vez?

Lorian parece enfadado con la interrupción de Cárter.

-La pregunta es: ¿llegará Rochelle a sentirse libre de su desconfianza alguna vez?

Cárter se sienta después de que lo hayan puesto en su sitio. Lorian me dirige toda su atención, aunque yo no tengo nada más que decir.

-Ponte en pie, Ethan -me ordena Lorian.

Al levantarme me tiemblan las piernas. El inmortal se me acerca, pone ambas manos sobre mi cabeza y una lluvia de luz blanca empieza a caer a mi alrededor. Todo lo que veo a través de esta luz tiene un aspecto brillante a la vez que distorsionado; incluso las palabras de Lorian suenan como si atravesaran una barrera flexible, parecen arrastradas y extrañamente desproporcionadas.

-Ethan Roberts, se te acusa de haber usado de manera ilegal tu puesto para alterar hechos del pasado, contradiciendo las leyes de la Guardia. ¿Cómo te declaras?

Cierro los ojos al oír esas palabras. Podrían ser una sentencia de muerte.

-Culpable.

Lorian sonríe.

-¿Tan pronto te rindes?

-Lo hice. No tengo disculpa.

La luz que hay a mi alrededor se intensifica hasta cegarme durante un instante. Me tapo los ojos hasta que remite un poco.

-El instinto es tu defensa, Ethan. -«¿Qué dice el inmortal?», pienso-. A pesar de que ni tú mismo lo sabías, estabas actuando bajo el poder de la Profecía. -Abro los ojos de par en par al oír esa revelación. ¿La Profecía?-. Has puesto en peligro tu puesto en la Guardia para responder a la llamada de la Profecía, que reconociste por instinto. Es una de tus virtudes, Ethan. Tienes suerte de tener una tercera habilidad. -Lorian me mira, y aunque yo no lo hago, siento el calor que atraviesa la luz-. Siguiendo tu instinto actuaste con una lealtad total e incondicional e hiciste lo que sabías que estaba bien. Arriesgaste tu propio futuro confiando en ti mismo, y al hacerlo demostraste tu honor. -Lorian hace una pausa para que asimile esas palabras-. Por lo tanto, quedas absuelto de la acusación de haber obrado mal. -Antes de que pueda caerme al suelo de sorpresa y alivio, Lorian habla de nuevo-. Mira a tu derecha, Ethan.

Obedezco, y en el asiento que estaba vacío hay sentado ahora un hombre. Me resulta familiar, pero a través de esta extraña luz veo sus rasgos distorsionados. Tiene la piel de un color verde enfermizo. Lo miro fijamente ya que siento que Lorian me está apremiando para que reconozca su silueta. Poco a poco los rasgos adquieren una forma más clara ante mis ojos y me quedo sin respiración.

-Es el rey Ricardo.

Siento que Lorian sonríe. Esta vez el calor que llena la luz penetra todas las células de mi cuerpo.

-De acuerdo con la Profecía, a partir de este día, el rey Ricardo II de Inglaterra será conocido como el rey de la Casa de Verdemar.

-La antigua ciudad.

-La ciudad a la que perteneces, Ethan. Tú y los otros ocho miembros de la Guardia cuyas identidades han quedado reveladas, cinco de los cuales han venido hoy aquí a presenciar este extraordinario hecho. -Lorian se detiene, me hace alzar la mirada y esta vez no puedo resistir su poderosa llamada. Levanto la cabeza y no sé cómo, pero con la ayuda de la luz distorsionadora que nos rodea soy capaz de aguantar la mirada del inmortal. Lorian me mira satisfecho-. Cuando el rey Ricardo se haya recuperado del todo, se incorporará al círculo del Tribunal en representación de la Casa de Verdemar, que él gobernará. Y se necesitarán con urgencia sus habilidades reales. Ciertos hechos ocurridos recientemente han cambiado la Guardia tal y como la conocíamos hasta ahora: la muerte de Marduke, la revelación de los nueve Elegidos de Verdemar y la transformación de la antigua ciudad en una noble Casa con el rey Ricardo a la cabeza. -Lorian se interrumpe de nuevo para mirar al círculo del Tribunal y los que están al otro lado-. Pero nuestros problemas no han cambiado, ni nuestra razón de ser. Nuestros mayores retos aún están por llegar. Marduke era mortal, pero un guerrero de gran prestigio. A buen seguro la Diosa del Caos echará de menos a su comandante. Su muerte no quedará sin vengar. -Lorian vuelve a mirarme para asegurarse de que entiendo lo que va a decir a continuación. Noto que sus palabras van dirigidas especialmente para mí-. No podemos perjudicar a la Guardia expulsando a uno de sus miembros más audaces y con mayor talento.

Comprendo que es la luz y la fuerza que irradian los ojos de Lorian lo que me mantiene en pie. Nada más. Ahora mismo noto las piernas de gelatina. Al final no me van a castigar. De hecho, se suponía que tenía que salvar al rey Ricardo II. No debía morir en aquella cárcel asquerosa como una rata de cloaca. Mi intuición, mi instinto era cierto. El también debe desempeñar su papel en la Profecía que determina y protege nuestro mundo mortal.

Lorian mueve levemente las manos y la luz cambia, pasa de blanco a un dorado brillante

y resplandeciente. Unas oleadas de energía me atraviesan y hacen temblar todo mi cuerpo. A través de la vibración y del centelleo de la luz vuelvo a oír la voz del inmortal, más distorsionada que nunca; no sé como, pero sus palabras resuenan con absoluta claridad en mi cabeza. El inmortal dice:

-Por confiar en la Profecía más allá de la lógica, la lealtad y la recriminación, te concedo la responsabilidad y el honor de la más alta recompensa de la Guardia: el poder de volar.

Cuando la luz dorada se ciñe a mi alrededor y recibo mis alas, estalla una clamorosa ovación.

FIN